

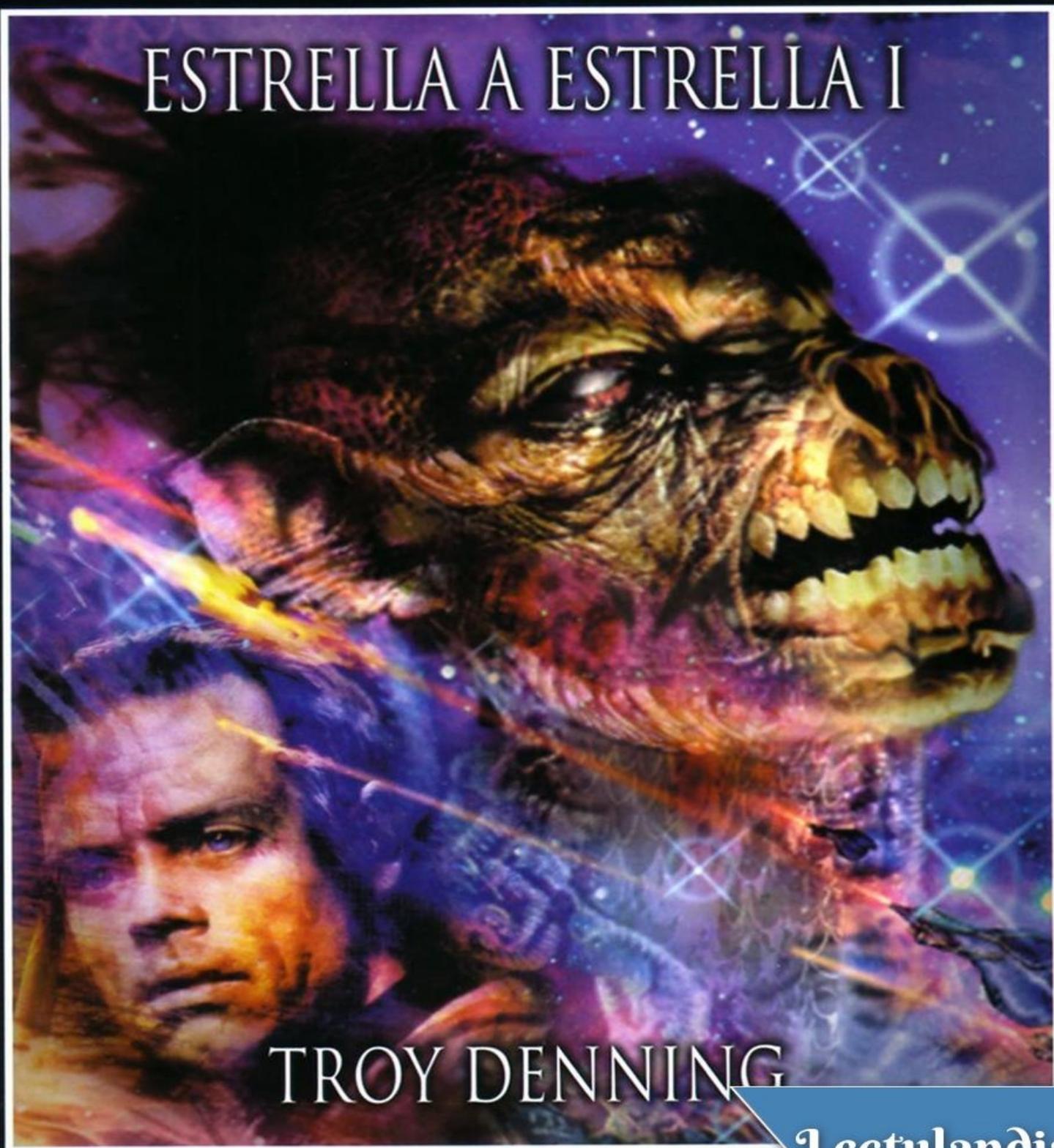
BIBLIOTECA

STAR WARS™



LA NUEVA ORDEN JEDI

ESTRELLA A ESTRELLA I



TROY DENNING

Lectulandia

PLANETA DEAGOSTINI®

La crueldad de los yuuzhan vong alcanza cotas inimaginables con la creación de una criatura capaz de hallar y matar a los Jedi allí donde se encuentren. Al mismo tiempo, los yuuzhan vong presentan un ultimátum: exigen la localización de la base secreta Jedi, de lo contrario ejecutarán a millones de refugiados. ¿Podrán los Jedi desbaratar los planes de los yuuzhan vong?

Lectulandia

Troy Denning

Estrella a estrella I

La nueva orden Jedi 9

ePUB v1.0

IronManu 16.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Star by Star*
Troy Denning, 30 de Octubre de 2001.
Traducción: Lorenzo F. Díaz.
Ilustraciones: Cliff Nielsen.
ePub base v2.1

Para Andria, por sus consejos, su ánimo y más cosas



Dramatis Personae



Alema Rar: Caballero Jedi (hembra twi'leko).
Anakin Solo: Caballero Jedi (humano).
Bela Hará: Caballero Jedi (hembra barabel).
Borsk Fey'lya: Jefe de Estado (bothano).
C-3PO: Droide de protocolo.
Cilghal: Maestra Jedi (mon calamari).
Eryl Besa: Caballero Jedi (humana).
Ganner Rhysode: Caballero Jedi (humano).
Han Solo: Capitán del *Halcón Milenario* (humano).
Jacen Solo: Caballero Jedi (humano).
Jaina Solo: Caballero Jedi (humana).
Jovan Drark: Caballero Jedi (rodiano).
Krasov Hará: Caballero Jedi (hembra barabel).
Kyp Durrón: Maestro Jedi (humano).
Lando Calrissian: Luchador de la Resistencia (humano).
Leia Organa Solo: Antigua diplomática de la Nueva República (humana).
Lowbacca: Caballero Jedi (macho wookiee).
Luke Skywalker: Maestro Jedi (humano).
Mara Jade Skywalker: Maestra Jedi (humana).
Nom Anor: Ejecutor (yuuzhan vong).
R2-D2: Droide astromecánico.
Raynar Thul: Caballero Jedi (humano).
Saba Sebatyne: Caballero Jedi (hembra barabel).
Tahiri Veila: Caballero Jedi (humana).
Tekli: Caballero Jedi (hembra chandra-fan).
Tenel Ka: Caballero Jedi (humana).
Tesar Sebatyne: Caballero Jedi (macho barabel).
Tsavong Lah: Maestro Bélico (macho yuuzhan vong).
Ulaha Kore: Caballero Jedi (hembra bith).
Vergere: Consejera de Tsavong Lah (fosh).
Viqi Shesh: Senadora (humana).
Zekk: Caballero Jedi (humano).

Llegaron por sorpresa, desde más allá de los confines del espacio galáctico. Era una raza de guerreros llamada yuuzhan vong, armada con la sorpresa, la traición y una extraña tecnología orgánica que demostró estar a la altura (y en ocasiones muy por encima) de la Nueva República y de sus aliados. Hasta los Jedi, liderados por Luke Skywalker, se descubrieron privados de su mayor baza y luchando a la defensiva, pues alguna razón inexplicable hacía que los yuuzhan vong parecieran carecer de toda conexión con la Fuerza.

El ataque alienígena cogió desprevenida a la Nueva República, y antes de que pudiera reagruparse y contraatacar, ya habían destruido varios mundos y acabado con incontables vidas, entre ellas la del wookiee Chewbacca, leal amigo y compañero de Han Solo.

La Nueva República acabó ganando la batalla, la primera victoria de toda una serie de costosas victorias. Tras la primera flota alienígena, llegó una riada interminable de naves y guerreros. La destrucción del planeta Ithor supuso una pérdida devastadora para la Nueva República y una pérdida personal para el Jedi Corran Horn, que asumió la responsabilidad.

Cada revés que sufría el gobierno de la Nueva República también revelaba algo más de los atacantes. Hasta los Caballeros Jedi empezaron a dividirse bajo la presión. Y mientras Luke Skywalker buscaba el modo de dirigir a los Jedi, su amada esposa Mara estaba al borde de la muerte víctima de una desconcertante enfermedad que la consumía poco a poco, y que la obligaba a dedicar todas sus energías sólo a mantenerse con vida. Al no haber un fuerte liderazgo entre los Jedi, algunos cayeron bajo la influencia de Kyp Durrón, que propugnaba emplear todos los medios posibles para derrotar al enemigo, incluida la agresión descontrolada que sólo podía conducir al Lado Oscuro. Hasta los hijos de Han Solo, todos ellos Caballeros Jedi, se encontraron en lados opuestos de la disensión.

Consumido por el dolor y la culpabilidad al no haber podido salvar a Chewbacca, Han Solo se distanció de su familia, buscando expiación en la lucha, frustrando un complot yuuzhan vong para eliminar a los Jedi. Regresó con lo que parecía un antídoto para la enfermedad degenerativa de Mara Jade Skywalker, pero ni siquiera esa victoria consiguió aplacar la pérdida de su querido amigo, ni arreglar su matrimonio con Leia.

A Leia también le consumía la culpa. Había tenido una visión del futuro y la había ignorado, por lo que se culpaba de la destrucción de la flota hapana en Fondor, devastación causada por el poder incontrolable de *Centralia*, un arma disparada por su hijo Anakin.

Jacen, hijo mayor de los Solo, también había tenido una visión en la que vio como la galaxia se sumía en la oscuridad. Temiendo desequilibrar aún más la balanza, el

joven Jedi renunció temporalmente a la Fuerza. Sólo decidiría volver a su seno cuando su madre estuvo a punto de morir. Pero para salvarle la vida había tenido que derrotar ni más ni menos que a Tsavong Lah, gran Maestro Bélico yuuzhan vong. En represalia, éste declaró una tregua temporal con la Nueva República, a condición de que les entregaran a todos los Jedi, y muy especialmente a Jacen.

Y ahora los Jedi se habían convertido en un objetivo militar. Cuando los niños de la Academia Jedi de Yavin 4 corrieron peligro, Anakin Solo corrió en su ayuda, infiltrándose entre las castas inferiores de los yuuzhan vong para rescatar a su amiga Tahiri Veila. Acabó convertido en un héroe, pero no pudo salvar el templo Jedi de Yavin 4.

La Nueva República declaró traidores a Luke y a Mara. Y mientras una embarazada Mara se enfrentaba a una recaída en su enfermedad, Luke empeñada a reafirmar su liderazgo sobre los Jedi. Kyp Durrón, ayudado por Jaina Solo, convenció a Luke y a los militares que le permitieran dirigir una misión para destruir una superarma yuuzhan vong. La misión fue un éxito... pero Jaina descubrió demasiado tarde que lo que habían destruido no era un arma, sino una mundonave en formación llena de civiles, destinada a albergar a los niños yuuzhan vong. Una vez más, la balanza parecía inclinarse hacia la oscuridad. El único rayo de luz fue el nacimiento de Ben Skywalker, hijo de Luke y Mara.

Destruída su nueva mundonave, y frustrados sus intentos de capturar a los Jedi, los yuuzhan vong declararon rota la tregua. Mundos enteros volverían a caer a medida que las fuerzas alienígenas se dirigían inexorablemente hacia el Núcleo. Y los Jedi podían acabar siendo la última esperanza de una galaxia que ya no los quiere...

Capítulo 1

Ante ella apareció sigilosamente la oscura astilla de un distante crucero estelar, la aguja azul de su estela de iones la empujaba a través del inmenso arco de un brillante sol anaranjado. El sol, al igual que un millón de soles semejantes de la región del Núcleo, carecía de mundos con alguna civilización o especie inteligente, y era muy poco importante para merecer un nombre que no fuera un obsoleto número de clasificación imperial. Jaina Solo pensó que no debería haber necesidad de lucha con tanto vacío y tantos planetas vírgenes, que debería haber sitio para todos. Pero, como decía su madre, siempre fue más fácil robar la comodidad que ganársela, más fácil romper la paz que mantenerla, y los yuuzhan vong habían invadido una galaxia que habría podido acogerlos con brazos abiertos. Jaina sabía que los alienígenas seguían sin entender su error, pero un día...

Un día los Jedi se lo enseñarían.

R2-D2 gorjeó una pregunta desde su puesto droide en la parte trasera del puente de vuelo del *Sombra de Jade*.

—Sigue conectado, Erredós —dijo Jaina sin volverse—. Aún no han enviado la señal, y Mara necesita descansar.

El droide silbó una larga objeción.

Jaina miró las lecturas del interfaz, y alzó las manos al cielo.

—Vale. Si eso es lo que te dijo, ve a despertarla.

R2-D2 se desconectó y rodó chirriando hasta el camarote del pasajero, dejando a Jaina sola en la carlinga del *Sombra de Jade*.

Incluso estando en órbita estacionaria, con todos los sistemas apagados y los motores iónicos fríos y en reposo, seguía sintiendo la nave más como una armadura de combate ajustada al cuerpo que como una nave estelar de setenta toneladas. El asiento de forma adaptable, el timón vertical y la amplia pantalla visora le producían la sensación de estar flotando en pleno espacio, mientras el nuevo localizador retinal mantenía los datos holográficos de la nave centrados justo bajo su visión frontal. Las comunicaciones y contramedidas podían controlarse desde una panoplia de palancas en el regulador de potencia, mientras un conjunto similar en el timón se ocupaba de sensores, armas y escudos. Hasta el sistema de soporte vital podía regularse con la voz gracias a una unidad astromecánica conectada al puesto droide de la cubierta de vuelo. Era la carlinga perfecta, y Jaina pensaba duplicar hasta el último detalle de la misma cuando llegara el momento de tener nave propia, sobre todo la disposición de los asientos, con el piloto aislado y más al frente, y el navegador y el copiloto sentados codo con codo tras ella. Eso era lo que más le gustaba.

La ensoñación de Jaina fue interrumpida por una sensación repentina de profunda

inquietud, una inesperada perturbación en la Fuerza que aumentó enseguida hasta ser una extraña sensación de frenesí. Se abrió aún más a ella y experimentó un instante de terrible añoranza y de ansia abrumadora, no malvada, pero siniestra y animal, lo bastante brutal como para sobresaltarla y hacer que se encogiera ante su contacto.

Un sudor frío le recorrió la frente, y Jaina deslizó la palanca del comunicador situada en el regulador y llamó a Mara para que se presentara en el puente. Estudió los sensores mientras esperaba. No había nada inesperado, pero sabía mejor que nadie que no debía depositar mucha fe en los instrumentos. Habían puesto el Sombra en la órbita del planeta más cercano al sol naranja, una bola de magma con un anillo de escombros a poco más de veinte millones de kilómetros de la estrella. Sin tener a R2-D2 en su puesto ajustando constantemente la resolución, sólo conseguía distinguir la descarga electromagnética.

Captó un atisbo de movimiento en los reflejos de la pantalla visora y miró la retícula de activación de la parte central de la carlinga. Una pequeña sección de plexialeación se opacó para hacerse espejo, y vio la esbelta forma de Mara Jade Skywalker entrando en el puente. La melena de oro rojizo de Mara era una maraña de cabellos enredados, pero no tenía la tez tan cenicienta ni muchas ojeras en los ojos verdes. Jaina se levantó, sintiéndose como una niña a la que le han pillado con la mano en el dispensador de dulces, y se volvió para ceder el puesto de piloto. Mara hizo un gesto de la mano para que se sentara.

—Siéntate. Es tu puesto —dijo, dejándose caer en la silla del navegante, endulzando el aire filtrado con un toque de talco y esterilimpio que parecía seguir acompañándola aunque su hijo estuviera a miles de años luz de distancia. Alzó el mentón hacia el distante crucero—. ¿Esos son nuestros folloneros?

—El transpondedor lo identifica como el *Cazador de Nebulosas* —dijo Jaina. R2-D2 volvió a conectarse al puesto del droide y confirmó la identidad con un gorjeo—. Pero no ha emitido ninguna señal de encuentro, y hace un momento sentí algo... extraño, en la Fuerza.

—Aún sigue ahí —asintió Mara—. Pero no creo que sean nuestros pasajeros. Es una sensación peculiar.

—Todo esto es peculiar —dijo Jaina. El *Cazador de Nebulosas* era un crucero coreliano de mil metros de eslora con un motor sublumínico Hoersch-Kessel fabricado a medida que ya había recorrido la mitad de la superficie del sol. Ahora era tan grande como el dedo de Jaina, con una cola de flujo azul tres veces esa longitud—. Siguen sin enviar la señal. Igual deberíamos concederles otra órbita, para luego escondernos tras el planeta y salir echando iones.

Mara negó con la cabeza.

—Luke tiene razón sobre esas dos. Con tanto presumir de sable láser están consiguiendo que maten a la gente. Será mejor llevárnoslas mientras necesiten que las

lleven —se echó la red antipacto sobre los hombros y cerró la hebill a—. Pero vayamos preparadas. Adelante.

—¿Yo? —aunque Jaina ya había pilotado antes el *Sombra de Jade*, había sido su tía quien había pilotado hasta allí, quizá por ser la primera oportunidad que tenía de pilotar su amada nave desde que dio a luz a Ben, o quizá sólo fuera porque necesitaba tener la mente ocupada en su primer viaje lejos de su hijo—. Es tu nave.

—Quiero dormir un poco más. Hasta que no se tiene un hijo ni te imaginas el lujo que supone eso —Mara guardó silencio por un momento, antes de añadir con severidad: — Y no es que sugiera que lo descubras.

—¡Entendido! —la carcajada de Jaina tenía un punto de nostalgia.

Con diecinueve años, había salido con chicos, pero la guerra la había mantenido demasiado ocupada como para mantener una relación seria. En esos momentos estaba con un permiso temporal del Escuadrón Picaro, hasta que disminuyese el sentimiento en contra de los Jedi del Senado—. Como si tuviera tiempo.

Jaina alargó la mano para activar los motores iónicos, pero se detuvo ante un silbido de alarma de R2-D2. El holodespliegue de control se contorsionó en una sucesión enloquecedora de formas y colores, asentándose luego en la imagen de una pequeña nave en forma de tubo que se dirigía hacia ellos muy por debajo del luminoso resplandor de la corona anaranjada del sol.

—Eso explica su silencio —dijo Mara. Aunque el puesto de navegador carecía de hologramas de control, estaba rodeado por una batería completa de pantallas convencionales—. ¿Podemos con ella, Erredós?

En las dos pantallas apareció un mismo mensaje, informando a Jaina y Mara a que la representación no era a escala. Una serie de lecturas de los sensores empezaron a mostrar el verdadero tamaño, velocidad y probable composición del casco de la nave. Jaina lanzó un silbido suave y miró a través del cristal tintado de la ventanilla, donde la moteada silueta del recién llegado se acercaba al *Cazador de Nebulosas*.

—Parece el equivalente a una de nuestras fragatas —dijo Jaina—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Lo único que podemos hacer —en la voz de Mara había una nota de precaución que habría sido ajena a ella antes de que naciera Ben—. Reducir los sistemas al mínimo y esperar.

A bordo del *Cazador de Nebulosas*, las hermanas Rar estaban en los aposentos privados del capitán Pollux, de pie ante la videoconsola del puente, hombro con hombro, sus largas colas de cabeza —lekkus— retorciéndose nerviosas mientras veían como un gran pedazo de coral yorik se desprendía de la fragata y se dirigía hacia ellos. La nave pequeña era basta y agujereada, más parecida a un asteroide excavado que a una nave de trasbordo, pero los sensores indicaban que transportaba

al menos cien guerreros. También había otra criatura más grande y fría, pero las hermanas no necesitaban la lectura de los sensores para saberlo. Al buscar con la Fuerza pudieron sentir la misma presencia hambrienta que las había tocado cuando la fragata apareció detrás del sol. Fuera lo que fuera lo que llevaban los yuuzhan vong a bordo, estaba sintonizado con esta galaxia como nunca lo estarían sus dueños.

Alema aisló la signatura de calor de la criatura y pidió al ordenador que encontrara un equivalente, y luego se volvió para ver a Numa sacando sus disfraces del baúl del capitán: unos diáfanos velos de baile, algo de maquillaje y poco más. Se habían pasado todo el año anterior dirigiendo un feroz movimiento de resistencia en el mundo ocupado de Nueva Plympto, y estaban seguras de ser el objetivo de la partida de búsqueda que iba en esa nave. Afortunadamente, su enemigo estaría buscando una sola mujer humana, en vez de dos bailarinas twi'leko; como jefes de la resistencia, habían tomado la precaución de no aparecer nunca juntas y siempre disfrazadas, con el lekku oculto bajo la capucha de la túnica Jedi.

Para cuando las hermanas se despojaron del mono de piloto y regresaron ante la videoconsola, los yuuzhan vong ya desembarcaban dentro del *Cazador*. Eran media cabeza más altos que los humanos normales y mucho más anchos, con ceños sin cejas y ojos caídos ribeteados por membranas azules. Sus brutales rostros habían sido alterados para parecer correosas máscaras de cartílagos separados y carne arrancada, y sus poderosos cuerpos estaban adornados con tatuajes religiosos y desfiguraciones rituales. La mayoría de ellos llevaban armaduras vivientes de conchas de cangrejos vonduun, y portaban el ubicuo anfibastón, una serpiente que podía convertirse a voluntad en porra, bastón de lucha o látigo de envenenados colmillos.

El más horrible de los guerreros, un bruto cargado de espaldas que sólo tenía oscuras cavidades donde debía haber una nariz, se abrió paso, empujando con arrogancia, entre los guardias que rodeaban al capitán Pollux.

—¿Tenéis *Jeedai* a bordo?

—No —mintió Pollux con convicción—. ¿Nos habéis detenido por eso?

El guerrero ignoró la pregunta del capitán. —¿Venís de Talfaglio... o de Sacorria?

—No pensarás que voy a decírtelo —dijo Pollux—. Que yo sepa, toda nuestra galaxia está en guerra con vosotros.

La réplica consiguió una reticente sonrisa de respeto.

—Sólo somos una nave guía, capitán, y usted transporta refugiados.

No tiene nada que temer de nosotros... Siempre que me diga ahora mismo si hay *Jeedai* entre sus pasajeros.

—No tenemos —Pollux no apartó la mirada al contestar, y la voz no se le quebró. Hasta los capitanes de las nave estelares civiles sabían que los yuuzhan vong eran ciegos a la Fuerza—. Es libre de buscar.

El guerrero sonrió.

—Lo soy capitán, lo soy —miró hacia su nave de embarque y ordenó en su propia lengua—: Duwin tur voxyn.

En la parte trasera de la nave empezó a abrirse una grieta, el coral yorik se frunció hacia fuera como si tuviera labios. En la oscuridad aparecieron dos ojos ovalados y amarillos, y Alema sintió que el ansia en la Fuerza se hacía más claro. Entonces, cuando la abertura alcanzó el medio metro, un rayo de ébano saltó por ella y aterrizó en la cubierta en un remolino de negrura.

—¡Nubes de fuego! —exclamó Numa.

La criatura —el voxyn, supuso Alema por lo que había aprendido del lenguaje yuuzhan vong— empezó a pasearse por la cubierta sobre ocho arqueadas patas. Aunque no era más alta que una cintura humana, tenía más de cuatro metros de largo, una cabeza plana y un ondeante cuerpo cubierto de escamas negras. Una hilera de ásperas cerdas sensoriales le recorría la columna vertebral, y una punta blanca sobresalía del extremo del restallante látigo que tenía por cola. La bestia dio una sola vuelta alrededor del capitán y sus asustados guardias, y luego se dirigió hacia la parte trasera de la cubierta de ataque.

En la videopantalla, Pollux miró con fijeza al guerrero yuuzhan vong.

—¿Por qué han traído esa... esa cosa a mi nave?

El guerrero derribó al suelo a Pollux con un revés de la mano.

—No podrías creértelo aunque te lo dijera —dijo riéndose.

Aunque no parecía haber peligro de que los guardias de Pollux atacaran, éste les hizo una seña para que no se movieran y se puso en pie con toda la dignidad que le fue posible.

Alema hizo rotar el estrecho haz de la antena en dirección al oscuro planeta donde les estaría esperando la nave de encuentro, tecleó un canal de comunicaciones secreto Jedi y empezó a transmitir lo que estaban viendo. La cercanía del sol naranja interferiría la señal, pero las señales podían filtrarse, y eso siempre sería mejor que nada si ni Numa ni ella conseguían escapar.

El voxyn rodeó las lanzaderas y recorrió durante unos minutos más la cubierta de ataque, para entrar luego en un pasillo. Las hermanas lo perdieron de vista hasta que Alema encontró el escáner adecuado y para entonces ya se paseaba por el bulevar principal como si llevara toda la vida usando cintas deslizantes. Al otro lado del pasillo corría una compañía de yuuzhan vong cuya desconfianza por la tecnología sin vida les hacía ir por la banda estacionaria contigua. Con el tiempo acabaron renunciando a mantener la marcha y se dispersaron en grupos por la nave.

Alema fijó el escáner de vigilancia en el voxyn y durante la siguiente hora tanto Numa como el a lo vieron vagar por la cubierta de actividades principales del *Cazador de Nebulosas*, a veces dando vueltas alrededor de un refugiado petrificado o inclinando la cabeza, ante alguna erupción de ruido de alguna máquina. Al final, saltó

a una decorativa fuente de agua y empezó a dar vueltas alrededor de la estatua de un erizo estelar mon calamari, con las cerdas sensoriales erizadas y los ojos amarillos fijos en el techo. Alema volvió a la holoconsola con aire desamparado y buscó un plano tridimensional de la nave. Tras unos pocos ajustes, tuvo claro que el camarote del capitán Pollux estaba justo encima de la criatura, diez niveles más arriba.

—Qué desagradable —dijo Numa. Las puntas de su lekku se agitaron—. Parece saber cuál es nuestro paradero.

—Eso no tiene sentido —Alema buscó con la Fuerza y sintió la misma agitación ansiosa de antes, pero esta vez mucho más fuerte y claramente debajo de ella—. A no ser que use la Fuerza para localizarnos.

Un estremecimiento recorrió el lekku de Numa, mientras ésta miraba a Alema por el rabillo de su ojo rasgado.

—Tienes un don para encontrar la explicación más alarmante, hermana.

—Alarmante, pero no improbable —repuso Alema señalando a la videopantalla, donde el voxyn corría pasillo abajo hacia el ascensor más cercano.

Numa estudió la escena un momento.

—Parece que con motivos. Igual deberíamos desaparecer.

Dedicaron un momento a meditar, para recogerse en su interior y anular su presencia en la Fuerza. Cuando no pudieron sentirse la una a la otra, Alema volvió a mirar a la videopantalla. El voxyn acababa de llegar al turboascensor. Golpeó el panel activador con una zarpa delantera e introdujo en el hueco cilíndrico la parte delantera del cuerpo, dejando que la corriente repulsora metiera el resto de su cuerpo en el ascensor. Alema siguió el recorrido del ascensor hasta una zona situada a menos de cien metros de ella, quizá el doble de distancia, para cuando la criatura encontrase el camino por entre la red de pasillos.

—Es inútil, hermana, sigue percibiéndonos —se volvió hacia el zurrón que contenía sus ropas y los sables láser—. Podemos sorprenderla cuando salga del ascensor.

—¿Y luego qué? —preguntó Numa—. Esos caracortadas sabrán que el capitán Pollux les mintió.

—Lo sabrán de todos modos cuando eso empiece a arañar la puerta de su camarote —lamentando no tener tiempo para vestirse más adecuadamente, Alema sacó el sable láser del zurrón de viaje y activó la hoja plateada—. Y prefiero poder llevarme unos cuantos yuuzhan vong por delante.

—No. No pienso permitirlo, no después de lo de Nueva Plympto —la interrumpió Numa, apagándole el sable láser.

Los yuuzhan vong, frustrados por la testaruda resistencia del planeta, habían liberado en él una plaga destructora que había despojado todo el planeta de vida. Las hermanas y unos cuantos miles de supervivientes más contemplaron la destrucción

desde una pequeña flota de cargueros de mineral, huyendo al espacio apenas el enemigo abandonó el mundo muerto.

—Son yuuzhan vong, hermana. ¿De verdad crees que perdonarán al capitán que les mintiera?

—Difícilmente —Numa volvió a la consola—. Debemos hacerles creer que su criatura se equivoca.

Buscó un holograma que mostraba la fragata yuuzhan vong flotando a medio kilómetro de la cubierta de ataque de la *Cazador de Nebulosas*. A sólo doscientos metros, la nave enemiga no era sino una pequeña fracción del tamaño del crucero estelar, pero los nodulos de armamento que erizaban su flanco no dejaban lugar a dudas acerca de sus capacidades destructoras.

Alema comprendió enseguida lo que pensaba su hermana.

—Cogeremos la nave de escape por el camino.

Devolvió el sable láser al zurrón de viaje y se lo lanzó a Numa, tras lo cual cogió un datapad de la mesa y lo conectó con la videoconsola del puente. Salieron de los aposentos del capitán y corrieron hacia el otro extremo de la cubierta de oficiales. Una vez ante el ascensor, Alema consultó el datapad para descubrir que el voxyn chapoteaba por una cubierta húmeda dos niveles más abajo. Tenía los ojos amarillos fijos en el techo, siguiendo sus movimientos.

—Sabe que nos movemos —dijo.

—Pero su sentido de la distancia es malo —Numa siempre fue la optimista—. ¿Adonde vamos?

Alema buscó un gráfico de los puntos de evacuación de los niveles medios y eligió el que estaba en el lado más alejado de la fragata yuuzhan vong.

—Cubierta de ingeniería, mamparo cuarenta y dos —realizó un escaneo transversal de seguridad y encontró un grupo de yuuzhan vong destrozando un droide en control gravitacional—. Habrá que engañar a un grupo de caracortadas.

—¿Ruta alternativa?

Alema buscó en las otras estaciones de evacuación y negó con la cabeza.

—Ninguna, a no ser que abandonemos el paraguas antisensores del *Cazador*.

—Eso está fuera de cuestión —dijo Numa, las puntas de su lekku se curvaron hacia dentro—. Habrá que ir al desnudo.

—¿Al desnudo? —era como llamaban en Nueva Plympto a esconder las armas y disfrazarse de esclavas—. A ti no te ha dado bastante el aire. ¡No pienso abandonar el sable láser!

—¿Prefieres arriesgar la vida de todos los que viajan a bordo? — Numa sacó el sable láser del zurrón de viaje y giró el mango hasta abrirlo, luego sacó el cristal de Adegan de su montura y se lo puso en el ombligo con unas pocas gotas de pegacarne. A través de la vaporosa tela, la joya dorada parecía parte de la decoración de una

bailarina—. ¿Crees que semejante egoísmo es digno de la memoria de Daeshara'cor?

Alema tensó los lekku y permitió que le golpearan la espalda. Aunque Daeshara'cor no hubiera sido exactamente su Maestra, sí había sido su descubridora. La Jedi había identificado los talentos innatos en la Fuerza de las hermanas Rar durante una de sus infrecuentes visitas a Ryloth y las había rescatado de uno de los antros de ryll más siniestros de Kala'uun, disponiendo luego su transporte a la Academia de entrenamiento Jedi. Alema suspiró y alargó la mano.

—Si no hay más remedio.

Numa le puso el sable láser en la mano. Alema le quitó el cristal de Adegan y se lo pegó en el ombligo. Arrojaron a un tubo desintegrador las túnicas Jedi y lo que quedaba de sus armas, y entraron en un ascensor para bajar veinte niveles hasta la cubierta de ingeniería, dejando el zurrón tirado en el suelo del umbral del ascensor. No era un sabotaje tan evidente como destruir el panel activador, pero igual de efectivo. El circuito que evitaba colisiones mantendría el ascensor paralizado hasta que se quitara el objeto de riesgo.

—Es hora de aparentar frivolidad —dijo Alema.

Buscó un emotidrama banal en el datapad y se dirigieron hacia el mamparo cuarenta y dos. A medida que recorrían el pasillo miraban en las habitaciones por las que pasaban llamando a voz en grito a alguien llamado Travot. Cuando llegaron a la sala de control, un guerrero yuuzhan vong les salió al paso. Sólo tenía tres largas cicatrices en cada mejilla y una única oreja desfigurada, por lo que era evidente que se trataba de un guerrero de escaso rango. Las hermanas se pegaron a la pared del pasillo y empezaron a pasar por su lado, haciendo lo posible por parecer sorprendidas y asqueadas.

Él les bloqueó el paso con el anfibastón bajado.

—¿Adonde vais?

—¿A... a ver a Travot? —Numa hizo que su tono pareciera asustado y dubitativo—. Trabaja en la sala de bobinas.

—¿La sala de bobinas? —repitió el yuuzhan vong. Alema se encogió de hombros y volvió a mirar el datapad, como si no pudiera dejar de mirar el emotidrama.

—Es donde trabaja.

En el pasillo apareció otro yuuzhan vong, éste con la nariz rota y la cara llena de cicatrices de un oficial de rango menor. Examinó brevemente a las hermanas y, al ver que no tenían dónde esconder un sable láser bajo su atuendo de bailarinas, señaló por donde habían llegado.

—Esta nave está siendo confiscada. Volved a vuestros camarotes.

Numa y Alema pusieron cara de miedo y confusión y no se movieron de donde estaban.

—¡Obedeced! —dijo el subordinado. —No, no podemos —dijo Alema.

—Han precintado la cubierta de personal —dijo Numa—. Y han cerrado nuestra estancia.

—¿Lo ves? —Alema buscó un plano de la nave y enseñó el datapad al oficial—. No tenemos adonde ir.

—¡No me contamines con tus máquinas profanas! —el oficial golpeó el instrumento que sostenía Alema, tirándolo al suelo y destrozándolo luego con el tacón. Entonces, le hizo un gesto a alguien de la sala contigua—. Traed a la infiel que hace máquinas.

En el umbral apareció un tercer yuuzhan vong llevando una hembra humana moteada de cardenales. Tenía una herida en el párpado que le manchaba un lado de la cara con sangre que olía a cobre.

—¿Tienes en tu brigada a alguien llamado Travot?

Numa vio como su hermana miraba a la ingeniera a los ojos y le daba un empujón apenas perceptible con la Fuerza, implantando en ella la idea de que conocía a Travot. Aprovechó la insensibilidad de los yuuzhan vong a la Fuerza para sentir la presencia de más de un centenar de seres en la zona inmediata, la mayoría asustados, unos pocos furiosos o doloridos. No percibió a los invasores, claro; los yuuzhan vong seguían siendo tan invisibles para la Fuerza como ésta para ellos, pero sí sintió la presencia hambrienta del voxyn descendiendo hacia ella. Había encontrado otro ascensor.

La ingeniera habló por fin, tras un momento de confusión.

—En ingeniería hay un Travot, pero no está en mi equipo.

El oficial miró a las dos hermanas, seguramente intentando colegir cuál era el procedimiento adecuado para tratar con ellas. Alema decidió ayudarlo limitándose a asumir que ya tenía la respuesta que buscaba, una forma sutil de incentivarlo que tanto su hermana como ella habían aprendido a utilizar en los antros de ryll en Rala uun.

—A ingeniería se va por ahí, ¿verdad? ¿Es en el mamparo cuarenta y dos?

—Así es —dijo la ingeniera—. Mamparo cuarenta y dos.

Alema se puso a la altura de su hermana y miró el anfibastón que les bloqueaba el paso. El subordinado miró a su oficial, que frunció el ceño e hizo gestos hacia el pasillo.

—Ve con ellas y vuelve.

No queriendo que el guerrero fuera delante, las hermanas sortearon el anfibastón y caminaron pasillo abajo. Los mamparos eran simples arcadas estructurales que aparecían cada diez metros, pero cada una contenía una puerta de fino duracero que se cerraba al menor indicio de descompresión. Las puertas también podían bajarse con la voz, pero la tripulación había tenido el buen sentido de no usar el código para aislar así a las partidas de búsqueda yuuzhan vong.

A medida que recorrían el pasillo, Alema buscó con la Fuerza para confirmar que sí tenían al voxyn tras ellas, en el mismo nivel y acercándose deprisa. Estaban en el mamparo treinta y tres, a noventa y nueve metros de la cápsula de evacuación.

—Tengo frío, hermana — Alema se frotó los brazos desnudos—. ¿Sientes el frío?

—Silencio —ordenó su guardia—. Tus quejas son un insulto para los dioses.

La mano de Alema ansiaba su sable láser.

El lejano repiqueteo de las zarpas sobre el metal reverberó en el pasillo detrás de el as. Miró por encima del hombro y vio una cosa de tinieblas avanzando por túnel estéril.

—¿Qué es eso? —dijo con un sobresalto, encontrando muy difícil simular que no lo sabía—. ¿Qué hace eso?

Numa miró hacia atrás, soltó un chil ido muy convincente y corrió pasillo abajo agitando los brazos. Alema gritó y corrió tras ella", dejando que el sorprendido guardia corriera tras el as gritando que se detuvieran. Cuando cruzaron el mamparo treinta y ocho, primero gritó asombrado y luego lanzó un grito enfurecido en su propio idioma cuando el voxyn lo derribó.

Alema no miró atrás.

—¡Cerrar mamparo treinta y ocho! —gritó—. ¡Código de autorización: nébula rubantine!

La puerta del mamparo se cerró tras el as con un golpe y se sel ó herméticamente con un siseo, resonando con fuerza cuando el voxyn chocó con ella. Alema sabía que cerrar la puerta atraería la atención del comandante yuuzhan vong, pero evitaría que les alcanzara el voxyn. Esperaba que esa cosa se hubiera partido el cuello, pero no tuvieron esa suerte. Volvió a golpear el duracero casi al instante.

Llegaron al mamparo cuarenta y dos. Numa se volvió hacia la pared exterior y golpeó el panel de la cubierta de salvamento con la palma de la mano.

—Atención: ha solicitado entrada a una cápsula de evacuación de la cubierta de salvamento —dijo el ordenador con la misma voz alegre de mujer que empleaba para anunciar los puestos para comer—. ¿Está segura de que desea continuar?

—¡Sí! —dijo Numa.

—Si continúa, una alarma sonará en Seguridad.

—Anular alarma. Código: Pollux ocho nueve seis —dijo Alema—. Salida confidencial.

— Anulación aceptada.

Cuando el iris de la cubierta de salvamento giró abriéndose, se oyó un chasquido suave proveniente del mamparo treinta y ocho y Alema supo que acababa de romperse el sel o hermético. Lo primero que pensó fue que alguien levantaba la puerta desde el puente, pero entonces oyó la voz ahogada de la ingeniera.

La puerta se elevó y el voxyn se arrastró pasillo abajo, con los sensores erizados y

la cola blanca azotando adelante y atrás. Los ojos amarillos de la criatura estaban fijos en el suelo mientras lamía el aire con una larga lengua bífida, y la mano de Alema ansió más que nunca poder empuñar el sable láser.

—Prepárala cápsula de evacuación —ordenó Numa, empujando a Alema hacia la luz azulada de la plataforma de lanzamiento—. Vamos, hermana.

Esta se encontró mirando el morro del primitivo motor de cohetes de la cápsula. Apenas tenía un metro de largo, justo lo necesario para lanzar hacia el planeta habitable más cercano la capsula con capacidad para albergar cien personas.

—¡Cierra el mamparo cuarenta y dos! Código de autorización: nébula rubantine —gritó Numa desde el pasillo.

—El código de emergencia del mamparo está suspendido temporalmente —repuso el ordenador con su voz suave—. Por favor, informe de cualquier emergencia válida a un ingeniero supervisor.

— ¡Anular! —ordenó Numa—. ¡Y desconecta los sensores de seguridad! Código: Pollux...

Mientras Numa terminaba de recitar el código de autorización, Alema llegó al costado de la cápsula. Oyó un doloroso crujido procedente del pasillo de fuera, pero ya no podía ver lo que pasaba fuera de la plataforma. Presionó con la palma de la mano el panel de activación de la cápsula. La escotilla se abrió, mostrando un interior fuertemente iluminado y atestado con diez estrechas hileras de sillas de aceleración. Carecía de carlinga o de ventanillas, sólo tenía un droide piloto parado ante el único panel de control de la nave.

El droide señaló el asiento más alejado de la puerta.

—Bienvenida a la cápsula de evacuación cuatro-veinte-uno. Por favor, siéntese y espere a los demás pasajeros. No hay necesidad de...

—Preparado para un lanzamiento en frío —habría preferido la velocidad de un lanzamiento en caliente, pero entonces localizarían las toberas desde el puente y tenían que intentar escapar sin ser vistas, por mucho que las posibilidades se redujeran por momentos—. A mi señal. Código de autorización: Pollux...

—Ya se ha dado el código de autorización para la anulación —dijo el droide, volviendo a enfrascarse en su tarea—. No hay necesidad de repetir el código de anulación una vez se entra en la plataforma de lanzamiento.

Del pasillo le llegó un sonido de eructo y un grito de Numa. Alema salió de la cápsula de evacuación para ver como su hermana intentaba entrar tambaleándose en la plataforma, con los brazos levantados para taparse la cara. No acertó a cruzar la escotilla y tropezó con el dintel, para caer en el umbral. Tenía la cara y el pecho cubiertos por una siseante mucosidad marrón, y su lekku golpeaba enloquecido el suelo de duracero.

Alema no sintió el dolor de su hermana, como había oído que pasaba a veces

entre hermanos sensibles a la Fuerza, pero recibió una clara impresión de lo que pensaba: temía quedarse ciega, pero más que eso temía que las descubrieran como Jedi y provocar así la muerte de más inocentes. Y estaba furiosa, furiosa ante su propio descuido al permitir que le sorprendiera la criatura.

— ¡Hermana!

Alema saltó hacia Numa y vio al voxyn atrapado bajo el ~ mamparo cuarenta y dos, forcejeando para pasar. Le sorprendió ver que seguía moviéndose pese a tener el torso casi aplastado. Las puertas de los mamparos tenían sensores de seguridad precisamente porque se cerraban con demasiada fuerza, sensores con códigos de anulación porque a veces podía resultar necesario < que se aplastase algo para salvar la nave.

Se acercó a su hermana, y la criatura agitó el morro plano en su dirección y proyectó un chorro de saliva marrón a través de la escotilla. El ataque a su hermana la había preparado y se abrió a la Fuerza para, con un gesto casi inconsciente de los dedos, desviar el chorro de vuelta contra su atacante. El voxyn, rápido como el rayo, cerró los ojos y se apartó antes de que el moco lo tocara.

A Alema no le importó. Los pensamientos de Numa eran cada vez más incoherentes y distantes, sus gritos se convertían en gruñidos.

Alema cogió a su hermana por debajo de los brazos, tocando el ardiente moco con los dedos, procurando no pensar en lo que esa cosa le estaría haciendo a la cara y los ojos de Numa.

—Busca tu centro, hermana —tiró de Numa hasta la plataforma de lanzamiento—. Deja que la Fuerza fluya en ti.

Numa se quedó completamente en silencio, y su mente alarmantemente en calma, pero entonces la calma se desvaneció dejando en su lugar una paz prolongada y un vago sentimiento de vacío. Alema gritó y empezó a bajar la mirada, pero sintió que el moco le quemaba los huesos de los dedos y supo que no tenía valor para mirar.

Alema cargó con el cuerpo de su hermana hasta la entrada de la cápsula de evacuación y miró hacia la puerta, donde el voxyn seguía mirando en su dirección, atrapado bajo el mamparo. Tenía un lado de la cabeza cubierto por el residuo de su moco ácido, y sus escamas de hinchaban y humeaban mientras se disolvían. En la estrecha abertura junto a la cabeza de la criatura aparecieron las cabezas de varios anfibastones que empezaron a hacer palanca inútilmente.

Una parte de Alema, la parte que no lloraba a su hermana, la parte que todavía era un Caballero Jedi, se dio cuenta de que ya había desaparecido la vaga esperanza de huir sin ser vista. Los yuuzhan vong oírían el zumbido de la escotilla al cerrarse y sentirían el impacto de la cápsula al separarse de la nave. Aún así, no podía hacer nada sino seguir adelante. La vida de Pollux estaba perdida aunque se rindiera; conocía a los yuuzhan vong lo bastante como para saber que no perdonarían sus

mentiras. Pero les llevaría un tiempo destruir una nave tan grande como el *Cazador de Nebulosas*.

Quizá si salía deprisa, la fragata se vería obligada a perseguir la cápsula de evacuación en vez de atacar al crucero estelar. Era su mejor esperanza, su única esperanza.

Miró hacia atrás, hacia la escotilla.

—Cerrar plataforma de lanzamiento.

El morro del voxyn, que era todo lo que Alema podía ver de la criatura, se volvió hacia ella y se abrió medio metro. Un chillido ensordecedor le llenó los oídos, y el puñetazo de una potente onda de compresión le golpeó el estómago. De pronto, se sintió mareada y desorientada, y un segundo después se desplomaba contra la pared de la cápsula de evacuación, sin dejar de acunar en sus brazos el cadáver de su hermana. Sintió que algo cálido le caía desde el oído y lo tocó con un dedo sin carne; cuando bajó la mano, vio que la punta del hueso estaba roja por la sangre.

Alema intentó levantarse, casi vomitó, y volvió a caer de rodillas, con la cabeza dándole vueltas y el estómago revuelto. Sin dejar de sostener a Numa contra su regazo, cruzó la entrada de la cápsula de evacuación.

—¡Lanzamiento! —jadeó Alema—. ¡Lanzamiento ya!

La cápsula se cerró, las luces se redujeron, y eso fue todo. La cápsula permaneció siniestramente silenciosa e inmóvil. Desconcertada, Alema se arrastró más allá de una hilera de asientos antiaceleración y miró hacia delante. El droide piloto lo miraba. Su vocalizador centelaba con rapidez mientras se esforzaba por explicarle el procedimiento de lanzamiento adecuado. Alema no podía oír nada.

—¡Anulado! —chilló—. ¡Lanzamiento ya!

La cápsula de evacuación salió disparada, arrojando a Alema contra el arnés de duracero de un asiento. Ya había dado el código de autorización.

Jaina no vio el lanzamiento. Estaba mirando el panel superior, intentando alinear las antenas comunicadoras del Sombra con las antenas del *Cazador de Nebulosas*. La tarea habría sido difícil en las mejores circunstancias, dado que el crucero estelar estaba parado a sólo veinte millones de kilómetros de un sol naranja. La presencia de la fragata yuuzhan vong la obligaba a usar sólo las toberas de aire para posicionarse, y la tarea resultaba casi imposible.

Tras varios minutos de intentarlo, por fin consiguió alinear la señal del comunicador dentro de la retícula e igualó la rotación del Sombra con la de la *Cazador de Nebulosas*, a medida que ésta se desplazaba sobre el sol naranja.

—¿Qué te parece eso?

R2-D2 introdujo un mensaje en el visor superior.

—No, no creo que pueda —soltó Jaina—. ¡Si estás recibiendo algo, pónmelo!

Dentro de la carlinga aparecieron media docena de borrosos videos bidimensionales, bellamente colocados en hilera a lo largo de la plexialeación. La mitad de las imágenes mostraban a guerreros yuuzhan vong haciendo de guerreros yuuzhan vong, destrozando droides, arrojando aparatos electrónicos en tubos desintegradores, golpeando a refugiados indefensos. Una pantalla mostró una especie de reptil de ocho patas, si es que era un reptil, atrapado bajo la puerta de un mamparo, con la cabeza muy quemada por un ácido y un ojo reventado por una descompresión repentina. Otra imagen mostraba una escotilla de cápsula vacía, pero fue la última pantalla la que captó el interés de Jaina.

Mostraba el puente del crucero, con el capitán Pollux y toda su tripulación rodeados por guerreros yuuzhan vong. Jaina no habría reconocido a Pollux aunque lo hubiera conocido en persona y la imagen fuera mejor. Tenía el rostro reducido a un amasijo informe.

Un yuuzhan vong sin nariz le cortó la oreja al capitán.

—Lo preguntaré por última vez: ¿Dónde recogió a los *Jeedai*? De algún modo, Pollux encontró fuerzas para reírse.

—¿Qué Jedi?

El yuuzhan vong lanzó una risita.

—Es un hombre gracioso, capitán —dijo. Dobló la oreja desmembrada en la mano del capitán y se volvió hacia sus subordinados—. Matad a la tripulación.

Descorazonada, Jaina se volvió hacia Mara.

—¿Podemos hacer algo?

Mara miraba fijamente el ordenador de navegación.

—Por la tripulación, no. Pero mira eso.

Tecleó una orden y dentro de la carlinga apareció una línea dorada marcando una trayectoria. Partía del *Cazador de Nebulosas*, pasaba más o menos a la altura de la proa del Sombra y luego trazaba una curva muy cerrada en dirección al planeta.

—¿Una cápsula de evacuación? —Jaina miró al crucero estelar y descubrió la fragata yuuzhan vong todavía ociosamente parada ante la plataforma de atraque del Cazador—. ¿Ponen en peligro a miles de refugiados y se largan en una cápsula? ¿Un Jedi ha hecho eso?

—Eso parece, ¿no? —Mara empezó a trazar un rumbo de intercepción—. Vamos a recogerlos antes de que hagan más daño.

Capítulo 2

Sólo un kilómetro más allá de la pared de transpariacero, el horizonte erizado de antenas se sumergía en un abismo sin fondo de rotantes asteroides y estrellas fugaces. Pequeños halos azules nacían con un parpadeo para crecer lentamente hasta ser iluminados rectángulos de enormes barcasas de carga que volvían con duracero procedente de las fábricas exteriores. Los transportes de personal tejían en la oscuridad largas colas de iones, yendo de una tarea a otra en más de cien verdaderos orbitales, y enormes droides soldados dibujaban el esqueleto de las naves en brillantes tormentas de chispas.

Al entrar, Han Solo había contado casi quinientas naves de guerra construyéndose en los viejos astilleros de Bilbringi. Eran sobre todo naves escolta, corbetas y otros vehículos pequeños que podían acabarse a toda prisa, pero también había dos destructores estelares de clase imperial. Aunque seguramente esas enormes naves no estarían acabadas antes de que los yuuzhan vong capturasen el lugar, los cascos ya estaban cerrados y montadas las unidades impulsoras. Era evidente que el joven general Muun era un sullustano con un plan, la clase de piloto de escritorio que siempre había impresionado al mando de Coruscant, y casi siempre conseguía agotar la limitada provisión de paciencia de Han.

Han deseó poder usar una de esas técnicas relajantes Jedi de las que siempre hablaba su hijo Jacen y forzó una sonrisa nada sincera antes de dirigirse al centro de la sala. Leia estaba sentada en un Pequeño sofá con el general. Y su rostro brillaba con la misma intensidad de ojos marrones que atrajo a Han tantos años antes, aunque nunca podría entender cómo conseguía ella mantener esa intensidad a lo largo de treinta años de servicio a la galaxia, se había convertido en un amarradero para él, la única constante que no parecía haber cambiado a lo largo de tantas décadas de lucha, pérdida y muerte. Y ahora, cuando a ella le flaqueaban las piernas, recién curadas de la aventura casi fatal de Duro pero todavía débiles, el dolor de estar a punto de perderla le paralizaba el corazón y juraba que nunca, jamás, volvería a apartarla de su lado.

—...cien mil vidas en juego, general —estaba diciendo ella—. Los vray son una especie pacífica. Sin una escolta, el convoy de evacuación estará indefenso contra los yuuzhan vong.

—¿Y cuántas vidas perderá la Nueva República si Bilbringi cae antes de que se complete la flota? —preguntó Muun. Sus papadas de sullustano se agitaron suavemente mientras hablaba, pero siguió ocultando sus sentimientos tras la máscara lisa de su rostro—. Mundos enteros perecerán, y eso son millones de vidas.

—Sólo pide veinte naves —dijo Han.

El general clavó sus ojos negros en Han.

—Pide cinco cruceros y quince corbetas, la cuarta parte de las defensas de Bilbringi, y los yuuzhan vong ya están sondeando los puestos externos de seguridad.

—Le estamos dejando el *Intrépido* —dijo Han con su tono más razonable—. Y en una semana estándar llegarán más naves, en dos como mucho.

—Lo siento, pero no.

Muun negó con la cabeza y empezó a levantarse.

En la estación de comunicación segura de la mesa del comandante sonó un zumbido.

—¿Quiere que lo coja por usted, general? —dijo C-3PO, parado detrás del sofá.

Muun asintió.

—A no ser que tenga prioridad de urgencia, contestaré en unos minutos.

—Gracias, Trespeó —dijo Han. Cualquier interrupción sólo conseguiría reducir las posibilidades de conseguir la escolta. Se dejó caer en un asiento ante Muun—. Parece olvidar con quién está hablando, general.

Los ojos castaños de Leia brillaron alarmados.

—Han...

—No hace mucho tiempo que podría haber exigido esas naves —continuó diciendo—. Si alguien se merece...

—Sé lo que se merece la princesa —Muun volvió a sentarse con reticencia—. En la Academia estudié los vídeos de historia.

—¿Vídeos de historia? —gruñó Han—. ¿Cuánto lleva en activo? ¿Desde el año pasado? —miró a través de la cúpula de plástiacero a los ajetreados muelles—. Debió conseguir muy buena puntuación para que le dieran un mando como éste.

Un estremecimiento de indignación recorrió las papadas del sullustano, pero C-3PO volvió a hablar antes de que pudiera contestar.

—Perdonen que les interrumpa, pero un emisario yuuzhan vong pide ver a la princesa Leia.

—¿Qué? —preguntaron Han y Leia a la vez.

—Dile que no —repuso Han.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó Leia.

C-3PO emitió un milisegundo de ruido digital por el comunicador, la respuesta llegó un momento después.

—El emisario yuuzhan vong se niega a revelar esa información al oficial de la nave guía, pero jura en nombre de Yun-Yammka que no le hará ningún daño. Desea discutir el destino de algunos refugiados.

—No —dijo Han.

Leia le miró con el ceño fruncido antes de dirigirse al droide.

—Dile que le remitiré instrucciones en breve.

—¿Tienes locura espacial? —Han sabía que nunca ganaría la discusión, pero tenía que intentarlo. Ya había perdido a su mejor amigo a manos de los yuuzhan vong y estaba decidido a no perder también a su esposa—. ¿O es que te has olvidado de Elan y los bo'tous, o lo cerca que estuviste de perder las piernas el año pasado en Duro?

—No lo he olvidado —dijo Leia con calma. Se volvió hacia su anfitrión—. Pero estoy segura de que el general Muun querrá saber casi tanto como yo cómo es que los yuuzhan vong conocen mi presencia aquí.

El sullustano asintió.

—Cierto.

Puede dejar entrar a un yuuzhan vong en Bilbringi! yo Han, dándose cuenta de que Muun era su mejor esperanza de evitar que Leia corriera ese riesgo—. Sólo saber cuántas naves hay...

—Sólo servirá a nuestros enemigos si la cifra es correcta —el sul uetano ni se molestó en mirar a Han. Sus papadas se elevaron para formar una tensa sonrisa y dijo a Leia:— Estábamos esperando una oportunidad así.

—Entonces será un placer proporcionársela —repuso ella, antes de volverse a C-3PO—. Puedes comunicar a los yuuzhan vong que le concederemos paso seguro.

—Siempre que se presente desarmado y desenmascarado —añadió Han lóbregamente. Los guardaespaldas noghri de Leia esperaban en el pasillo ante la puerta de Muun, y esto les gustará todavía menos que a él, pero no tenían ninguna posibilidad de hacerle cambiar de opinión—. Y como haga algo raro...

—Ya ha prometido mantener una conducta honorable —replicó C-3PO—. Pero si quiere mi opinión, la promesa de un yuuzhan vong vale tanto como la de un jawa.

El general Muun se acercó a su escritorio, abrió un canal de comunicación con su Jefe de Seguridad: —Den inicio a la Operación Recreo. No es un simulacro.

Han y los dos guardaespaldas pasaron las siguientes dos horas convirtiendo las viejas salas de interrogatorios de la base imperial en una sala de reuniones lo bastante segura para su esposa. La principal válvula de seguridad era el panel de transpariacero a través del cual se mantendría la conversación, sin olvidar los biosensores para controlar el estado corporal del yuuzhan vong, la presión negativa de aire para confinar cualquier veneno que pudiera contenerse en la sala de la que procediera y un «botón de vacío» que abriría la cámara al cuasi vacío exterior.

Los preparativos del general Muun fueron igual de exhaustivos y el doble de rápidos. Apenas había dado la orden cuando los varaderos orbitales empezaron a oscurecerse y a quedar inmóviles, dando la impresión de que el astilero estaba casi abandonado. Para cuando la nave guía apareció sobre el planetoide, sólo había activos tres varaderos abandonados, operados por un equipo mínimo que se afanaba en su trabajo como dándole los toques finales a media docena de corbetas sin

importancia. La mayoría de los varaderos no era visible, y los pocos que podían verse sólo contenían naves a medio construir que parecían abandonadas en las prisas de una evacuación temprana. Se mereciera o no el general ese mando con tan pocos años, Han tuvo que admirar su astucia; a juzgar por lo que se veía, los yuuzhan vong no se darían ninguna prisa en atacar los astilleros de Bilbringi.

C-3PO anunció la llegada del emisario, y una docena de guardias entró en la sala de interrogatorio con su presa. Se había concedido alguna cortesía diplomática al yuuzhan vong, pero se le había confiscado algo que parecía un ojo artificial, y en vez de su ropa llevaba una fina capa de la flota con la capucha echada. En la mano llevaba una criatura esponjosa parecida a los villip que usaban los yuuzhan vong para comunicarse a larga distancia, aunque éste era más grande y gelatinoso. Los oficiales científicos del astillero habían escaneado a la criatura en busca de cualquier forma conocida de ataque yuuzhan vong y confirmaron que era un aparato orgánico de comunicación, pero los guardaespaldas noghri de Leia, Adarakh y Meewalh, insistieron en hacer su propio examen, olfateando, hurgando y apretando la cosa hasta que Han creyó que explotaría.

Aún así, posó la mano sobre el botón de vacío; no pensaba aceptar la palabra de nadie acerca de nada, mientras no le explicaran cómo era que un protozoo hipercrecido podía enviar mensajes a través de la galaxia con la misma eficacia que la HoloRed.

Una vez estuvieron todos satisfechos, los escoltas empujaron al emisario hacia la única sil a de la sala, para luego salir y cerrar la puerta.

Leia se acercó al transpariacero.

—Soy Leia Organa Solo.

—Sí, nos hemos encontrado antes, en el planeta Rhommamul —la voz del emisario era ronca y arrogante, y al momento hizo que Leia empalidciera. Colocó su criatura en la mesa y se echó atrás la capucha, descubriendo una destrozada cara yuuzhan vong a la que le faltaba un ojo—. Y en Duro hasta trabajamos juntos por un tiempo.

¿Cree'ar? —la mano de Leia se posó instintivamente en el sable láser, el que le había hecho Luke tantos años atrás. Tsavong Lah había destruido su otro sable láser en Duro—. ¡Nom Anor!

—Tiene una memoria excelente —miró a Leia con frialdad—. ¿Como está su hijo Jacen? ¿Mara, sigue mejorando? Ya sabrá que engo un interés especial por el estado de su cuñada.

Han sintió que el botón de vacío le cosquilleaba en la palma de la mano y se dio cuenta de que estaba peligrosamente cerca de apretarlo.

—Sigue hablando, amigo —Nom Anor trató de matar a Mara y a Jaina durante la caída de Duro, e intentó organizar la muerte de Leia y Jacen, y antes de eso había

infectado a Mara con una enfermedad mortal que sólo había podido superar al cabo de más de dos años—. Nada me gustaría más que arrojarte al vacío.

La sonrisa de Nom Anor continuó siendo insidiosa.

—¿Antes de oír lo que vengo a decir? Además, no creo que Leia Organa Solo sea de las que rompen una promesa de paso seguro.

—La promesa es mía, no de Han —dijo Leia—. Y su autocontrol ya no es lo que era. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Con la evacuación de los vray, ¿dónde sino buscar una escolta para un convoy? —Nom Anor hizo un gesto hacia la criatura de la mesa—. ¿Puedo?

—Hace semanas que dura la evacuación de los vray —repuso Leia, presionando por una respuesta. Han dudaba que Nom Anor les dijera si había algún espía en Bilbringi, pero lo que no dijera sería igual de útil para el general Muun—. Sólo llegamos hace unas horas.

—Estamos vigilando Bilbringi, por supuesto, y esto es todo lo que diré al respecto —esta vez sin pedir permiso, despertó a la criatura con un golpecito—. Tsavong Lah desea que veáis esto.

La criatura pareció derretirse para formar un disco plano y empezó a brillar con bioluminiscencia amarilla. La luz se coaguló para formar una esbelta nave estelar con una popa abultada y el característico puente en forma de martillo de uno de los grandes cruceros civiles de la Corporación de Ingenieros de Corelia. A juzgar por la falta de actividad en los motores de iones y las puertas abiertas de la plataforma de ataque, la nave estaba varada en el espacio.

—El crucero estelar *Cazador de Nebulosas* —dijo Nom Anor—. La imagen es actual.

A Han el corazón le dio un vuelco. El *Cazador de Nebulosas* era la nave con la que iban a encontrarse Mara y Jaina. Se suponía que era una misión sencilla, un encuentro rápido en un sector seguro y volver a casa, pero era evidente que algo había salido mal. Puso su mejor cara de sabacc y se obligó a mirar a su esposa.

—Muy impresionante —dijo Leia. Su tono continuó siendo seco y burlón pese a que debía estar tan preocupada como Han—. Habéis aprendido a transmitir hologramas. Espero impaciente ver vuestros holodramas por la Red.

—Hace siglos que los yuuzhan vong hacemos luz sólida —cortó Nom Anor—. Te enseñé esta nave porque el Maestro Bélico cree que podría interesarte un intercambio.

«Ya está», pensó Han. Apartó la mano del botón de vacío, no confiando en poder resistirse si Nom Anor les anunciaba que tenían a su hija.

—Tsavong Lah se equivoca —dijo Leia. Su tono era un poco demasiado frío, única insinuación de la bola de hielo que debía tener en el estómago—. Preferiría tratar con un hutt.

—Los hutt no tienen lo que quieres —Nom Anor hundió un dedo engarriado en el holograma—. A bordo hay diez mil refugiados, y corren peligro por vuestra culpa.

—Lo dudo. Si esto es lo que Tsavong Lah deseaba enseñarme, la reunión ha concluido.

Leia le dio la espalda a Nom Anor y se apartó del transpariacero. Han deseó poder recordarle que la vida de su hija podía correr peligro, pero se contuvo, sabiendo que sólo intentaba minar la confianza de su enemigo.

Ya había llegado a la puerta para cuando llamó Nom Anor.

—Puedes salvarlos —se levantó para mirar por encima de la luz viviente—. Basta con que me digas dónde encontrar la base Jedi.

Leia miró a Han, preguntándose si Nom Anor quería decir que podía salvar a los refugiados o a Jaina y Mara.

—No hay ninguna base Jedi —dijo entonces.

Nom Anor suspiró teatralmente. Princesa Leia, vuelve a desacreditarme a ojos de Tsavong Lah —dejó caer la barbilla—. Le dije que nunca sacrificaría a tantos para salvar a tan pocos, pero él la cree dispuesta a sacrificar a más, muchos más, para proteger a los Jedi.

Mientras Nom Anor hablaba, una andanada de bolas de plasma surco el holograma y estaló contra el crucero desprotegido, abriendo agujeros en el casco de duracero. Oscuras nubes de restos del tamaño de motas y vapor atmosférico se vieron propulsados al espacio, y otra andanada de plasma entró en el campo de visión.

Muchas de las bolas entraron por los mismos agujeros abiertos por la descarga anterior y se abrieron paso por los mamparos interiores. Las nubes se ennegrecieron cuando más restos salieron al frío vacío, luego la imagen cambió, centrándose en los agujeros y mostrando que las motas eran cuerpos de pasajeros, exánimes y rotos por la despresurización.

—En verdad la sabiduría de Tsavong Lah es tan ilimitada como la misma galaxia —Nom Anor puso su único ojo en blanco como si estuviera contando un chiste, y luego hizo un gesto hacia el crucero—. Mueren porque había Jedi a bordo. Si los Jedi no quieren que mueran más, deberán rendirse en el plazo de una de vuestras semanas estándar.

—¿Más? —Han sabía que era justo la pregunta que Nom Anor quería que le hiciera, pero no pudo contenerse. Tenía que saber lo que había sido de Jaina—. ¿Cuántos más?

—Vuestros exploradores os confirmarán que nuestra flota ha rodeado el mundo de Talfaglio; durante toda la siguiente semana, retendremos en órbita todas las naves de refugiados. Si los Jedi se rinden y se entregan, permitiremos que el convoy continúe su marcha. Si los Jedi no se entregan, lo destruiremos —Nom Anor miró la mano de Han, que se deslizaba sobre el botón de vacío—. Igual que si no regreso.

—¿Esperas que los Jedi se rindan? —preguntó Han. Sentía demasiado alivio porque Nom Anor no hubiera mencionado a Jaina o a Mara como para enfurecerse de verdad por la muerte de diez mil desconocidos por la que igual debía sentirse culpable; sólo le importaba que Jaina y Mara estaban a salvo—. Eso no sucederá, amigo. Podéis darlo por hecho.

Han clavó la mirada en Nom Anor y bajó la mano hacia el botón de vacío, sonriendo malévolamente y tomándose su tiempo para dar a Leia la oportunidad de detenerlo. El yuuzhan vong enfrentó su mirada con una risita y no apartó la vista, ni siquiera cuando Han tocó el botón. Este se detuvo ahí, esperando a que Leia lo detuviera, pero él siguió sin decir nada. La miró y vio que clavaba los ojos marrones en el emisario con una rabia sin paliativos.

—¿A qué esperas? —preguntó ella.

—¿En serio?

Leia asintió.

—Adelante.

El tono de su voz preocupó a Han, y entonces se dio cuenta de que podía haber otro motivo para que Nom Anor no mencionase a Jaina o Mara, un motivo que ya se le había ocurrido a su esposa. Era muy posible que estuvieran a bordo cuando se destruyó el *Cazador de Nebulosas*, y que los yuuzhan vong no supieran a quiénes habían matado.

Han presionó el botón de vacío y un sello siseó al abrirse el panel del techo. Nom Anor abrió mucho su único ojo.

—¿Estáis locos? —se puso en pie de un salto—. ¡Vais a matar a millones de seres!

Leia alargó la mano y dejó de presionar el botón de vacío, deteniendo el panel del techo donde estaba.

—Nosotros no, vosotros.

El aire continuaba siseando mientras se escapaba de la cámara, haciendo que la imagen del *Cazador de Nebulosas* parpadeara y desapareciera mientras la criatura villip se arrugaba sobre sí misma.

Nom Anor miró al techo, y luego otra vez a Leia, con su espantoso rostro boquiabierto por la sorpresa. Él esperó a que él se llevase los dedos a los oídos, entonces volvió a presionar el botón y cerró el panel.

Cuando Nom Anor se apartó las manos de los oídos, Leia dijo: —Vuelve con tu Maestro Bélico y dile cómo te hemos tratado. Dile que los Jedi no aceptamos ninguna responsabilidad por las vidas que él amenace, y que cualquier emisario que haga una amenaza similar no volverá con él.

Nom Anor asintió, si no humildemente, al menos no con altivez.

—Se lo diré, pero eso no cambiará nada —fue hasta la puerta y esperó a que se

abriera para añadir—: El Maestro Bélico cree que esto funcionará, y todavía no se ha equivocado.

Luke Skywalker sabía que unos días en el tanque de bacta curarían los daños físicos, pero en Alema había una angustia que nunca desaparecería. Había podido sentirlo mientras el a flotaba en un desasosegado trance curativo, y el tormento sólo empeoraría cuando despertara para conocer el destino del azador de Nebulosas. Tendría más sentimiento de culpa, más ira, más miedo a la... la cosa que había matado a su hermana. Ya había estado peligrosamente cerca del Lado Oscuro cuando lideró la resistencia de Nueva Plympto, y ahora le resultaría una alternativa irresistible a aceptar cualquier responsabilidad por la muerte de su hermana, por la destrucción de Nueva Plympto y por el destino del crucero. No se trataba de si Alema Rar se pasaba o no al Lado Oscuro, sino cuándo lo haría y por cuánto tiempo.

La puerta de la enfermería se abrió detrás de Luke con un susurro y se volvió para encontrarse con que los ojos líquidos de Cilghal lo estudiaban desde el umbral.

—Lamento interrumpir, Luke, pero tu cuñado exige hablar contigo.

Parece creer que le ocultamos algo.

Luke sonrió.

—El bueno de Han. Me alegro de que haya vuelto a la normalidad.

La enorme boca de Cilghal se separó para formar una sonrisa mon calamari.

—Sí, ¿verdad?

Luke la siguió por un pasillo en curva y se dirigió a la bóveda de conferencias. Como buena parte de la nueva base, el túnel había sido cortado con láser en la roca sólida, sel ándose contra escapes al vacío con plastiespuma blanca que la hacía parecer más suave y luminosa que la típica cueva. La espuma también era un excelente aislante, y atrapaba con tanta eficiencia el calor que generaba el equipo que la mayoría de las especies prefería llevar abiertos los trajes de vacío de emergencia, todavía demasiado a menudo necesarios. Ingeniería intentaba corregir el problema, pero la mayoría de los habitantes ya se referían a los dormitorios como las saunas.

Luke entró en la bóveda de conferencias y encontró a sus sobrinos, Jacen y Anakin, esperando junto a Danni Quee, Tahiri Veila y un grupo de otros Jedi. Sobre el holoprojector que había en el centroide la mesa de conferencias flotaba un pequeño holograma de Han y Leia. Han interrogaba a sus hijos sobre por qué no estaba su hermana presente en la sala; Leia parecía un tanto avergonzada.

Luke se unió a los demás en la mesa y, con el agradecimiento de sus sobrinos, tomó su lugar ante el arco de holosensores.

—Han, Jaina está en el centro de señales con Erredós, intentando limpiar una transmisión que recibieron del *Cazador de Nebulosas*. Vendrá en cuanto pueda, pero no puede dejar de golpe lo que está haciendo.

Han frunció el ceño, pero pareció aceptarlo.

—¿Te has enterado de la amenaza?

Luke asintió.

—Hace unos minutos.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—Estaba con Alema Rar. No se había puesto el arnés de seguridad cuando la cápsula salió eyectada y está muy maltrecha. No pudo decir gran cosa cuando la trajeron salvo «voxyn», así que esperaba conseguir una impresión subconsciente de lo que le había pasado a su hermana.

Han estrechó los ojos.

—¿Una impresión subconsciente?

—Mediante la Fuerza, Han —dijo Luke, empezando a perder la paciencia con su cuñado. Aunque Han volvía a ser casi el mismo, su dolor por la pérdida de Chewbacca seguía manifestándose de formas peculiares. Lo último era un ramalazo nervioso que tenía tanto a Leia como a sus hijos caminando de puntillas—. Jaina está bien, igual que Mara.

Han no pilló la sutileza.

—¿Y cómo es que Mara no está ahí?

—Tampoco puede dejar lo que está haciendo. Está dando de comer a Ben.

—Tendrás que disculparnos por estar algo nerviosos —repuso Leia, dirigiendo una mirada irritada a su marido—. Lo que hizo Nom Anor fue toda una demostración. Diez mil personas asesinadas, y dudo que hubieran dejado de hacerlo si les hubiéramos dicho dónde encontrar Eclipse. ¿Qué vamos a hacer con Talfaglio?

—Lo primero es recordar que permitir que los yuuzhan vong nos hagan responsables de ello es seguirles el juego —dijo Luke—. No debemos olvidar que aquí los asesinos son ellos, no nosotros.

Eso no puede ser más cierto, Maestro Skywalker —dijo Cilghal, dirigiéndose a Luke con más formalidad ahora que estaban en un grupo mayor—. Pero no me siento cómoda cerrando los ojos ante la muerte de tantos. Sea o no nuestra la responsabilidad, debemos hacer algo para impedirlo, si se puede.

—Y tampoco somos completamente inocentes de esto —dijo Jaina, entrando en la bóveda seguida por R2-D2 y varios Jedi. La noticia de la amenaza de Tsavong Lah se estaba propagando y el personal de la base acudía a la bóveda de conferencias—. Había Jedi en el *Cazador de Nebulosas*, los mismos que lideraban la resistencia en Nueva Plympto. Las hermanas Rar pusieron en peligro al crucero en cuanto subieron a bordo, igual que nosotros al acudir a la cita con ellas.

—¿Y cómo sabes que los yuuzhan vong no se los habrían llevado para sacrificarlos? —preguntó Danni Quee, siempre rápida al señalar el fallo en cualquier discusión. Era una mujer pequeña, de ojos verdes y rizado pelo rubio, de las primeras

personas que cayeron prisioneras de los yuuzhan vong y la primera en presenciar sus torturas—. No podemos presumir de saber cómo piensan esos asesinos. Así sólo cometeremos errores. Y errores muy graves.

Mientras hablaba, Danni se apartó a un lado para que Jaina pudiera unirse a Luke en el arco de sensores del holocomunicador.

—Hola, papá, mamá —dijo Jaina—. Siento haberos hecho esperar.

—No ha sido para tanto —repuso Leia.

La tensión desapareció del rostro de Han, que añadió: —Sí, no es problema.

La calma se prolongó un segundo más antes de que Anakin Solo, con su cabel o castaño tan indómito como siempre, acelerara la conversación.

—Mirad, da igual que seamos o no responsables de ello. Hay cientos de miles, quizá millones, de vidas en peligro. Y tenemos que hacer algo.

—¿Qué quieres que hagamos, Anakin? —preguntó Luke.

Tahiri contestó por él.

—Romper el bloqueo, claro —rubia y esbelta, en muchos aspectos, Tahiri parecía una versión de quince años de Danni Quee, incluso fue prisionera de los yuuzhan vong hasta que Anakin la rescató de un laboratorio de cuidadores—. Haremos que lo paguen caro, para que no vuelvan a intentarlo. Es la única forma en que podremos volver esto contra ellos.

—Y puede que sea precisamente eso lo que esperan que hagamos — dijo Danni—. Si consideran a los Jedi unos guerreros como ellos, esperarán una respuesta honorable. Han asintió en el holograma.

—Quieren hacer salir a los Jedi. Seríais idiotas si lo hacéis, y más ahora que os esperan.

—¿Entonces dejamos que muera un mundo? —la voz tranquila de Jacen contrastaba con la creciente tensión de la sala. Se volvió hacia Tahiri y Anakin—. Ir por ahí agitando los sables láser también contribuye a que maten a más gente.

Anakin frunció el ceño, como hacía últimamente cada vez que hablaba su hermano mayor.

—Igual tú puedes quedarte al margen y mirar.

Jacen alzó una mano.

—Déjame acabar, Anakin. Sólo digo que ninguna de esas salidas es buena —miró a los reunidos en la sala—. Si luchamos, los yuuzhan vong matarán a más gente, si no luchamos la matarán de todos modos. No podemos permitir ninguna de ambas cosas. Se supone que los Jedi son los defensores de la vida en esta galaxia.

—¿Qué estás diciendo, Jacen? —exigió Han—. ¿Que los Jedi deben rendirse? —cerró los ojos e hizo una mueca—. Dime que no es eso lo que dices.

—Nadie se va a rendir, Han —dijo Luke.

Comprendía la preocupación de Han. De todos los jóvenes Caballeros Jedi que

habían ido a Eclipse, Jacen era el más filosófico, y no conseguía asimilar la paradójica idea de que a veces es necesario destruir para poder conservar. Luke sabía que las preocupaciones de su sobrino se debían a una visión perturbadora que había tenido en el planeta Duro, donde vio cómo la galaxia se inclinaba hacia la oscuridad incapaz de evitarlo. Temiendo alterar aún más el equilibrio, el joven Jedi había abandonado por un tiempo la Fuerza, y aunque había vuelto a usarla cuando los acontecimientos lo requirieron para salvar a su madre, seguía inseguro acerca de su visión y a veces eso lo acercaba a la inacción, una situación a su modo tan peligrosa como la que pronto acabaría conduciendo a Alema al peligro.

—No vamos a rendirnos —repitió Luke—. Y no permitiremos que los yuuzhan vong nos arrastren al combate sin estar preparados —se volvió hacia Danni y Cilghal—. ¿Puede ofrecernos algo ya el Programa Eclipse?

Danni negó con la cabeza.

—Nada. Los holos indican que hay un yammosk coordinando las batallas, pero resulta imposible identificar alguna pauta en la forma en que despliega las tropas o determinar cómo se comunican.

Tenemos que acercarnos más.

Luke miró a Cilghal.

—¿Y los villip?

—Me temo que mi grupo ha hecho todavía menos progresos. Es evidente que los yuuzhan vong dejaron de usar los villip que capturamos, lo cual sólo nos dejó la disección. Hasta el momento, no tenemos ni la menor idea de cómo funcionan.

Luke asintió con la cabeza a las dos científicas.

—Es demasiado pronto para esperar progresos, pero ya los habrá — se volvió hacia los demás, que ahora eran casi cincuenta, incluidos Mara, su hijo Ben y más de una docena de voluntarios no Jedi—. Aún no tenemos claro cuál es nuestro camino, pero estoy seguro de una cosa. Sería una locura permitir que los yuuzhan vong nos arrastren a la lucha sin estar preparados. Espero que podáis ser pacientes y que confiéis en que la Fuerza hará recaer la culpa de la destrucción del *Cazador de Nebulosas* sobre los hombros adecuados.

El grupo murmuró su asentimiento y empezó a disgregarse, mientras Mara acudía a su lado.

—Bien dicho, Luke —acunaba a Ben en un brazo mientras se ponía de puntillas para besarlo en la mejilla—. Pero me sentiría mejor si la Fuerza no fuera ciega a los hombros de los yuuzhan vong.

Capítulo 3

El Museo de Fotónica Aplicada era una de las mil blasfemias paganas excluidas de la redención de Obroa-Skai, y se alzaba sobre los circundantes criaderos en un reluciente amasijo de torres de transpariacero y galerías de vidrioplástico. Aunque Nom Anor había pasado demasiado tiempo entre infieles como para encontrar ofensiva la visión, sabía que no debía evidenciar que estaba a gusto en el lugar. Se detuvo en el umbral para dirigir una mirada de añoranza a la llanura negra criadero de zánganos, hizo una mueca de disgusto y siguió a sus escoltas hasta el vestíbulo, donde un centenar de cautivos verpines miraban a sus guardias yuuzhan vong con inescrutables ojos de insecto. Tras una breve conversación con el subalerno del destacamento, los escoltas le guiaron por un laberinto de pasillos iluminados por bolas vagabundas de luz pura.

Encontraron a Tsavong Lah en una cámara rodeada por lo que parecían cien kilómetros de una maraña de hilos translúcidos. El Maestro Bélico era un guerrero completamente tatuado, con los labios cortados y la armadura implantada en el hueso, y sostenía un pequeño holopanel en la mano, mirando su disco proyector con una mirada que otros habrían reservado para cobardes y esclavos.

—Ahora —dijo al instrumento.

Apenas dijo esas palabras cuando un fogonazo instantáneo iluminó la maraña de hilos, y saltó en el espacio vacío hasta el Ulterior del holopanel. Un milisegundo después, una imagen a tamaño natural de un Ala-X infiel aparecía sobre su mano, oscureciendo el tronco del Maestro Bélico y buena parte de la sala. El caza giró lentamente hacia la puerta y abrió fuego; sólo Nom Anor no buscó protegerse.

—¿Sabes lo que haría yo con esto, si yo fuera los infieles? —preguntó Tsavong Lah, hablando desde el interior del holograma.

—Destruirlo, claro —respondió Nom Anor—. Esas cosas inánimes son una abominación para los dioses. No sabría decirte lo mucho que me desagradó soportarlas mientras preparaba el terreno para nuestra invasión.

—Todos hacemos lo que es necesario, Ejecutor, y ya se te ha elogiado por soportar la inmundicia del enemigo —Tsavong Lah hablaba con tono irritado, y quizá algo distraído—. No podemos derrotar lo que no comprendemos. Por ejemplo, los pilotos de nuestros coralitas podrían ser confundidos por una imagen como ésta. De ser yo el enemigo, la galaxia estaría llena de estos aparatos.

—La galaxia está llena de ellos —respondió Nom Anor, molesto—. No son dignos de admiración, Gran Señor. Son tan limitados en sus capacidades como nuestros enemigos.

El Ala-X desapareció, y Tsavong Lah dejó caer la holoplaca al suelo para

aplastarla con la garra acorazada de vua'sa que ahora ocupaba el lugar del pie que le había cortado Jacen Solo.

—El enemigo ha demostrado ser lo bastante válido como para vencerte varias veces —la voz del Maestro Bélico estaba llena de desprecio; como auténtico creyente en la supremacía de los dioses yuuzhan vong, repudiaba la influencia del azar y consideraba cada fracaso un indicio de la decadencia espiritual del instrumento utilizado—. Confío en que esta vez no sea el caso.

—El chilab funcionó muy bien —Nom Anor inclinó la cabeza a un lado, se tapó la nariz y proyectó aire por los senos nasales. Aunque carecía de la fe para disfrutar de verdad con el dolor que producía la oruga neuronal al soltarse, fingió una sonrisa de satisfacción cuando la cosa separó sus dendritas del quiasma óptico y salió por la cavidad nasal. Dejó que cayera en la palma de su mano y se la mostró a Tsavong Lah—. Tuve una buena visión al entrar allí. Estoy seguro de que sus recuerdos del chilab serán de utilidad para planear el ataque.

—No lo dudo —Tsavong Lah se guardó la oruga en un bolsillo de la capa de aguzadas garras que se aferraba a sus hombros—. La examinaré más tarde. ¿La reunión con Leia fue bien?

—Muy bien —habría sido impensable responder otra cosa—. fío dudo de que los Jedi responderán a nuestro desafío.

—Estás más confiado de lo que estaría yo en tu lugar —dijo detrás de él una voz suave y grave—. Los Jedi se olerán nuestra trampa y serán precavidos.

Nom Anor se volvió para ver una bola de plumas moteada pasar ante los guardias dando saltitos sobre delgadas patas de articulaciones invertidas. Sus ojos finos y sus antenas rizadas le proporcionaban cierto aspecto de polilla, aunque Nom Anor la consideraba más bien una plaga a la altura de un radank.

—Vergere —resopló—. No estaba al tanto de que conocieras tanto a los Jedi.

—Vergere los conoce mejor que yo —dijo Tsavong Lah—. Ella dijo que los *Jeedai* te dejarían vivir. Yo creía que te matarían nada más verte.

—Puede que estuvieras más cerca de la verdad que esa mascota — Nom Anor se negaba a considerar a Vergere una ayudante, pues la peculiar criaturita no era más que la mascota de una agente que murió durante un fallido intento de contagiar una enfermedad a los Jedi. Se había convertido en consejera de Tsavong Lah tras pasar un tiempo presa del Servicio de Inteligencia de la Nueva República, donde en unas pocas semanas consiguió averiguar tantas cosas del enemigo como Nom Anor en todos sus años de agente instigador. Se había cuestionado su lealtad, pero en cuanto se comprobó lo fiable que era su información no tardó en convertirse en el principal rival de Nom Anor.

—Leia Solo y su consorte intentaron matarme como esperabas — continuó Nom Anor—, pero conseguí manipular sus emociones humanas para salvar la vida.

—¿Así que ahora puedes controlar las emociones de los Jedi? —se burló Vergere—. Quizá deberías hacer que se rindan.

—Se puede atraer con una sonrisa y buenas palabras a un tana al foso del escupidor —Nom Anor extendió los brazos y se volvió hacia Tsavong Lah—. Pero ni siquiera yo puedo convencerlo para que ponga su cuel o en el yugo cortador.

El Maestro Bélico le recompensó con un asentimiento cortés.

—Me interesa más lo que dijo Leia Solo sobre el porqué sigues con vida. ¿Cómo reaccionó cuando el *Regalo de la Angustia* destruyó a los infieles?

—Quería matarme.

—Pero no te mató. ¿Qué hizo en vez de eso?

—La convencí de que así mataba también a millones de refugiados — hasta él mismo se dio cuenta de que se aferraba demasiado a su afirmación, quizá por la vergüenza que había padecido en Duro a manos de Leia—. Y cedió.

—No cedió; se negó a aceptar la culpa —dijo Vergere como si eso fuera un hecho, no una suposición. Saltó hasta ponerse junto al Maestro Bélico—. Ha sido una diplomática toda la vida. Que ella cayera en esa trampa sería como que tú te metieras en una emboscada.

Tsavong Lah meditó esa argumentación, pero sólo por un instante.

—Quizá lo parezca, pero está pasando algo más —miró a Nom Anor por encima del lomo emplumado de Vergere—. Te dejó vivir por una razón. ¿Cuál?

La respuesta, claro está, era que el a le había dado su palabra, pero Nom Anor sabía que no debía decir eso. Semejante respuesta contradecía la opinión expresada antes por el Maestro Bélico, y aunque un subordinado yuuzhan vong podía insinuar, retorcer e incluso subvertir, y aún así esperar seguir con vida, nunca podía contradecir. A veces Nom Anor se preguntaba si no era mejor el método de los infieles, y suponía que el hecho de no encogerse de miedo ante el castigo de los dioses era señal de que llevaba demasiado tiempo lejos de su pueblo. Nom Anor se encogió de hombros, dejando al margen la cuestión de por qué lo habían obligado a soportar la dolorosa introducción del chilab si el Maestro Bélico no esperaba su regreso.

—Antes de liberarme, me dio una advertencia. Dijo que te dijera que los Jedi no aceptan responsabilidad por los rehenes, y que todo emisario que envíes con una amenaza semejante no volverá.

Si Tsavong Lah notó la ligera contradicción existente en la afirmación de que había sido él quien controlaba a Leia, no dio señal de ello. Se limitó a mirar a Vergere.

—Vuelves a acertar, servidora mía.

Ella le sonrió.

—¿No te dije que los Jedi resultarían ser dignos adversarios?

—Así es —dijo el Maestro Bélico—. Y los refugiados serán su perdición. Será lo que separe a la Nueva República de los *Jeedai*.

Capítulo 4

Lo único bueno que tuvo la amenaza de Tsavong Lab fue que el general Muun decidió que era un mal momento para que pareciese que no le importaba el destino de los refugiados, y un momento especialmente bueno para afianzar su carrera «rescatando» a un grupo de evacuados. No sólo envió diez naves para escoltar a los vray sino que insistió en dirigir personalmente la operación, liberando a Han y Leia para volver directamente a Eclipse.

Una de las muchas cosas malas que tuvo la amenaza era que cuando llegaron, Luke ya les esperaba con una misión y la petición de que le prestaran a C-3PO. Los Solo apenas tuvieron tiempo de saludar a Anakin y los mel izos antes de volver a ponerse en marcha, esta vez hacia la estación *Nova*, en lo que una vez fue el Sistema Carida.

El espacio que rodeaba la estación *Nova* era el espacio más rojo que había visto nunca Leia, al estar lleno de los restos aún enfriándose de la explosión que convirtió su sol en una supernova. Ondeantes retazos de gas carmesí pasaban lentamente junto a la estación giratoria, oscureciendo las distantes estrellas y recordando la sangre consumida en un instante de millones de caridianos muertos. Leia, sentada al lado de Han en una cantina irónicamente llamada Gran Explosión, bebiendo un revientaojos mientras intentaba ignorar a la banda bith de Bobolo Baker, no pudo evitar cómo se le revolviera el estómago al pensar que había sido por un cataclismo artificial, causado por la insaciable sed de venganza y destrucción de su especie.

Una campanilla electrónica de aviso repicó tres veces ahogando Parcialmente la melodía nocturna de la banda, y una voz masculina farfulló algo por el sistema público de altavoces. Leia y Han volvieron la cabeza, como todos los demás en la cantina hacia un proyector de hologramas que pendía sobre la banda bith. allí apareció el nombre de *Bailarín de Asteroides*, con una línea debajo que calificaba la nave de carguero YT-1500. Unos momentos después se añadía la palabra «Confirmado», y aparecía un holograma de la característica carlinga de la nave.

Han gruñó por la frustración y cogió la jarra de revientaojos que tenía ante sí.

—Ya deberían haber llegado —l enó su vaso, dio un sorbo, intentó no poner mala cara y devolvió la bebida a la mesa—. Booster no vendrá.

—Tiene que venir —dijo Leia, encantada al ver el desagrado en la cara de Han. Tras la muerte de Chewbacca había bebido lo que fuera, cuanto peor supiera mejor. La curación de sus papilas gustativas era otro signo de que se estaba curando interiormente—. Hasta el *Ventura Errante* necesita repostar. ¿No se nos habrá escapado?

Han le dirigió una de sus miradas patentadas para las preguntas tontas, e hizo una

seña al holopanel.

—¿Cómo se nos va a escapar un destructor estelar? —No puede — admitió Leia—. Aquí no.

La estación *Nova* se había construido para reemplazar a *Carida* como estación de paso en la Ruta Comercial Perlemiana y flotaba dentro de la capa de gas en expansión de la supernova, moviéndose tras sus límites a los mismos tres kilómetros por segundo. Por tanto, cualquier nave estelar que quisiera atracar en la estación debía salir del hiperespacio y entrar en la nube a velocidad sublumínica, usando luego sus sensores para obtener un destino final. Eso hacía que la seguridad de la estación, y cualquiera con un sistema decente de sensores, pudiera identificar la nave mucho antes de que llegara, convirtiendo ese lugar en un refugio ideal para contrabandistas, criminales y cualquiera con motivos para tener que salir corriendo con ventaja.

Han miró al otro lado de su mesa.

—¿Qué dices, pelirroja? —se refería a los cabellos color neón de Leia, que ya casi le llegaban al hombro tras haber tenido que rapárselos el año anterior durante una descontaminación en *Duro*. El pelo teñido temporalmente era tan parte de su disfraz de contrabandista como la cazadora y el mono ajustado de novia piloto—. ¿Nos vamos ya?

Leia sonrió y negó con la cabeza. — Qué tal si comemos algo? —dijo mientras alargaba el pulgar hacia el panel de servicio, pero se detuvo al ver que alguien de la mesa contigua miraba a Han.

El observador era un *weequay*, grande como una pequeña montaña, con una nariz ancha y un rostro tan profundamente arrugado que resultaba tan repugnante como el de un *yuuzhan vong*.

—Creo que están a punto de reconocerte.

—¿A mí? —Han se volvió para mirar al escaparate del local e intentar localizar al espía en el reflejo—. No es mi cara la que lleva veinte años apareciendo en la Red.

Han, que hacía tiempo que se resentía por la pérdida de anonimato que conllevaba ser un héroe de la Rebelión, había limitado su disfraz a un bigote de cepil o y un par de almohadillas en las mejillas. Todo lo cual, junto con una barba de dos días, había bastado hasta el momento, probablemente porque la gente no esperaba ver al marido de una antigua Jefe de Estado en un lugar como la Gran Explosión.

Pero era evidente que su suerte estaba cambiando. El gran *weequay* cogió su bebida y se levantó, el guardapolvos de vuelo se abrió para mostrar la empuñadura de la enorme vibrocuchilla que llevaba en la cadera. Consciente de que su guardaespaldas *noghri* se estaría poniendo nervioso, Leia miró rápidamente en dirección a *Meewalh*.

Éste era una presencia intimidante con su piel correosa y sus ojos de loco, pese a ser enjuto, nervudo y no medir más de metro y medio, y hasta la clientela de la Gran

Explosión se apartaba de él. Leia parpadeó dos veces para indicarle que esperase y luego simuló no notar que el desconocido se acercaba a Han.

Espera un momento —dijo Han, más para sí mismo que para Leia—. Yo conozco a este tío.

Leia, con gesto casual, puso la mano bajo la mesa y soltó la correa del láser de su cadera. El mero hecho de que su marido conociera a alguien no era garantía de que ese alguien no tuviera malas intenciones. El enorme weequay se detuvo junto a su mesa tras dirigir una mirada apreciativa a Leia, se volvió hacia Han.

—Supuse que serías tú —dijo—. Reconocería ese olor en cualquier parte.

—¿Ah, sí? —estrechó los ojos mientras miraba al weequay intentando recordar dónde lo había visto antes—. Me lo dicen mucho.

—No he visto entrar a tu nave, Miek —la sonrisa del weequay era casi un gesto burlón; era evidente que disfrutaba viendo cómo Han se esforzaba por recordarlo—. ¿Sigues con el *Franquicia Solar*?

—Podría decirse que sí —Han le dedicó una sonrisa conspiradora y tomó un trago largo de revientaojos para ganar tiempo. *Franquicia Solar* era otro de la docena de falsos códigos de transpondedor que solía usar el *Halcón*, y Han tenía más alias de los que podía recordar.

Habían atracado en la estación *Nova* con el nombre de Fortuna. Por fin, devolvió el vaso a la mesa y lo volvió a llenar con la jarra—. Pero tendrás que buscarlo con otro nombre.

El weequay se rió.

—Ya me lo suponía. Ese capitán tuyo siempre fue un tramposo — cogió una silla y se sentó, mirando luego a su alrededor—. Aunque no he visto ningún ryn por aquí.

Los ojos de Han se endurecieron de un modo que sólo puedo notar una esposa, y Leia supo que por fin había situado al inoportuno visitante.

—Droma ya no dirige las cosas —dijo Han. Droma y Han se habían encontrado tras la captura de Ord Mantel, pasándose luego medio año buscando a los perdidos compañeros de su clan ryn, reuniéndose con ellos en un campo de refugiados de Duro. Aunque Droma y los suyos desaparecieron luego en el espacio, habían ayudado a Han a recuperarse cuando Leia no había podido, y siempre tendrían un lugar de preferencia en su corazón—. Nos separamos hace casi un año.

—¿De verdad? —el weequay volvió a mirar a Leia, medio babeando y medio evaluándola—. ¿Y ésta es tu nueva capitana?

Han pareció herido.

—El capitán soy yo. Ella es mi oficial y compañera.

—Ya puedes decirlo —Leia miró a su marido desde el otro lado de la mesa—. Sólo en los días buenos.

El weequay rió de corazón y luego sorprendió a Leia metiendo la mano bajo la

mesa para posarla en su rodilla.

—La próxima vez que tengas un día malo, ven a verme al *Dulce Sorpresa*. Soy el oficial de a bordo, pero podrás elegir el puesto que quieras.

—Ya vale Plaan. No busca trabajo —el tono de Han era serio.

—¿Y tú que haces fuera de Tholatin? Creía que eras el Jefe de Seguridad.

La escasa diversión que la situación le producía a Leia desapareció.

Tholatin era hogar de un grupo de contrabandistas traidores a los que no les importaba ayudar a los yuuzhan vong si el precio era lo bastante bueno.

—Cambié de trabajo. Como te he dicho, soy el primer oficial del *Dulce Sorpresa* —apartó la mano del muslo de Leia—. Me he acercado a hablar contigo porque vamos cortos de personal para este viaje. La paga es buena.

Han esperó lo justo para que Leia negara con la cabeza y alzó una mano para acallarla.

—¿Cómo de buena?

—Capitán —interrumpió Leia. Fuese gracias a la Fuerza o a todos los años que llevaba con él, supo instintivamente, al momento, cuál era el papel que él quería que interpretase—. ¿Qué pasa con la carga que estamos esperando?

Han ni la miró.

—Se ha retrasado.

—Pero ya nos han pagado por el trabajo —Leia seguía interpretando su papel, pero también estaba irritada porque no la hiciera caso—. Y ya sabes lo que le pasa a los contrabandistas que no cumplen sus compromisos. No quisiera verte congelado en carbonita o algo parecido.

Han hizo una mueca y tomó otro trago largo de revientaojos.

El acuerdo tenía una cláusula. Si el cargamento llegaba más de un día tarde, pasaríamos más tarde a recogerlo. Oigamos esto.

—No pudo decirte gran cosa mientras no estés dentro —dijo Plaan.

—No necesito saber mucho —repuso Han—. Mientras no sea algún timo con refugiados. Lo último que quiero es que se me eche encima una flota de la Nueva República.

Plaan negó con la cabeza.

—Eso se acabó. Esta vez llegarán a donde quieren ir; es un buen trato para ellos y para nosotros. Es para no creérselo.

Leia se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre las costillas imitando lo mejor que podía a una amante furiosa. No le fue difícil.

—¿Cuánto tiempo llevaría? —preguntó Han. —Habría que dar un salto para recoger el resto del cargamento —respondió Plaan—. Y después un viaje de dos días, no más.

Han miró al otro lado de la mesa.

— ¿Qué te parece, pelirroja?

—¿Y qué pasa con el Fortuna, Miek? —dijo Leia, dándose cuenta de que seguía buscando información—. ¿Volveremos haciendo dedo?

—Te traeremos —dijo Plaan—. Pasaremos por aquí a la vuelta.

— ¿Cuánto? —preguntó Han.

—Cinco mil —respondió Plaan.

—¿Cada uno? —preguntó Leia.

Plaan frunció el ceño.

—Por los dos, incluyendo el coste de dejar el Fortuna aquí atracado.

Han miró a Leia.

—¿Y bien?

Leia puso los ojos en blanco y cogió el vaso de revientaojos.

—Lo pensaremos —dijo Han.

Plaan se dispuso a subir la oferta, miró a Leia y cambió de idea.

—No lo penséis demasiado. Partimos en una hora.

Cogió su bebida y se fue, moviéndose entre la multitud hacia otra pareja de probables reclutas. Leia le miró mientras se sentaba con ellos y les soltaba su discurso, alzando la mirada como todos los demás cuando se oyó el campanileo de alarma. Lo que apareció esta vez sobre la cabeza de los bith fue el nombre de *Corredor Luminoso*.

—Bueno, ¿adonde va? —preguntó.

—Con ese programa, sólo hay tres posibilidades —replicó Han—. Kuat, Borleias o Coruscant.

—Coruscant —dedujo Leia—. Kuat y Borleias están rechazando a los refugiados. Si espera que los admitan a donde los lleva, es Coruscant.

Plaan había encontrado sus dos tripulantes y se levantó, le hizo una seña a Han y Leia mientras se abría paso hacia la salida acompañado de una pareja de ossanos de orejas caídas. Han alzó su vaso hacia el gran weequay y dio un trago largo, esperando entonces a que se fueran para presionar el panel de servicio de la mesa..

—¿Adonde vas tú? —Leia puso el énfasis en el «tu».

—A hacer gárgaras. No soporto los revientaojos —replicó Han—. Y luego a Coruscant.

Leia continuó sentada.

—No puedo ir. Ya sabes lo preocupado que está mi hermano por sus estudiantes.

Los jóvenes estudiantes de la Academia Jedi estaban en esos momentos con Booster Terrik a bordo del *Ventura Errante*, saltando por la galaxia de forma aleatoria para impedir que los yuuzhan vong los localizaran. Desgraciadamente, en los dos días que habían transcurrido desde que Alema Rar despertara en Eclipse y describiera el ataque a su hermana, dos Jedi habían sido víctima de los voxyn, uno en el mundo

teóricamente seguro de Kuat. Luke estaba preocupado porque el *Ventura* tropezara con uno de los matajedi en alguna parada para repostar, y había pedido a Han y Leia que dieran a Booster las coordenadas de la nueva base Jedi de Eclipse y le sugiriera que a partir de entonces sólo repostara allí. Pero Booster seguía siendo Booster y ya llevaba tres días de retraso respecto a la cita prevista en su agenda, y hasta Leia tuvo que admitir que era improbable que la mantuviese.

—Esperemos un día más —sugirió—. El *Fortuna* es rápido. Si Booster sigue sin aparecer, todavía podremos llegar a Coruscant antes que Plaan.

—Vale, no pienso irme sin ti —suspiró Han—. Pero el Escuadrón Picaro está ahora de turno en Coruscant, y Wedge me debe un favor.

Deja que al menos hable con él y me asegure de que el *Dulce Sorpresa* reciba una cálida bienvenida.

—¿Wedge Antilles te debe un favor?

—Todo el mundo me debe un favor.

Por supuesto, Booster no se presentó, y Wedge, el general 1 'es, era reticente a ordenar el registro de una nave con los Papeles en regla sin alguna «evidencia de sospecha», en este caso un denunciante presente. Sabedora de que eso no era sino una concesión básica al sentimiento en contra de los Jedi del Consejo asesor, Leia mantuvo con reticencias la promesa que le había hecho a Han e informó a Luke de que era imposible seguir esperando al *Ventura Errante*. Salieron de la estación *Nova* y saltaron al hiperespacio en la Ruta Comercial Perlemiana. Han suponía que irían lo bastante deprisa como para llegar a Coruscant antes que el *Dulce Sorpresa*.

Los cálculos de Han estaban algo errados. Salieron del hiperespacio para recibir la noticia de que el Escuadrón Picaro iba camino de interceptar al *Sorpresa*. Wedge pidió a Han que se reuniera con él en Control Orbital para complimentar la denuncia, y éste no sorprendió a nadie prometiendo presentarse en cuanto viera lo que pasaba con el *Sorpresa*.

La habitual aura de Coruscant de titilantes luces pertenecientes a naves estelares estaba ahora concentrada en un paquete de halos luminosos. El ejército había rodeado el planeta con un escudo de minas espaciales orbitales para protegerlo contra posibles ataques *Sorpresa* de los yuuzhan vong, dejando abiertas sólo unas pocas docenas de estrechas franjas de tránsito y haciendo que la habitual tormenta de tráfico circulara a paso de caracol.

Han llevó el *Halcón* a la parte superior de una franja y descendió hasta situarse a pocos cientos de metros de la enorme popa del *Dulce Sorpresa*, ganándose así un ensordecedor chillido por el comunicador proveniente del carguero de mil metros al que acababa de cortar el paso. Se precipitó hacia el comunicador para devolver la afrenta y Leia casi se le echó encima desde el asiento del copiloto tamaño wookiee para detenerlo.

—Tranquilo, pilotito. No es momento de empezar una pelea a insultos.

Cuando Han apartó la mano, el a abrió una frecuencia privada con el carguero.

—Sentimos haberle cortado el paso, carguero. Un control militar provocará un retraso en la circulación delante de nosotros. Le sugiero que se desvíe a babor.

—¿Un retraso? —respondió la gélida voz de un duros—. ¿Y cómo le llama a esto?

—El enorme carguero empezó a deslizarse por la franja de tráfico, ocasionando tal escándalo de chillidos por el comunicador que Leia tuvo que bajar el volumen.

—¿Quién necesita al ejército? —preguntó Han—. Dejemos que los yuuzhan vong se metan en esta tormenta de tráfico y a ver cuánto aguantan.

La tormenta empeoró cuando aparecieron cuatro pequeños Ala-X que giraron sobre su morro y se situaron tras el *Dulce Sorpresa*. Leia buscó en los canales de comunicación hasta oír la voz failiar de Gavin Darklighter.

—...y deténgase para inspección, *Dulce Sorpresa*.

— ¿Por qué? —replicó la voz de Plaan—. No estamos violando ninguna ley de comercio. Ni siquiera hemos llegado al control de aduanas.

—Esto es una inspección militar de la Nueva República —y Gavin añadió con tono más tranquilizador:— No tienen que preocuparse, es una inspección al azar.

—¿Al azar? —Plaan parecía dudarlo—. Hablaré con mi capitán.

—Recuérdeme que esto es al margen de aduanas. Y que vamos armados.

La conversación entre Plaan y su capitán debió de ser animada, porque el *Dulce Sorpresa* siguió avanzando hasta que la franja de tráfico se estrechó hasta los trescientos metros. Las minas espaciales se volvieron una presencia tangible, más por las enormes extensiones de oscuridad que ocupaban que por las pequeñas formas que Leia veía a veces silueteadas contra la reluciente superficie de Coruscant.

Gavin volvió a advertir a la nave que sus Ala-X estaban armados y autorizados para abrir fuego, y Plaan replicó que el *Sorpresa* transportaba mil refugiados inocentes.

—No piensan parar —dijo Leia.

La Fuerza de Defensa Planetaria controlaba la conversación desde su red de plataformas armadas orbitales y estaba llegando a la misma conclusión. Leia escuchó por la unidad comunicadora militar del *Halcón* cómo una serie cada vez mayor de oficiales preguntaba lo que pasaba, primero a Gavin Darklighter y luego a Wedge Antilles. Al final, la voz amuermada del general Rieekan, al que se había sacado del retiro para dirigir la FDP, exigió una explicación a Han.

Han le contó quién era Plaan, la historia de los refugiados que le había vendido el weequay y lo sucedido en la estación *Nova*.

—¿Así que, básicamente, me está diciendo que esos tipos le dan mala espina?

Han hizo una mueca.

—Más o menos, general.

Oyó un chasquido cuando el general cambió de canal de comunicación, y entonces su voz se oyó por el canal libre por el que se comunicaban el Escuadrón Picaro y el Sorpresa.

—Coronel Darklighter, ¿sabe quién le habla?

—El general Rieekan, sí, señor.

—Bien. Como comandante de la Fuerza de Defensa Planetaria le ordeno que no permita que el *Dulce Sorpresa* cruce el escudo de minas. ¿Me ha entendido?

Leia miró a Han. El tráfico ya cruzaba el campo de minas a menos de tres kilómetros delante del *Halcón*. Para cuando Gavin contestara, tanto el Escuadrón Picaro como el *Sorpresa* estarían entre las minas.

—Er, señor, ya estamos entrando en la vía segura.

—Tiene sus órdenes, coronel Darklighter. Rieekan fuera.

No se necesitó más. Todas las naves a menos de diez kilómetros del *Dulce Sorpresa* empezaron a desviarse, exceptuando el *Halcón* y los Ala-X.

—¿Lo ha oído, *Dulce Sorpresa*? —preguntó Gavin—. Deténgase y prepárese para ser abordado.

La respuesta adecuada habría sido disparar los cohetes de frenado por las toberas de proa. En vez de eso, la nave alzó el morro.

—No queremos problemas —dijo Plaan.

—Negativo, *Sorpresa* —la voz pertenecía al coronel Tycho Celchu, superior inmediato de Gavin Darklighter y piloto veterano del Escuadrón Picaro—. No puede salir por arriba. Se ha adentrado demasiado en la vía segura.

—Deje que nosotros nos preocupemos de eso —fue la réplica de Plaan. Mientras hablaba, los trescientos metros de longitud del *Dulce Sorpresa* se elevaron ante el *Halcón*, y empezaron a trazar un arco hacia atrás.

—¿Coronel? —llamó Gavin—. ¿Órdenes?

—¡Escudos! —fue la respuesta de Tycho.

—Buena idea —murmuró Han, buscando los controles.

La mano de Leia ya alzaba los conmutadores.

—¿A plena potencia?

—Serás Jedi... Siempre leyéndome la mente. Leia lo puso al máximo y abrió un canal de intercomunicación con la bodega principal y los cuartos de la tripulación. —Agarraos atrás. Vamos a divertirnos.

Por supuesto, los noghri no dijeron nada. Los cohetes de un minas cobraron vida. El láser del vientre del *Dulce Sorpresa* relampagueó en respuesta, y las dos minas estallaron antes de poder recorrer un centenar de metros.

—¡Cabezas de gusano! —gritó Han haciendo descender el morro de su nave

—Control de minas, desactiven... —llamó Gavin frenéticamente por el canal

militar.

Las diez minas más cercanas encendieron los cohetes y se dirigieron hacia el *Dulce Sorpresa* formando una red anaranjada en forma de embudo. Los láseres del vientre del carguero volvieron a disparar, destruyeron tres minas más. Otras diez minas se encendieron.

—Suponía que aprenderían —dijo Leia, forcejeando para ajustarse la red de seguridad. Seguía siendo de tamaño wookiee y estuvo a punto de decir algo sobre reemplazarla, pero se dio cuenta de cómo le sonaría eso a Han y conectó el cierre del pecho—. Debimos cumplimentar primero la denuncia.

La primera oleada de minas floreció en un fuego blanco contra los escudos del *Dulce Sorpresa*. Igual sucedió con la segunda. Pero tres de ellas consiguieron atravesar los escudos, y sus vibropuntas traspasaron las paredes de duracero de la nave. Una estalló en el puente, destrozando las ventanas de transpariacero, dispersando astillas del tamaño de Ala-X por toda la vía segura. Una segunda cabeza vaporizó los motores de iones e hizo caer al mutilado carguero detrás del *Halcón*. Leia no vio dónde detonó la tercera. Estaba distraída por varios halos anaranjados que se expandían sobre su propia carlinga.

—Han...

—Lo sé —dijo él. Con el *Dulce Sorpresa* derribado, el *Halcón* se había convertido en el objetivo con mayor masa—. Agárrate bien. Creo que...

Los halos se oscurecieron, y media docena de siluetas negras rebotaron inofensivas en los escudos del *Halcón*.

—Se desactivarán solos —acabó de decir.

Hizo girar la nave y siguió al *Sorpresa* en su descenso. Leia se hundió en la enorme silla, y gruñó mientras volvía ajustarse el arnés del hombro que le venía grande.

—Esto puede volverse complicado —dijo Han, mirándola—. Conecta el compensador de inercia. Ajústate más la red de seguridad.

—No puedo ajustaría más. Me limitaré a agarrarla. Si Han la oyó, estaba demasiado ocupado para contestar. Ya atravesaban la siguiente franja de tráfico.

Los Ala-X del Escuadrón Picaro descendían girando tras el *Dulce Sorpresa*.

Las sorprendidas naves espaciales se apartaban en todas direcciones, sus escudos deflectores se rozaban y arcos de relámpagos azules bailaban entre los cascos. Han esquivó un yate espacial, hizo rebotar el *Halcón* en un escudo de partículas y pasó entre dos transportes de Gallofree, hasta conseguir salir por la parte inferior de la franja de tráfico.

Los pilotos que tenía debajo empezaban a reaccionar a los avisos de alarma del Escuadrón Picaro, y se abrieron huecos para dejar pasar al *Dulce Sorpresa*. Leia buscó con la Fuerza para ver cuántos supervivientes había en la nave. Sintió una

oleada de miedo que la convenció de que Plaan no mentía al mencionar a los refugiados, y también sintió una agitación animal, un extraño sentimiento de ansia que nunca había percibido antes.

—Han...

—Enseguida.

Debajo de ellos, un trío de Ala-X luchaba por alinearse con el centro de gravedad del *Dulce Sorpresa*. Leia atisbo el vientre del carguero y supo dónde había golpeado la tercera mina. Un hilacho de vapor y mercancías brotaba del agujero. Los tres Ala-X consiguieron al fin situarse y avanzar a velocidad de ataque, disparando los cañones láser para practicar una abertura en el casco de la nave.

La maniobra era desesperada pero efectiva, protocolo militar estándar para entrar en naves descontroladas. Dentro, el último piloto cerraría la abertura con los escudos, mientras los otros dos se ponían los trajes de vacío para hacer lo que fuera que pudiera hacerse.

La agitación animal se desvaneció tal y como dijeron Jaina y Mara que había sucedido a bordo del *Cazador de Nebulosas*. Leia abrió un canal con el Escuadrón Picaro.

—Coroneles Celchu y Darklighter, les habla Leia Solo. Puede que sus hombres encuentren abordo algo más que contrabandistas. Puede que haya un voxyn.

Han la miró con ojos como platos, pero él la ignoró y esperó.

—Recibido —dijo Gavin—. ¿Un voxyn? —Monstruos yuuzhan vong, matajedi —explicó Leia—. Apártense de todo lo que parezca un reptil de ocho patas. Y apártense mucho. Esas cosas escupen ácido y gritan ondas de choque. Y puede que hagan cosas peores.

—Lo tendré en cuenta. Darklighter corto y fuera.

Leia miró a Han.

—¿Ha entrado él mismo?

—Fue el primero —confirmó Han.

Han y Leia pasaron un nervioso cuarto de hora siguiendo al *Sorpresa* hasta una órbita inestable alrededor de Coruscant. Gavin no sólo era el oficial superior de Jaina en el Escuadrón Picaro, sino que también era un buen amigo de Han y de Leia y primo de Biggs Darklighter, que murió ayudando a Luke Skywalker a destruir la primera Estrela de la Muerte en la batalla de Yavin. Los Solo temían perderlo en un accidente o víctima de un voxyn, pero intentar capturar el carguero con el rayo tractor del *Halcón* sólo les haría perder el control de su propia nave. No podían hacer nada aparte de esperar sentados mientras otro hacía de héroe; los nudillos emblanquecidos de Han le dijeron a Leia que él encontraba esa impotencia aún más frustrante que ella.

Mientras esperaban, el carguero cayó atravesando la última franja de tráfico y se

zambuló en una errática órbita polar. La FDP aceptó desactivar los sectores adecuados del campo de minas para dejarlo pasar, pero su trayectoria decaería en cuarenta y dos minutos.

Estando los remolcadores de rescate de Control Orbital ocupados en limpiar las colisiones provocadas por el carguero en su intento de escapar, no habría más remedio que destruir el carguero antes de que chocase con Coruscant. Los refugiados tendrían que ser rescatados con medios civiles o perecer con la nave.

Gavin llegó a los controles auxiliares de ingeniería y empezó a disparar las toberas de altitud de la nave. Control Orbital pidió ayuda para la evacuación y recibió contestación de un crucero con espacio para mil pasajeros.

El crucero, un transporte rápido llamado *Dama Tranquila*, apareció detrás del *Halcón* y empezó a maniobrar sus quinientos metros de longitud para posicionarse sobre la escotilla superior de evacuación claramente. Han se situó tras la Popa del Sorpresa, claramente molesto.

Por haber tenido que cruzarse de brazos y esperar a los demás. Leia volvió a buscar con la Fuerza. Los pasajeros estaban en la parte superior del carguero y se movían en grupo hacia el centro. No sintió al voxyn, pero eso no significaba nada. Jaina y Mara no habían sentido al asesino de Numa Rar tras la perturbación inicial.

Para cuando el *Dama Tranquila* empezó a descender hacia la escotilla de evacuación, el *Dulce Sorpresa* ya estaba sobre el polo sur de Coruscant. El ordenador de navegación indicó que faltaban treinta y tres minutos para que su órbita empezase a decaer. Leia esperaba que bastase para transferir un millón de pasajeros asustados.

Del comunicador brotó la voz de Gavin Darklighter.

—Leia, ¿cómo dijiste que se matan esas cosas?

—¿Cosas? —repitió Leia.

—Cuatro.

Han lanzó un bufido.

—Como de un metro de alto y cuatro de largo —continuó diciendo Gavin—. No atacan, pero están entre nosotros y la escotilla.

Han abrió un canal con el *Dama Tranquila*.

—No siga, Dama —no esperó una respuesta para desplazar el *Halcón* debajo de la otra nave y avanzar—. Tenemos que ocuparnos de un pequeño problema.

Leia no oyó lo que chilló en respuesta el piloto del Dama. Estaba muy ocupada hablando por el otro canal.

—Gavin, aguanta ahí. Vamos a limpiarte el camino.

—¿Limpiarlo? ¿Cómo?

Leia miró a Han.

Han se encogió de hombros. Ya se nos ocurrirá algo, dijo con los labios.

Leia frunció el ceño a su marido, pero dijo:

—Tenemos un plan.

El *Halcón* voló sobre la destrozada popa del *Dulce Sorpresa* y se precipitó velozmente por el estrecho espacio entre los grandes cargueros, mientras las lenguas anaranjadas de los cohetes de freno del *Dama Tranquilado* lamían todo. En el techo sonó un pesado golpe y los sensores de largo alcance se llenaron de estática. Han apenas alzó la mirada. Había perdido tantas veces el plato de la antena que llevaba una de repuesto; podía reponerla en su sitio en cuestión de minutos.

Leia se soltó de la red de seguridad, cogió el sable láser y se dispuso a salir.

—¡Un momento! —dijo Han, mientras forcejeaba para impedir el *Halcón* se convirtiera en un sandwich de duracero—. ¿A donde vas...?

—A la escotilla de atraque.

—¡Es demasiado peligroso! —Han hasta llegó a apartar la mirada de la ventanilla delantera—. Tú te quedas aquí.

—Como quieras —Leia tuvo que recordarse que el que Han se sintiera protector era bueno, una etapa en su proceso de curación—. Tú atraes a los voxyn con la Fuerza, y yo me dedico a arañar los cañones exteriores.

Hizo un gesto hacia la ventanilla. La separación entre el *Dama* y el *Dulce Sorpresa* no era mucho más ancha que el *Halcón*.

Han hizo una mueca.

—Usa la escotilla de emergencia del elevador de carga de babor — dijo—. Y cuando los hagas salir, quédate a este lado de la escotilla.

—Lo que tú digas, cariño.

Leia ya estaba a medio camino del pasillo de acceso. Fue a buscar a los noghri a los camarotes de la tripulación y se dirigió a popa con ellos. Adarakh quitó el suelo del elevador de carga y, una vez en la bodega, Meewalh preparó la escotilla de emergencia. Leia utilizó el intercomunicador para guiar a Han. El espacio era estrecho, y tuvieron que alzar el morro del *Halcón* contra el *Dama Tranquila* para poder conectar la ataguía a la escotilla de evacuación del *Dulce Sorpresa*. Leia podía sentir a los voxyn debajo de ella, cuatro asesinos sedientos de su sangre. Adarakh igualó las presiones, conectando ambas naves.

Un golpe resonó en todo el casco. No había necesidad de atraerlos.

Ya iban hacia ellos.

Leia se enfrentó a la escotilla de salida y activó el sable láser con el pulgar.

—¡Adelante!

Una oleada de excitación ondeó a través de la Fuerza. Un cuerpo pesado chocó contra la escotilla de la ataguía del *Halcón*, que seguía cerrada. Adarakh y Meewalh se detuvieron y sacaron las pistolas laser.

—¡Vamos! —ordenó Leia.

Llegó a la escotilla, presionó el panel, oyó cómo se rompía el sello hermético, y

suspiró de alivio. Si los voxyn hubieran abierto antes la escotilla de evacuación del Sorpresa, el seguro antidescompresión habría impedido que se abriera la de ella. Leia condujo a Adarakh y Meewalh de vuelta al pasillo de acceso, cerró la puerta de la bodega y esperó.

La escotilla de emergencia siguió sin abrirse.

—¿Leia? —llamó Han por el intercomunicador—. ¿Cómo va eso?

—No va. No han abierto su escotilla de emergencia.

—No es problema.

La escotilla se abrió para descubrir el conducto de la ataguía lleno de escamosas patas negras y cautelosos ojos amarillos. Una criatura alargó el cuello para mirar en la bodega vacía, retirándolo a continuación para seguir donde estaban.

—¿Y bien? —preguntó Han.

—Se huelen una trampa.

Han guardó un momento de silencio antes de hablar.

—Nuestro lado está herméticamente sellado. Podría retirarme de golpe.

Leia se puso de puntillas e intentó ver cuantos voxyn había en el conducto de la ataguía, pero tenía mallángulo.

—No sirve. Hay que sacarlos a todos.

—¿Sacarlos cómo? —la desaprobación en el tono de voz de Han era inconfundible—. Voy para allá.

—No te muevas —Leia abrió su escotilla entró en la bodega—. Alguien tiene que pilotar.

Han gritó algo por el intercomunicador, pero los voxyn ya cruzaban frenéticos la ataguía, todo entrechocar de escamas y arañar de garras. Leia puso el sable láser en posición y esperó, esperó durante dos segundos, hasta que el tercer par de ojos amarillos entró en la bodega y miró en su dirección. Decidió que el cuarto voxyn no iría muy rezagado y usó la Fuerza para saltar de vuelta a la escotilla del pasillo.

Adarakh y Meewalh dispararon las pistolas láser desde la puerta y el voxyn que iba delante, a sólo tres metros de ellos, explotó en una nube de vapor ácido. Su sangre apestaba a humo y amoníaco. Los ojos de Leia se inundaron de lágrimas. Intentó gritar a los noghri que se retiraran. Fue un error. Los pulmones le estallaron en ácida agonía.

El segundo voxyn saltó sobre el primero, chillando. Una paredible golpeó a Leia y sus oídos zumbaron por el dolor. Adarakh Meewalh se desplomaron ante ella. Leia se pegó a la pared y usó la Fuerza para pulsar el panel de cierre. El voxyn volvió a abrir la boca, esta vez para vomitar un chorro marrón.

El moco chocó contra la escotilla que se cerraba, pero algunas gotas consiguieron pasar y salpicar a los inconscientes noghri. Leia consideró que habían tenido suerte y presionó el panel, maldiciendo cuando el seguro antidescompresión impidió que la

uerta se cerrara.

Un redondo pie de reptil asomó bajo la escotilla, arañando el suelo.

Leia bajó el sable láser, y la hoja zumbó cortando algo tan resistente como el duracero.

En la bodega se oyó un aullido, y el voxyn metió el morro bajo la puerta.

Leia desconectó el seguro, rezando porque ninguno de los tres cerebros droides de la nave cuestionaran, para variar, la veracidad de la orden, y volvió a darle al panel para cerrar la escotilla.

La puerta dudó un instante y se cerró con un crujido sobre el morro del voxyn. Otro aullido, esta vez más amortiguado. Un olor cáustico, peor que el anterior. Quince centímetros de morro escamoso en un charco de sangre púrpura. Leia empezaba a marearse, la cabeza le daba vueltas, los pulmones le ardían hasta hacerla caer de rodillas.

Alzó la mirada. Los otros dos voxyn estaban a un metro de distancia, observándola a través de la mira de la escotilla. Abrieron las bocas, y un sonido como una lluvia de meteoros atravesó el duracero. Leia se tambaleó hacia atrás, y se cayó.

—Leia, ¿qué pasa ahí atrás? —gritó Han—. ¡Contesta! Tenemos... —el resto se perdió entre toses—. ¿Leia? No parece muy...

—¡No hay tiempo! —Leia se levantó tambaleándose, la visión se le oscurecía, la cabeza le daba vueltas—. Han, hazlo...

Era difícil saberlo. Igual había llegado a decir ya o igual no.

Capítulo 5

Mara apartó la mirada cuanso el holograma se modificó para hacer un zoom sobre los cuerpos instantáneamente congelados que caían por el casco roto del *Cazador de Nebulosas*. En aquel momento, Jaina y el a habían estado demasiado ocupadas rescatando la cápsula de evacuación para fijarse en el ataque de los yuuzhan vong, pero había visto el holograma demasiadas veces como para querer volverlo a ver. Había hecho que R2-D2 se lo pusiera repetidas veces en la intimidad de su apartamento en Eclipse, buscando algún modo en que hubiera podido salvar a los refugiados. Había renunciado tras verlo un centenar de veces, convencida de que no había podido hacer las cosas de otro modo, consolándose un poco con ese conocimiento.

La voz burlona de Nom Anor, recogida por el equipo de vigilancia de la sala de interrogatorios de Bilbringi, se oía por los altavoces de R2-D2. Mara concentró su atención en los demás presentes en la húmeda sala, un hangar de almacenaje en *Soliestación*, una base de avitua amiento en caída libre, uno más de los mil lugares anónimos de encuentro a los que solían acudir y desaparecer los Jedi antes de que la Brigada de la Paz se enterase de su presencia. Un fogonazo de odio brilló en los fríos ojos de Kyp Durrón, apretó los dientes de la mandíbula aún imberbe y empujó la ira hacia e foso oscuro donde acumulaba esas emociones. La reacción de Saba Sebatyne era más difícil de leer, quizá porque Mara no sabía que era lo que indicaba ira en el rostro escamoso de una barabel. Los rasgos reptilesos de Saba, con sus enormes ojos oscuros, marcados pliegues de la frente y el morro de finos labios, no delataban nada.

Luke permitió que el holograma se emitiera hasta el final. Para cuando R2-D2 apagó su proyector, la furia de Kyp era algo tangible en la Fuerza y llenaba la sala con una energía restal ante que amenazaba con reventar las puertas del tranquilo lugar de reunión.

Los sentimientos de Saba, de tenerlos, continuaron siendo secretos.

Mara habría podido sondearlos empleando la Fuerza, pero sabía cómo reaccionaría un barabel ante semejante intrusión.

Kyp Durrón no sorprendió a nadie hablando antes que Luke.

—Eso no fue culpa mía —dijo, señalando a R2-D2 como si hubiera sido el droide quien amenazara a la flota de refugiados—. Yo no soy responsable de lo que hagan los yuuzhan vong.

—¿Quién dice que lo seas? —repuso Luke con calma—. Pero eras tú quien llevaba suministros a la resistencia de Nueva Plympto.

Kyp asintió reticente.

—No me disculparé por eso. Si hubiera Jedi haciendo lo mismo en todos los...

—Kyp, nadie te pide que te disculpes —Luke entregó una tarjeta de datos al joven Jedi—. Sólo hemos venido a entregarte los datos que tenemos sobre los voxyn y a discutir la forma en que los Jedi deben actuar ante la amenaza de los yuuzhan vong.

—Ignórala —Kyp se guardó la tarjeta y se volvió para irse—. Gracias por el aviso.

—Es un millón de personas, Kyp —dijo Mara—. Los Jedi no pueden ignorarlas. Kyp se detuvo ante la puerta, pero no se volvió.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Seríamos idiotas si atacamos; están esperándonos para exterminarnos. Y si nos rendimos...

Olvidadlo. Yo no me rindo.

—Tampoco yo —dijo Luke—. Pero tampoco es momento para seguir hostigándolos. Nuestros enemigos en el Senado utilizarán eso para...

—El Senado no me importa —replicó Kyp—. Y la Docena no hostiga al enemigo, Maestro Skywalker, lo mata. Y debería haber más Jedi haciendo lo mismo.

Mara no supo si el foganazo de irritación que sintió pertenecía a su marido o a ella misma. Para empezar, a Luke no le gustaba mucho que lo llamaran Maestro, y le gustaba todavía menos que se hiciera a modo de burla.

Kyp pulsó un panel de la pared. La puerta del almacén se abrió deslizándose, para *Sorpresa* de los once pilotos con trajes de vuelo que intentaban escuchar al otro lado.

—¿Y bien? —Kyp se quedó mirándolos al otro lado de la puerta—. ¿Nos vamos o no?

Los pilotos se dispersaron por el hangar, corriendo hacia los nuevos Alas-Z XJ3, la última y más letal versión del venerable caza estelar, aparcados en la entrada de la pista de aterrizaje. Mara cogió a Kyp por el brazo antes de que pudiera alejarse más.

—Kyp, nadie dice que estés equivocado, pero ya es hora de que los Jedi actúen en equipo. Los yuuzhan vong son muy listos. Si seguimos actuando cada uno por su lado, nos matarán uno a uno.

Kyp asintió.

—Lo sé mejor que nadie —ya había perdido un aprendiz, Miko Reglia, a manos del enemigo. Miró más allá de Mara, a Luke—. Cuando los demás estéis listos para luchar, estaré allí.

—Y cuando tú estés listo para unirse a nosotros —replicó Luke—, sabes dónde encontrarme.

Cuando Kyp estuvo lo bastante lejos como para no poder oírlos, Saba Sebatyne se paró en la puerta y habló con voz ronca.

—Éste dará problemas.

Mara se volvió hacia ella.

—Así que hablas Básico —miró a C-3PO—. Empezaba a pensar que tendríamos

que pedir a Trespeó que nos tradujera.

—Perdona a ésta —Saba rompió en un ataque de divertidos siseos, y luego se esforzó por añadir—: Jedi Eelysa le enseñó que es sabio esperar.

Eelysa era nativa de Coruscant, nacida tras la muerte de Palpatine y estaba limpia del veneno que había corrompido a tantos anteriores a ella. Ahora era una mujer adulta y uno de los Caballeros Jedi con más recursos y más de confianza de Luke, y a menudo pasaba largos años viviendo en las partes más agrestes de la galaxia al servicio de la causa Jedi. Había encontrado a Saba en una larga misión como espía en Barab I, pero las circunstancias de su tapadera le habían impedido enviar a la barabel a Yavin 4 a entrenarse con otros estudiantes Jedi.

En vez de eso la había tomado como aprendiz, enseñándole todo lo que pudo de la Fuerza antes de irse del planeta perseguida por cazadores que querían importar la doctrina de odio a los humanos que estableció en Ryloth la Alianza de la Diversidad de Nola Tarkona.

Cuando por fin se le pasó el ataque de siseos, Saba dijo algo ronco en su lengua que C-3PO tradujo diligente como: —También enseñó a ésta lo sabio que es escuchar en silencio.

—Sí, Eelysa ha demostrado muchas veces ser también una experta en eso —dijo Luke uniéndose a ella en la puerta—. Debí suponer que cualquier Jedi que ella hubiera encontrado estaría llena de sorpresas.

—Ésta se alegra de que su silencio no os ofendiera —dijo Saba—. El sabor de Kyp Durrón no le ha agradado. ¿Cómo puede alguien como él obtener un escuadrón de nuevos Ala-X?

—Hay militares que admiran su valor, por equivocado que sea —dijo Luke.

Captó la mirada de Mara y la siguió hasta el variado conjunto de Alas-Y, incursores y aulladores aparcados en pulcra hilera junto al bombardero con marcas de torpedos de plasma de Saba. Al haber llegado recientemente del Borde Exterior, Saba no era tan conocida como Kyp Durrón ni estaba tan bien equipada, pero su discreción había atraído a todo un escuadrón de pilotos Jedi que compartían sus ideas.

—La reputación de tu escuadrón también es admirada por quienes conocen de su existencia —dijo Mara—. Estoy segura de que los mismos oficiales que ayudan a Kyp estarían encantados de perder una carga por donde estés tú.

Las pupilas verticales de Saba se ensancharon hasta hacerse diamantes.

—Los Caballeros Salvajes nunca dezhonrarían a los Jedi aceptando semejante carga.

Mara se sorprendió ante la desaprobación en la voz de Saba, pero Luke se limitó a sonreír y a posar una mano, la de verdad, en su escamoso hombro. C-3PO les había advertido que era sabido que esas intimidaciones con un barabel solían tener como consecuencia la pérdida de una mano, pero la familiaridad de Luke sólo obtuvo un

movimiento de aceptación de la gruesa cola de Saba.

—En tus manos, un regalo así no sería una deshonra para los Jedi — dijo Luke—. Pero me alegra saber que estás preocupada.

—¿Has meditado en la amenaza de Tsavong Lah contra los refugiados, y en cuánto nos perjudicaría que el Senado crea que somos insensibles a tantas muertes?

Saba apartó la mirada.

—El camino no está claro.

Abrió la boca como si fuera a seguir hablando, pero sus escamas se agitaron y se calló. Luke y Mara esperaron a que continuara, entonces compartieron un instante de desconcierto buscando luego a su alrededor con la Fuerza. Mara no sintió nada inusual y la reacción de desconcierto de Luke le dijo que tampoco él.

—¿Saba? —preguntó Luke.

La barabel miró a Luke.

—¿No has sentido eso?

—No —dijo Mara. Podía sentir que Saba estaba incómoda con ella, sobre todo tras sugerirle algo que el a consideraba deshonroso, pero también sabía que callarse no haría nada por apaciguar esa incomodidad—. Y Luke tampoco.

—Qué extraño —Saba miró un momento a su alrededor, y luego agitó la cola en el equivalente reptilesco a un encogimiento de hombros—. Maestro Skywalker, ésta sabe que el Senado nos dezaprueba a nozotros y a los que son como nozotros, pero ¿cuándo no se han sentido los cobardes amenazados por los valientes? —miró a su alrededor, a sus pilotos que esperaban pacientes junto a su nave castigada por la batalla—. Los Jedi son pocos y los yuuzhan vong muchos, pero fijaos en las fuerzas que usan contra nozotros: voxyn, bloqueos, flotas enteras. Debemos estar haciendo algo que temen, y la Fuerza le dice a ésta que debemos continuar así.

Mara empezó a sugerir que serían mucho más efectivos si unían fuerza, pero sintió en Luke una aceptación repentina y guardó silencio.

—Los barabel son cazadores —le dijo Luke a Saba—. Y los cazadores trabajan mejor en jaurías pequeñas.

Saba lo recompensó con una sonrisa torcida.

—En verdad el maestro Skywalker es tan sabio como afirmaba Jedi Eelysa. ¿Quizá quiera honrar a ésta con un gran favor?

Luke no lo dudó.

—Por supuesto.

Ella se volvió hacia Mara

—¿Y tú? Esto también será una carga para ti, y ya tienes a tu nueva cría en el nido.

Mara pensó en Ben y al instante lo sintió a bordo del Sombra, con Jaina y Danni, durmiendo satisfecho en brazos de una de las mujeres.

Mara nunca haría nada que pusiera en peligro el bienestar de su bebé, pero sintió la confianza que tenía Luke en esta Jedi que nunca habían visto antes, y su confianza en él era tanta que no dudó al responder.

—Por favor, los Jedi debemos ayudarnos en todo lo que podamos — dijo Mara—. Y en Eclipse hay mucha ayuda.

—Bien. Puede que la necesitéis —dijo Saba, sin sonreír. Se volvió hacia C-3PO y dijo algo ronco en su idioma.

—Oh, cielos —los fotorreceptores del droide se iluminaron alarmados—. ¿De verdad?

Saba ladró algo en respuesta.

—Sólo es una expresión —dijo C-3PO, alejándose en dirección al bombardero de Saba.

Luke y Mara intercambiaron miradas de curiosidad, y Mara se dio cuenta de que también tenían que pedirle un favor a Saba. Estaba a punto de sugerirlo, pero Luke, como siempre, supo lo que pensaba antes que ella.

—Saba, quizá los Caballeros Salvajes puedan hacernos también un gran servicio a nosotros. Supondría transportar una buena cantidad de equipamiento a la batalla.

—Y a una científica —añadió Mara—. Podría suponer la guerra, sobre todo si sabéis dónde encontrar un coordinador bélico yammosk.

Mara no estuvo segura de si Saba los había oído. La barabel miraba a algún lugar más allá de ellos, los pliegues de su frente eran más pronunciados que nunca.

—Maestro Skywalker, ¿sabes dónde está Eelysa?

Mara sintió la creciente aprensión que acompañó a la respuesta de Luke.

—Sigue en Corellia vigilando la situación para nosotros.

La mirada de Saba volvió a clavarse en Luke.

—¿Crees que puede correr peligro?

Y entonces Mara sintió una profunda desazón. Por mucho que Luke se preocupara por todos los antiguos estudiantes de la Academia, le había sido imposible pasar con ellos el tiempo necesario para desarrollar la clase de lazo que los conectaría a través de la Fuerza.

Pero Eelysa había pasado años entrenando a Saba en una situación muy estresante. No era sorprendente que su lazo fuera especialmente estrecho, y lo bastante fuerte como para informar a Saba de que su Maestra corría peligro.

—Nunca se sabe lo que pueden hacer Thrackan Sal-Solo y los suyos —dijo Mara—, pero no esperamos que la misión de Eelysa sea peligrosa. Los corellianos ni siquiera conocen su presencia allí.

—Quizá la han descubierto —dijo Saba—. O quizá sea otra cosa, pero Eelysa está azuzada.

—¿Asustada? —preguntó Luke, y miró a Mara—. Eso no es propio de ella.

Saba negó con la cabeza.

—No, no lo es. Iremos a investigar una vez carguemos vuestro equipo y vuestra científica. No habrá problemas para encontrar un yammosk, son ellos los que vienen a nosotros.

—Gracias —dijo Luke—. Haré que Danni comience el embarque.

Luke activó su comunicador e informó a Danni, que pareció feliz, quizá entusiasmada fuera más acertado, por volar con Saba Sebatyne en vez de con Kyp Durrón. La rampa de carga del Sombra descendió y Danni y los pilotos del escuadrón de Saba empezaron a cargar el equipo.

Mientras tanto, C-3PO volvió con tres corpulentos barabeles. Aunque eran algo más altos que Saba, los tres tenían las escamas púrpura-verdosas de los adultos jóvenes. También tenían sables láser colgando del cinto.

—Si haces el favor, Maestro Skywalker, íbamos camino de Yavin 4 cuando la guerra nos bloqueó el paso —dijo Saba—. Por favor, lleva contigo a estos jóvenes Caballeros Jedi y enséñales el buen camino para ser Jedi. Ésta aún tiene demasiado de cazadora para poder enzeñarles bien.

Luke y Mara intercambiaron una mirada de desconcierto, y Mara añadió: —¿Los tres son hijos tuyos, Saba?

—Son compañeros de nido, pero sólo el macho es mío. Las hembras tienen la misma madre. Una de ellas comparte también Padre con mi hijo, pero es imposible saber cuál, claro.

Los dos humanos se perdieron con las filiaciones, pero Mara sospechaba que lo descubrirían con el tiempo.

—Cuidaremos de ellos como si fueran nuestros.

Saba abrió mucho los ojos.

—Son lo bastante mayores para buscar su propia comida; bastará con darles un territorio. Cualquier subsótano o terreno abandonado valdrá.

Esta vez le tocó a Mara sorprenderse. Esto iba a ser interesante.

La sonrisita que acudió a los labios de Luke sugería que había percibido lo que pensaba ella, y entonces Saba emitió un larga cadena de siseos. Mara confundió el sonido por el de su siseante risa, hasta que gritó de dolor y se agazapó en posición de combate.

Enseñó los dientes como agujas y profirió un largo gruñido de duelo.

Mara y Luke se apartaron a la vez, llevándose instintivamente la mano al sable láser. C-3PO se dirigió a ella en barabel. Ella le ladró algo en respuesta, se dejó caer a cuatro patas y se encogió. Los otros barabeles reaccionaron a la actitud de su Maestra dejándose caer también a cuatro patas y añadiendo sus roncas voces al grito, y todos empezaron a arañar el suelo de duracero.

Mara y Luke intercambiaron miradas sorprendidas, y la Fuerza se cargó de ira e

incredulidad. Mara se arrodilló junto a Saba, ignorando la advertencia de C-3PO de no tocar a un barabel desconocido, y posó una mano en su espalda.

—¿Qué sucede, Saba?

La barabel giró despacio la cabeza hacia Mara, sus pupilas reptilesacas eran rendijas, sus colmillos estaban húmedos por la saliva.

—Eelysa —dijo—. Algo la ha atacado.

—¿Algo? —preguntó Luke.

Saba golpeó la cola contra el suelo, haciendo que C-3PO explicara innecesariamente que era una expresión de ira típica en los reptiles.

—Esta no lo sabe. Pero se ha ido. Eelysa ya no existe.

Mira y Luke se miraron por encima de la espalda de Saba, ambos sabiendo lo que pensaba el otro. Voxyn.

Capítulo 6

La sala de mando de la flota de la Fuerza de Defensa de la Nueva República parecía más un galaxarium que rana cámara del consejo. El holograma de la actual situación estratégica iluminaba la oscuridad del techo y docenas de despliegues tácticos flotando en la fosa inferior. El despliegue superior mostraba una representación simplificada de la galaxia, con una ancha banda de carmesí marcando la ruta de invasión de los yuuzhan vong. En sólo dos años, los alienígenas se habían abierto camino desde el Brazo Tingle hasta casi llegar al espacio bothano, con tres entradas claras en el Borde Interior en Fondor y en Duro. Un terocero, el que amenazaba Bilbringi, aún no había llegado a entrar en el Borde Interior, pero Leia sabía que sería pronto. Los invasores destruían naves más deprisa de lo que la Nueva República las construía, y ni siquiera Bilbringi era merecedor de una buena defensa. Se preguntó cuánta importancia le daría el CSMNR, Comité de Supervisión Militar de la Nueva República, a las vidas de los refugiados de Talfaglio. Se preguntó cuánto podrían permitirse darle.

Leia estaba menos que contenta de volver a encontrarse en Coruscant negociando en los retorcidos pasillos del poder, mientras se apoyaba en su hijo para avanzar por la emprelanta. Aunque había pasado más de un día desde que la dejó inconsciente la sangre nociva del voxyn, seguía necesitando apoyarse en algo al moverse, y se consideraba afortunada. Los noghri que habían recibido lo peor del ataque seguían en los tanques de bacta con daños graves en oídos y pulmones.

—Esto es reconfortante —dijo Jacen. Había viajado hasta allí para estar con su madre mientras Han viajaba a Eclipse con los cadáveres de los voxyn—. Si nos han dejado entrar es que nuestra reputación en el Senado no es tan mala.

—No te lo creas demasiado —dijo Leia—. Hay motivos tras los motivos por los que Borsk Fey'lya hace algo. Escucha con los ojos, Jacen, observa con los oídos.

Leia apenas miraba los hologramas tácticos que se desarrollaban bajo el ala a medida que avanzaban. En Eclipse había una sala de situación menos elaborada que la mantenía al día gracias a una conexión secreta que le proporcionaba un oficial al mando amistoso, por lo que sabía que los hologramas mostrarían varias docenas de flotas orbitando a la espera, además de un número alarmante de batallas espaciales. La situación estaba así desde hacía casi todo un año, con los yuuzhan vong ensanchando despacio la banda de territorio ocupado mientras el avance principal seguía atascado en el Sector Corelliano.

Leia y Jacen pasaron ante un holograma que mostraba el trabajo frenético de los astilleros de Bilbringi, y un gran ascensor apareció a la vista tras una escaramuza menor cerca de Vortex. El propio Borsk Fey'lya iba en el ascensor, sus rasgos

bothanos animales estaban retorcidos en una sonrisa de bienvenida, y su vel o cremoso se retorció con lo que Leia había descubierto hace mucho que era la forma en que su especie mostraba servilismo.

—Princesa Leia, nos honra.

—¿No ha podido encontrar un momento en la agenda para que un antiguo Jefe de Estado se dirija al Senado al completo? —preguntó Leia. La guerra iba mal, Fey'lya estaba perdiendo apoyos, y tratándolo con dureza Leia ganaría más aliados de los que perdería—. La guerra no puede ir tan mal.

La falsa sonrisa de Fey'lya se mantuvo congelada en su rostro.

—Me alegra ver que se ha recuperado tan pronto de su refriega con los matajedi —él mismo abrió la puerta, señal de lo frágil que se había vuelto su poder—. Oh, podríamos ponerla en la agenda si así lo desea, pero el CSMNR considerará antes su petición en sesión cerrada. Suba, por favor.

Leia soltó el brazo de Jacen y entró la primera en el ascensor, descendieron directamente a la planta donde conferenciaba el comité, y Leia fue directamente a la tribuna del orador. Varias hileras de senadores se sentaban en semicírculo ante ella.

—Gracias por venir —dijo Fey'lya, uniéndose a ella—. También damos la bienvenida a su acompañante Jedi.

—Jacen está aquí en calidad de guardaespaldas —dijo Leia, explicando la presencia de su hijo y dejando a un lado cualquier pregunta de por qué no habían enviado los Jedi alguien de mayor rango—. Esto no tiene nada que ver con los Jedi. Es un asunto exclusivo del COSERE.

—Por supuesto —dijo Fey'lya complaciente—. Hemos estudiado su informe. Desde luego es digno de la atención del CSMNR.

Precavida ante el inesperado apoyo del bothano, Leia preguntó:

—¿Y?

—Y, desgraciadamente, sí concierne a los Jedi —dijo la endulzada voz de una mujer—. ¿No son el motivo por el que los yuuzhan vong retienen como rehén a Talfaglio?

Leia se volvió para ver a una mujer esbelta de largo pelo negro levantándose de su asiento. Viqi Shesh era una senadora joven y sensual del mundo constructor de naves de Kuat que había utilizado la importancia de su planeta en el esfuerzo de guerra para conseguir un puesto en el Consejo Asesor y en varios asientos de primera fila en los comités supervisores más importantes. También había demostrado ser buena haciendo tratos y cambiando de lealtades con una facilidad que asombraba a los bothanos, y no dudaba en emplear su posición para obtener beneficios personales. Menos de un año antes, siendo administradora del Comité del Senado para Refugiados, COSERE, no había dudado en firmar un trato que la beneficiaba personalmente al desviar suministros vitales para los campos de refugiados de Duro.

Leia no había conseguido reunir pruebas suficientes para que expulsaran a la mujer del Senado, pero había hecho que la cosa oliera lo bastante mal como para que la sustituyeran en el Comité. Era un misterio cómo había podido esa senadora sin escrúpulos conseguir un puesto en algo tan secreto, e influyente como el CSMNR, pero las primeras palabras de la kuati dejaban muy claro que Leia se había ganado una poderosa enemiga tanto para ella como para los Jedi.

Recurriendo a la Fuerza para que le diera energías, y paciencia, Leia miró a la senadora a los ojos.

—Cierto, los yuuzhan vong han amenazado con destruir el convoy si los Jedi no se entregan. Y no tengo ninguna duda de que, de hacerlo así los Jedi, la siguiente demanda de los yuuzhan vong sería que se entregaran las fábricas de motores de Kuat.

—Nunca ha sido política de la Nueva República ceder a los chantajes —dijo Fey'lya, cortando hábilmente la discusión antes de que empezase—. La cuestión es ¿qué podemos hacer sin rendirnos?

—Creo que no podemos hacer nada —dijo Shesh, mirando a Fey'lya—. ¿Podemos ver el Sector Corelliano?

El bothano empleó un mando remoto para enviar la orden y el holograma giró para mostrar ese sector. El Sistema Corelliano estaba rodeado por una barrera de fragatas de la Nueva República, las que estaban en el lado de Duro brillaban ligeramente más para indicar que libraban escaramuzas contra un muro de naves sondas enemigas. Talfaglio estaba rodeado por un enjambre de patrullas yuuzhan vong compuestas por naves equivalentes a corbetas, con un único crucero situado en el centro para proporcionar apoyo. Pero más alarmante aún era el Sistema Jumus. Situado a sólo un breve salto hiperespacial desde Corellia o Talfaglio, se había convertido en residencia de gran parte de la flota que había capturado Duro.

—Como pueden ver, los yuuzhan vong esperan que intentemos romper el bloqueo —Shesh señaló el grupo demasiado pequeño de naves capitales que orbitaban Corellia—. En cuanto actuemos, se moverán y se apoderarán de este premio.

—No, si atacamos por detrás —dijo Jacen. Señaló sobre sus cabezas, trazando una ruta desde los lindes del Núcleo hasta la parte trasera del sector—. Si colamos tres destructores estelares por aquí, podremos barrer su bloqueo e irnos con el convoy antes de que puedan reaccionar.

—Eso sí que les enseñaría a no coger rehenes —dijo Kvarm Jia, un senador de barba gris procedente del Sector Tapani—. ¿Dónde encontraremos esos destructores estelares?

—Sí, dónde encontraremos tres destructores estelares de los que podamos prescindir? —repitió Shesh, dispuesta a darle la vuelta al apoyo de Jia—. ¿O sugiere que sacrifiquemos otro mundo a la ineptitud Jedi?

Dos senadores se pusieron a hablar al mismo tiempo, se dieron cuenta de que sus opiniones eran enfrentadas y pasaron a intentar convencerse mutuamente, Fey'lya pidió orden, sólo para ser vituperado por los senadores de la coalición antijedi, que a su vez eran vituperados por los del bando de Jia. Pronto, todos los senadores se gritaban a la vez.

Jacen miró a su madre y negó con la cabeza consternado. Leia estaba más acostumbrada a la naturaleza rencorosa de la política republicana y se dedicó a contar cabezas y se dio cuenta enseguida que el Comité estaba dividido casi por la mitad. Le cogió el sable láser a Jacen, pues se había dejado el suyo con la esperanza de resaltar que se presentaba allí en nombre de COSERE y no como Jedi, y se volvió hacia Fey'lya.

—¿Puedo? —casi tuvo que gritar para hacerse oír.

El bothano asintió, y se apartó.

—Por favor.

Leia encendió la hoja, su luminosidad y su siseo característico redujo el tumulto a un silencio instantáneo. Contuvo una sonrisa ante este recordatorio del poder continuado de los Jedi y apagó la hoja.

—Por favor, disculpen el teatro —dijo, devolviendo el arma a su hijo—. No me he presentado ante ustedes buscando crear tal discordia en el seno del CSMNR. Es lo último que necesita la República. Puede que el Comité deba limitarse a votar la sugerencia de Jacen y acabar con esto.

—¿Votar ahora? —los ojos de Shesh se estrecharon—. ¿Para que su hijo y usted puedan usar sus trucos mentales Jedi?

Leia forzó una sonrisa tolerante.

—Esos trucos sólo funcionan en los de voluntad débil, y puedo asegurarle que ninguno del este Comité lo es.

El chiste provocó una risa que relajó la tensión en ambos bandos, y Jia se burló.

—A no ser que tema usted perder, senadora Shesh.

—No sería yo quien perdería, senador Jia, sino la Nueva República.

Pero votemos, ya puestos.

Fey'lya fue a su estrado y autorizó la votación, y el cerebro droide anunció los resultados casi antes de que el último senador usara el panel de votación. Como esperaba Leia, la propuesta se aprobó por una escasa mayoría de dos votos, insuficiente para autorizar el ataque sin la aprobación de todo el Senado, pero suficiente para que Fey'lya empleara su autoridad dentro del acta de secretos militares para saltarse el riesgo de seguridad de una votación por el pleno del senado y «declarar» la mayoría necesaria. Dada la deferencia que había mostrado antes a Leia, ésta esperaba que hiciera precisamente eso.

Incómoda por encontrarse en deuda con un bothano, se volvió hacia él.

—¿Declarará la mayoría, jefe Fey'lya? Es su oportunidad de salvar un millón de vidas.

El vello de Fey'lya volvió a agitarse, traicionando lo débil que se había vuelto su posición como Jefe de Estado.

—Oportunidad para salvar un millón, o perder mil millones.

—¿Cómo? —Leia se sorprendió ante la ira de su propia voz. Igual se debía a la fatiga, o quizá a la *Sorpresa* de haber calculado tan mal, pero se sorprendió intentando contener toda una retahíla de invectivas que se le acumulaban en la punta de la lengua.

—Jefe Fey'lya, el plan es sólido...

—Y no he dicho que no —repuso él, alzando una mano—. Pero ya sabrá lo que significaría para nosotros la pérdida de tres destructores estelares. Podríamos perder otra docena de planetas —se mesó los cremosos mechones de la mejilla antes de hablar con tono deliberadamente pensativo—. Solicitaré un estudio a los militares.

—¿Un estudio? —estalló Jacen—. ¡El convoy será escoria a la deriva para cuando lo acaben!

—Estoy seguro de que el general Bel Iblis acelerará el asunto —dijo Fey'lya con calma—. Hasta entonces, lo aplazaremos.

—¿Aplazarlo? —en su debilitado estado, Leia no estaba segura de poder mantener un tono educado. Conocía a Garm Bel Iblis, al que se había sacado de la reserva, como a Wedge Antilles, al empezar la guerra, y sabía que actuaría con rapidez. Pero ni siquiera él podría acelerar la lenta burocracia del mando, y no había garantías de que llegara a la conclusión esperada—. ¿Cómo va a conseguir un aplazamiento de los yuuzhan vong?

Fey'lya sonrió de un modo que Leia estaba segura que pretendía ser tranquilizador.

—Pediremos a Tsavong Lah un emisario para discutir la cuestión.

—¿Un emisario? —gritó Jia—. ¡Parecerá que pedimos condiciones!

Las orejas de Fey'lya se inclinaron hacia delante de modo travieso.

—Justamente, senador, y así ganaremos tiempo— el bothano se apresuró a dirigirse a Leia—. Pero, puede estar segura, princesa, de que sea cual sea la decisión del general Bel Iblis, le diremos al enviado sólo lo siguiente: las amenazas de los yuuzhan vong sólo fortalecen los lazos entre la Nueva República y sus Jedi.

Jin hasta llegó a sonreír.

—Un argumento que quedará más que claro cuando rescatemos a los rehenes.

—Y hasta si debemos dejar que mueran —añadió Shesh. Asintió dando su aprobación—. Creo que hay consenso, jefe Fey'lya.

El consenso sólo enfureció aún más a Leia; había trabajado con Borsk Fey'lya lo suficiente como para saber que sus planes sólo estaban a su propio servicio. Fuera lo

que fuera lo que pretendía decirle a los yuuzhan vong, seguro que no permitiría que los Jedi se interpusieran en un arreglo que salvase su posición.

—Lo que hay, senadores —dijo con gelidez—, es un consenso de idiotas.

—¿Madre?

Leia sintió que Jacen acudía a ella mediante la Fuerza, bañándola en emociones tranquilizadoras, y él se dio cuenta de lo joven que en realidad era su hijo. El Senado de la Nueva República estaba muy lejos de ser la institución inmaculada que él creía que era, y escaseaban los compromisos de buena fe descritos en las lecciones cívicas de C-3PO. El Senado era un club de personas sedientas de poder que muy a menudo veían su deber en términos de sus propios intereses, que medían su éxito por el tiempo que se aferraban al cargo, y hacían que Leia se avergonzara de haber jugado un papel tan importante en su creación. Giró sobre sus talones y ya habría entrado en el ascensor, incluso saltado a su interior, de no ser por el suave tirón telequinésico de su hijo.

Se cubrió alargando la mano hacia la puerta y diciendo:

—Ya he perdido con el CSMNR todo el tiempo que me importaba perder.

Borsk Fey'lya se puso delante de ella.

—No tiene motivos para ponerse así, princesa. La integridad del general Bel Iblis está fuera de toda duda.

—No es la integridad de Garm la que cuestiono, Jefe.

Leia usó la Fuerza para abrir la puerta detrás de Fey'lya, lo apartó a un lado y entró en el ascensor. Jacen acudió a su lado, con una mano preparada para cogerla al primer signo de debilidad.

Cuando llegaron al entresuelo y se dirigieron a la salida, él preguntó:

—¿Ha sido inteligente hacer eso? Ya tenemos bastantes enemigos en el Senado.

—Jacen, he acabado con el Senado. Otra vez.

Mientras hablaba, una calma inesperada la inundó. Empezaba asentirse más fuerte y menos cansada, más en armonía consigo misma, y supo que sus palabras se debieron a algo más que a la habitual frustración con los políticos. Había perdido el control con Fey'lya no porque estuviera débil y cansada, que lo estaba, sino porque su lugar ya no estaba en los salones del poder, ya no creía en el proceso que colocaba a burócratas egoístas en posiciones de poder sobre aquellos a los que juraban servir. La Fuerza la guiaba, diciéndole que la Nueva República había cambiado, que la galaxia había cambiado, y que, sobre todo, había cambiado ella. había empezado a recorrer un nuevo camino y ya iba siendo hora de darse cuenta de ello y de dejar intentar seguir el antiguo.

Leia cogió a Jacen por el brazo y habló con voz más tranquila.

—No volveré a presentarme ante ellos o sus comités.

Jacen guardó silencio, pero su preocupación y tensión eran tan espesos en la

Fuerza como el aire en un pantano de Dagobah. Leia lo rodeó con el brazo por la cintura, volvió a sorprenderse de lo alto que era ya su hijo de diecinueve años y tiró de él.

—Jacen, a veces puede ser peligroso esperar lo mejor de la gente — dijo con calma—. Borsk es el peor enemigo que tenemos en el Senado, y acaba de demostrarlo.

—¿Ah, sí?

Salieron de las salas del Comité y tomaron por el familiar pasillo.

—Piensa cuál es el motivo detrás del motivo. ¿Por qué querría Borsk hablar con un emisario yuuzhan vong? ¿Qué tiene para negociar con ellos?

Jacen dio unos pasos en silencio, y se detuvo cuando la respuesta acudió a él.

—A nosotros.

Capítulo 7

Nom Anor, con la sangre aún chorreando por una red de latigazos apresuradamente infligidos, se presentó al centinela que hacía guardia ante el cubil privado de Tsavong Lah a bordo del *Sunulok*.

—Me han convocado —Nom Anor luchó por enmascarar su excitación, ya que el Maestro Bélico rara vez llamaba a sus subordinados a su refugio privado, y nunca durante el ciclo de sueño—. Se me dijo que no me preocupara por mi aspecto.

El centinela asintió con una reverencia y pulsó con la mano los poros receptores de la válvula de la puerta. Ésta se tomó un momento para reconocer el olor del guerrero y se frunció para mostrar una pequeña cámara de contemplación suavemente iluminada por líquenes bioluminiscentes en las paredes. Tsavong Lah estaba sentado en el otro extremo de la habitación, concentrado en una conversación con un villip maestro. Nom Anor dio un pisotón con educación y esperó permiso para entrar.

Vergere salió de detrás de una mesa y le hizo una seña.

—Quiere que veas esto.

Irritado por encontrar allí a su rival, Nom Anor rodeó la mesa para mirar por encima del hombro del Maestro Bélico. El villip había asumido el rostro de una hembra humana de pómulos elevados y rasgos cortantes. La irritación de Nom Anor se desvaneció al instante, pues conocía bien a la mujer. Había sido él quien la había ganado para la causa *yuuzhan vong*.

—...veo que han dado buen uso a los *vornskr* que le envié —decía *Viqi Shesh*—. Ya han muerto cuatro Jedi. Sus *voxyn* están demostrando ser muy efectivos.

—¿*Voxyn*? ¿Cómo sabe cómo se llaman? —*Shesh* abrió mucho los ojos, aunque con la suficiente sutileza como para el Maestro Bélico quizá no notase su sorpresa.

—Así los llaman los Jedi. No sé de dónde sacaron ese nombre. No hablan sobre ese asunto.

—¿De verdad? —*Tsavong Lah* se volvió pensativo—. Interesante.

Vergere asombró a Nom Anor al tocar el brazo del Maestro Bélico.

—Su agente está aquí.

Tsavong Lah no la golpeó ni la reprendió en modo alguno. Se limitó a decirle a *Shesh* que esperase, se volvió hacia «su agente», como tan desdeñosamente lo había llamado *Vergere*, y estudió las manchas de sangre que empapaban su túnica de *sedaraña*.

—Veo que mi convocatoria ha interrumpido tus devociones —su tono era de disculpa sincera—. Quizá pueda hacerse algo al respecto.

Tsavong Lah volvió a sorprender a Nom Anor levantándose y cogiendo él mismo un asiento de espinas de un rincón. Lo puso ante el villip de *Shesh* e hizo un gesto a

su invitado para que se sentara. La ausencia de una capa de sangre seca indicaba que la última vez que la sil a había comido no se había saciado, pero habría sido un insulto dudar.

Nom Anor se sentó y, cuando las hambrientas espinas se hundieron en su espalda y sus nalgas, se consoló pensando que el Maestro Bélico creía que él disfrutaba con esas indulgencias.

—Me siento honrado.

Tsavong Lah volvió a hablar con el villip —Viqi, tengo aquí a un antiguo amigo tuyo.

—¿De verdad? —replicó Shesh. No había visto a Nom Anor entrar en la habitación. Su villip debía ser de los que se conectaban directamente con el Maestro Bélico y capaz de transmitir sólo su imagen y sus palabras—. ¿Quién?

—Estoy seguro de que recordarás a Pedric Cuf —dijo Tsavong Lah, empleando el alias par el que Shesh conocía a Nom Anor.

La sonrisa que se formó en los labios del villip era menos que sincera, pues Viqi había aprovechado la primera oportunidad que tuvo para saltarse a Nom Anor y ofrecer sus servicios directamente al Maestro Bélico.

— ¡Qué alegría!

—Viqi, repite lo que ha pasado hoy —Tsavong Lah no dio a Nom Anor oportunidad de responder al saludo de el a—. Pedric Cuf necesita oírlo todo.

Viqi volvió a contar obediente lo que había pasado en la sala del comité, haciendo hincapié en el plan de Jacen para emboscar al bloqueo de Talfaglio. Se demoró un poco demasiado en lo hábilmente que había manipulado a Borsk Fey'lya para que solicitara un estudio de los militares, dando a los yuuzhan vong tiempo para preparar una contraemboscada.

—Tiene al menos dos semanas —acabó Shesh—. Le mantendré informado.

—Te has portado bien —dijo Tsavong Lah, aunque Nom Anor sabía que ya tenían una flota a la espera para tal eventualidad—. Ahora, cuéntale a Pedric Cuf lo del emisario, Viqi.

Si Viqi Shesh se daba cuenta de que Tsavong Lah la menoscababa al decir constantemente sólo la mitad de su nombre, no dio muestras de ello.

—Hay cierta preocupación sobre el tiempo que requerirá el estudio, pero convencí a Borsk para que solicitara un emisario —su villip sonrió—. No tiene ningún interés en hablar, pero le convencí de que la petición podría proporcionar a los refugiados el tiempo necesario para que los militares completen su estudio.

—Muy inteligente —dijo Tsavong Lah—. Nos proporcionas tiempo, pero les haces creer que son ellos los que retrasan todo. Eres muy hábil, Viqi. El día de nuestra victoria, tu recompensa será inimaginable. ¿Necesitas ahora mismo alguna cosa?

—Sólo los fondos habituales —replicó ella.

—Los tendrás, y aumentados —prometió el Maestro Bélico—. Por los canales acostumbrados.

Tsavong Lah rompió la conexión al acariciar al villip, y se volvió hacia Nom Anor mientras la criatura volvía a ser una masa inerte.

—Esta me enfurece —gruñó—. Me toma por tonto.

—Los humanos tienden a verse con la mejor luz posible —dijo Nom Anor, inseguro de si el desagrado del Maestro Bélico era extensible a él como reclutador de Shesh—. Parecen incapaces de ver la sombra que también proyectan.

—Una pena para ti, entonces, Nom Anor —dijo Tsavong Lah.

Nom Anor se inclinó hacia adelante, conteniendo un grito cuando su espalda se liberó de las espinas de la silla. —¿Para mí, Maestro Bélico? Tsavong Lah asintió.

—Dime, ¿crees lo que dice del bothano? ¿Que no tiene interés en hablar con nosotros?

—No más que lo de que lo convenció para que solicitase un emisario.

Borsk Fey'lya quiere hablar, y Viqi Shesh teme que tenga algo que nos haga escucharlo. Desea proteger su posición.

—Pensamos lo mismo en este asunto, Nom Anor. Más motivo para ordenarte que vuelvas con los infieles.

—¿Él? —preguntó Vergere.

Nom Anor echaba chispas al mirar a la mascota emplumada. — ¿Quién sino? ¿No estarías pensando en ti? Vergere bajó los brazos.

—Mi objeción es un aplauso a tu persona, Nom Anor. Has causado muchos daños a la Nueva República. Borsk Fey'lya no podría hablar contigo ni aunque quisiera. El Senado votaría para echarlo de su puesto.

—¿De verdad? —Tsavong Lah sonrió furtivamente, volviéndose luego hacia Nom Anor para hacer un gesto hacia la silla de espinas—. Llévala contigo, servidor mío. Considérala un regalo.

Capítulo 8

La puerta se abrió a un sonido poco familiar de murmullos, y a Cilghal se le secó la piel. Los voxyn estaban muertos.

El *Halcón Milenario* se había alejado del *Dulce Sorpresa* con la escotilla de emergencia abierta y la bodega de popa expuesta al frío espacio. Las criaturas se habían envuelto en capullos de escamas y sobrevivido a la descompresión resultante. Hasta soportaron por un tiempo el vacío sumiéndose en hibernación. Pero el frío había acabado por matarlas. Han mantuvo todo el viaje la bodega en un vacío sel ado y cercano al cero absoluto y, para cuando llegaron a Eclipse, los voxyn estaban congelados. Cilghal sondeó con la Fuerza sus estructuras moleculares para encontrar reventadas todas las células de su cuerpo. Confirmó sus hal azgos con una sonda ultrasónica y un escáner térmico, realizando luego una docena de diferentes bioexploraciones en sus carcasas congeladas en el espacio en busca de algún signo de vida. Y lo había repetido todo, sólo para asegurarse, cortando sus garras de la cubierta de duracero del *Halcón* tras confirmar los resultados. Tenían que estar muertas.

Aún así, Cilghal no pensaba arriesgarse, no con criaturas que escupían un ácido que corroía la carne, aturdían a sus presas con descargas sónicas, cuya sangre se volvía una neurotoxina al entrar en contacto con la mayoría de las variedades de aire y cuyas patas tenían almohadillas que albergaban un centenar de letales retrovirus.

Estaba demasiado cansada para analizar la situación, últimamente demasiado propensa a cometer errores como para arriesgar la vida de todos los que estaban en Eclipse. Cilghal retrocedió en silencio y salió por la puerta, sacó el comunicador de un bolsillo y se lo llevó a los labios.

El lastimero gemido de un wookiee brotó de la sala, y fue consciente de una extraña pesadez en la Fuerza. Se dio cuenta con un sobresalto que el sonido que había oído era un sol ozo. El sol ozo de un humano.

Cilghal miró por la puerta y vio una hilera de jóvenes Jedi al otro lado de la habitación, mirando al almacén de tejido congelado a través de un panel de observación de transpariacero. En un extremo del grupo estaba Anakin, alto, desgarrado y con los hombros anchos de esa manera que tienen los machos humanos cuando pasan de la adolescencia a la edad adulta, reconocible hasta de espaldas por la despeinada melena color arena. A su lado estaba, como siempre, Tahiri, pequeña y esbelta con pelo rubio muy corto, los pies desnudos como acostumbraba, sujetando su calzado con una mano y el brazo de Anakin con la otra. El gemido del wookiee provenía del otro extremo de la fila, donde Lowbacca estrechaba la delgada forma de Jaina Solo con su peludo brazo rojizo. Al lado estaban Zekk y Tenel Ka, siendo el primero un joven enjuto y nervudo con el descuidado pelo negro llegándole a los

hombros y la segunda una belleza esbelta de pelo color óxido y un brazo amputado justo encima del codo. Y más o menos en el centro estaba aquél a quien Cilghal había oído llorar, el rubio Raynar Thul, apretando con los puños el transpaciadero, y los hombros subiendo y bajando a medida que lloraba.

Cilghal se mantuvo fuera, intentando decidir si recoger otra muestra de tejido justificaba la intrusión. Los jóvenes Caballeros Jedi formaban un grupo muy cerrado al haber pasado muchos de sus años de formación estudiando en la Academia Jedi de Luke en Yavin 4. Se habían enfrentado juntos a secuestradores imperiales, implacables organizaciones criminales de Jedi Oscuros y más peligros, de los que podía enumerar la médico mon calamari. No le pareció correcto interrumpir su reunión, fuera lo que fuera lo que les apenaba.

Empezó a retroceder, pero su presencia no había pasado desapercibida. Tenel Ka se volvió y fijó en ella los enrojecidos ojos.

—No te preocupes por nosotros. No estamos aquí para interrumpir tu trabajo.

Insegura de qué hacer, al sentir en la Fuerza la angustia de los compañeros, Cilghal entró en la habitación y se dirigió al armario donde tenía el criotraje que necesitaría para recoger las muestras.

—¿Ha muerto alguien más? —preguntó, temiendo la verdad aunque la había adivinado.

—Lusa —dijo Anakin, con voz rota. Lusa era una de sus mejores amigas en la Academia de Yavin 4, una chironiana amante de la naturaleza. Anakin hizo un gesto vago en dirección a los cuerpos congelados en el almacén de tejidos—. Un grupo de voxyn acabó con ella.

—Acabamos de enterarnos por el subespacio —añadió Tahiri—. Estaba en su casa, corriendo por un prado.

—Se suponía que estaba a salvo —añadió Jaina, apartando por fin la cara del vello de Lowbacca—. Chiron está muy lejos de los yuuzhan vong.

Cilghal sintió una punzada de culpa.

—Siento ir tan despacio. He aprendido mucho de estas criaturas, pero nada que pueda usarse.

Raynar murmuró una sugerencia de que podría trabajar más. El respeto por su dolor hizo que Cilghal simulara no oírla mientras se ponía el criotraje.

Lowbacca no fue tan generoso, gruñendo con suavidad y reprochando al joven Jedi su grosería. Raynar empezó a replicar algo, pero la garganta le falló y se volvió hacia el almacén de tejidos.

Jaina se apartó de Lowbacca y dio a Raynar unas palmaditas en el brazo antes de volverse hacia Cilghal.

—Perdona a Raynar. Lusa y él eran muy amigos —aunque Jaina tenía los ojos hinchados por el llanto, Cilghal pudo notar que su furia nacía de la ira—. Nadie está

enfadado contigo. Matan a los Jedi y el Senado nos culpa por perder la guerra. A veces creo que deberíamos emigrar a las Regiones Desconocidas y dejar a la Nueva República a merced de los yuuzhan vong.

—Lo entiendo —dijo Cilghal. La pena, sobre todo la de los jóvenes, debía tener un desahogo o acababa consumiéndote—. Pero, ¿qué haremos cuando los yuuzhan vong vayan a buscarnos allí?

Los ojos de Jaina se endurecieron, pero asintió.

—Lo sé, y tampoco hay garantías de que los Chiss nos acogiesen.

—Entonces supongo que habrá que encontrar el modo de defender esta parte de la galaxia —Cilghal casi se cae al meter la pierna en el criotraje—. Si podemos.

—¿Estas criaturas tienen algún punto débil? —preguntó Tahiri—. Los pueblos de las arenas dicen que todos tienen un punto débil, todos menos ellos.

—No he encontrado ninguno en los voxyn —respondió Cilghal—. Como sospechábamos, son medio de esta galaxia y medio yuuzhan vong, pero no he conseguido ir más allá. Hay tantas cosas que carecen de sentido.

—Estás cansada —dijo Tenel Ka, sosteniendo uno de los enormes brazos del traje—. Te ayudaré.

—A lo mejor deberías descansar —dijo Anakin volviéndose, mostrando ojos tan rojos como los de Tenel Ka—. Es muy difícil pensar con claridad cuando uno no se tiene en pie. Cilghal sonrió ante su preocupación.

—Tienes razón, por supuesto, pero no me animo a dormir mientras otros mueren —metió el brazo por la segunda manga—. Debo seguir trabajando.

—¿Podemos hacer algo? —preguntó Tenel Ka—. Tenemos turno de guardia en una hora, pero...

—Podéis observar —dijo Cilghal—. Podéis decirme cómo es que sigo contaminando las muestras.

—¿Contaminándolas? —preguntó Tahiri—. ¿Qué quieres decir?

—Sus códigos genéticos siempre son iguales. No es el equipo, porque lo he comprobado, así que debo contaminar las muestras cuando las recojo.

Tenel Ka intercambió miradas con sus amigos, y posó una mano en el brazo de Cilghal para que no se cerrara el traje—. ¿Cuántas veces lo has hecho?

—Cuatro —dijo Cilghal.

—¿Y el código es siempre el mismo? —preguntó Jaina—. ¿Exactamente el mismo?

Cilghal asintió, intentando adivinar adonde querían llegar los jóvenes Jedi.

—Hasta cuando es Tekli quien recoge las muestras —Tekli era su aprendiz, una joven chadra-fan no mayor que Jaina—. En algún momento cometemos sistemáticamente el mismo error.

—¿Y si no es así? —preguntó Tenel Ka.

Una oleada de cansancio invadió a Cilghal y negó con la cabeza.

—Lo cometemos. No hay dos secuencias genéticas idénticas. Siempre hay diferencias.

—No siempre —dijo Jaina.

Cilghal frunció el ceño y sintió como su piel se iluminaba y adquiría un color verde pálido.

—¿Clones? —jadeó—. ¡Están clonando los voxyn!

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó Tenel Ka—. ¿No tendría más sentido criarlos?

—Quizá —de pronto Cilghal estaba muy despierta, sus pensamientos volaban a la velocidad de la luz—. A no ser que sólo tengan uno.

La excitación iluminó los ojos de Anakin, o quizá fuera la determinación.

—Eso sí que sería un punto débil.

—Pero todos esos voxyn provenían de la misma nave —observó Tenel Ka—. ¿Cómo podemos saber que una carnada de otra nave no provendría de otro?

Cilghal lo meditó un momento, repasando todas las pruebas diferentes que había hecho, tanto científicas como con la Fuerza. Y llegó a una única conclusión.

—No hay manera de estar seguros —dijo—. No con un solo grupo de muestras.

—Entonces necesitamos más muestras —Anakin ya estaba medio fuera en la puerta cuando se dio cuenta de que Tahiri era la única que lo seguía. Se volvió hacia los otros—. Las necesitamos ya.

Capítulo 9

La señal era borrosa, pero lo bastante clara como para reconocer un nombre familiar cuando la tranquila voz del locutor corelliano llenó la carlinga de Anakin.

—La senadora kuati Viqi Shesh dijo que la Nueva República recibirá al emisario con cauto optimismo.

Anakin abrió un canal con el resto de su pequeña flota.

—¿Estáis oyendo esto?

Estaban en un asteroide en las afueras del Sistema Froz, con los motores apagados y vigilando en silencio el tráfico de la zona. Con Kyp Durrón en la zona, parecía un buen lugar para buscar los voxyn que necesitaba Cilghal.

—Parece que al final los yuuzhan vong envían un emisario.

—Corta la chachara, Hermanito —ordenó Jaina. Anakin estaba al mando de la misión, pero Jaina estaba al cargo del aspecto táctico por ser una veterana del Escuadrón Picaro. Como había dejado claro Luke antes de dejarles salir de Eclipse, Anakin decidía lo que había que hacer y Jaina decidía cómo—. Mantente pasivo. No dispersemos por radio cosas ociosas. Nunca se sabe quién podría estar escuchando.

Anakin tecleó su aceptación, y la voz seductora de Viqi Shesh sustituyó a la del presentador de las noticias.

—Soy la última persona que aceptaría tratar con asesinos, pero creo que tenemos algo de que hablar. Si conseguimos hacer entender a nuestros enemigos que la Nueva República no tiene control alguno sobre los Jedi, puede que los yuuzhan vong se concentren en quien deben.

—¿Y hacerles entender eso no incluiría ayudarlos a encontrar la base secreta de los Jedi? —preguntó el locutor—, ¿no es por eso por lo que han cogido rehenes?

—He sido amiga de los Jedi desde que me uní al Senado, pero en este caso, Luke Skywalker sólo piensa en sus seguidores. Los actos imprudentes de los Jedi han puesto en peligro a los ciudadanos de todo un mundo, y ahora se niega a asumir la responsabilidad.

—¿Qué te parece eso? —dijo Zekk, ignorando la petición de Jaina de silencio en las comunicaciones. Aunque intimó mucho con Jaina cuando eran más jóvenes se distanciaron cuando ella ingresó en el Escuadrón Picaro, y a veces parecía disfrutar irritándola—. Los yuuzhan vong amenazan a mil millones de personas, y la culpa la tenemos nosotros.

—¿Qué he dicho, Cazarrecompensas?

—Disculpad —dijo Tenel Ka. Estaba en la plataforma de sensores, un bombardero convertido al que llamaban *Gran Ojo*, junto a Lowbacca, Raynar y Ulahá Kore que, además de ser una músico de talento, era una gran analista técnica

en la Fuerza—. Tenemos un contacto entrando en el sistema. Su transpondedor lo identifica como el carguero *Reina Veloz*.

Tenel Ka transmitió las coordenadas directamente a los droides astromecánicos, y añadió:

—Una segunda nave acaba de salir del hiperespacio. Tiene un rumbo convergente con la primera.

—¿Un interceptor enemigo? —preguntó Jaina.

Una de las tácticas preferidas por las fuerzas interceptoras yuuzhan vong era acechar fuera de su sistema asignado, para luego capturar el tráfico que entraba en el sistema con un rápido salto por el hiperespacio.

Tenel Ka sólo necesitó un momento para confirmar la deducción de Jaina.

—No aparece en los sensores, no tiene flujo de iones. Y su masa equivale a una corbeta. —¿Hermanito? —dijo Jaina. —Dame un segundo.

Al ser el más poderoso en la Fuerza de todo el grupo, Anakin buscó, extendiendo su consciencia, procurando no tocar a la población concentrada en Froz. No sintió ningún voxyn a bordo de la corbeta, ni a ningún yuuzhan vong pilotándola. Esto último no era ninguna sorpresa. Aunque el cristal viviente que se había llevado de la base enemiga en Yavin 4 le permitía sentir a los yuuzhan vong, de un modo muy distinto y más borroso que como los Jedi solían sentir a la mayoría de los seres, su percepción a tanta distancia era demasiado débil para discernir nada que no fuera una enorme concentración de gente. Le sorprendió detectar una presencia corriente en una luna helada al borde del sistema, —Negativo en voxyn —informó—. Hay algo en la luna de la órbita doce, pero no sé el qué. Aunque no es yuuzhan vong.

—Ninguno de nosotros tres sentimos nada hambriento —admitió la voz ronca de uno de los aprendices barabeles de Saba Sebatyne.

Anakin había sido reticente a traer a los recién llegados hasta que Luke le recordó que habían sobrevivido a más de cincuenta batallas espaciales pilotando antiguos Ala-Y para los Caballeros Salvajes. Por el camino habían demostrado también ser buenos pilotos de los nuevos XJ3 con láseres de disparo variable, torpedos de protones con señuelo y escudos a prueba de rayo tractor, el Ala-X más nuevo y sofisticado que se había construido—. Pero la presencia en la órbita doce es humana.

Inseguro de si el barabel quería mostrar su superioridad o si sólo quería ayudar, Anakin asumió lo segundo.

—Gracias por el apoyo... esto... ¿Uno?

Se oyó un siseo rítmico que insinuaba una risa.

—Soy Cola Dos, Hermanito.

Anakin sintió calor en las mejillas.

—Perdón.

Cola Uno era el macho, Tesar Sebatyne, Dos y Tres eran Bela y Krasov Hará, que

insistían en que no eran hermanas sino compañeras de nido. Fuera lo que fuese lo que quería decir eso, su sentido del humor producía escalofríos a Anakin. Habían sido ellos quienes sugirieron los nombre código de Cola, que parecían encontrar hilarantes por motivos que nadie entendía.

Raynar ahorró a Anakin la vergüenza de un silencio más prolongado.

—¿Qué hacemos aquí parados? Hagamos algo.

—No podemos interferir, Mercader —dijo Anakin. Estaba tan impaciente como Raynar por vengar la muerte de Lusa, pero Luke les había ordenado que se centraran sólo en la misión. Con Viqi Shesh y sus aliados sugiriendo que los Jedi debían entregarse por el bien común, el menor incidente podía volver al resto del Senado en su contra—. Y el *Reina Veloz* está mejor sin nosotros. Si los yuuzhan vong nos ven llegar, dispararán y huirán. De este modo podrían dejarla pasar tras limitarse a registrarla.

—Hecho —confirmó Tenel Ka—. Han empleado los dovin basal para detener al *Reina Veloz*, y una pequeña lancha se desprende de su casco.

Un trío de señales, una marcada con el rojo de la Nueva República y dos con el azul de los yuuzhan vong, aparecieron en la pantalla táctica de Anakin. Hizo que su droide astromecánico, Cinco, buscara los datos técnicos y no vio motivo para estar en desacuerdo con Tenel Ka. Ni siquiera los yuuzhan vong destruían todas las naves que encontraban; cuando la nave no transportaba material de guerra o Jedi, solían liberarla con la esperanza de poder cogerla a la vuelta llena de refugiados.

Una ronca voz de barabel, Anakin creía que era Krasov: —Hermanito, sentimos... alguien no obedece las órdenes del tío Maestro.

Un instante después, en los sensores de Anakin aparecía un enjambre de señales. —¿*Gran Ojo*?

—Una flota de Ala-X —informó Tenel Ka—. Una docena de XJ3.

—Con una probabilidad del noventa y nueve coma... —Ulah hizo una pausa y entonces dijo—: Bueno, es la Docena de Kyp. No hay duda.

—*Gran Ojo*, abre un canal subespacial seguro —dijo Anakin—. Y descarga las coordenadas para un microsalto.

—Hermanito —avisó Jaina—, recuerda que...

—Por si acaso —la luz del comunicador subespacial se encendió y activó el micrófono—. Ala-X, ya saben quién soy.

Los tocó con la Fuerza para identificarse y sintió que le respondía una presencia casi tan fuerte como la suya.

—Solicito que interrumpan el ataque —dijo—. Nos causarán un verdadero problema, a todos.

—Problemas, sí —replicó la voz familiar de Kyp Durrón—, pero no para nosotros.

La nave transbordadora yuuzhan vong se desvaneció en estática y desapareció en la pantalla táctica de Anakin. Sólo desapareció, sin señales de ataque por parte de los Ala-X, sin rastros de propulsores, sin fogonazos de energía ni nada.

—¿*Gran Ojo*? —preguntó Anakin—. Hay algún problema con...

La corbeta atacó con cañones de plasma y proyectiles de magma, y la pantalla de Anakin se llenó con rayas de energía rojas. A los sensores de *Gran Ojo* no les pasaba nada. Kyp había destruido la nave...

¿Cómo? ¿Con la Fuerza? No parecía posible. Sólo un Jedi muy poderoso podría utilizarla de ese modo: sólo un Jedi Oscuro. Matar con la Fuerza abría al Jedi a la corrupción, lo volvía sediento de poder. Al menos eso era lo que decía Luke. Anakin sabía que Mara y su tío se habían quedado decepcionados con su último encuentro con Kyp; quizá fuera por esto.

La Docena empezó a dar saltos y bandazos, cubriendo la pantalla táctica de fogonazos de disparos láser. Bolas de plasma enemigas estallaban contra sus escudos o pasaban de largo y desaparecían, y entonces la señal de la corbeta quedó engullida por la estática.

Anakin pensó que podía ser un torpedo de protones, pero la pantalla no había mostrado ningún rastro de propulsores.

Cuando la estática desapareció, la corbeta seguía ahí, pero con su fuego reducido a una simple llovizna. Los Ala-X XJ3 la envolvieron como un enjambre, castigándola con descargas láser y rematándola con torpedos de protones. Esta vez los rastros de propulsores brillaron azules en la pantalla de Anakin.

—¿Lo ves? No ha sido problema —dijo la voz de Kyp desde el subespacio.

El *Reina Veloz* encendió los motores sublumínicos y se alejó traqueteando.

Aunque Anakin sabía que estos ataques discriminados acabarían resultando perjudiciales tanto para los Jedi como para la Nueva República, la muerte de Lusa estaba demasiado reciente como para no alegrarse.

—Buen ataque —dijo.

Estaba a punto de preguntar por las dos extrañas detonaciones cuando la voz de Tenel Ka se oyó por el canal de comunicaciones de su escuadrón.

—Nuevos contactos —informó—. Dos... no, tres naves. Parecen algo más grandes.

Cinco silbó una alarma al desplegar las señales en la pantalla de sensores de Anakin. Las tres naves se desplazaban en perfecta posición de «triángulo cerrado», con una nave sobre, a la altura y debajo del plano táctico de la Docena, situadas todas de forma que su campo de disparo pasaba sin problemas entre las otras dos.

Anakin estaba a punto de solicitar una lectura táctica cuando aparecieron unas letras debajo de cada nave, identificándolas como fragatas de asalto, lentas y torpes, pero fuertemente armadas y protegidas.

—¡Una emboscada! —gritó Anakin.

—Dato —dijo Tenel Ka—. Están saliendo los coralitas.

Nubes de puntitos salieron en enjambre del lado de la fragata no expuesto al fuego enemigo. La mayoría tomó posiciones alrededor de la zona de ataque, pero media docena se dedicó a perseguir al *Reina Veloz*.

La Docena rompió la formación, pero las naves más grandes ya habían liberado una andanada de giratorios proyectiles de lava. Un par de los Ala-X de Kyp estallaron en llamas y desaparecieron.

Anakin ya estaba despegando del asteroide.

—Espera, Hermanito —dijo Jaina. Pese a sus palabras, ya estaba elevando su Ala-X junto con los demás—. No puede decirse que estemos siguiendo órdenes.

—Las estamos desobedeciendo —confirmó Anakin. La verdad era que no sabía que querría su tío: Se hubiera pasado Kyp Durrón al Lado Oscuro o no se hubiera pasado, Luke no desearía que lo mataran o, lo que era peor, que lo capturasen—. No podemos permitir que otro de nosotros... No después de lo de Lusa.

—Esto es diferente —dijo Tenel Ka—. Podría decirse que Kyp Durrón se ha buscado esto. —Es posible —dijo Anakin.

Se tomó un momento para pensar. Desde lo de Yavin 4, la gente le acusaba de ser imprudente, y lo último que necesitaba era proporcionarle más munición. Por otro lado, ya había tomado una decisión.

—¿Quieres argumentar eso? —preguntó.

Tenel Ka guardó silencio por un momento, y entonces comenzó el bombardeo:

—No.

—Bien. Vamos allá. Jaina, dinos cómo.

Cuando el escuadrón formó alrededor del *Gran Ojo*, Jaina dijo: —El salto nos situará detrás de la fragata inferior. Nada de virguerías ni de dejarse llevar. Limitaos a abrirle un buen boquete y para casa.

Colas, vosotros nos cubriréis. No quisiera ofenderos, pero nunca hemos trabajado juntos.

—No nos ofende, Palillos —dijo un barabel. A Jaina le preocupaba no responder automáticamente a otro nombre código y había pedido que usaran el apodo que tenía en el Escuadrón Picaro—. Nos sentimos honrados de cubrirlos las espaldas. ¿Puede Cola Uno hacer una sugerencia?

Tenel Ka empezó la cuenta atrás, y Jaina dijo:

—Tienes siete segundos, Uno.

—Sus artilleros estarán mirando al otro lado cuando lleguemos. Si envías el bombardero en el primer pase....

—Arriesgado, pero podría funcionar —dijo Jaina—. ¿Qué posibilidades hay, Trovador?

—La probabilidad de éxito es de... un ochenta y dos por ciento, con un margen de error...

Lowbacca rugió su acuerdo con el plan barabel, y Tenel Ka dijo:

—¡Dos, uno, ya!

Anakin aceleró y conectó el hipersalto. Las estrellas se convirtieron en rayas. Dos segundos después, Cinco gorjeaba anunciando su llegada a medio sistema de distancia. Mantenía los ojos cerrados para que el regreso al espacio real no lo desorientara.

Buscó con la Fuerza y sintió detrás de él a su escuadrón en formación. Kyp y la Docena estaban a corta distancia a su izquierda, maniobrando en la zona de tiro, intentando evitar las bolas de plasma y los proyectiles de magma. Ahora que estaba lo bastante cerca, también podía sentir a los yuuzhan vong en combate, como un temblor indefinido, lo bastante poderoso como para distraer su atención en un momento crucial. Se sintió tentado a quitar el cristal del sable láser. Una batalla entre cazas estelares no es lugar donde distraerse.

El Ala-X se escoró bruscamente a la derecha cuando Cinco, actuando conjuntamente con los otros droides astromecánicos, se alineó con el objetivo. Anakin abrió los ojos ahora que ya no había peligro de desorientación y vio la batalla ante él como una pequeña red de brillantes colores.

—¿Todo el mundo preparado para actuar? —preguntó Jaina.

Anakin tecleó en su micrófono para responder afirmativamente y contó el número de clicks cuando los otros hicieron lo mismo. A través de la Fuerza sintió una extraña resignación en su hermana, en nada similar a la excitación que sentía él, producto de la adrenalina.

Parecía más harta que tensa, casi distanciada. Puede que fuera así como sobrevivía un gran piloto a tantas batallas rápidas como relámpagos, o quizá fuera el precio por volver con vida, el resultado físico de la sobrecarga de estrés. Puede que la política del Senado no fuera la única causa por la que el permiso que tenía Jaina del Escuadrón Picaro fuera indefinido. Puede que los médicos de la flota le dijeran a Gavin que Jaina necesitaba un largo descanso.

—Cinco, ábreme un canal privado con Jaina.

—Estamos enteros e impacientes. Luz verde, Jedi, y disparad bien — dijo Jaina antes de que el droide pudiera obedecer.

Su Ala-X se lanzó el primero, entrando en un paisaje envuelto en luces que ahora era tan grande que se derramaba por toda la pantalla delantera de la carlinga de Anakin. Dejó al margen cualquier idea de sugerirle que se quedase atrás, conectó las armas y eligió cañones láser. El objetivo se agrandó hasta aparecer ante él, primero como una enorme silueta que ocultaba las estrellas y luego como una oscuridad megalítica que escupía magma y plasma al maelstrom que había más allá.

Jaina descendió en busca del único coralita en posición de interceptar a los Jedi y que pronto estuvo dando saltos y bandazos para esquivar sus disparos láser. El piloto enemigo concentró las energías de su dovin basal en proteger su nave en vez de maniobrar. Era-poco inteligente. Jaina esquivó las pocas bolas de plasma que disparó en su dirección y lo castigó con descargas de poca potencia. En cuanto le acertó por primera vez, cuadruplicó la potencia y descargó una ráfaga.

—Eso es disparar —dijo Zekk.

—Corta la chachara innecesaria, Cazarrecompensas —ordenó Jaina.

Zekk cerró el micrófono.

Anakin pasó a torpedos de protones, al no haber nada entre la fragata y él, y centró la retícula de mira en la proa de la nave. Tesar había acertado: los nodulos de plasma y los escupidores de roca de este lado de la nave no estaban activos.

—Cinco, ¿qué pasa con los coralitas que persiguen al *Reina Veloz*?

Cinco cambió la escala de la pantalla táctica. Los coralitas ya atacaban al Reina.

—Esto no va bien —gimió Anakin—. Nada bien. Al tío Luke le gustaría esto tanto como pelear con un rancor.

Cinco desplegó un cálculo sobre cuánto tardarían los coralitas en volver. No participarían en la batalla, pero podían cortar el paso a los Jedi.

—Mantenlos vigilados.

Cinco silbó en señal de que lo había recibido, y la retícula de Anakin se iluminó al entrar dentro del alcance de los torpedos. La fragata llenaba toda la carlinga; lo único que veía Anakin era una roca que parecía un asteroide cualquiera.

—Hermanito, verde —informó.

—Cazarrecompensas, verde —dijo Zekk—. ¿Nos alternamos?

—Tú primero.

Una docena de círculos blancos, tres torpedos de protones con las llamaradas de sus señuelos, se alejaron para desplegarse a lo largo del flanco de la fragata. Los yuuzhan vong encargados de los escudos activaron sus dovin basal para concentrar la gravedad y crear una hilera de agujeros negros en miniatura que se tragaran todo lo que iba hacia ellos. Zekk pasó a cañones láser y salpicó la fragata con disparos intermitentes. En los últimos dos años, el combate espacial entre la Nueva República y los yuuzhan vong había evolucionado para convertirse en un juego de cebo y ataque, cada bando intentando engañar al otro para que malgastase su limitada reserva de energía en defensas innecesarias y ataques inútiles. Las mejoras de los XJ3 estaban concebidas para ganar este juego.

Anakin disparó su primera andanada de torpedos, cambió de armas y disparó los láseres. Los equipos de los escudos eran demasiado lentos para sus ataques, y los fusibles de proximidad detonaron a metros de distancia de la nave. Círculos fundidos marcaron el casco. De una pequeña grieta brotó un geiser de atmósfera. Anakin atacó

la fisura con dos descargas láser y brotó una columna de cadáveres y de equipo. Zekk contribuyó con una descarga cuádruple y provocó una sucesión de explosiones internas, y para entonces estaban demasiado cerca y tuvieron que retirarse.

Anakin sintió que lo miraban unos ojos yuuzhan vong —el cristal lambent no era siempre una distracción— y se echó a la derecha. Un proyectil de magma pasó por su lado proveniente de algún lugar más allá de la fragata, y sintió que su alarma le era devuelta a través de la Fuerza. Comprobó la pantalla y vio a Zekk poniéndose detrás de él mientras otro proyectil de roca pasaba girando por su lado.

—Gracias por el aviso —le dijo Zekk por el comunicador.

Un par de coralitas apareció por detrás de la fragata y pasaron junto a ellos con los cañones volcán escupiendo plasma contra el bombardero.

Anakin empezó a girar hacia atrás.

—¡A por ellos!

—Dejadlo, chicos —el Ala-X de Jaina se situó detrás de los coralitas, alzando ya el morro para disparar—. Ocupaos de los dos que vienen por debajo.

Pasó como una exhalación, con un único torpedo de protones dirigiéndose ya hacia la popa del coralita. No hacía falta comprobar la pantalla táctica: los dos yuuzhan vong podían darse por muertos teniendo a Jaina tras ellos. Anakin y Zekk descendieron hacia el vientre de la fragata, moviéndose por entre una tormenta de proyectiles de magma antes de que los sorprendidos artilleros pudieran apuntar contra ellos. A trescientos metros de ellos, dos coralitas se dirigían hacia el *Gran Ojo*, intercambiando fuego con los enormes cañones láser del bombardero.

Anakin sintió que Zekk lo encontraba mediante la Fuerza. Preparó los cañones cuádruples y posicionó la retícula de disparo. Soltaron los disparadores a la vez. Sus armas llamearon a la vez. Los coralitas se desintegraron... a la vez.

—Buenos disparos —dijo Tenel Ka—. Y ahora, por favor, despejad.

Anakin aceleró el motor. Debería haber otro coralita, pero no lo veía en la pantalla.

—¿Dónde está el tercero? —dijo.

—Lo abatí yo —replicó Jaina—. Volaba más bajo.

Cinco lanzó un silbido.

—Sí, lleva cuatro —dijo Anakin—. Y no está ni emocionada.

El bombardero iluminó la oscuridad con un fogonazo de color. Anakin utilizó la pantalla trasera para ver cómo los escudos del enemigo detenían la primera andanada. Pero se les escaparon cuatro proyectiles de la siguiente, y la nave se dividió en pedazos. Sus dos partes sangraron cuerpos y vapor.

Anakin giró su Ala-X para volver a la batalla y se encontró con que otra fragata se movía para cortarle el paso a la Docena. El *Gran Ojo* lanzó todos los torpedos que

le quedaban y huyó al no ser rival para la mayor potencia de fuego del enemigo. Jaina guió a Anakin y Zekk por entre las descargas, pero por los comunicadores les llegó la voz de Kyp.

—Ya has hecho bastante, Palil os. Nosotros nos ocupamos a partir de ahora.

—Claro —la respuesta de Jaina era sarcástica, quizá porque los torpedos del bombardero eran desviados por una singularidad gravitacional—. Se limitarán a dejaros pasar.

—Bueno, dejarnos no.

Un bril ante fogonazo iluminó la proa de la fragata, incinerando el puente de mando y dejando a la nave muerta en el espacio. Los ocho supervivientes de la Docena lanzaron una andanada de torpedos a la nave tullida, y salieron de la zona de fuego con una cómoda ventaja sobre los coralitas perseguidores.

—¿Kyp? —preguntó Anakin entrecortadamente—. ¿Cómo has...?

—La Fuerza.

La respuesta era cortante, y hasta sin la Fuerza Anakin sintió la rabia de Kyp por perder a tantos pilotos. Los dos grupos se unieron en formación y guardaron silencio. Kyp ya había cedido antes ante su rabia y todos los Jedi conocían el peligro que suponía eso.

Pero Anakin empezaba a dudar. En Yavin 4, un amargado yuuzhan vong repudiado había traicionado a los suyos para ayudar a Anakin a rescatar a Tahiri, y había aprendido de él que el Lado Oscuro existía incluso sin la Fuerza, que la fuerza de voluntad contaba tanto como la pureza de corazón.

Ahora más que nunca creía que la Fuerza era una herramienta más que podía usarse para hacer el bien. Y si Kyp Durrón había descubierto alguna forma de usar la Fuerza para destruir naves enemigas, Eclipse debería investigar si podía usarla un Jedi fuerte con fuerza de voluntad y de corazón puro, sin pasarse al Lado Oscuro.

Kyp permitió que el silencio se adueñara de los canales de comunicación hasta que estuvieron lejos del enemigo, antes de preguntar: —Anakin, ¿no te recordaron nada esas explosiones?

—Su señal espectrográfica era la de un torpedo de protones —dijo Tenel Ka—. Pero su propulsor no dejaba rastro.

—¿Y qué te dice eso? —preguntó Kyp con petulancia—. Piensa en ello. «El tamaño no importa», y todo eso.

—¿Telequinesis? ¿Estás usando la Fuerza para lanzar los torpedos?

—No soy tan rápido como una carga propulsora, todavía, pero los yuuzhan vong tienen problemas para ver torpedos de protones sin el bril ante y luminoso chorro de los motores que los delata.

Anakin se sintió casi decepcionado. Esperaba un arma secreta, algo que los yuuzhan vong ciegos a la Fuerza no pudieran combatir. En vez de eso, tenían otra

etapa del juego, otra forma de engañar al enemigo que pronto sabría combatir.

Si Kyp esperaba que alguien lo felicitara por su astucia, quedó decepcionado. Tenel Ka comentó que, en todo caso, eso ahorraría a la Nueva República algunos cilindros de combustible, cuando un pitido urgente desvió la atención de Anakin a la pantalla táctica. Cinco cambió la escala mostrando al *Reina Veloz* convertido en una nave muerta a la deriva por el espacio. Los seis coralitas que lo habían destruido se apresuraban a cortarles el camino de huida.

—Me temo que aún no hemos acabado —dijo Tenel Ka.

Los seis pilotos de coralitas estaban muy superados en número y no había duda de que morirían, pero también darían tiempo al resto de la flota para que alcanzasen a los Ala-X por detrás. Anakin siseó una maldición, y volvió a maldecir cuando aparecieron tres Ala-X ante los coralitas, precipitándose a su encuentro.

—Por favor, no te desvíes del camino, Hermanito —dijo la ronquera de un barabel—. Esto no llevará mucho tiempo. Sólo son seis.

Los tres Ala-X se fundieron en una sola señal y continuaron dirigiéndose hacia el enemigo, obligando a los yuuzhan vong a elegir entre ser embestidos o abandonar formación. No fue ninguna *Sorpresa* que cerraran filas, lanzando un chorreo de rayas rectas y onduladas contra los barabeles.

Si miraba por la ventanilla, Anakin apenas podía ver la batalla, puntitos de luz relumbrando en la distante oscuridad. Volvió a mirar la pantalla táctica y vio como las líneas onduladas se apagaban al acercarse a los Ala-X.

—¡No pueden hacer eso! —exclamó Zekk.

—Si crees que están disparando a los proyectiles y cargándoselos, sí pueden —dijo Tenel Ka—. La ampliación óptica indica una correlación del setenta y dos por ciento entre los disparos de sus láseres y la desaparición de los proyectiles.

Anakin estaba más impresionado por su pilotaje que por sus disparos.

Para ser una sola señal en la pantalla tenían que moverse uno encima de otro, a menos de un metro de distancia, a una velocidad que bien podía ser el diez por ciento de la luz. No se le ocurría un motivo para exhibir en combate semejante precisión, aparte de para desmoralizar al enemigo, pero estaba impresionado.

Por fin, uno de los proyectiles de magma consiguió llegar a los Ala-X.

Anakin tenía los ojos pegados a la pantalla táctica, esperando el horrible fogonazo que significaría el final de uno o, al estar tan cerca, los tres barabeles.

No lo hubo. El proyectil reapareció al otro lado de la señal con una trayectoria diferente. Alguien había empleado la Fuerza para redirigir su vuelo.

—Necesito Jedi en mi escuadrón —dijo Kyp—. Necesito barabeles Jedi.

Anakin volvió a alzar la mirada. La batalla era ahora más luminosa, como una fosfopulga, pero no había modo de llegar a tiempo para ayudar a los barabeles.

Los yuuzhan vong renunciaron a los proyectiles de magma y se concentraron en

las bolas de plasma. Para sombrero de Anakin, los barabeles no perdieron el tiempo en esquivarlas. Encajaron los ataques de frente, uno tras otro. Y continuaron incluso cuando sus escudos debían haber cedido ya.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Zekk—. ¿Se refuerzan mutuamente los escudos?

—No están tan cerca —la voz de Jaina estaba desmayada de admiración. Era la primera señal de emoción que mostraba—. Deben de estar saltando uno delante del otro, turnándose para encajar el magma mientras los demás recuperan energía.

—Cierto —confirmó Tenel Ka—. Hay fluctuación en la pulsación de los iones que concuerdan con variaciones en el flujo de los motores.

—Ahora sí que estoy impresionado —dijo Anakin.

Uno de los yuuzhan vong desapareció de la pantalla. Los Ala-X se dirigieron hacia otro coralita. También desapareció. A Anakin no le sorprendía la táctica, pero le impresionaba su precisión. Los compañeros de nido estaban concentrando su fuego, abrumando a sus objetivos con un gran volumen de disparos láser. Un tercer coralita desapareció. Los supervivientes se dirigieron a los flancos de los Ala-X, intentando ponerse detrás de ellos.

La señal de los barabeles tembló y ralentizó la marcha. Anakin supo que los yuuzhan vong estaban usando los dovin basal contra los escudos de los Ala-X. Quiso gritarles que usaran el conmutador de seguridad, que liberaría los escudos y los dejaría libres un milisegundo más tarde. No se atrevió a interferir en su concentración.

Los barabeles volvieron a sorprenderlo, esta vez apagando por completo los motores subluz. Al estar los coralitas tirando de sus escudos, la distancia se acortó en un suspiro. Entonces volvió a haber tres Ala-X, cada uno enfrentado a un coralita. La pantalla táctica estalló en un laberinto indescifrable de estelas de propulsores para disolverse en estática cuando las rápidas descargas de protones sobrecargaron los sensores del bombardero. Anakin miró por la ventana de la carlinga y vio un estallido de luz como el de una *Nova*.

Cuando volvió a mirar a la pantalla, sólo había estática.

—¿Cinco?

El droide pitó y se puso a filtrar la sobrecarga.

—¿Colas? —llamó Jaina—. ¿Estáis ahí?

No contestaron.

—Volvemos a recuperar los sensores —dijo Tenel Ka. Parece que hay tres Ala-X.

—¿Colas, estáis ahí? —repitió Jaina—. ¿Uno? ¿Dos? ¿Tres?

Le contestó un largo estallido de siseos, lo que pasaba por risa entre los barabeles.

—Estamos aquí, Palillos —dijo uno de los compañeros de nido—. Uno, Dos, Tres.

Capítulo 10

Había alrededor de un centenar de palcos senatoriales vacíos en apoyo del boicot ithoriano. Los wookiees arrojaban partes de sus consolas de conferencias al estrado del orador, donde un holograma del senador thyferrano ofrecía un plan de nueve puntos para entablar negociaciones de paz con los yuuzhan vong. El personal consular de Talfaglio en pleno recorría las pasarelas gritando, gritando de verdad, su petición de que los Jedi se rindieran para salvar a los rehenes.

Balmorra ofrecía plataformas de turboláser gratuitas a cualquier mundo que enviase una flota en su defensa, y los droides de seguridad zumbaban por el aire a uno y otro lado buscando en vano un asesino de Dathomir que se rumoreaba estaba escondido en la sala.

No era así como a Borsk Fey'lya le habría gustado reunirse con el emisario de Tsavong Lah. Habría preferido recibirlo en la Sala de Recepciones del Estado, mientras tomaba una copa de fino licor endoriano, elaborando con tranquilidad un guión aceptable para su encuentro público. Pero el emisario había rechazado la invitación, sugiriendo en su lugar que el Jefe de Estado lo recibiera al desembarcar de la nave, un gesto de deferencia que había dividido aún más al Senado y minado los ya decrecientes apoyos de Borsk.

Por tanto, al no haber podido llegar a un compromiso, allí estaban, encontrándose por primera vez en la Gran Sala de Convocatorias del Senado de la Nueva República, con toda la galaxia mirando y no sabiendo ninguno lo que diría el otro. Como reza esa frase hecha, era un gran momento histórico, de esos en los que los imperios se elevan o caen por lo que dice un político y el favor de la posteridad se pierde o se gana en un segundo. El Jefe de Estado Fey'lya se sentía a punto de vomitar.

El yuuzhan vong, recordando lejanamente a un Jedi al presentarse con una capa con capucha sobre la armadura escarlata de cangrejos vonduun, hizo esperar a Borsk mientras descendía trescientos metros de escaleras al paso de un perezoso de los pantanos de Dagobah. Iba sin guardaespaldas, dando la impresión de que no necesitaba más protección que la de su armadura viviente y el largo anfibastón que llevaba en la mano. No prestó atención a los siseos y abucheos de muchos de los senadores, y todavía menos a los locos que se le acercaban para sugerir un encuentro privado. El único momento en que apartó la vista fue cuando los togorianos le arrojaron una andanada de tazas de café, e incluso entonces sólo fue para mirar de forma sombría a los droides de seguridad que interceptaron la descarga.

Borsk deseó repentinamente haber pedido al sargento al cargo que lo desarmara. Había pensado que enfrentarse a un guerrero armado le haría parecer valiente en la HoloRed, pero ya no estaba tan seguro.

Aunque los droides de seguridad dejarían al emisario sin sentido a la primera señal de ataque, Borsk se conocía lo bastante bien como darse cuenta de que ni siquiera las holocámaras podían disimular su ansiedad.

Cuando el yuuzhan vong llegó por fin al suelo de la cámara, se detuvo a un lado del estrado del orador y esperó. Como habían acordado sus negociadores, Borsk bajó de la consola de Jefe de Estado para detenerse ante él. Le seguían dos miembros del Consejo Asesor, Viqi Shesh de Kuat y Fyor Rodan de Commenor. No intercambiaron saludos o cortesías.

—Soy Borsk Fey'lya. Le he invitado aquí para hablar de los . rehenes de Talfaglio.

—¿Qué hay que discutir? —el emisario alzó la mano y se echó atrás la capucha, mostrando el habitual destrozo que era una cara yuuzhan vong—. Las palabras que le dirigí a Leia Solo fueron lo bastante claras.

El escándalo de la sala disminuyó dando paso a un zumbido eléctrico mientras los ayudantes consulares buscaban en los bancos de datos equivalencias en rostro y voz. Borsk no necesitaba esa ayuda.

Aunque no se había enfrentado cara a cara con muchos invasores, más bien ninguno, había visto un centenar de veces el holograma de la reunión en Bilbringi. El retorcido rostro de Nom Anor le era casi tan familiar como el suyo propio, incluso pese a tener un nuevo ojo falso llenando lo que en el holo era una cuenca vacía.

—Leia Solo ya no es una representante de este gobierno —dijo Borsk con tono desdeñoso, aunque tenía el vel o de punta—. Si tienen algo que decir a la Nueva República, tendrá que decírmelo a mí.

El emisario miró a Borsk por su único ojo bueno, claramente sorprendido por su desvergüenza.

—¿No conoce nuestras condiciones?

Un murmullo de indignación creció en la cámara a medida que los ayudantes consulares informaban a sus señores de la identidad del enviado, y Borsk supo que debía actuar con rapidez. Estaba muy documentado el papel que había tenido Nom Anor en el conflicto Rhommamul-Osarian y en la caída de Duro, y que lo hubieran elegido como emisario era un insulto claro.

—Sé que ha amenazado con matar a millones de ciudadanos de la Nueva República —dijo Borsk—. Lo he hecho venir para que nos dé una explicación.

El murmullo de la sala aumentó hasta ser casi un clamor, y los wookiees ladraron su aprobación. Borsk no hizo nada por acallar el ruido, cosa que los de Talfaglio interpretaron correctamente como un gesto de ánimo e intentaron contrarrestarlo alentando a sus aliados a calar a los wookiees. Esto provocó un contrarrugido ensordecedor por parte de los defensores de los Jedi, y Borsk se dio cuenta de que igual había encontrado el modo de ganarse su apoyo. Cruzó su mirada con la de Nom

Anor y permitió que el tumulto continuase, hasta que Vigi Shesh volvió al estrado del Consejo Asesor y usó la megafonía para pedir silencio. A Borsk le preocupó menos la traición de su patrocinada que la rapidez con que fueron recompensados sus esfuerzos.

El coro de abucheos no había sido tan sonoro como le habría gustado a Borsk, y por un momento le preocupó estar cometiendo un error.

Aunque muchos de los sistemas que apoyaban a los Jedi eran casi fanáticos en su lealtad, estos solían ser los ya conquistados o aislados del resto de la Nueva República por la ruta de invasión. En cambio, los mundos que preferían apaciguar con recursos vitales para el esfuerzo de guerra y bases de poder político críticas para que Borsk pudiese continuar en su puesto de Jefe de Estado. Los yuuzhan vong sabían todo eso, motivo por el que habían enviado a un conocido espía para representarlos. Querían dividir al Senado entre los que podían intimidar y los que no, y Borsk llevaba en política el tiempo suficiente como para saber lo que le pasaba a los que eran fácilmente intimidados.

Esperó mientras la mirada de Nom Anor recorría los palcos, pasando de largo con una sonrisa confiada ante los que se burlaban de él y demorándose ante los que guardaban silencio, hasta que estos se sentían molestos y apartaban los ojos. Borsk tuvo que admirar la técnica del emisario. Era una maniobra clásica de intimidación, que resultaba todavía más efectiva por el hecho de que los yuuzhan vong habían demostrado una y otra vez que no dudarían en hacer realidad hasta la amenaza más improbable. Por suerte para la Nueva República, aquí se enfrentaban a un verdadero maestro, o al menos esa era la humilde opinión de su Jefe de Estado.

Cuando la mirada de Nom Anor volvió a fijarse en la tribuna del orador, Borsk dio un paso para ponerse a una mano de distancia del pecho del yuuzhan vong. Echó atrás la cabeza para mirar a la parte inferior de la barbilla partida del otro, resaltando así a propósito su figura regordeta contra la más maciza de su adversario.

—A los yuuzhan vong deben preocuparle mucho nuestros Jedi, para creer que un puñado de ellos vale tantas vidas.

Borsk habló en voz tan baja que el droide de sonido tuvo que desplazarse flotando hasta ellos para poder captar sus palabras y, tal y como había planeado, Nom Anor tuvo que retroceder un paso para poder mirarlo.

—Vuestras vidas no significan nada para nosotros.

—¿De verdad? —Borsk miró a los palcos más altos buscando al senador pacifista de Thyferra—. Ya me parecía a mí.

El silencio reinó en la sala y, cuando el bothano oyó el murmullo de un mil ar de traseros senatoriales removiéndose en su asiento, supo que lo había conseguido. Tenía a la audiencia en su poder; eso no era lo que esperaban oír y apenas se atrevían a respirar por miedo a perderse lo que pasaría a continuación.

Entonces Viqi Shesh dio un paso para situarse a su lado y Borsk casi pudo oír como la excitación se desvanecía de la sala.

—Lo que el Jefe de Estado quiere decir, embajador, es que quizá los yuuzhan vong no entiendan la relación de la Nueva República con los Jedi. No tenemos control sobre ellos.

—No —Borsk dirigió a Shesh una mirada que habría fundido el duracero—. Eso no es lo que quiere decir el Jefe de Estado.

Shesh empalideció, pero se negó a dar marcha atrás.

—Le ruego me perdone.

—La senadora de Kuat es bienvenida a expresar su opinión en los foros adecuados, pero no debería presumir de hablar por el Jefe de Estado —Borsk la miró fijamente hasta que retrocedió, y luego se volvió hacia Nom Anor—. Lo que quiere decir el Jefe de Estado es que los yuuzhan vong son cobardes y asesinos. Si tuvieran el valor del más inferior de sus esclavos, dejarían de esconderse detrás de refugiados indefensos e irían a enfrentarse a los Jedi.

—¡No nos escondemos! —replicó Nom Anor—. ¡Son los Jedi los que se esconden!

—¿De verdad? —respondió Borsk con tono de sarcasmo—. Entonces les sugiero que miren en el Sector Corel iano. Tengo entendido que hace poco se los ha visto por Froz.

Gran parte de la sala estalló en carcajadas. La "irresponsable emboscada Jedi" de Froz había dominado la programación de la HoloRed en los últimos días. Era demasiado pronto para saber si el comentario de Borsk cambiaría el sesgo con que se daba la noticia, pero desde luego mantendría el incidente, y al Jefe de Estado, presente en los noticieros de días venideros.

El ojo falso de Nom Anor giró para mirar a Borsk, y al bothano le dio un vuelco el estómago. Había leído los informes sobre el falso ojo confiscado en Bilbringi y estaba al tanto de la desagradable muerte que sobrevendría a cualquiera con la desgracia de que le vaciaran su veneno en la cara. Pero se negó a retroceder. Ya sentía crecer el apoyo de los partidarios de los Jedi y sabía que mostrar miedo sería tirar por la borda todo lo que acababa de conseguir.

Entonces, en un fognazo de inspiración, supo lo que debía decir, cómo cristalizar su apoyo.

—Y puede que deban buscarlos en espacio bothano. Sé de buena tinta que los Jedi son allí muy queridos.

Esto provocó una risotada aún mayor que lo de Froz, ya que Borsk y los Jedi no tenían buenas relaciones desde, bueno, desde siempre.

Era un punto débil en el plan que se estaba trazando con rapidez, y esneraba poder solventarlo pidiendo abiertamente a su sistema natal que apoyase a los Jedi.

Alzó la mirada hacia el palco bothano, y vio allí al senador Mak Sezala, dirigiéndole una mirada asesina. Borsk aplanó las orejas en señal de advertencia y Sezala se levantó obediente para sugerir otros planetas donde podían buscar los yuuzhan vong. Ninguno de esos mundos estaba habitado, pero bastó para que los senadores de un centenar de sistemas se pusieran en pie para hacer sugerencias similares.

Los ojos de Nom Anor se estrecharon. Borsk pensó que igual había ido demasiado lejos, pero el yuuzhan vong dio un paso atrás.

—Transmitiré sus sugerencias —se volvió hacia la escalera y miró a los palcos—. Todas el as.

—Muy bien, pero lo hará por villip —dijo Borsk. Nom Anor miró por encima del hombro.

—¿Qué?

—Podrá transmitir sus sugerencias por villip —Borsk no quiso perder la oportunidad de burlarse del conocido espía—. Le hice venir para que explicase porqué han cogido un millón de rehenes. No se irá hasta que lo explique.

La réplica de Nom Anor se perdió en un tumulto de rugidos wookiee.

A Borsk le encantaron las ovaciones. No podría volver a pisar espacio bothano, pero le encantaron las ovaciones.

Capítulo 11

Por fin, el villip se volvió hacia afuera, asumiendo el aspecto del desfigurado rostro del Maestro Bélico. Tenía un rostro que en tiempos habría resultado atractivo a Viqu Shesh, con esos rasgos duros y marcados, los ojos pensativos y la boca fruncida. Pero ahora, cubierta de cicatrices de devoción y deformada por fracturas rituales, lo más que podía encontrarla era interesante. ¿Por qué, entonces, sentía mariposas en el estómago cada vez que lo veía? ¿Por qué tenía que molestarle que tardase tanto en responder a su villip? Debía ser por su poder. Le atraían los hombres, bueno, los machos, con poder. No le enorgullecía esa debilidad, que era considerada una perversión en su mundo de Kuat, donde las mujeres de su rango solían comprar sirvientes telbun para usarlos de pareja, pero esa era su vergüenza secreta. Por un tiempo, un tiempo muy breve, hasta le había atraído el pequeño bothano vel udo.

—¿Tienes algo que informar, Viqu? —preguntó Tsavong Lah.

—Sí —le gustaba la forma en que él la llamaba siempre por el nombre de pila. Denotaba cierta intimidad que no tenía con otros muchos—. Fue una sesión sorprendente.

—Nom Anor dice que exitosa.

—Entonces él vio algo que yo no vi —replicó—. Nom Anor malinterpretó la situación desde el principio. Su arrogancia obligó a Borsk a dar su apoyo a los Jedi.

—¿De verdad? —el Maestro Bélico no pareció sorprendido—. Me aseguré que todo iría bien.

—Me he pasado el día salvando la situación.

—¿Ah, sí? —Tsavong Lah parecía sorprendido, sin duda por no estar acostumbrado a que sus inferiores mostrasen tanta iniciativa—. ¿Qué has hecho?

—El Senado está dividido a lo largo de las fronteras del Núcleo. Los que viven en el Núcleo, y que, casualmente, están en tu ruta de invasión, quieren volverse contra los Jedi. Los demás les apoyan.

—Eso era de esperar —dijo Tsavong Lah con impaciencia.

Al ver que el Maestro Bélico no veía la importancia de ello, Viqu habló en tono seguro.

—Los mundos del Núcleo controlan los principales recursos económicos de la Nueva República, y quien controla el dinero controla el gobierno.

—¿Sí?

—Me he pasado toda la mañana hablando con senadores del Núcleo.

No tenemos votos suficientes para ganar una moción de censura, pero estoy convencida de que si Borsk tuviera un final prematuro, el siguiente Jefe de Estado estaría menos dispuesto a apoyar a los Jedi.

Tsavong alzó el ceño.

—¿Estás sugiriendo un asesinato?

Viqi se sorprendió al sentir un escalofrío en la columna vertebral.

Asesinato era una forma muy fea de decir las cosas. Pero era muy propio de los yuuzhan vong decir las de la manera más desagradable posible.

—Nom Anor estuvo hoy muy cerca. Podría hacerlo.

—¿Nom Anor? —repitió Tsavong Lah—. ¿Y te elegirían a ti Jefe de Estado cuando Borsk muriera?

No si muriera, se fijó Viqi, sino cuando. Sonrió segura.

—Ese es mi plan, sí.

El Maestro Bélico lanzó un bufido.

—Entonces mávalo, Viqi.

Su sonrisa desapareció.

—¿Yo?

Los pensamientos daban vueltas en su mente intentando descubrir las intenciones que podía haber tras sus palabras. ¿Estaba poniendo a prueba su valor? ¿Estaría bromeando? Igual no entendía las ramificaciones de esa sugerencia. Sí, debía ser eso.

—Creo que la política de la Nueva República no funciona ¿el mismo que entre los yuuzhan vong. Si yo matase a Borsk, caería en desgracia y se me enviaría a una instalación reeducadora, no me nombrarían Jefe de Estado.

—Sólo si te pillan.

Viqi hizo una pausa. Seguro que Tsavong Lah podría proporcionarle algún medio de matar a Borsk en secreto, pero conociendo a los yuuzhan vong, y sobre todo al Maestro Bélico, seguro que el método implicaba alguna horrible mutilación de su propio cuerpo, y que seguiría requiriendo que mirase al bothano a los ojos mientras lo mataba. Aunque nunca antes había matado a nadie frente a frente, creía poder hacerlo, dependiendo del precio. Pero, ¿qué pasaría con la investigación consiguiente? Los yuuzhan vong serían unos guerreros muy feroces, pero no sabían nada de la tecnología policial de la Nueva República, tecnología que se emplearía para intentar identificar al asesino de Borsk.

—No funcionaría —repuso, negando con la cabeza.

—¿Te opones a mí?

—Sí —sus entrañas eran de hielo. Ya lamentaba haber propuesto el asesinato, pero sabía que no debía mostrar miedo. El Maestro Bélico interpretaría su titubeo como signo de debilidad, y lo aprovecharía para atacar como el depredador que era, y había trabajado demasiado, hecho demasiadas cosas que la repugnaban hasta a el a misma, como para echarlo todo por la borda—. A ninguno de los dos nos servirá que yo acabe en un planeta prisión.

El tono de Tsavong Lah se volvió peligrosamente impersonal.

—Tengo modos de obligarte a cooperar. Seguro que Belindi Kalenda estaría muy interesada en conocer nuestra relación.

—Estoy segura de que sí. Pero entonces perderías el pequeño flujo constante de recuerdos de la sala de situación del CSMNR —para ilustrar ese punto, inclinó la cabeza y apretó los dientes, haciendo una mueca cuando el chilab se soltó y resbaló por el conducto nasal—. Estoy segura de que el Servicio de Inteligencia de la Nueva República estaría muy interesado en esto.

La oruga neuronal cayó por el agujero de su nariz en el momento justo, y una pequeña sonrisa de respeto asomó al rostro de Tsavong Lah.

—Como quieras, Viqi Shesh. Pero no se puede confiar una tarea tan importante a Nom Anor. Un cazador de alimañas llamado Bjork Umi se pondrá en contacto contigo.

—¿Sí?

—Dale un lugar y una hora. Y te convertirás en Jefe de Estado, nuestro Jefe de Estado.

Capítulo 12

El CYV-Uno un droide bélico de primera con un sistema impecable de búsqueda e identificación, la fuerza de impacto de un tanque de cuatro plazas y, gracias a su blindaje opcional de laminanium, con la resistencia necesaria para sobrevivir en los entornos más hostiles.

Damas y caballeros, les presento la respuesta definitiva a la invasión de la Nueva República: el Cazador de yuuzhan vong Uno de Armamentos Tendrando.

El enorme droide bélico apareció ante ellos, un borrón de camuflaje negro y gris con cabeza de cráneo que daba saltos por todo el lugar en una vertiginosa exhibición de volteretas evasivas y giros en pleno aire. Atravesó una pared de ferrocemento que parecía haberse levantado precisamente con ese fin, saltó sobre un deslizador en marcha y acabó situándose justo a la entrada del campo de pruebas.

Giró a la izquierda noventa grados exactos y se puso firmes con un sonido metálico ante el aerotrino de los espectadores, golpeándose luego el brazo láser contra el pecho a modo de saludo.

Con la cabeza de calavera y los fotorreceptores rojos brillando en cuencas tan profundas como una quemadura láser, el droide tenía un ligero parecido de pesadilla con el enemigo para el que había sido diseñado a destruir. El torso en forma de cuña, las enormes proporciones de las extremidades llenas de sensores, y hasta la forma en que su armadura se solapaba en las articulaciones, recordaron a Leia a un guerrero yuuzhan vong atrapado bajo la piel de un droide. Se preguntó si los diseñadores de Lando habían buscado esa semejanza, quizá para enfurecer a sus enemigos y reducir su capacidad de juicio, o si el insulto sólo había sido una afortunada coincidencia.

El droide habló con una versión ultragrave y ultramasculina de la voz de Lando.

—CYV Uno-Uno-A informando de que todos sus sistemas son funcionales. Listo para pasar al modo demostración.

Leia puso los ojos en blanco ante esa demostración de la típica vanidad de Lando, y miró a Han, que había vuelto a Coruscant inmediatamente después de dejar a los voxyn en Eclipse.

—No sé por qué tengo que estar aquí.

—Considéralo un favor —Han señaló con la cabeza la parte delantera del aerotrino, donde estaba Borsk Fey'lya flanqueado por dos generales, Garm Bel Iblis y Wedge Antilles—. Borsk no se habría reunido con Lando si no venías tú.

—¿Y que hace el Jefe de Estado reuniéndose con un fabricante de armas? —preguntó Leia—. Ya sabes lo que es esto.

—Son buenos droides —repuso Han, encogiéndose de hombros.

—Como si aquí hubiera alguien cualificado para juzgarlo —Leia guardó silencio

por un instante antes de decir—: Quiere que yo vuelva.

—Mira, lo único que quiere Lando es vender unos droides y contribuir a que ganemos la guerra —dijo Han. —Me refería a Borsk.

—Lo sé. Pero ¿qué tiene de malo que nosotros lo utilicemos a él para variar?

—Todo eso es política. Y he acabado con eso.

Guardó silencio mientras Lando explicaba que iba a demostrar la capacidad del CYV en el entorno de combate más peligroso de todos: el de combate en ciudad. El CYV 1-1A dio -media vuelta y empezó a recorrer el laberinto simulado de una moderna ciudad de cristacero.

El aerotrineo le siguió a una docena de metros de altura, desde donde los ocupantes podrían tener una visión clara de la acción. Adarakh y Meewalh seguían en los tanques bacta recuperándose de las quemaduras de ácido, o habrían insistido en alejarse aún más de la acción, como bien sabía Leia. Las demostraciones de los droides bélicos eran famosas por tener consecuencias trágicas.

La primera prueba tuvo lugar cuando lo que parecían yuuzhan vong entraron en un callejón a la vuelta de la esquina de ¿Dónde estaba el 1-1 A. Iban armados con anfibastones y bandoleras de insectos aturdidores.

—No hay nada de lo que preocuparse —dijo Lando—. Son droides de entrenamiento, contruidos con el mismo armazón que el CYV, pero programados con tácticas de combate yuuzhan vong y equipados con emisores que imitan sus latidos de corazón, signaturas de calor y características odoríferas.

—Yuuzhandroides, la abominación definitiva —dijo Bel Iblis sonriendo—. Admiro a los hombres que confían en sus propios productos.

—Tengo confianza en todo lo que yo fabrico —dijo Lando, devolviéndole la sonrisa al general—. Pero, ¿por qué lo encuentra tan admirable en este caso?

—Por nada en particular —repuso Bel Iblis encogiéndose de hombros—. Sólo pensaba en lo que hará el enemigo cuando sepa que has empezado a fabricarlos.

La sonrisa de Lando se volvió insegura.

Los yuuzhandroides sólo dieron dos pasos por el callejón antes de que 1-1A cruzara de un salto la esquina para encontrarse con ellos, los servomotores de sus piernas con repulsores sisearon ligeramente al propulsar su enorme masa. Un yuuzhandroide cometió el error de alzar el anfibastón y fue inmediatamente abatido por un disparo láser color verde. El otro era más listo y se lanzó de cabeza contra él mientras se llevaba la mano a la bandolera de insectos aturdidores.

Tuvo uno en la mano antes de que el disparo láser de 1-1A lo dejara inconsciente.

—A efectos de esta demostración, el cañón láser de Uno-Uno-A ha sido graduado a un nivel no letal modulado específicamente para paralizar los circuitos de los yuuzhandroides —explicó Lando—. En un combate real, el Uno-Uno-A seleccionaría automáticamente el nivel de energía necesario para aniquilar cualquier objetivo del

tamaño de un coralita o menor que eso. En la segunda parte de la demostración veremos cuáles son sus capacidades destructoras.

El CYV 1-1A hizo una pausa mientras un escaneo de sus sensores le confirmaba que había «acabado» con sus objetivos, y continuó avanzando por la avenida principal. A lo largo de la siguiente hora, Leia y los demás miraron cómo el droide bélico se abría camino a lo largo de diversos problemas de combate, localizando yuuzhandroides escondidos a través de sólido duracero, rastreando a múltiples fugitivos, y lo que resultó más impresionante para Leia, capturando a un trío de infiltrados con máscaras ooglifh sin dañar a nadie del grupo de viandantes en el que estaban. El final tuvo lugar cuando se ordenó al 1-1A que se metiera en una supuesta emboscada, supuesta porque los sensores le habían alertado antes y Lando le ordenó que entrara en el a de todos modos. De la media docena de yuuzhandroides que quedaron atrapados con él en ese cal ejón sin salida, cuatro lo atacaron con insectos aturdidores. Sólo uno de ellos consiguió atacar una segunda vez antes de quedar inconsciente. Los agujeros que hicieron los insectos en su blindaje de laminanium ya se estaban reanando solos para cuando los sensores del 1-1A confirmaron que había derribado a los seis objetivos.

—Metales autorregeneradores —observó el general Bel Iblis—. Bonito.

—Sólo es una más de las muchas innovaciones de diseño del CYV —la sonrisa de Lando era de auténtico orgullo, la más sincera que le había visto Leia en décadas—. Por supuesto, aquí es imposible simular una batalla a gran escala. Los yuuzhan vong tienen armas más pesadas que no podemos usar en una exhibición, pero esto proporciona alguna idea de las capacidades del CYV. Es completamente inmune a agentes biológicos, se aísla herméticamente en presencia de productos corrosivos y el blindaje de laminanium le permite encajar en el pecho la bola de plasma de un coralita sin quedar fuera de combate.

—¿Cuánto tardaría en repararse eso? —preguntó Wedge.

—Menos de un día estándar, pero para ello necesitaría recargarse de energía y reemplazar el lingote de laminanium —Lando le hizo una seña al 1-1A, que provocó un murmullo de aprobación por parte de los generales al usar los repulsores de los pies para subir a la cubierta del aerotrino—. Si nos acercamos al túnel de pruebas, Uno-Uno-A nos mostrará cuál es su capacidad destructora.

Fey'lya hizo un gesto al piloto droide y sobrevolaron la falsa ciudad hasta un distante túnel.

—La principal arma del CYV es el cañón láser variable del brazo derecho —dijo Lando—, pero el brazo izquierdo acepta una gran variedad de armas, incluida una batería de cincuenta proyectiles localizadores, rifles sónicos, láseres pesados...

Mientras Lando enumeraba estas opciones, Fey'lya le hizo un gesto para que siguiera con los generales, y se unió a Han y Leia en la parte de atrás.

—Impresionante —dijo, dirigiéndose a Han y Leia como si fuera una conversación casual—. Puedo imaginar a un ejército de esos droides defendiendo a la Nueva República. ¿Cuántos harían falta? ¿Un millón?

—Tres millones sería mejor —contestó Han, pasando inmediatamente al modo de comerciante en beneficio de su amigo—. Hay muchos yuuzhan vong, y esas cosas los van a cabrear mucho. Sólo eso ya tiene un precio.

—¿Tres millones? —Fey'lya meditó el número y miro a Leia—. Eso es mucho laminanium. Necesitaré muchos apoyos para conseguir que lo aprueben.

Leia tenía una sensación de vacío en el estómago. Sabía que llegaría este momento desde que vio el holograma de Borsk Fey'lya humillando a Nom Anor ante todo el Senado y, para variar, casi tenía ganas de conceder al bothano lo que pedía. Desde la destrucción del *Reina Veloz*, los Jedi estaban siendo más criticados que nunca en el Senado. El apoyo del Jefe de Estado aliviaría mucho la presión, pero la sensación que tuvo el día en que abandonó la sala de situación del CSMNR fue inconfundible. La Fuerza la guiaba lejos de la política, y no tenía ninguna duda de que el bothano esperaba poder llevarla de vuelta al Senado como aliada, algo que aumentaría sus apoyos al tiempo que proporcionaba un portavoz a los Jedi.

Era un sacrificio que ya no podía hacer. La sensación había sido demasiado clara.

—Estoy seguro de que conseguirás el apoyo que buscas, si de verdad crees que es lo correcto.

El vello que cubría el cuello de Fey'lya se erizó inseguro.

—¿Qué importa lo que yo crea? Estamos hablando del Senado.

—El Senado que has creado tú —dijo Leia—. Tú y los que son como tú. Yo no soy parte de eso.

Fey'lya aplanó las orejas y Leia oyó a su marido murmurar algo entre dientes. Lo habían hablado antes de ir. Han comprendía su decisión de no volver a tener que ver con el Senado, pero como era típico en él, creía que bastaría con que lo simulase, que sólo tendría que sonreír un par de veces y hacer unas cuantas apariciones públicas con Fey'lya. Entonces los Jedi dejarían de ser un objetivo, Lando ganaría créditos suficientes para comprarse un sector entero y la Nueva República dispondría del mejor ejército droide en una docena de galaxias. Han no podía entender que seguirle el juego a Fey'lya era tolerar la forma en que hacía las cosas, era ser parte de la podredumbre que había convertido a la Nueva República en un objetivo fácil para los yuuzhan vong.

Tras una larga pausa, Fey'lya dirigió una mirada significativa al sable láser que pendía del cinto de Leia.

—Vamos, princesa. Ya sabe cómo funciona esto. No puedo apoyar a los Jedi a menos que ellos me apoyen a mí.

—Haga lo correcto y tendrá su apoyo —dijo Leia. Tanto Lando como los

generales habían dejado de simular que discutían los méritos del CYV y ahora escuchaban abiertamente—. He dejado el negocio de hacer tratos entre bambalinas.

—Una lástima, cuando se necesita tanto para mantener unida la Nueva República.

Lando abrió mucho los ojos ante el tono ácido de Fey'lya, y dirigió a Han una mirada pidiéndole ayuda.

Han se limitó a encogerse de hombros.

—Lo siento, amigo. Prometí que vendría, no qué diría.

El aerotrino aminoró y empezó a descender hacia el túnel de pruebas, donde varios técnicos de Tendrando descargaban dos enormes cajas de municiones para el CYV.

Lando reaccionó con una de sus sonrisas más elaboradas.

—No es problema, Han. Este pequeñín se vende solo —señaló con el pulgar a un grupo de grandes humanos guardaespaldas que se precipitaban a hacer segura la plataforma de aterrizaje del aerotrino—. Cuando el Jefe de Estado vea lo que le hacen las balas de baradium empobrecido al coral yorik, querrá una docena para sustituir a esos inútiles.

De detrás de ellos les llegó la voz ultramasculina del 1-1A.

—Conserven la calma. Busquen refugio de inmediato —el aerotrino se estremeció bajo los pesados pasos del droide bélico—. Esto es una emergencia militar. Busquen refugio de inmediato.

Era la misma advertencia que había hecho el droide en la demostración de búsqueda e identificación justo antes de inutilizar a los «infiltrados» yuuzhandroides que intentaban confundirse con un grupo de «viandantes». Leia miró a Lando frunciendo el ceño.

Éste negó con la cabeza y avanzó para interceptar al droide.

—Uno-Uno-A, la demostración ha concluido —dijo.

—Afirmativo, demostración completada —replicó el droide—. por favor, busque refugio. Hay yuuzhan vong presentes.

El CYV 1-1A echó a Lando a un lado y apartó al droide piloto de la columna de control para insertarse él mismo en la conexión. El trineo estaba tan cerca de la zona de aterrizaje que Leia se tuvo que asomar por la barandilla de seguridad para ver a los guardaespaldas abajo. Estaban colocados a ambos lados de la plataforma, mirando hacia fuera como debe hacerse. En cuando el trineo descendiera, sólo se necesitaría un instante para que los guardaespaldas se dieran la vuelta y sorprendieran en un letal fuego cruzado al grupo que iba a bordo.

El droide bélico desvió el aerotrino y lo alejó de la zona de aterrizaje.

—¡Calrissian! —ladró el general Bel Iblis—. Ya vale. Leia buscó con la Fuerza y no sintió nada en los guardias. —No, Garm. Son impostores.

El CYV alargó el brazo por encima de la barandilla y soltó una lluvia de disparos

láser. Dos yuuzhan vong se soltaron las mangas de la armadura, volvieron los hombros hacia el aerotrineo y algo negro y alado salió disparado del brazo del primer guerrero. El CYV 1-1A continuó alejándose.

La cosa, fuera lo que fuera, se estrelló contra el aerotrineo y estuvo a punto de volcarlo. Cuatro pinzas atravesaron el suelo de duracero, abriendo un agujero, y por él empezó a pasar un insecto semejante a un escarabajo del tamaño del brazo de Leia. Han, Bel Iblis y Wedge lo vaporizaron con las pistolas láser.

Otra sacudida. El aerotrineo se escoró en dirección al simulacro de ciudad.

—Impacto inminente —avisó 1-1A—. Agárrense...

El golpe fue enloquecido y confuso pese a estar amortiguado por los motores repulsores. Leia rebotó en el duracero y cayó de cara en el ferrocemento, mientras los cuerpos caían a su alrededor. El aerotrineo había chocado contra una pared, y se quedó allí volcado, apoyado en ella. Han la llamó. Ella lo buscó con la Fuerza y sintió en él más preocupación que dolor.

—Estoy bien —dijo ella—. ¿Y los demás?

Fey'lya respondió primero.

—Doy gracias, estoy ileso. —Sano y salvo —informó Bel Iblis. —Yo igual —dijo Wedge.

El único que no respondió fue Lando. Leia se incorporó y encontró agachado tras el volcado trineo, observando cómo el 1-1 a disparaba por una calle de una manzana de largo. El sonido del cañón láser del droide resultaba algo suave.

—¿Lando? —Leia cogió el sable láser del cinto. El mango le resultó familiar, pero el arma seguía siendo una cosa en su mano no la extensión de sí misma que debería ser—. Dile a Uno-Uno-a que utilice la artillería pesada.

—No puedo. Sus sistemas de armamento tienen un limitador de potencia —Lando parecía casi mareado—. No quise arriesgarme a un error de programación teniendo aquí a dos generales y un Jefe de Estado.

—¿Un limitador de potencia? —dijeron Han y Fey'lya a la vez.

—¿Crees que no me molesta? —retrucó Lando—. ¿Con una oportunidad como esta?

Los insectos aturdidores empezaron a golpear la parte inferior del trineo.

—¿Y qué iba a hacer en el túnel de pruebas? —preguntó Han—. ¿Un número de juegos artificiales?

—Sólo se necesita un segundo para cambiar una tarjeta de programación —dijo Lando—. Está con las municiones.

Leia se asomó por el borde de la plataforma. El CYV 1-1A aguantaba terreno en medio de una tormenta de insectos aturdidores lanzando contra los asesinos un chorro de disparos láser sin conseguir melar sus armaduras robadas. Al final, profirió un bramido electrónico y corrió calle abajo.

Dos yuuzhan vong se metieron por un portal y se abrieron la placa del pecho, sacándose cada uno de debajo de la armadura una larga criatura semejante a una anguila y arrojándosela al 1-1A. Las cosas se pusieron rígidas y volaron como centelas hacia el droide, las cabezas latiendo con energía blanca y las colas disparando llamaradas. El CYV 1 -1A disparó dos veces mientras corría hacia los guerreros.

Las anguilas explotaron. Disparó dos veces más y cayeron.

Entonces el droide embistió a los enemigos. Dos de ellos cayeron ante sus brazos que se agitaban frenéticamente, pero los demás escaparon. Han, Lando y los generales acabaron con dos más usando sus pistolas. Wedge dejó de disparar sólo lo suficiente para empujar a Han y Leia hacia Fey'lya.

—Lléváoslo. Nosotros aguantaremos aquí.

Han empezó a objetar algo, pero Fey'lya ya estaba huyendo, gritando por su comunicador que le contestara alguien. A juzgar por el pánico de su voz, nadie lo hacía.

Leia agarró a Han y echó a correr tras el bothano. Le gustara o no, Fey'lya seguía siendo el Jefe de Estado. Otro asesino cayó tras ellos.

Wedge encajó un insecto aturdidor en el hombro y se desplomó sobre los otros. El último trío de yuuzhan vong cargó pasando bajo el aerotrineo sin detenerse, seguidos por el 1-1A disparándoles todavía con sus inútiles láseres. El droide tenía el blindaje de laminanium agujereado hasta el endoesqueleto y se le veían los circuitos, pero siguió avanzando, siguió disparando pese a tener a sus aliados delante. Disparaba con precisión.

Leia encendió el sable láser al ver cómo estaba la situación.

—Es hora de luchar.

—¡Demasiado peligroso! —el casi pánico que reflejaba la voz de Han sorprendió a Leia—. Tú sigue corriendo.

La empujó para que siguiera a Fey'lya, estuvo a punto de perder la mano al alargarla más allá del sable láser y derribó al yuuzhan vong más cercano con un impresionante disparo a la axila. En mal momento. Un disparo láser, uno de los rayos verdes no letales del 1-1A, le dio de lleno en el pecho, arrojándolo contra Leia. Cayó inconsciente, no muerto, según pudo ver Leia, pero muy, muy inconsciente. Ella recuperó el equilibrio y se volvió con torpeza para enfrentarse a los dos últimos yuuzhan vong, uno de ellos la atacó a la cabeza, mientras el otro pasaba de largo para alcanzar a Fey'lya.

Leia se agachó e hizo un molinete hacia atrás, empleando la Fuerza para impulsarse. Una voltereta en el aire habría sido mejor, pero no era una Maestra. Cayó de pie y giró, agarrando por la espalda al presunto asesino de Borsk. La hoja rubí del sable láser casi lo partió en dos. El olor era mareante.

Leia continuó el giro para encontrarse con el último yuuzhan vong justo donde

esperaba, atacando sus piernas con el anfibastón, como también esperaba. Bloqueó el ataque. Él soltó el arma y se llevó la mano a la cartuchera.

Algo golpeó a Leia en la rodilla. Lo cogió con el sable láser, vio que el anfibastón había recuperado la forma de serpiente y lo arrojó lejos.

La mano del yuuzhan vong ya estaba dentro de la cartuchera. Leia invocó a la Fuerza y golpeo con todas sus fuerzas El golpe dio al asesino de lleno e hizo que se tambaleara hacia atrás.

El guerrero sonrió y sacó la mano de la cartuchera. Leia juró por milésima vez dedicar más tiempo a practicar sus habilidades Jedi y lanzó el sable contra el brazo de su contrincante. Éste siguió sonriendo y giró para dejarlo pasar... y se vio de pronto atrapado ente los brazos de laminanium del 1-1A.

El droide aplastó la armadura robada como si fuera de cascara de nuevo, derramando tripas negras al suelo.

—Los láseres no servían —dijo, aturdido y confuso—. Se requerían tácticas alternativas.

Capítulo 13

La sala del cráter de Eclipse era la única que aún tenía luz, con el lechoso esplendor del núcleo galáctico filtrándose por su techo de transpariacero. Un intento de proporcionar más energía al sistema central de refrigeración había reventado el banco de fusibles primario, desconectando todos los sistemas no vitales y obligando a los Jedi a reunirse en uno de los laboratorios del Programa Eclipse.

Amontonaron a un extremo varios tanques de villip vacíos, pues ni siquiera Cilghal podía hacer crecer las cosas, y se creó una zona de reuniones. Han y Lando estaban un poco apartados, con los guardaespaldas noghri de Leia. Tras lo sucedido en Coruscant, los noghri habían salido de los tanques de bacta un día antes de lo debido y se negaban a perder de vista a la princesa.

Esta estaba cerca de la parte delantera, junto a Mara, Cilghal y los Jedi mayores, mientras que Jacen y Jaina estaban junto a Tenel Ka, Lowie, Raynar, Zekk y los jóvenes Caballeros Jedi más prudentes.

Anakin, con su guapa amiga Tahiri, estaba rodeado por su creciente pandilla de compañeros, que ahora incluía a los tres barabeles compañeros de nido, Ulahá Kore, una humana pelirroja llamada Eryl Besa, y la bailarina twi'leko Alema Rar.

Han sólo estaba ligeramente menos complacido que Tahiri al ver cómo se pegaba Alema al espacio personal de su hijo. Aunque la twi'leko tenía la misma edad de Anakin, la forma en que usaba los ojos y el tacto le decía que era mucho mayor al menos en un sentido, y no era un momento especialmente bueno para que Anakin aprendiera esas lecciones. Aunque Luke había convocado la reunión para informar de los progresos en las investigaciones de Cilghal, acababan de saber que Lyric, amigo de Anakin, había caído víctima de los voxyn. Casi igual de alarmante era el hecho de que Corran Horn hubiera sido visto huyendo con su mujer Mirax de una manada de esas criaturas cuando se aprovisionaba en Corellia. Nadie había podido contactar con ellos desde entonces. Cilghal fue la primera en romper el silencio.

—He pedido al Maestro Skywalker que convocara esta reunión porque quería daros noticias esperanzadoras. Pero debo pedir otra vez disculpas por mi tardanza en resolver el problema —la mon calamari bajó los bulbosos ojos al suelo—. Perdonadme.

—No hables así —el tono de Anakin era cálido, aunque tenía los ojos húmedos por lágrimas apenas contenidas—. Nadie podría haberlo hecho mejor. Sin ti ni siquiera sabríamos que esas cosas son en parte vornskr.

Las palabras de Anakin enorgullecieron a Han. Sabía por experiencia propia lo

difícil que era contenerse cuando has perdido a alguien, y esas palabras ayudarían a apaciguar la conciencia hiperactiva de Cilghal.

—Cierto —coincidió Ganner Rhysode. La cicatriz de la mejilla daba al hombretón un aspecto peligroso a lo que de otro modo sería un rostro apuesto y desenfadado—. Todos sabemos lo mucho que has trabajado, sólo por lo duro que hemos trabajado nosotros.

Esto provocó un coro de asentimientos, ya que Cilghal tenía a muchos Jedi ocupados intentando identificar el paradero del voxyn original, la reina, como la llamaban ahora. Ganner había rastreado la ruta del *Dulce Sorpresa* hasta y desde la estación *Nova*, Streen había estudiado su bitácora en busca de ausencias sospechosas y Cheklev aún tenía una docena de científicos ocupados analizando piezas de la nave destrozada. Mientras tanto, Anakin y su grupo iban de planeta en planeta buscando cadáveres de voxyn para llevárselos a Cilghal, que trazaba pautas de dispersión y correlacionaba datos. El resultado de todo ese esfuerzo había sido confirmar que todos los voxyn eran clones de una sola criatura y, lo que era más importante, establecer que sus células se deterioraban a ritmo acelerado. Cilghal calculaba que las criaturas sólo podían sobrevivir unos meses después de nacer, y Han sabía que había estado buscando un modo de emplear la Fuerza para hacerlos envejecer aún más rápido. Con suerte, habría convocado esta reunión para anunciar su éxito.

Luke permitió que todos le manifestaran su apoyo, y luego alzó una mano para callarlos.

—No tenemos quejas sobre los progresos de Cilghal, pero sí hay motivos para preocuparse. Si Corran y Mirax han desaparecido, Booster Terrik podría decidir ir tras ellos y meterse en zona de guerra.

—No con Tionne y Kam a bordo —dijo Han. Leia y él habían conseguido contactar por fin con Booster entre viaje y viaje a Coruscant—. Saben dónde encontrarnos. No le dejarán hacer ninguna estupidez sin pasarse antes por aquí para dejar a los estudiantes.

—¿Estás seguro? —preguntó Luke—. Esa nave transporta la siguiente generación de Caballeros Jedi.

—Dos de los cuales son sus nietos —dijo Leia—. Booster no arriesgará a Valin y Jysella, ni siquiera por Mirax.

Luke lo meditó y asintió.

—Bueno. Hace lo suficiente que soy amigo de Corran como para saber que puede cuidarse solo, pero todos respiraremos mejor si no hay que preocuparse por los estudiantes de la Academia —guardó silencio un momento antes de continuar—. Centrémonos en impedir que los voxyn acaben con más de los nuestros. Cilghal tiene noticias interesantes.

Luke se acercó a Mara y sonrió al bebé que dormía en sus brazos. La imagen

llenó a Han de calma, y se preguntó cómo sería poder tocar la Fuerza. Por un momento, la galaxia no pareció a punto de romperse, el pegamento que la mantenía unida seguía presente y, con los yuuzhan vong o sin ellos, seguía habiendo un mañana.

Cilghal pestañeó dos veces y contuvo la emoción, encontrando luego la voz.

—Amigos míos, he descubierto algo muy interesante en el último voxyn que me trajeron Ulaa y Eryl —inclinó la cabeza hacia el as, que estaban con el grupo de jóvenes hembras que esos días parecía congregarse alrededor de Anakin—. Tenía en el estómago un ysalamiri adulto, y en el estómago del ysalamiri encontré varias hojas de olbio.

—¿Esas cosas comen ysalamiris? —preguntó Raynar. Las veces que Han había visitado Yavin 4 había observado que las preguntas parecían quemar al muchacho del mismo modo en que las palabras brotaban de la joven Tahiri, dos cosas más que habían sobrevivido a la invasión de los yuuzhan vong—. ¿Es eso lo que quieres decirnos?

—No, Cilghal nos está diciendo dónde encontrar a la reina —dijo Jacen—. ¿Hiciste un estudio de metales en las hojas?

—Casan perfectamente —dijo Cilghal sonriendo—. Las hojas proceden de Myrkr.

Lando lanzó un silbido, y Han obtuvo una mirada desaprobadora de su esposa por expresar sus emociones de un modo menos elocuente.

Myrkr era famoso entre los contrabandistas por el elevado contenido metálico de sus árboles, rasgo que hacía que los sensores orbitales fueran ineficaces y convertía el lugar en ideal para establecer bases secretas. También era el mundo natal de vornskr e ysalamiris, siendo los primeros unos desagradables depredadores que usaban la Fuerza para encontrar a sus presas, y los segundos unos reptiles muy dóciles que alejaban la Fuerza de su entorno de forma limitada. En las mejores condiciones no era el lugar ideal para ir a cazar voxyn, y la cosa se complicaba por estar el planeta cuatrocientos años luz detrás de las líneas yuuzhan vong.

—Vale —dijo Raynar—. ¿Y cuáles son las buenas noticias?

—Es un principio —dijo Mara, pasándole Ben a Luke y mirando a Cilghal—. ¿Estás segura de que la reina está allí? ¿El ysalamiri no podría venir de otro sitio?

Fue Jacen quien contestó.

—No con esas hojas en el estómago. Si las hojas procedieran de otra parte, el contenido metálico sería menor.

—El ysalamiri comió en Myrkr poco antes de ser devorado —coincidió Cilghal—. Y se lo comieron a su vez poco después. No encontré en las hojas señales de congelación o de cualquier otro método de conservación.

La sala se sumió en un siniestro silencio. La situación que se presentaba ante

todos era tan evidente como acuciante, y los Jedi estaban lo suficientejente sintonizados unos con otros como para darse cuenta de que lo siguiente era trazar un plan.

—Descartemos de entrada cualquier idea de un ataque en regla —dijo Ulaha Kore—. En caso de que pudiéramos reunir una flota lo bastante grande, que no es el caso, nuestras posibilidades de sobrevivir estarían por debajo de un dígito.

—Y sólo intentarlo les informaría de nuestras intenciones —dijo Luke—. Debemos pensar algo mejor.

—Un comando —dijo Zekk—. Les colaremos un pequeño grupo de asalto cuando no miren.

—No, a no ser que seáis mejores que el Escuadrón Espectro — interrumpió Han. Antes de salir de Coruscant había pasado por el centro médico de la Fuerza de Defensa de la Nueva República para ver cómo estaba Wedge y lo encontró muy charlatán—. Hace seis meses que intentan atravesar la frontera entre Corellia y Vortex. Los yuuzhan vong tienen interceptores con dovin basal por todas partes; el Escuadrón ha sido expulsado de todas las rutas hiperespaciales que han probado. Y el tramo entre la Ruta Comercial Perlemiana y la Vía Hydiana es especialmente malo; fueron atacados a este lado de la frontera.

—Y ahora sabemos porqué —comentó Luke—. Los yuuzhan vong sospechan que acabaremos descubriendo este secreto y se preparan para cuando actuemos.

—Creo que cuentan con el o —dijo Tahiri. Su comentario reclamó la atención de todos pese a su edad, pues tenía poco más de quince años y era la Jedi más joven de los allí reunidos. Había sobrevivido a los intentos de un cuidador yuuzhan vong de convertirla en una esclava cazadora de Jedi y entendía a los yuuzhan vong mejor que cualquiera de los presentes—. Tienen un dicho: «Dejemos luchar al enemigo». No creo que quieran pelear limpio.

—Tienes mucha razón —dijo Alema. La alabanza sólo obtuvo como respuesta una mirada gélida, pero la twi'leko simuló no darse cuenta.

Se dirigió a Luke y a los Jedi mayores—. En Nueva Plympto, los yuuzhan vong siempre intentaban anticiparse a nuestras reacciones y construir una trampa en función de ellas. Podéis estar seguros de que ahora mismo nos estarán esperando.

—Entonces habrá que engañarlos —dijo Anakin, hablando con su tono habitual de adolescente seguro de sí mismo. Se volvió hacia los Jedi más jóvenes—. Los yuuzhan vong quieren que nos rindamos, ¿verdad? Pues, hagámoslo y dejemos que sean ellos los que nos lleven al otro lado de la frontera.

—Continúa —dijo Luke, atrayendo diestramente la atención hacia el lado más maduro de la asamblea—. Te escuchamos.

Anakin se soltó de Tahiri y dio un paso hacia su tío.

—Eso también daría tiempo a Talfaglio.

—Eso sería un extra —dijo Luke—. ¿Cómo lo haremos?

—Tú no —dijo Anakin—. Nosotros.

Han sintió la mano de Lando en su brazo incluso antes de darse cuenta de que empezaba a andar. Lando había estado presente cuando Leia le echó la bronca a Han por casi hacer que la mataran durante la demostración del droide. Le había dicho en términos nada confusos que si bien se alegraba de tenerlo por fin de vuelta, no toleraría que su marido la sobreprotegiera, como no se lo toleraba a un guardaespaldas noghri, que desde luego era mucho mejor en eso.

La próxima vez que Han la abrumase a él o a sus hijos con enloquecida necesidad de control, se encontraría pilotando solo el *Halcón Milenario*. Han se juró que escucharía a su hijo menor hasta el final, retrocedió un paso y dio las gracias a Lando en silencio por el aviso.

Anakin se volvió para mirar a su grupo.

—Haremos que un traidor nos entregue a los yuuzhan vong con el pretexto de ganar tiempo para los rehenes de Talfaglio. Organizaremos una entrega en alguna parte cerca de Obroa-Skai, dejaremos que crucen la frontera, nos apoderaremos de la nave y la pilotaremos hasta Myrkr —se volvió hacia su hermana mayor—. Sé que Wedge, el general Antilles, te ha dejado pilotar alguna nave yuuzhan vong. ¿Podrías enseñar a Zekk?

Jaina lo estudió con sospecha.

—¿Por qué necesito hacer eso? No harás una locura semejante sin mí.

Una mirada de preocupación se pintó en el rostro de Anakin.

—Pero sólo estás de permiso temporal. El Escuadrón Picaro podría reclamarte en cualquier momento.

—Seguro que sí —Jaina puso los ojos en blanco; y el rostro se le endureció como le pasaba a Leia cuando no aceptaba discusiones—. Si tú vas, voy yo.

—Y yo —dijo Tahiri.

—¿Tú? —Anakin frunció el ceño—. Eres demasiado...

—Como digas joven, de daré una patada donde no quieres que te den una patada —le interrumpió Tahiri—. Aquí nadie conoce a los yuuzhan vong por dentro como yo. ¿Puede alguien de aquí, quizá exceptuándote a ti, reconocer un laboratorio de cuidadores? ¿Puede alguien entender su idioma?

—Buen argumento —dijo Jaina—. Necesitaremos su ayuda para pilotar la nave.

Anakin le frunció el ceño a su hermana.

—¿Puedes pilotar una nave yuuzhan vong o no? Si Wedge se ha limitado a hacer que te pongas la capucha de cognición o algo así...

—He pilotado una. Y también Tahiri, a no ser que lo hayas olvidado —dijo Jaina. Se refería al apurado escape de Anakin del Sistema Yag'Dhul unos meses antes, cuando escapó de una muerte segura, junto a Corran Horn y Tahiri, a bordo de una

nave exploradora yuuzhan vong—. La mayor parte del pilotaje es simbólico pero, ¿quién sabe cómo será el resto? En esto hay mucho más que pilotar.

—¿Y qué pasará cuando empiecen a saludar? —preguntó Tahiri—. Necesitaréis saber qué dicen, y cómo responderles.

Miró a su alrededor expectante. Y cuando nadie respondió, Han se mordió la lengua y esperó a que su cuñado se cargara el plan.

Luke fue muy paciente. Han contó los segundos, decidido a acatar el aviso de su esposa, pero igual de decidido a mantener a salvo a su familia. Toda ella.

Han llegó a los cinco segundos antes de que el silencio de su cuñado se volviera insoportable.

—¿A qué esperas, Luke? —Han apartó la mano de Lando y entró en el círculo de los Jedi—. Dile por qué no saldrá bien.

Los ojos azules de Anakin se oscurecieron hasta ser de un furioso color amatista.

—¿Por qué no me lo dices tú, papá?

—De acuerdo, lo haré —se volvió hacia su hijo—. No saldrá bien porque... —estaba tan furioso que le costaba discurrir una razón—. Porque no tienes la seguridad de poder escapar.

—La verdad es que creo que sí podré, o al menos estoy razonablemente seguro de ello —su voz se mantuvo en calma, pese a la indignación que brillaba en sus ojos—. Ya estuve tras las líneas enemigas para rescatar a Tahiri, y tengo esto —se tocó el sable láser modulado con el cristal lambent—. Pero, sobre todo, sé cómo piensan.

—Sabemos cómo piensan —le corrigió Tahiri.

—¿Sabéis cómo piensan? —bramó Han—. No pensarán que os tiran insectos aturdidores.

Leia le cogió del brazo. —Han...

El se lo quitó de encima.

—Y te daré otra razón. No puedes hacerlo por que es una locura —agitó un dedo ante la cara de su hijo y se sorprendió vagamente al darse cuenta de que lo agitaba a la altura de su propia nariz—. Y porque no, por eso.

—¡Han! —Leia lo apartó—. Eso no lo decides tú.

Se volvió para mirarla indignado.

—¡Tampoco lo decide Anakin!

Cuando se volvió hacia su hijo, se sorprendió al verlo mirándole con fijeza, más herido que enfadado, pero inflexible y completamente seguro de sí mismo. Era algo tan adolescente, tan clásicamente rebelde. Pero también había en él una solidez que ni siquiera Han podía dejar de ver, una dureza nacida de batallas perdidas y ganadas, templada por la angustia de los camaradas caídos y los amigos perdidos. Con sus diecisiete años, Anakin ya era mucho más hombre de lo que lo había sido él a los treinta, y probablemente había visto ya tanta lucha y derramado más sangre que Han

durante la Rebelión. Y todavía era tan joven.

—La decisión es de Luke —dijo Leia—. Ni es de Anakin, ni es tuya.

Se interpuso entre padre e hijo, y apartó suavemente a Han, dejando que se preguntara dónde estaba él cuando su hijo, cuando todos sus hijos se habían convertido en adultos. La respuesta, claro está, era que había estado perdido, revolcándose en su pena como el motivo de esa pena nunca habría querido que hiciese.

Pero el viejo Han Solo había vuelto, y no pensaba dejar que los yuuzhan vong, ni nadie, le quitaran a su familia. Se volvió hacia .

Luke.

—Esto no es una misión, es un sacrificio. No puedes enviarlo allí... Ni a Anakin ni a nadie.

Luke estudió el suelo un momento y miró a Anakin.

—Siento que puede funcionar, pero yo lideraré ese grupo de asalto.

Tú te, quedarás aquí.

El mundo de Anakin se vino abajo, y el corazón de Han lo acompañaba, lo cual no le impidió sentir alivio. Luke ya había hecho antes algo así. Han había estado allí para ayudarlo, y pese a la mirada de desmayo de Mara sabía que Luke conseguiría volver, sobre todo si él lo acompañaba para sacarlo de apuros. Miró a Mara para tranquilizarla y vio que no hacía falta. Ésta apretaba los dientes y pese a lo que decían sus ojos, en su expresión había una calma que a Han le costaba entender; reconocía los peligros y lo que podía costarle aquello, al tiempo que aceptaba estoica los hechos. Alguien tenía que matar a los voxyn, y si tenía que hacerlo Luke, que así fuera.

Anakin estudió un momento a su tío, asintió con la cabeza y dio un paso atrás volviendo con su grupo. Se negó a mirar a su padre a los ojos. Por un momento, Han pensó que Anakin saldría de la sala, pero su hijo se había hecho un hombre en más sentidos de lo que imaginaba. Anakin pareció darse cuenta de que su reacción dictaría la de su círculo de amigos, y había decidido quedarse, listo para ofrecer su apoyo a Luke.

Tras un tenso momento de silencio, Tenel Ka dio un paso adelante, vestida con su habitual atuendo de guerrera dathomiriana ahora cubierto por el ubicuo traje de emergencia que seguía siendo necesario en Eclipse.

—Maestro Skywalker, perdona si te hablo con tanta franqueza pero, ¿has perdido la cabeza?

La brusquedad habitual de la joven llenó la sala de risitas incómodas.

Hasta Luke sonrió.

—Creo que no, ¿por qué?

—Porque deberías saber que el plan de Anakin nunca funcionará contigo.

Depende de que los yuuzhan vong nos crean, y eso no pasará si nos acompaña un Maestro Jedi. En el supuesto de que no te matasen allí mismo, tomarían toda clase de precauciones para dejarte indefenso.

—Tiene razón —dijo Ganner—. El jefe tiene que ser alguien que no les preocupe demasiado, alguien que crean que puede ser engañado por un traidor —les dedicó una bril ante sonrisa bajo el bigote—. Alguien como yo.

Hasta Han pudo sentir las reticencias de los demás Jedi.

Cuando nadie se presentó voluntario para unirse al apuesto Caballero Jedi, Jacen dijo:

—Quizá ninguno debería ir.

Esto provocó la indignación de sus hermanos, y Anakin dijo: —Jacen, no es momento de ponerse a debatir sobre el bien y el mal.

O matamos a esas cosas o esas cosas matan a los Jedi.

—Si destruimos a la reina, los yuuzhan vong tomarán represalias todavía más severas contra la Nueva República —replicó Jacen—. ¿Queremos eso sobre nuestras cabezas?

—Jacen, esa sangre no está en nuestras manos —dijo Alema con el lekku temblando de furia—. Está en las de ellos.

—Una postura muy conveniente, pero ¿salvará más vidas de las que costará? —preguntó Ulaha—. Esa debe ser nuestra única preocupación como Jedi.

Y empezaron a hablar todos a la vez, alzando la voz y gesticulando cada vez más a medida que discutían la misma cuestión sobre la que discutían desde la destrucción del *Cazador de Nebulosas*. Alema habló sobre todo contra Jacen, sin duda porque no podía soportar la culpa de la destrucción de Nueva Plympto y la muerte de su hermana.

Ulaha y Jacen argumentaron la responsabilidad que tenían los Jedi, y eran apoyados por un número sorprendentemente elevado de gente, incluidos Streen, Cilghal y, lo más desconcertante de todo, los compañeros de nido barabeles.

Al final, el debate se acaloró tanto que hubo que llamar a C-3PO para que se llevara a un Ben que no paraba de llorar, y Luke tuvo que reclamar silencio repetidas veces. Acabó por tener que usar la Fuerza para proyectar su voz directamente a la mente de todos los presentes y sobre la sala cayó un silencio tan tenso como embarazoso.

Luke miró con calma a los Jedi y habló con lo que apenas era un susurro.

—Todo se reduce a una simple cuestión: ¿cómo combatir a un enemigo brutal y malvado sin volvernos brutales y malvados?

—Así es —confirmó Tenel Ka.

Luke la miró un momento y entonces negó cansinamente con la cabeza.

—Me gustaría tener la respuesta, pero la Fuerza se niega a guiarme en esto, como

supongo que hace con todos vosotros —hizo una pausa y como nadie se lo negó, continuó hablando—. Lo que cada vez tengo más claro es que ha llegado el momento de elegir un camino.

Supongo que aquí no habrá nadie que crea que debemos rendirnos a los yuuzhan vong.

Aunque Jacen alarmó a Han pareciendo que iba a mostrarse en desacuerdo, al final se quedó tan en silencio como los demás Jedi.

Luke asintió.

—Lo suponía. Por tanto, ¿acabamos con los voxyn y nos arriesgamos a más represalias? ¿O aceptamos las pérdidas con la esperanza de que así salvaremos a la Nueva República más vidas de las que costaría eso?

—¿Qué estás pidiendo? —preguntó Ganner—. ¿Una votación?

—Tu opinión —aclaró Luke—. Decida lo que decida, quiero que todos opinen.

Ganner lo meditó un momento y asintió:

—De acuerdo, yo digo que vayamos a por la reina.

—Aceptemos las pérdidas —dijo con voz ronca el primer barabel, Tesar Sebatyne.

Sus compañeras de nido coincidieron con él y Luke empezó a preguntar alrededor del círculo. Aunque Han sentía que debían ir a por la reina, no podía dejar de aplaudir en silencio cada vez que alguien apoyaba el aceptar las pérdidas. Tenel Ka tenía razón al decir que un Maestro Jedi no podría guiar el grupo, lo que significaba que Anakin, y sin duda también Jaina, entregarían sus vidas en un plan casi tan demencial como intentar rescatar a Leia de los calabozos de la *Estrella de la Muerte*. Si los Jedi elegían aceptar las pérdidas, al menos Leia y él estarían cerca, en el *Halcón*, protegiéndolos hasta que los atrapara una manada de voxyn. Tarde o temprano alguien tendría que acabar con esa reina, pero no entendía porqué tenían que hacerlo sus hijos.

Para cuando la pregunta llegó al extremo de Leia, la opinión estaba dividida casi en partes iguales, inclinándose ligeramente por buscar a los voxyn.

Lando se inclinó hacia Han.

—Puedes respirar tranquilo, viejo amigo. Leia y Mara querrán ir a por la reina, pero Cilghal y Streen están en contra.

Aunque sabía que no había un jugador en la galaxia que supiera leer las caras mejor que Lando Calrissian, Han no se sentía tan aliviado como debería. La forma en que lo miraba Leia dejaba muy claro lo que pensaba del orgullo herido de Anakin, pero en el o había algo más que ira. Han estaba siendo egoísta y el a lo sabía, y sabía lo que su egoísmo podía acabar costándole a los Jedi.

—¿Han?

Pillado por sorpresa, Han apartó la mirada de Leia para clavarla en su cuñado.

—¿Sí?

—¿Tu opinión?

—¿La mía?

—Eres parte de esto. Puedes opinar.

Han volvió a mirar a Leia, y al ver la silenciosa súplica en sus ojos se preguntó cómo podía ser tan fuerte.

—Vale, dame un momento.

Cerró los ojos y, tras desear que alguien le enseñara una de esas técnicas de relajación Jedi, intentó calmarse respirando hondo. No le sirvió de nada, la verdad. Sabía porqué su hijo quería liderar esa misión, porqué había participado en todas las principales batallas Jedi desde que empezó la invasión, porqué había ido él solo a rescatar a Tahiri.

Por Chewbacca.

Por mucho que Anakin dijera otra cosa, todo era por Chewbacca.

—Papá —dijo Anakin—. Haz lo que creas correcto.

—No necesito que me digan eso, de verdad que no —abrió los ojos y se encontró con su hijo parado ante él. Empezó a coger al chico por los hombros, pero se dio cuenta de lo ridículo que sería abrir tanto los brazos y se limitó a cogerlo del antebrazo—. No tienes porqué hacer esto, ¿sabes?

—Lo sé —el dolor en el rostro de Anakin fue sustituido al instante por una energía alarmante—. Pero lo haré.

Han se volvió con la incómoda sensación de haber visto treinta años antes esa misma mirada orgullosa en el espejo, y encontró a Leia mirándolo con la boca abierta.

Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa ladeada.

—Crios. ¿Qué se le va a hacer?

—Asumo que estás a favor de ir a por la reina —dijo Luke.

Acabó la votación, que salió tal y como había predicho Lando, sólo que al estar Han a favor de la misión, se decidió ir a por la reina voxyn.

—Espero que todos los presentes apoyen esta decisión —dijo—. Haremos lo que haga falta para proteger a los inocentes, pero enviaremos un grupo de asalto a Myrkr.

Jacen se volvió hacia su hermano.

—Entonces, deja que sea el primero en presentarme voluntario.

—¿Tú? —Anakin fue el más sorprendido de todos—. Pero si estás en contra.

—Eso no importa. Nadie es mejor que yo con los animales. Vais a necesitarme si hay que rastrear a la reina o algo así.

—Cuando tienes razón, tienes razón, hermanito —dijo Jaina, poniéndose al lado de su hermano gemelo—. Y creo que estábamos de acuerdo en que yo también voy.

—Como si pudiera elegir —dijo Anakin con una sonrisa, volviéndose hacia los

demás Jedi—. Si alguien quiere ser voluntario, que me vea luego, en cuanto hayamos trazado algo parecido a un plan.

Han sintió que le cedían las rodillas. Iban a ir, los tres, todos sus hijos, en la misma misión de locos, y él no estaría para protegerlos, ni siquiera podía acompañarlos porque no era un Jedi.

Leia no parecía más contenta que él. Estaba pálida, le temblaba el labio y aún así consiguió encontrar fuerzas para mantener la cabeza bien alta, y parecer orgullosa de sus hijos.

—Con una condición —dijo, volviéndose hacia Lando—. Quiero que tú los entregues.

Lando pareció sorprendido por primera vez en mucho tiempo.

—¿Yo?

—Eres el único que puede hacer funcionar esto —dijo Leia—. Sé que no te fui de mucha ayuda con Borsk, pero si haces esto... Lando alzó las manos.

—Ya ha pasado el momento de los favores. Ayudaré en lo que pueda.

Capítulo 14

El enorme droide bélico rotó doscientos grados sobre la junta de su cintura y apuntó a Raynar Thul con el extremo funcional de su brazo láser

—Punto catorce del plan, recluta.

—No soy un recluta —Raynar vestía como siempre, con los colores de la casa comercial de su familia, en este caso bombachos escarlata, fajín púrpura y una túnica dorada que casaba con el color de sus erizados cabellos rubios—. No estamos en el ejército.

—Punto catorce —insistió 1-1 A.

Raynar puso los ojos en blanco.

—La tripulación entra en la zona del comedor y captura a los Jedi.

Punto quince: los Jedi deponen las armas.

—Los sables láser —corrigió 1-1A—. Y no le pedí el punto quince, soldado.

—No soy un soldado —dijo Raynar cansinamente.

Anakin y los dieciséis miembros de su grupo de asalto estaban sentados en los lujosos y cómodos sofás de la cubierta de observación del yate privado de Lando Calrissian, ensayando el plan que Anakin había trazado con Luke, Lando, su padre, su madre y la mitad de los Jedi de Eclipse. Había mil detallitos a memorizar, pero básicamente consistía en que la tripulación del *Dama Fortuna* «sorprendiera» a los Jedi cuando los yuuzhan vong subieran a bordo.

Mientras los invasores se llevaban a los prisioneros, dos droides CYV saldrían por la escotilla de deshechos con una cápsula de equipamiento y se engancharían a la parte inferior de la nave transbordadora enemiga. Cuando volviera a la nave nodriza, los droides les acompañarían, ocultos por la misma nave transbordadora.

Para asegurarse de que los droides no eran vistos, el grupo de asalto organizaría una distracción.

—Punto treinta y dos, señor.

Anakin se acordó de que el droide lo consideraba el oficial del grupo y alzó la mirada para encontrarse con su láser apuntándole a la cara.

Como de costumbre, mirar al negro túnel de la muerte le hizo enfocar sus pensamientos.

—Uso la Fuerza para abrir la armería y reparto las pistolas láser —dijo Anakin—. Las pistolas estarán almacenadas con la batería desconectada.

—Esta parte me preocupa —dijo Tenel Ka—. Seguro que los yuuzhan vong encuentran eso demasiado conveniente.

—Piensa en la alternativa —dijo Lando, entrando en la cubierta de observación—. Mi tripulación se habrá presentado voluntaria, pero no quiere morir sólo para que

las cosas queden aparentes.

—Lo cual sólo prueba su argumento —dijo Ganner. Como el Cabal ero Jedi con más edad de a bordo, serviría de comandante señuelo para que Anakin pudiera guiar libremente, dentro de lo posible, al grupo en silencio—. Los yuuzhan vong no son estúpidos.

—No, no lo son, motivo por el que puedo colarles esto —dijo Lando—. Desconectar las baterías es un procedimiento de seguridad muy corriente, y que desde luego utilizaría todo el que fuera a traicionar a una nave llena de Jedi.

—Esto surgió cuando trazamos el plan —dijo Anakin—. Y a papá le pareció una buena idea.

Ganner se encogió de hombros y asintió, para alivio de Anakin. Servir de jefe y señuelo había sido sugerencia del propio Ganner, y la mayor preocupación de Anakin era que el anciano tuviera problemas para diferenciar los dos papeles.

—Tengo una pregunta —dijo Raynar.

—¿Por qué no me sorprende? —musitó Jaina.

Lando sonrió.

—Pregunta. Necesitas tener confianza en el plan.

—Las navgs yuuzhan vong están vivas, ¿verdad? ¿Cómo es que ésta no sentirá que lleva los droides sujetos a ella?

—Sería como si un shenbit sintiera algo en su concha —dijo con voz ronca Bela Hará—. Una coraza no sirve de nada si sientes dolor cuando la golpean.

—Son conchas, no corazas —objetó Raynar—. Y si las naves están vivas...

—No están vivas en ese sentido —dijo Jaina—. Tienen cerebros, pero sólo controlan ciertas funciones, como los ordenadores de a bordo de nuestras naves. Y no sienten nada en la concha, al menos no lo sentía ninguna de las naves en que he estado.

—No pueden —dijo Jacen—. Para sentir algo necesitarían terminaciones nerviosas y cualquier terminación nerviosa de la cara externa de la concha quedaría congelada. Imaginaos descalzos en Hoth.

Esto pareció convencer a Raynar. Hizo una mueca y asintió en dirección a Lando.

—Gracias, ahora estoy convencido.

El CYV 1-1A rotó hacia Lowbacca.

—Punto treinta y tres, recluta.

Lowbacca rugió algo largo y grave que Anakin reconoció como una oferta grosera relacionada con un borrado de memoria. Eme Tedé, el droide traductor de Lowbacca aleteó hasta situarse ante él.

—¿Seguro que quiere decirle eso a un droide bélico, amo Lowbacca?

Cuando éste respondió con un gruñido, Eme Tedé se deslizó hasta situarse detrás de Tekli y emitió un chorro de estática que hizo que al 1-1A se le iluminaran los

fotorreceptores.

Lando se interpuso entre Lowbacca y el droide bélico.

—Es todo por ahora, Uno-Uno-A —dirigió a Lowbacca una mirada de hartazgo y se volvió hacia los demás—. Ya hemos transferido los dos CYV a vuestra cápsula de equipamiento, y Tendrá está en el puente con la tripulación, calculando la ruta a seguir.

—Estamos preparados —dijo Tahiri confiada—. Uno-Uno-A se ha ocupado de eso.

La expresión de Lando se volvió más severa.

—Uno-Uno-A es un droide. Puede ayudaros a entrenar y practicar, pero no puede prepararos, no para algo como esto.

—No estoy seguro de entenderte —aventuró Ulahá Kore—. Los ensayos han sido impecables. Vale que deberemos estar dispuestos a improvisar, como cualquier equipo que se precie, pero las previsiones actuales nos dan... un setenta y dos por ciento de probabilidades de éxito.

Anakin no quiso preguntar cuál era el margen de error. Seguía habiendo tantos imponderables que sospechaba que el péndulo podía desplazarse tanto para aumentar sus posibilidades por encima del cien por cien como por debajo del cincuenta.

Lando se sentó ante la bith y la miró a sus ojos cristalinos con la mirada más fría y dura que le había visto nunca Anakin

—Lo que estoy diciendo no puede calcularse —miró a los demás—. Las cosas saldrán mal. Por muchas veces que lo ensayemos, por muy bien que lo planeemos todo, nada saldrá como esperamos. Tendréis que reaccionar con rapidez.

—Como en cualquier batalla —dijo Ganner.

—Esto no es una batalla, Rhysode. Métete eso en la cabeza —Lando miró a Ganner hasta que Ganner apartó la mirada, y no dejó de mirar con fijeza—. No vais como guerreros, sino como espías. Tendréis que hacer cosas que no os sentarán nada bien. Y no podréis echaros atrás. No podréis ni dudar.

—No lo haremos —fue Alema Rar quien dijo eso, y su mirada dijo a Anakin que al menos él sí entendía lo que Lando les estaba diciendo—. Yo no.

Lando estudió a la twi'leko un momento antes de asentir.

—Tú has pasado por ello, lo sé —se volvió hacia los demás—. Fijaos en Alema. Hará lo que sea necesario, y vosotros deberéis hacer lo mismo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Jacen—. ¿Que el fin justifica el medio?

—Está diciendo que sólo deben preocuparnos dos cosas —dijo Alema, la suavidad sedosa de su voz contradecía el acero de sus palabras—. La primera, completar la misión. La segunda, volver con vida.

—Eso lleva al Lado Oscuro —insistió Jacen—. Si no nos preocupamos por los métodos usados para alcanzar nuestros objetivos, no seremos mejores que el

Emperador... o que los yuuzhan vong.

—Quizá sea así —admitió Alema—. Pero no podremos dar marcha atrás aunque el sendero que se abra ante nosotros sea oscuro, no por nuestro bien, sino por el de quienes caerán si fracasamos.

—Y por Numa y Lusa y Eelysa y todos a los que ya han matado los voxyn —añadió Raynar.

Alema recompensó su apoyo con una sonrisa vagamente prometedora.

_Por supuesto. Por ellos más que nada.

__No. La venganza lleva al Lado Oscuro —dijo Zekk—. No tomaré parte en algo así.

Todos se pusieron a hablar a la vez, Alema y Raynar argumentando que destruir a los voxyn y derrotar a los yuuzhan vong justificaba cualquier acto, Zekk diciendo que no sabían lo que decían, Jacen insistiendo en que estaba mal anteponer fines a medios. Aunque los demás parecían estar entre uno u otro bando, también hablaban alzando la voz, atrayendo a la discusión hasta a Eryl Besa y Jovan Drark, un rodiano imperturbable. Sólo parecían controlarse los barabeles, agrupados en una esquina, mirándolos con sus pupilas reptilesacas estrechadas hasta ser rendijas verticales.

Anakin suspiró profundamente para sus adentros y notó que Lando lo miraba y se dio cuenta de lo inteligente que había sido su madre al elegir al tratante de armas para que los entregara al enemigo. Por sincera que fuera la advertencia de Lando sobre no dudar en combate, sus palabras ocultaban algo más. Sabía que el grupo de asalto acabaría teniendo esta discusión y la había provocado intencionalmente mientras aún podían aclarar la situación, y ahora esperaba a que Anakin la solventase.

—Silencio —Anakin esperó un momento, volvió a intentarlo y, al fracasar eso, gritó—. ¡Callaos! ¡Es una orden!

Su rudeza, y la Fuerza que usó para aumentar la voz, acabó llegando a los demás. Habló antes de que la discusión pudiera reanudarse.

—Nadie se va a pasar al Lado Oscuro en esta misión —miró a Raynar y Alema—. ¿Está eso claro?

—No quise sugerir que fuéramos a hacerlo —empezó a decir Alema en voz baja—. Sólo que no podemos echarnos atrás...

—¿Está eso claro?

A Alema se le rizó el lekku por las puntas, pero echó la mandíbula adelante y dijo: —Por supuesto, Anakin.

Anakin sintió más que vio la extraña sonrisa que se pintó en la cara de Tahiri. Aunque ninguna de las mujeres Jedi del grupo le caía especialmente bien, Alema parecía desagradarle especialmente.

Decidió dejar eso para otro momento y se volvió para mirar a Raynar con el ceño fruncido.

—Vale. ¿Quién querría hacer eso, de todos modos? —rerjul éste, asintiendo.

Anakin aceptó esa respuesta y se volvió hacia Zekk y Jace —Pero Lando tiene razón. Igual hay que hacer cosas que n nos gustarán, y hacerlas con rapidez. Si no podéis vivir con es quizá debáis coger el próximo carguero rumbo a casa.

—¿Qué clase de cosas? —pregunto Jileen—. Si hablamos ahora de los límites...

—Jacen! —siseó Anakin—. ¿Puedes hacerlo?

En vez de contestar, Jacen buscó apoyos a su alrededor. Los encontró, claro, sobre todo en Zekk y Tenel Ka, pero Anakin empezaba a pensar que hasta el talento especial de su hermano para controlar animales no valía la discordia que llevaría al grupo. Miró a Lando en busca de guía, pero sólo encontró el rostro inexpresivo de un jugador veterano. Anakin tendría que resolver solo el problema; en el sitio al que iban no tendrían el consejo de los antiguos héroes de la Rebelión.

Anakin respiró hondo, empleando una técnica Jedi de relajación para despejar la mente y poder concentrarse. Jacen y él se habían ido distanciando a lo largo de la invasión yuuzhan vong, hasta llegar a un punto en que apenas podían hablarse sin un trasfondo de culpa y resentimiento. Era heridas que sólo ahora empezaban a curarse. Lo último que quena Anakin era apartar a su hermano del grupo y reabrir las, pero tenía que pensar en la misión, y en todos los que participarían en ella.

Se volvió hacia su hermano:

—Jacen, quizá...

—¡Anakin, he estado pensando! —aunque el tono de voz de Jaina era entusiasta, Anakin pudo sentir su preocupación gracias a la Fuerza. Estaba casi tan preocupada por ese distanciamiento como sus hermanos y ahora se dirigía a los intentando reducirlo—. Ya sabéis que me tiene muy preocupa la ruptura.

—¿Sí? —respondió Anakin con precaución. Eclipse sabían cuánto valoraban los yuuzhan vong el romper la voluntad de sus prisioneros. Su mayor preocupación estaba en que sus "captoreos" pudieran empezar esa ruptura en la nave de trasbordo, que alguno del grupo no fuese capaz de soportarla y cediese antes de cruzar la frontera enemiga—. ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando?

—¿Recuerdas cómo usamos la unión telepática en la Fuerza en el primer ataque yuuzhan vong a Dubrillion? —preguntó Jaina. Los tres hermanos se habían buscado en la Fuerza para compartir sus percepciones—. ¿Y si Jacen pudiera ayudarnos a todos a hacer eso?

Podríamos usar esa conexión para apoyarnos unos a otros mental y emocionalmente.

—Es un buen plan —dijo Tenel Ka—. Todos los interrogadores saben que el aislamiento mental es clave para romper la resistencia de una víctima.

Anakin vio el potencial de la idea, del mismo modo que veía lo desesperadamente que su hermana intentaba evitar que aumentara el distanciamiento entre Jacen y él.

—¿Cómo podemos hacer eso? —preguntó, precavido.

—He estado hablando con Tesar y sus compañeros de nido sobre las tácticas de combate de los Caballeros Salvajes —dijo Jaina con confianza, mirando hacia los barabeles—. Creo que podremos adaptar algunas a nuestra situación.

—Sí, éste cree que podemos —dijo Tesar—. Quizá hazta podamos uzar la conexión para crear una gran fuzión de combate.

Anakin alzó las cejas. Fusión de combate era como llamaban los barabeles a su increíble despliegue de cohesión durante la confusa batalla de Froz.

—Es una posibilidad interesante.

—Pero necesitaremos ajacen —presionó Jaina—. Es el único con suficiente potencia empática para unirnos a todos.

«O para separarnos», pensó Anakin. Pero, a medida que estudiaba los rostros expectantes que lo miraban, se dio cuenta de que ya se había hecho buena parte del daño. Enviar ajacen de vuelta no sólo decepcionaría a su hermana sino que alienaría a Zekk, Tenel Ka y muchos de los que compartían su preocupación por el Lado Oscuro.

También aumentaría el distanciamiento entre ellos, y Anakin deseaba eso tanto como que le implantaran en la cabeza otra semil a esclava yuuzhan vong.

—Jacen, tendrás que hacer lo que yo te diga cuando lo diga —Anakin enfrentó la mirada de su hermano y la sostuvo—. Si algo te parece mal, yo seré el responsable de ello, no tú. Si no puedes vivir con eso, lo siento, pero no puedes venir.

Jacen sintió lo cerca que había estado Anakin de enviarlo de vuelta a casa y sabía que no debía dudar. Asintió y dijo:

—Confío en tu juicio, Anakin. De verdad que sí.

Capítulo 15

Los gráficos enloquecieron y Danni aplastada contra su asiento antigraedad cuando Wonetun hizo un giro muy cerrado. Wonetun era un sólido reptiloide brubb del mundo de alta gravedad de Baros y solía mantener los compensadores de inercia al 92 por ciento porque le gustaba saber cuándo temblaba el bombardero; prefería que un tripulante se mareara o desmayara por unos segundos a forzar las juntas del viejo casco. Danni forcejeó por alejar el color púrpura de su campo de visión y se esforzó por ver los gráficos de la pantalla.

Seguían dando saltos. Lo cual no significaba que hubiera resuelto el enigma; pero significaba algo, aunque Saba Sebatyne no le hubiera dicho que había algún yammosk cerca.

Los artileros vaporizaron los coralitas con una ráfaga de fuego intermitente procedente de los grandes cañones láser del bombardero, y Danni sintió en la piel un picor nacido de la aprensión.

Aún así, resistió la tentación de apartar la mirada de los instrumentos. Los gráficos subían y descendían de forma tan intermitente que parecía sospechosamente elaborada y no podía permitirse distracciones. Sus dedos volaron sobre los paneles de control, definiendo el barrido de los sensores y activando los grabadores.

—Saba, ¿podría haber allí un yammosk? —seguía sin apartar la mirada de los instrumentos—. Por favor, dime que hay un yammosk.

—Oh, sí, sí que hay un yammosk. De eso no hay duda —el tono de Saba era distraído y ella no parecía comprender lo que significaba la pregunta de Danni. Se dirigió al comunicador del bombardero—. Caballeros Salvajes, preparados para volver al *Hombre Alegre*. Nos desviaremos a la izquierda cuando ésta dé la señal...

Danni se preparó. El *Hombre Alegre* no era el atestado bombardero en que viajaba, sino el carguero rápido estacionado a cierta distancia de allí, en un conglomerado de polvo espacial. El escuadrón lo utilizaba de base móvil, además de para transportar al combate a vigilantes y aulladores carentes de hipermotor.

—Tres, dos, ¡ya!

Danni luchó por mantener la mirada fija en las pantallas de datos mientras Wonetun hacía girar el bombardero. Varios gráficos más saltaron a lo más alto, deteniéndose ahí un instante, antes de bajar de golpe a casi cero. Cuando las constantes que no había dejado de mirar reaccionaron con un chaparrón de oscilaciones, Danni desechó las coincidencias. Estaba viendo un código de comunicaciones, no un remolino gravitacional perdido.

Saba debió notar su excitación en la Fuerza, porque la barabel le habló con su voz ronca.

—¿Has dezcubierto algo, Danni Quee?

—Eso creo —el casco del bombardero vibró cuando se abrieron las troneras de los artilleros—. Modulación gravitacional. Así es como se comunican los yammosk.

—Ah —eso para la barabel era casi un grito de excitación. Fogonazos carmesíes llenaron el interior de la nave cuando las bolas de plasma empezaron a estallar contra los escudos—. Si ézta puede hacer una sugerencia, deberías abrir un canal de comunicaciones para que esa información no se pierda.

Danni apartó los ojos de las pantallas de gráficos.

—¡Sables Sith!

Lo que al principio parecía todo un anillo de asteroides se estaba curvando en el espacio para interceptarlos, y los nodulos que eructaban plasma en los monolitos más cercanos permitió que los identificara enseguida como una flota enemiga. No podía creerse que los Caballeros Salvajes se merecieran semejante despliegue, y entonces se dio cuenta de que no se lo merecían.

El escuadrón llevaba unos días actuando en un cuerno de botel a cerca del mundo minero de Arkania, emboscando a las corbetas yuuzhan vong que abandonaban la zona de guerra. Habían supuesto que esas patrullas sólo exploraban las posiciones de la Nueva República, pero ahora era evidente que preparaban una ruta de invasión. Danni no necesitaba una holografía galáctica para saber que la captura de Arkania dejaría a los yuuzhan vong muy cerca de la Ruta Comercial Perlemiana y de la Vía Hydiana, y en posición de amenazar a buena parte de la región de las colonias. Abrió el canal de transmisión de datos al *Hombre Alegre*, y añadió una alerta urgente por la banda de emergencia subespacial.

La vanguardia de la flota disparó una andanada de proyectiles de magma, obligando a Wonetun a llevar al bombardero a toda una serie de giros y vueltas de las que revuelven el estómago. Saba le ordenó que pusiera el compensador de inercia al máximo para poder seguir consciente. La flota enemiga estaba ya tan cerca que parecía un enorme chorro de coral yorik.

Uno de los bultos más grandes abrió la nariz y vomitó grutchins, insectos de medio metro semejantes a saltámanos. Los artilleros del bombardero cambiaron de objetivo y lanzaron una andanada de disparos láser al paso de las criaturas. Esas cosas podían comerse un casco de titanio en sólo unos segundos.

—Eze es nuestro objetivo —dijo Saba por el comunicador—, el crucero en la parte inferior de la formación. ¿Lo veis?

—¿El del final? —intervino Drif Lij, piloto de uno de los viejos Ala-X T-65 del escuadrón.

—No, eze se lo esperarían —repuso Saba—. Tres naves más adentro.

El que se ha adelantado un poco.

—Visto —replicó Drif.

Un chorro de clics por el comunicador confirmó que todos los demás también lo habían visto, y Danni sintió que el miedo del escuadrón se transformaba en resolución.

—Brillobola en cinco, cuatro...

Izal Waz, un artillero arcona con una fea adicción a la sal, dejó de disparar y se desplazó al interior. Aunque sus ojos compuestos eran incapaces de distinguir las formas, su sensibilidad al movimiento lo convertía en el mejor artillero del escuadrón. Mientras Saba continuaba con su cuenta atrás, los ojos dorados se volvieron vidriosos y distantes, como cuando tenía un viaje con sal, y las venas de su cabeza en forma de yunque se hincharon con la concentración.

—Ya —dijo Saba.

Una brillante esfera blanca envolvió al bombardero. «Sobrecarga de los escudos», pensó Danni, pero Wonetun enderezó la nave y aceleró.

Cuando ninguna bola de plasma atravesó el :asco, miró fuera y descubrió que el escuadrón viajaba camuflado dentro de un orbe brillante como el sol.

—¿Qué es esto? —jadeó Danni.

—¿Has visto soles fantasma? —preguntó Saba.

—¿Parheliones? Claro —dijo Danni—. A veces de dos soles a la vez.

—Ezto es como ezo —explicó Saba—. Izal Waz lo llama su brillobola. Hace acopio de luz con la Fuerza.

Danni miró a Izal con nuevo respeto.

—¿Y qué hace eso?

—¿Qué hace ezo? —siseó Saba en respuesta—. Nos oculta. ¿No basta con ezo?

La esfera debía tener ya un kilómetro de diámetro, pero los Caballeros Salvajes se mantenían pegados al bombardero, una docena de formas fantasmales agrupando sus defensas. El Ala-X de Drif estaba a pocos metros de distancia. Sus motores de iones proyectaban efluvios azules a la brillobola, alimentando la intensidad del brillo general. Las bolas de plasma y los proyectiles de magma continuaron atacando ciegamente la brillobola, pero la mayoría fallaba por amplio margen, y las que pasaban cerca eran eliminadas por la defensa combinada de los Caballeros Salvajes.

—¿Tiene ya el *Hombre Alegre* suficientes datos? —preguntó Saba.

Danni comprobó sus instrumentos. Los gráficos saltaban como locos.

—Esto es muy bueno —dijo—. Cuanto más estemos aquí, mejor.

Las pupilas en forma de diamante de Saba se estrecharon.

—¿Pero tienen suficiente?

Danni hizo un rápido cálculo estadístico de memoria, y luego asintió.

—Nos vendría bien más información, pero...

—Debemos enseñarte a pilotar un Ala-A, Danni. A los Caballeros Salvajes les vendría bien tener a alguien tan loco como tú —repuso Saba por el comunicador

—. Saltacortos al *Hombre Alegre*.

Nos vemos en casa.

Los dos aul adores y los tres vigilantes del escuadrón se dirigieron al carguero al abrigo de la brillobola en expansión.

—Uzad senzores pazivos, no lázeres —ordenó Saba. Se volvió hacia Danni y señaló a Izal que seguía en trance en la torreta del cañón superior.

—Cambiad de sitio. La bril obola requiere toda su concentración.

Danni miró al gran arcona, intentando imaginar cómo podría mover a alguien que le doblaba en tamaño sin romper su con-centración.

—Esto..., no creo que pueda levantarlo. Igual tú.

—Ésta puede, pero te ha dicho que lo hagas tú —Saba la miró fijamente por un ojo negro—. Eres Jedi, Danni Quee. El tamaño no importa.

Danni tragó saliva. Llevaba casi dos años estudiando la Fuerza, pero nadie parecía capaz de explicarle la teoría que había tras ella, hasta Luke hablaba de sentir y hacer, nunca de cómo o porqué, y seguía siendo la última solución que acudía a su mente. Entre los labios de Saba asomó una lengua impaciente. Danni respiró hondo para relajarse y se imaginó al alto arcona dejando su asiento para ir a parar al que tenía ante ella, y entonces buscó con la Fuerza y lo hizo.

Para su alivio, Izal se cambió de asiento como si se hubiera movido él, y la brillobola siguió intacta. Danni empezó a subirse a la torreta como le habían ordenado, pero Saba la cogió del hombro y la hizo bajar.

—¿Nunca entrenas, Danni Quee? —dijo subiéndose ella a la torreta—. Ésta nos salvará sola. Mira. Aprende.

Danni no lo entendió, hasta que un momento después una andanada de proyectiles de magma fue a por ellos y sintió el corazón en la garganta. Sintió que los artilleros de los Alas-Y conectaban con la Fuerza y se daban un codazo amistoso y entonces dejó de haber tiempo para preguntas. De pronto apareció una espiral carmesí, haciéndose más y más grande. Saba empujó mentalmente y la hizo pasar a varios metros por encima de su torreta. Alguien redireccionó un grutchin y Danni se pasó la siguiente eternidad viendo como la barabel empleaba la Fuerza para empujar, levantar y girar los proyectiles yuuzhan vong.

—¿Qué dice ahora tu máquina, Danni Quee? —preguntó al final Saba—. ¿Ha visto nuestro truco el yammosk?

Danni se asomó a mirar su pantalla. Las lecturas de gravedad subían y bajaban.

—Lo mismo que antes. El yammosk parece dar órdenes, y todo lo demás está en silencio. No tengo ni idea de lo que significa eso.

Saba enseñó los dientes como agujas y siseó satisfecha.

—Ezo significa que cree que nos tiene cogidos —bajó de la torreta y empujó a Danni de vuelta al asiento del artillero—. Prepara todas las armas. Aminorar y soltar

el bloque a la señal de ésta. Tres, dos...

Danni apenas había conseguido subir a la torreta antes de «ésta». La escotilla de la bodega se abrió de golpe, expulsó dos toneladas cúbicas de duracero, y el bombardero redujo la marcha de golpe, haciendo que se diera de cabeza contra la cúpula de transpariacero.

Se agarró a los gatillos del cañón y se elevó con la Fuerza hasta el asiento del artillero. En el exterior, la esfera solar de la brillobola ya se estaba reduciendo de tamaño, dejando atrás una cola de cometa de proyectiles de magma, bolas de plasma y grutchins.

Un carraspeo de victoria brotó de la cubierta principal del bombardero, donde Saba estaba parada ante el panel de instrumentos, agitando los escamosos hombros mientras veía bailar los gráficos de datos.

—Oh, eso les ha pillado por sorpresa —siseó—. Les ha pillado de lleno.

Una bola de plasma estalló contra los escudos y por el altavoz se oyó la voz de Drif.

—Danni, tenemos a los hostiles detrás. —Perdón.

Giró la torreta para ver a los cazas de los Caballeros Salvajes haciendo un bucle para enfrentarse con media docena de coralitas.

Apretó los gatillos, señalando más que apuntando, y sintió que los cañones láser gemelos cobraban vida. Largas rayas carmesíes mancharon la oscuridad estrellada, obligando a los coralitas a girar y apartarse en su descenso a por el escuadrón.

El bombardeo dio un salto hacia delante y Wonetun anunció: —El crucero quiere acabar con nuestros escudos.

—Escuadrón, en formación con el bombardero a la señal de ésta — dijo Saba—. Cinco...

El bombardero saltó hacia atrás.

—Hemos perdido los escudos —dijo Wonetun.

—¡Dos-uno-ya! —acabó Saba.

El bombardero aceleró. Los cañones de Danni enloquecieron, acertando por pura suerte a un coralita y reduciéndolo a guijarros.

Los Ala-X y Ala-Y giraron hacia atrás para rodear el bombardero, y proteger a la nave más grande con sus escudos.

—Sigue disparando, Danni —urgió Drif—. Tú nos cubres las espaldas.

Danni movió los cañones hacia el bulto más grande del cielo, el análogo a una corbeta que se inclinaba para cortarles el paso, y apretó los gatillos. Sus rayos carmesí fueron directos a su morro, y desaparecieron en un agujero negro. Atacó el casco a plena potencia, atacando y parando, atacando y parando. Los escudos continuaron deteniendo sus ataques, pero la corbeta empezó a quedarse atrás al tener que dedicar sus dovin basal a la protección de la nave.

Danni disparó unos segundos más, hasta que la batalla se acercó demasiado al crucero enemigo y la corbeta y los corralitos abandonaron el combate. Danni giró los cañones hacia delante. La brillobola estaba a sólo doscientos metros de distancia, tan grande como un cometa de clase tres, y el crucero yuuzhan vong llenaba el espacio que había más allá, como una silueta desigual tan grande como algunas lunas, escupiendo plasma y magma contra la brillobola.

La esfera dorada fue reduciéndose a medida que los escudos de la nave dirigían contra ella una de sus singularidades.

—Preparad proyectiles y torpedos. En abanico —ordenó Saba—. Ezperad... ezperad...

La brillobola se distorsionó y desapareció con un parpadeo, e Izal se desplomó exhausto sobre la cubierta. El crucero yuuzhan vong se sumió en una ominosa oscuridad mientras sus artillerías luchaban por recalibrar sus armas. Los Caballeros Salvajes lanzaron una segunda, y una tercera, andanada de proyectiles de impacto y de torpedos de protones, y, de pronto, la nebulosa que había delante se llenó de rastros en espiral de iones y ondulantes rastros de plasma.

—Ozcurece el tintado de las ventanillas —Saba usó la Fuerza para levantar a Izal hasta un asiento, y luego se volvió para ponerle la red de seguridad—. Preparados para el impacto.

—¿El impacto? —gritó Danni, cogiéndose a la red de seguridad—. ¿Vas a embestirlo?

—¿Embestirlo? —Saba explotó en un ataque de risas y hasta Wonetun temblaba de risa—. ¡Qué loca estás, Danni Quee!

Entonces Danni recordó el bloque, el bloque que los yuuzhan vong no podían haber visto al capturar la brillobola, las dos toneladas de duracero aceleradas a un porcentaje no pequeño de la velocidad de la luz. La energía del impacto equivaldría a la masa multiplicada por la velocidad al cuadrado, dividido por...

Danni aún hacía cálculos cuando el espacio se volvió blanco.

Capítulo 16

El coufee cayó y el lugar se llenó del extraño olor de la sangre alienígena y de un gemido ondulante e interminable. Tsavong Lah esperó a que los sacerdotes empezasen su verdadero trabajo, y se apartó de la fosa de las salpicaduras para poder concentrar sus pensamientos en el frustrado intento de asesinato.

—¿No deseas conocer la voluntad de Yun-Yammka? —preguntó Vergere, con un ojo todavía fijo en el aullante esclavo.

—La voluntad del Aniquilador no es ningún misterio. Cómo hacerla realidad... eso es otra cuestión —hizo un gesto hacia los sacerdotes y su sacrificio—. Ellos sirven a su modo, yo al mío.

—¿Dudas de la precisión de los Videntes de Vaecta? —dijo Vergere abriendo su boca en forma de pico de un modo que Tsavong Lah había llegado a reconocer como una sonrisa burlona.

—Sólo los dioses son infalibles —Tsavong Lah miró al foso y sonrió ante lo que sucedía en él—. Los sacerdotes son fieles servidores, pero yo seguiré haciendo mi trabajo mientras no me digan cómo obran los *Jeedai* su magia.

—Das demasiada importancia a esos Jedi.

Vergere miró a la fosa de las salpicaduras y se fijó en el sacrificio que chillaba. La cabeza en forma de T del ithoriano se movió hacia ella, y la miró mientras sus ojos se tornaban vidriosos y distantes. Sus gritos disminuyeron mucho antes de lo que debían, y se sumió en la extraña tranquilidad que a veces se apoderaba de los esclavos hasta en los momentos más angustiosos. Un sacerdote se puso ante el ithoriano e intentó infructuosamente hacerle volver a sentir dolor.

—Lástima por la invasión —el tono de Vergere era el de un niño frustrado—. Los sacerdotes están seguros de que su visión de el a es limitada.

Tsavong Lah la miró para descubrir que tenía las plumas caídas en señal de decepción. A veces le parecía más yuuzhan vong que sus propios guerreros.

—Fue un escuadrón *Jeedai* lo que interceptó la invasión de Arkania — dijo, volviendo a su comentario anterior—. Y sólo eran dos los *Jeedai* que nos obligaron a sacrificar Nueva Plympto.

—Pues destruye los convoys de Talfaglio —dijo Vergere—. Eso los hará salir a la luz.

Tsavong Lah alzó una ceja.

—¿Y sacrificar a Nom Anor?

—No sería tal sacrificio.

Tsavong Lah sonrió débilmente.

—Tienes muchas ambiciones para ser una criatura tan poco pretenciosa.

Vaecta se acercó a su lado de la fosa de las salpicaduras y alzó la mirada. Era una hembra cargada de hombros con un rostro anciano y arrugado, que no se inclinó ante Tsavong Lah ni cruzó los brazos salpicados de sangre a modo de saludo. Durante un ritual, la sacerdotisa sólo respondía ante el señor Shimrra en persona y moriría encantada antes que mostrar deferencia ante cualquier otro.

—El silencio del esclavo no complacerá al Aniquilador. No deberías continuar con el ataque.

Tsavong Lah apartó la mirada de ella.

—La decisión es mía.

—El señor Shimrra ha dejado eso claro —admitió ella—. También se me ha dicho que el señor Shimrra también dejó claro que deberías tener en cuenta la voluntad de los dioses en todo.

Tsavong Lah siguió sin mirarla.

—Pero la decisión es mía.

Vaecta no lo contradijo.

—Bien —TSavong Lah volvió a mirar a la sacerdotisa—. Pedirás a Yun-Yammka que castigue a los comandantes que permitieron que el escuadrón *Jeedai* se escapara. Ordenaré a sus sustitutos que hagan un ataque poco entusiasta al planeta y luego se retiren.

—Si provocas a Yun-Yammka, querrá vidas a cambio —avisó Vaecta—. Muchas vidas.

—Por supuesto —aunque Tsavong Lah estaba seguro de que el dios de la guerra comprendía el valor de un buen falso ataque, era mejor asegurarse con esas cosas—. Tendrá ocho mil.

—Veinte mil sería mejor —replicó Vaecta.

—Que sean veinte.

Tsavong Lah dio media vuelta y dejó la sala, ajustando ya sus planes para tener en cuenta el ritual. Los sacrificios extra requerirían una escolta extra en vez de una sola nave, causando tensiones innecesarias en una logística que ya abarcaba demasiado.

Vergere caminó a su lado.

—¿Por qué aceptas eso de Vaecta? Ni siquiera con refuerzos podría la Nueva República conservar Arkania. Captúrala y déjala en ridículo.

Tsavong Lah giró sobre sus talones para enfrentarse a ella.

—¿Cuestionas mi decisión? —alzó un pie como si fuera a darle una patada—. ¿Crees que sabes mejor que yo cómo se gana una batal a?

Vergere miró con desdén la pierna, erizó las plumas y se acercó más a él.

—Si tienes una idea mejor que esa sólo tienes que decirla. Tsavong Lah hizo todo lo que pudo para no estallar en carcajadas.

—¿Contigo aquí? Creo que no —los comandantes supremos y los prefectos

temblaban en cuanto le veían fruncir el ceño, pero Vergere, este pajarito feo, ignoraba su furia como si no fuera nada—. A ti debo vigilarte. Aunque sólo sea porque me divierte.

Capítulo 17

Lando dejó que la sudorosa palma de su mano reposara en la pernera del pantalón y se pasó el datapad a la mano algo más seca para enseñarle la pantala al subalterno de la partida yuuzhan vong que había subido a bordo. La imagen mostraba a diecisiete jóvenes Cabal eros Jedi amontonados en una mesa del comedor del *Dama Fortuna*. Ninguno de los Jedi estaba comiendo pese a tener los cuencos llenos de thakitillo verde, pues Lando había pedido al chef que en este viaje sólo se sirviera de lo mejor. La mayoría ni había cogido los cubiertos.

—Parecen preocupados —dijo el subalterno. Un guerrero de aspecto brutal con un flequillo de largo pelo negro que miraba al datapad a un brazo de distancia, como si no se profanase al mantenerlo apartado—. ¿Seguro que no saben que estamos aquí?

—Son Jedi —contestó Lando, fingiendo irritación ante una pregunta estúpida—. Desde luego podrían sentir las aprensiones de mi tripulación, pero no diré que sepa lo que pasa por su mente. Sólo puedo decir que he tenido los miradores cerrados durante todo el viaje.

Al cabo de un momento, el subalterno asintió para sí mismo y se volvió hacia el superior desarmado, pero muy acorazado, que esperaba ante la escotilla del *Dama Fortuna*.

—*Eia dag* sables láser, *Duman Yaght*. *Yenagh doa Jeedai*.

El superior dio un paso fuera del túnel de trasbordo de bordes rojos.

Era algo más bajo que sus subordinados, y se había esculpido la cara para que pareciera un enrejado de cicatrices verticales. Al igual que el subalterno de la nave de abordaje, llevaba dos villip en los hombros, en vez de uno como era habitual. Se detuvo ante Lando y esperó expectante.

—Este es Fitzgibbon Lañe, dueño del Sueño Estelar —dijo el subalterno, dando los nombres falsos con que viajaba Lando—. Es quien envió el mensaje.

Lando miró al subalterno y esperó a que le presentara a su jefe.

Cuando el guerrero se sintió incómodo y bajó la mirada, Lando clavó los ojos en el superior y siguió esperando. Por nervioso que estuviera por este trueque concreto, sabía que no debía iniciar negociaciones si no era en calidad de iguales.

—Soy *Duman Yaght*, comandante del *Muerte Exquisita* —dijo el superior al cabo de un momento—. ¿Tienes *Jeedai* para mí?

—Para vuestro Maestro Bélico —le corrigió Lando. Interpretó la presencia del comandante como indicio de impaciencia y le alargó el datapad para enseñarle el cebo—. De hecho, tengo diecisiete.

El subalterno lanzó un bufido y alargó la mano para apartar el profano

instrumento, pero el comandante alzó una mano.

—No. Debo verlo por mí mismo.

Duman Yaght miró por la videopantalla, donde Anakin y algún otro comía thakitillo con desgana. El grupo de asalto no había sido avisado del abordaje, en parte porque Lando quería que sus reacciones parecieran reales, y en parte porque los yuuzhan vong habían llegado muy pronto. El *Dama Fortuna* había estado flotando junto a un cometa que salía del sistema, a la espera de que el ordenador trazara la última etapa del viaje, cuando la lanzadora de abordaje apareció por la cola.

Había ido directamente al portal de ataque, un túnel de trasbordo agusanado que ya estaba extendido.

Apenas hubo tiempo de alertar a Tendrá antes de que la alarma del puente anunciara el contacto con la esclusa de aire. Lando autorizó igualar las presiones y corrió a la parte de atrás para encontrarse con el subalterno abriendo ya la esclusa externa. Una mirada al datapad le dijo que un coralita del tamaño de una corbeta había aparecido desde el otro lado del cometa para cubrir la aproximación de la lanzadera, y Lando se dio cuenta de que la nave ya estaba a la espera cuando él entró en el sistema. Se sintió casi idiota, hasta que se dio cuenta de que esa hábil maniobra delataba la impaciencia del comandante yuuzhan vong.

—¿Satisfecho? —preguntó Lando—. Les pediría que levitasen pero eso podría descubrirnos.

—No será necesario. Ya hemos confirmado su naturaleza.

—¿De verdad? —a Lando no le gustó cómo sonaba eso, pero sabía que no debía pedir detalles—. Si los quieres, haz que dejen pasar a los rehenes de Talfaglio.

—Si los quiero, los cojo —dijo *Duman Yaght*.

Lando alzó el datapad y presionó un botón.

—Los dos sabemos lo que pueden hacer diecisiete Jedi avisados. No haga que deje de apretar este botón.

El comandante se acercó más a él.

—¿Crees que eso me importa?

—Claro que no —Lando sonrió con más confianza de la que sentía—. Hasta una roca espacial como el *Muerte Exquisita* podría destruir esta barcaza en tres segundos. ¿Y a que sería una pena? No habría sacrificios para Yun-Yammka, ni más entregas de Jedi a vuestro Maestro Bélico.

—¿Más entregas de *Jeedai*? —el azul de los ojos de *Duman Yaght* se tornó más brillante—. ¿Puedes traer más?

—Sólo si se salva Talfaglio. No hago esto porque me caigáis bien — dijo Lando—. Si habéis sabido interceptarme aquí, también sabéis quien soy. Sabéis que puedo hacerlo.

Duman Yaght bajó la barbilla en un vago asentimiento.

—Oí tu mensaje, sí.

En el mensaje que Lando había enviado a lo que el Escuadrón Espectro había identificado como un puesto de escucha yuuzhan vong, dijo ser un nativo de Talfaglio que trabajaba en la organización Jedi de rescate Gran Río. Había proporcionado suficientes detalles de operaciones anteriores como para parecer un piloto de bajo nivel, desbarrando a continuación durante varios minutos sobre que los Jedi lo habían traicionado al permitir la destrucción de Talfaglio. Había acabado por dar una hora y un lugar y prometiendo una buena recompensa a cualquier que se encontrara con él.

Los ojos de Duman permanecieron fijos en el datapad, donde los Jedi empezaban a discutir en voz baja sobre algo.

—Debes saber que no puedo prometer nada en nombre del Maestro Bélico.

—Entonces ve a consultar con una autoridad más alta y nos vemos en el lugar acordado para la cita —dijo Lando. El siguiente paso debían darlo los yuuzhan vong; la presa tenía que creer que llevaba la voz cantante—. No pienso entregarlos hasta que no tenga su promesa.

El yuuzhan vong lo meditó un momento.

—No tendrás que ir tan lejos —golpeó la imagen de video con una uña ennegrecida—. Tus *Jeedai* están nerviosos. Deja que me los lleve ahora, y luego veremos qué pasa. Seguro que el Maestro Bélico estará interesado, eso te lo puedo prometer.

—No lo sé —dijo Lando, agitando el anzuelo—. No sé cómo vais a poder manejar a tantos Jedi a bordo de esa roquita.

—No te incumbe cómo controlamos a los esclavos —dijo *Duman Yaght*.

—Me incumbirá cuando escapen y me den caza —dijo Lando.

—No escapan. Puedes estar seguro de eso.

—Sí, claro —se burló Lando. Ahora que la presa le presionaba, podía permitirse correr algún riesgo, y quería saber cómo es que *Duman Yaght* había podido confirmar tan deprisa que llevaba a los Jedi—. Igual es mejor que los lleve al lugar acordado.

—Eso no lo decides tú —el tono de voz de *Duman Yaght* se mantenía tranquilo—. Puedes entregármelos y saber que llegarán hasta el Maestro Bélico, al que quizá le impresione o no tu muestra de fe lo bastante como para perdonar a los refugiados de Talfaglio. O puedes terminar de apretar ese botón y estar seguro de que, cuando muramos, un millón de compatriotas tuyos morirá con nosotros.

Lando bajó la mirada y se frotó el labio, sin necesidad de fingir que estaba pensativo. Le preocupaba la confianza que tenía *Duman Yaght* en su habilidad para controlar a los Jedi, pero no se atrevía a presionar más en busca de información. Podía apartar el dedo del datapad y dar la alarma de anulación; lo más seguro era que muriera, pero habían previsto una emergencia así. La escotilla interior de la cubierta de trasbordo se sellaría automáticamente y las cargas de detonita ocultas en la

escotilla externa de la esclusa explotarían hacia la lanzadera de trasbordo. *Duman Yaght* y sus hombres se verían expulsados al espacio, y el *Dama Fortuna* rodearía el cometa y saltaría al hiperespacio antes de que en el *Muerte Exquisita* se dieran cuenta de lo que pasaba. Pero entonces habrían fracasado en su misión, y más Jedi estarían condenados... ¿y todo por qué? ¿Por que Lando tenía una sensación incómoda por algo que había dicho Duman Yaaght. Meneó la cabeza resignado.

—Ya que lo pones así —dijo Lando. No le correspondía abortar la misión, no habiendo tanto en juego, ni siquiera estando en juego los hijos de su mejor amigo—. Pero no soy idiota. Sé cómo funciona esto.

—Bien —dijo *Duman Yaght*—. Entonces también sabrás que la vida de tus compatriotas depende de ti. Te daré un villip para que puedas contactar conmigo cuando tengas lista la siguiente entrega.

La única respuesta de Lando fue un suspiro de disgusto.

—No hay necesidad de hacer ruidos groseros —*Duman Yaght* cogió a Lando por la parte de atrás del cuello en un gesto que podía ser de dominación o de amistad, o de ambas cosas—. Esto saldrá bien para los dos.

El yuuzhan vong hizo una seña a su subalterno y a su partida para que avanzara, pero Lando les bloqueó enseguida el paso.

—No, lo tengo todo planeado —dijo—. Es mi nave y será a mi modo, o ya puedes ir ordenando a los cañones volcán que se preparen.

El subalterno frunció el ceño pero miró a su comandante esperando órdenes.

—Como él desee —dijo *Duman Yaght* sonriendo—. Es su nave, será a su modo.

Jacen sólo había sentido una única perturbación en la Fuerza, pero todos los demás lo habían percibido también, y ahora había desaparecido. Se llevó otra cucharada de thakitillo verde a la boca, pero apenas saboreo el picante de los grumos. Habría reconocido el estallido de ansia incluso sin la brusca palidez de Alema y la agitación de su lekku. Cilghal teorizaba que la perturbación inicial provenía de los voxyn cuando buscaban su presa en la Fuerza, pero Jacen se preguntaba si no sería algo más sencillo. Lo había percibido más como cruda excitación animal.

Era una sensación sorprendentemente parecida a la que habían sentido los demás. En el instante que sintieron a los voxyn, abrieron unos a otros sus emociones y en Ganner, Zekk, los barabeles, Eryl Besa, y hasta en Raynar, pudo sentir impaciencia por destruir a la criatura. En cambio otros, como Tahiri, Lowbacca, Tekli y Ulaha estaban sorprendidos por lo deprisa que pasaban las cosas. Alema Rar estaba aterrada, más de sí misma que de la criatura. Tenel Ka estaba decidida, Anakin concentrado y preocupado por todos los demás, Jovan Drark impaciente por empezar el juego. Todo era un juego para los rodianos.

Sólo Jaina, cuyos sentimientos podía percibir siempre a través de su enlace como

gemelos, parecía en calma. Fuera lo que fuera lo que pasara, se les avisara o no, con voxyn o sin ellos, podrían enfrentarse a ello, o no. Habían entregado su destino a la Fuerza, y ya no tenían más remedio que confiar en que los llevase a buen término. Era una extraña actitud nacida del combate, la muerte y el sufrimiento, de la hosca serenidad del soldado, que era tan causa como víctima del cataclismo que lo devora todo.

Jacen se llevó a la boca otra cucharada de thakitillo. Podía sentir el miedo de la tripulación fuera de la zona del comedor, la aprensión de Lando por algo que desconocía, la culpa de Tendrá al acercarse a la puerta de la sala. Se llevó la lengua al paladar y aplastó los grumos y saboreó la picante explosión cuando se disgregaron.

La puerta del pasillo se abrió con un siseo. Yarsroot, cocinero ho'din de la nave, entró en el comedor con su ayudante humano, los dos llevando pistolas láser ocultas a la espalda. Era la señal para dar inicio al plan principal. Jacen llegó hasta los demás Jedi, encontrando una conexión emocional que iba más allá de lo que les habían enseñado los barabeles, fusionándose con los demás hasta que le pareció que él era ellos, y ellos eran él. Como coordinador de la fusión, hasta cierto punto confiaba su cuerpo a los demás; habían descubierto que, a veces, podía verse tan abrumado por las sensaciones y sentimientos de los demás que se olvidaba de sí mismo.

La alta esposa de Lando entró en el comedor desde la cabina principal, acunandoun láser G-9 en los brazos. Zekk y Jovan se apartaron al instante de la mesa y se llevaron la mano a los sables láser. Tendr disparó una lluvia de aturdidores rayos azules, lanzando contra la pared a los dos Jedi y a la pelirroja Eryl, tal y como estaba planeado. Lowbacca y Krasov intentaron levantarse y fueron derribados por disparos aturdidores de Yarsroot y su ayudante, también según lo planeado.

Jacen sintió el impacto de cada disparo a través de la fusión de combate, y gimió y se habría caído de la silla de no haberlo sujetado Tenel Ka.

Esto no era parte del plan.

Tendrá pasó su arma láser a automático-letal.

—Si alguien más se mueve, o mira en mi dirección, moriréis todos — clavó los ojos en Ganner, dando fuerza al papel que interpretaba de líder señuelo—. ¿Esta claro?

—Como el transpariacero —Ganner mantuvo la mirada fija en el centro de la mesa—. Haced lo que ella diga.

—Bien —Tendrá hizo un gesto para que entraran en la sala los dos tripulantes que tenía detrás—. Y ahora no os mováis y nadie saldrá herido.

Los dos miembros de la tripulación empezaron a moverse alrededor de la mesa, cogiendo los sables láser del grupo de asalto y arrojándolos al tubo de desechos de comida, junto con Eme Tedé, el protestón droide traductor de Lowbacca. Jacen percibió un momento de pánico en Anakin y se dieron cuenta de que se habían topado

con el primer problema. El tubo de deshechos todavía daba al sumidero, en vez de a la cápsula con sus armas; pensaban hacer el cambio después de la comida de la noche. Jacen buscó en Jaina y desplazó a Anakin parte de la serenidad de ésta. Ya nada podía hacerse.

Sigamos a la Fuerza.

—¿A qué viene esto, Tendrá? —preguntó Ganner. No estaba en el guión, pero Jacen sintió que Ganner sabía qué era lo que faltaba.

Ganner siempre lo sabía—. ¿Tan malos huéspedes hemos sido?

—Habéis sido muy buenos —replicó Tendrá—. Pero a Fitzgibbon no le gustan los cobardes.

Jacen ni sintió cómo el ayudante de Yarsroot le cogía el sable láser: sólo vio como caía por el tubo con los demás.

—¿Cobardes? —preguntó Ganner—. ¿Y qué eres tú?

—Soy de Talfaglio —se limitó a decir Tendrá. Al ser originaria de la cercana Sacorria, no necesitaba esforzarse para parecer enfadada—. Y ahora cierra ese hangar para moscas que tienes por boca y arriba.

Hay alguien que quiere veros, a todos.

Volvían al guión. Jacen sintió que se levantaba y se volvía hacia la puerta, seguido de cerca por Tenel Ka. Sería su vigilante, el brazo fuerte que los llevaría a los dos. Tendra se apartó e hizo que el grupo de asalto cruzara la puerta, para recorrer el pasillo pasando ante los camarotes de invitados y subir tres tramos de escalera hasta la cubierta de trasbordo. Estarían muy apretados entre la esclusa de aire, las cápsulas de evacuación y quién sabe cuántos yuuzhan vong.

¿Estaría allí el voxyn? Seguramente no - nadie podía sentirlo todavía.

Alema empezó a temblar, pero no asustada de los yuuzhan vong, a los que había matado a docenas con sus propias manos y eludido a centenares más, sino de sí misma. No esperaba encontrarse con un voxyn en la nave de tránsito. ¿Podría enfrentarse a uno sabiendo lo que le habían hecho a su hermana?

Jacen le transmitió los sentimientos de Raynar, que se consolaba pensando que la twi'leko había hecho eso mismo muchas veces antes. Ya se había enfrentado antes a los yuuzhan vong en Nueva Plympto, y les sacaría de eso. El lekku de Alema dejó de temblar y Jacen siguió a los Jedi inconscientes, que eran levitados por cinco de sus compañeros, y pasaron ante los aposentos de Lando.

Una puerta se abrió tras Tenel Ka, y algo romo la golpeó entre los omoplatos. Jacen se dejó caer de rodillas y empezó a desmayarse, dándose cuenta entonces de que lo que sentía era el cuerpo de Tenel Ka y avisó a los otros, recurriendo a sus propias fuerzas para mantener conscientes a los dos. Para cuando se le despejó la visión, los yuuzhan vong llenaban el pasillo.

El que iba delante era Ganner y se lanzó a por Lando.

—Hipócrita traicionero...

El borde romo de un anfibastón cogió al alto Jedi por la nuca, sumiéndolo en un abismo negro antes de que Jacen pudiera recurrir a los demás para mantenerlo consciente. No estaba en el guión, pero seguramente era para bien.

Punto treinta: la tripulación se aparta. Tendrá y Yarsroot se retiraron al interior de la nave, dejando el grupo de asalto en manos de los yuuZhan vong. En la cubierta de trasbordo sólo había seis guardias con Lando. Los demás estaban en el pasillo de acceso que había tras Anakin, flanqueando la larga hilera de Jedi. Tesar Sebatyne, segundo en la fila, dudó al llegar a la cubierta de trasbordo y miró la forma inconsciente de Ganner.

Un guerrero yuuzhan vong, muy alto con un flequillo de pelo negro agarró al barabel y lo empujó hacia dentro. —Adelante, ¡todos!

Anakin contuvo una sonrisa y pasó sobre el cuerpo inconsciente de Ganner. Tesar había interpretado su papel a la perfección, obligando al yuuzhan vong a ordenar al grupo de asalto a hacer justo lo que quería. Anakin siguió al barabel hasta el otro extremo de la cubierta y se situó ante el armario de las armas. Tahiri y los demás Jedi se amontonaron detrás de él, lo bastante como para dejar sitio a todo el equipo, y poco más.

Hasta ese momento, todo iba más o menos según lo previsto. Los sables láser habían ido a parar al sumidero, pero Tendrá y Yarsroot habían tomado «precauciones» extra durante la entrega para que a los droides bélicos les diera tiempo para recuperar las armas. Anakin sentía que la confianza del equipo aumentaba con cada éxito. El lazo empático fortalecía la resolución de todos y los ataba a un fin común, como dijeron los barabeles que pasaría, y Jacen lo mantenía en contacto con el grupo. Anakin sintió que la firmeza de Alema Rar aumentaba y había compartido la *Sorpresa* de Tenel Ka cuando la golpearon por detrás, y ahora percibía cómo se despertaba la mente de Lowie. Apenas había empezado a preocuparse por el impacto que causaría un wookiee aturdido en el plan cuando sintió que Jacen acudía a él para tranquilizarlo en su despertar. Esto iba a salir de miedo.

Una vez la tripulación desapareció de la vista, Lando se volvió hacia la cara cortada de un yuuzhan vong para señalarle una caja de plastifibra situada ante la cápsula de evacuación del *Dama Fortuna*.

—¿Quizá el comandante del *Muerte Exquisita* me permita hacerle un pequeño obsequio?

Era una sutil variante del punto treinta y uno, pero bastante útil.

Nadie esperaba que el comandante de la nave de trasbordo supervisara personalmente la entrega. Estaban ante un oficial impaciente.

Cuando el comandante enemigo no puso objeciones, Lando sacó varias esposas aturdidoras de la caja. Anakin expiró aire para calmarse, usando una técnica de

relajación Jedi para que le abandonara la ansiedad.

Lando sostuvo las esposas ante el comandante.

—Es algo para mantener a los prisioneros a raya.

Duman Yaght miró las esposas con desdén.

—¿Qué es esa impiedad?

—Es para las muñecas —Lando abrió una y las enseñó orgulloso—. He pensado en todo.

Duman apartó las esposas de un golpe.

—Tenemos nuestras propias ataduras —miró la forma inconsciente de Ganner, que el grupo de asalto había llevado levitando hasta allí, dejándolo en el centro de la sala con los demás Jedi_ Ataduras que enseñan además de retener.

Punto treinta y dos. El enemigo acepta la oferta. Anakin volvió la palma contra el armero y utilizó la Fuerza para doblar la puerta hacia dentro. Lando y el yuuzhan vong se volvieron hacia el chirrido del duracero al arrugarse. Ulahá cerró la escotilla de acceso a la cubierta de trasbordo, aislando al resto de la partida enemiga en el pasillo de acceso.

Anakin arrancó la puerta y golpeó con ella al yuuzhan vong en la cabeza. Un guerrero salió en defensa de su aturcido comandante, y los demás, al encontrar el espacio demasiado estrecho para usar los anfibastones, recurrieron a los coufees. El grupo de asalto contraatacó en un borrón de patadas y puñetazos, aprovechando la fusión mental de combate para mantener al enemigo demasiado ocupado esquivando y bloqueando golpes como para llegar a sacar un arma.

Anakin usó la Fuerza para arrancar las pistolas láser de sus monturas en el armero y las hizo volar a través de la sala hasta las manos de los Jedi. Desde el otro lado de la puerta cerrada les llegaban los gritos ahogados y golpes metálicos del resto de la partida que intentaba entrar en la plataforma de trasbordo, entonces Tesar se dio media-vuelta golpeando con la cola en los tobillos a *Duman Yaght* y su defensor, derribándolos a ambos. Apuntó la pistola a la cabeza del comandante.

—Dile a tus caracortadas que se vayan —resolló el barabel.

Los ojos de *Duman Yaght* brillaron con rabia, y su guardia, ahora en el suelo detrás de Tesar, buscó el coufee. Anakin empezó a gritar una advertencia, pero Jacen ya había sentido su alarma y la transmitió mediante la fusión de combate. El barabel giró sobre sí mismo y bajó el tacón de la bota, desplegando una larga espina que clavó la mano del guerrero al suelo de duracero.

El tumulto al otro lado de la puerta se silenció de pronto, y Anakin supuso que habían comunicado la situación a los oficiales del *Muerte Exquisita*. Apuntó la pistola al defensor herido de *Duman Yaght* y empezó a contar. Los droides bélicos necesitarían una distracción de al menos treinta segundos para salir de la cápsula de equipamiento por la escotilla de deshechos y sujetarse a la lanzadera enemiga. A

Anakin le habría gustado poder darles un margen de seguridad del doble, pero sesenta segundos parecían una eternidad.

Tesar se tomó su tiempo para liberar la espina del tacón de la mano del guardia y clavó la pistola en la cara de *Duman Yaght*.

—Dile a tus guerreros que bajen las armas —dijo con voz ronca.

El yuuzhan vong sorprendió a Anakin y los demás reaccionando con una sonrisita de admiración.

—Impresionante. La reputación de los *Jeedai* es merecida.

La única respuesta de Tesar fue un siseo. De no ser por la fusión de combate, Anakin habría creído que el barabel estaba confuso, pero a través de Jacen supo que sólo estaba ganando tiempo.

—Ezte quiere rendición, no cumplidos —ladró Tesar dos segundos después.

—Entonces vas a sufrir una decepción. Debes saber que destruiré esta nave con todos los que van a bordo, incluido yo, antes de permitir que escapen diecisiete *Jeedai*.

—Espera un momento —objetó Lando. Dio un paso adelante y la cuenta de Anakin llegó a los ocho—. No hay necesidad de eso.

—¡Silencio! Si sabes algo de los yuuzhan vong, sabrás que no tememos a la muerte —Duman miró a Tesar—. Tienes cinco respiraciones.

Al final pasaba algo que no habían previsto. Desesperado por frustrar la cuenta atrás, Anakin dio un paso adelante y, de una patada, le quitó al comandante el villip del hombro y lo aplastó con el pie.

—Eso no te salvará. Tengo un villip personal en el puente de mi nave, transmitiendo todas las palabras que digo —volvió a mirar a Tesar—. Tres respiraciones.

Aunque apenas habían pasado diez segundos según el conteo de Anakin, sabía que no debía desafiar la palabra del comandante. Al haber proclamado que estaba dispuesto a morir ahora era una cuestión de honor llegar hasta el final. Vio como el pecho de *Duman Yaght* se alzaba y bajaba dos veces más.

Lando también debía haber estado atento, porque tras la segunda respiración, lanzó un sonoro bufido.

—Nadie va a destruir mi nave —cruzó la cubierta de trasbordo hasta la puerta—. No cuando no hay motivo para ello.

Alema Rar le bloqueó el paso y le apuntó a la cara con el láser y apretó el gatil o cuando éste siguió moviéndose. Se oyó el sonoro chasquido al dispararse el seguro del arma, el a lanzó un grito y dejó caer la humeante pistola.

Lando alejó el arma de una patada.

—¿Lo ves? He pensado en todo —le quitó a Raynar la pistola de la mano, soltó el cargador, invirtió la batería, ajustó el dial de descarga y tumbó a Tesar con un disparo

aturdidor—. Baterías invertidas, es una precaución estándar de seguridad, al menos cuando uno piensa traicionar a los Jedi.

Anakin y los demás soltaron los cargadores, pero ni siquiera los Jedi eran tan rápidos. El protector de *Duman Yaght* atrapó a Anakin en una presa de tijera con las piernas y lo derribó. Anakin se encontró manteniendo el conteo bajo una lluvia de golpes.

Los demás yuuzhan vong atacaron también, renunciando a usar los coufees y yendo a por las pistolas que sostenían sus enemigos. Hasta *Duman Yaght* se unió a la trifulca, saltando para arrojar a Tahiri contra la escotilla de una cápsula de evacuación. Pistola y batería saltaron en distinta dirección y ella se dejó caer en la cubierta.

El comandante se volvió hacia Lando, y señaló a la puerta de acceso al resto de la nave. . —¡Ábrela!

Lando dio un paso adelante, y su mano buscó la palanca. Según la cuenta de Anakin, ya estaban en los veinticinco segundos. Los dos droides bélicos debían estar en la parte inferior de la lanzadera buscando un lugar al que anclarse. Jacen sintió la preocupación de Anakin, y Ulajia dio un paso para bloquearle el paso, y su mano bith de largos dedos hizo un gesto como si se abriera a la Fuerza.

Jacen fue el primero en gritar. Anakin experimentó un instante de dolor abrasador y creyó que habían herido a su hermano, pero entonces oyó el silbido de Ulaha y la vio caer hacia delante, con el mango de un coufee sobresaliendo de su espalda. El shock golpeó todo el grupo de asalto como un disparo aturdidor. Nadie había visto venir el ataque, y el repentino dolor los había atontado a todos.

Anakin encajó dos fuertes golpes y sintió que los demás también cedían, y entonces empezaron a caer cuerpos.

Al otro lado de la cubierta, Ulaha estaba boca abajo, demasiado dolorida para gritar, arañando el suelo de duracero. Lando estaba parado sobre ella, sus ojos oscuros aturridos por el horror, pero era demasiado buen jugador como para evidenciar algo más. Dobló las rodillas como si fuera a arrancarle el coufee. Entonces se dio cuenta de lo que hacía y pasó sobre la angustiada Jedi y abrió la puerta.

Otro puño cayó sobre Anakin, esta vez atrayendo las neblinosas sombras de la inconsciencia. Perdió la cuenta, pero ya debían estar en treinta, o lo más cercano a treinta que podrían conseguir. El suelo empezó a reverberar con fuertes pisadas, el resto de la partida que entraba en la cubierta de trasbordo. Anakin usó la Fuerza para arrojar una pistola contra la cabeza de su atacante y fue recompensado con otro golpe, y la punta de un coufee le tocó la garganta.

—¡Ya vale, *Jeedai!* —siseó el guerrero—. ¿Entendido?

Anakin no se atrevió ni a asentir.

Duman Yaght ladró una orden. Dos yuuzhan vong levantaron a Ulaha del suelo y

la pasaron por la esclusa, con el coufee sobresaliendo aún de su espalda. Un vacío familiar acudió entonces a Anakin, el mismo que había sentido en Sernpidal cuando se vio obligado a levantar el morro del *Halcón* e irse dejando atrás a Chewie, y un miedo gélido creció en él. Apenas habían establecido contacto y ya tenían un herido. Puede que la misión fuese demasiado para ellos. Puede que todos —Lowie, Tahiri, hasta Jacen y Jaina— acabaran asesinados como Chewbacca. Puede que fuera por su culpa.

Jacen lo buscó, bañándolo suavemente con las emociones de los demás. Sentían miedo, ira, culpa. Anakin no sabía decir quién sentía qué, menos en el caso de Alema Rar, que parecía aliviada. Nadie había muerto todavía, y había conseguido llegar hasta allí sin desmoronarse de terror. Le parecía que las cosas iban muy bien.

La voz de *Duman Yaght* sonaba en algún lugar más allá de los pies de Anakin.

—Debo admitir, Fitzgibbon Lañe, que ahora entiendo porqué destruiste sus sables láser. Si los hubieran llevado encima... Bueno digamos que me alegro de que los hayamos desintegrado.

Una pareja de yuuzhan vong puso a Anakin en pie, y éste vio al comandante al lado de Lando cuando la partida alineó a los Jedi para el trasbordo. Anakin miró fijamente a Lando, preguntándose si habría algún modo de que el persuasivo jugador pudiera mantener a Ulaa a bordo del *Dama Fortuna*.

Lando sorprendió a Anakin mirándole y permitió que su mirada se demorara un momento en él antes de volverse hacia *Duman Yaght*.

—Todo radica en una buena planificación, pero la próxima vez quiero que se me avise. Si los pillamos durante el ciclo de sueño...

—Tendrás tu villip —le interrumpió el yuuzhan vong—. Es todo lo que puedo prometer.

Los guardias empujaron a Anakin por la esclusa. Tropezó en la entrada, pero no dejó de mirar por encima del hombro. Sabía que no había una manera segura de que Lando recuperase a Ulaa, pero siempre había conseguido hacer cosas imposibles. Se había pasado la juventud engañando a los agentes imperiales y traficando con los criminales más peligrosos de la galaxia, y llevaba rescatando a los niños Solo y a sus padres desde hacía más años de los que tenía Anakin. Seguro que Lando Calrissian podría ser más listo que un ambicioso yuuzhan vong.

Lando volvió a encontrarse con la mirada de Anakin. El dolor y el temor asomaron a sus ojos, entonces *Duman Yaght* dijo algo que requería una carcajada y Lando tuvo que darle la espalda.

Capítulo 18

Luke y sus compañeros siguieron un acicalado Booster Terrik hasta un ascensor que ascendía directamente al puente, en vez de utilizar el pasillo sanilimpio que llevaba a la cubierta de desfiles del *Ventura Errante*, donde dos docenas de estudiantes de la Academia esperaban impacientes para poder usar sus habilidades en la Fuerza. El destructor estelar no podía orbitar mucho tiempo Eclipse sin arriesgarse a delatar la localización de la base, así que lo último que quería nadie era dedicar tiempo a ver la HoloRed. Desgraciadamente, acababan de recibir la noticia de que Nom Anor iba a hablar en el Senado sobre los rehenes de Talfaglio, y que el propio Borsk Fey'lya había solicitado la asistencia de Wedge Antilles y Garm Bel Iblis. No había ninguna duda de que iba a pasar algo grave, y que ese algo tendría importantes repercusiones para los Jedi.

Booster los guió por la parte de atrás del puente hasta el centro de comunicaciones de la nave, donde había una mesa de conferencias cubierta de datapads, proyectos científicos e imágenes en plastifino teñido. En ella se encontraban, además de Luke y Booster, Corran y Mirax Horn, Han y Leia, R2-D2 y C-3PO, y Ben revolviéndose enfadado en brazos de Mara. Tionne y Kam Solusar estaban en la cubierta de desfiles con los estudiantes, explicándoles que el Maestro Skywalker estaba impaciente por verlos y que llegaría pronto.

Luke seguía sin saber cómo habían escapado Corran y Mirax de los voxyn en Corellia. Su relato se había visto interrumpido por la noticia de la convocatoria de Nom Anor, pero le dijeron que no había sido nada emocionante, aparte de tener que encontrar el modo de reembolsar discretamente a los Servicios de Transporte Corellianos el importe de un aerotaxi muy corroído.

Ben se iba enfadando más y más a medida que el grupo se reunía alrededor del panel receptor. Normalmente era el más imperturbable de los bebés, pero a veces no había forma de consolarlo. Y rompió a llorar mientras R2-D2 sintonizaba el viejo receptor con la holobanda del Senado. Luke sintió que Mara acudía a él en la Fuerza para calmarlo. Cuando eso no funcionó, él hizo lo mismo. Ben lloró con más fuerza. Mara suspiró sonoramente y se volvió para llevar al bebé a la sala contigua.

Leia la interceptó.

—Dámelo a mí. No necesito ver esto, la verdad. Mara asintió y le entregó a Ben. El niño se calmó casi al instante.

Luke y Mara intercambiaron miradas de sorpresa, los dos algo preocupados por no haber podido consolar a su hijo, pero sabiendo que había algo más en lo que pasaba.

—Estaba pensando en Anakin —dijo Leia, con la mirada fija en la cara de Ben—.

Estaba mirando a Mara y deseando haber tenido más tiempo para abrazarlo cuando tenía esta edad.

Luke sonrió y se volvió hacia el holopanel, donde la cámara hacía un zoom hacia una figura de la Gran Cámara de Convocatorias.

A Viki Shesh le pareció que Nom Anor estaba demasiado seguro de sí mismo. El Ejecutor se mostraba digno y desdeñoso, aunque Fey'lya le había negado el privilegio de presentarse con atuendo de guerrero, atento a los abucheos de los senadores, con su único ojo fijo en el estrado de los consejeros. Vestía una brillante túnica de relucirred viviente, casi tan a prueba de disparos láser como la armadura de cangrejos vonduun, pero mucho más inocua, al menos a ojos de quienes ignoraban el secreto de sus fibras neutralizadoras.

Nom Anor se desplazó hasta el centro de la plataforma del orador y esperó a que hubiera silencio. Viki sabía que la espera podía ser larga. Tras la declaración pública de Fey'lya en apoyo de los Jedi, sus partidarios se conformaban con esperar la señal del bothano para dejar de abuchear. Fey'lya no perdía oportunidad de avasallar a un adversario y no pensaba dar a Nom Anor ocasión de corregir su error.

Se inclinó hacia delante, mirando desde detrás de su consola de Jefe de Estado y habló al micrófono.

—Ha solicitado esta audiencia. —La voz aumentada de Fey'lya reverberó en la cámara, callando a los escandalosos—. ¿Ha venido a explicarnos lo de los rehenes de Talfaglio?

La cuenca del ojo de Nom Anor, ahora vacía, se contrajo.

—En absoluto. Usted entiende perfectamente la situación. Vengo a informarles de que el Maestro Bélico ha ampliado el plazo para la rendición de los Jedi.

La cámara estalló en un rumor de asombro. Viki estaba tan pasmada como los demás, ya que el Maestro Bélico no era de los que ceden ante las vacías amenazas de Fey'lya. Puede que Nom Anor estuviera actuando por su cuenta. Puede que pensara llegar a un acuerdo con los moderados ahora que Fey'lya apoyaba a los Jedi. Había que detener ese plan y cuanto antes, o sería Anor, y no ella, quien sustituiría a Fey'lya cuando atacasen los asesinos de Tsavong Lah. No entendía porqué tardaban tanto en actuar. La mayoría de las oportunidades que les había listado ya quedaban en el pasado y no había tenido noticias de que se le hubiera acercado ni un solo sospechoso.

Viki activó su propio micrófono sin esperar a que se desvaneciera la conmoción.

—¿Cómo explica este repentino ataque de conciencia, señor embajador?

La expresión de Nom Anor siguió siendo de demasiado pagado de sí mismo.

—El Maestro Bélico ha llegado a la conclusión de que a la Nueva República podría resultarle difícil cumplir con esta orden en tan breve plazo. —Hizo una pausa

y se apartó del estrado de los consejeros para mirar directamente a los palcos—. Anoche, un ciudadano preocupado nos entregó diecisiete jóvenes Jedi.

La Sala de Convocatorias estalló en un rugido tal que fue imposible oír el resto de la declaración de Nom Anor. Viqui se desplomó en su asiento, tan aturdida como el resto de la sala, y empezó a preguntarse cómo podía pasar algo así. Ningún cazador de recompensas de la galaxia podría haber capturado diecisiete Jedi como si nada. Incluso dudaba que pudiera hacerlo toda una compañía de cazadores de recompensas.

Fey'lya se vio obligado a oscurecer la sala para restaurar orden, y hasta debió esperar varios minutos para poder harse oír lo bastante como para ordenar al sargento al cargo que droides de seguridad se llevaran a cualquier senador que siguiera gritando. Cuando por fin volvió la luz, el bothano tenía las orejas gachas, y una cresta de pelo erizado en la nuca.

—No le creo —dijo.

Viqui estaba dispuesta a coincidir con él, igual que la mayoría del Senado. Un murmullo creciente amenazó con culminar en otro escándalo, hasta que los droides de seguridad consiguieron controlar el ruido emitiendo severas amenazas acerca del nivel de decibelios. Nom Anor sonrió burlón.

—Tengo una lista —hizo el gesto de consultar una hoja que parecña la piel mudada de una serpiente—. El jefe es Ganner Rhysode. Sus ayudantes parecen ser Tesar Sebathyne y un wookiee llamado Lowbacca.

Un aullido quejoso reverberó desde el palco wookiee, y un droide de seguridad fue lanzado al aire por la bofetada de una garra peluda.

—La Jedi bith Ulaha Kore resultó herida al resistirse a la captura, y reconozco el apellido Solo.

—¿Solo? —jadeó Wedge Antil es. Estaba parado con Garm Bel Iblis detrás del asiento de Fey'lya, por motivos que Viqui no entendía aún—. ¿Tienen un Solo?

La cámara guardó tal silencio que la siguiente pregunta, proveniente del general Bel Iblis, habría llegado a los palcos más altos sin necesidad del micrófono de Fey'lya.

—¿Cuál de ellos? ¿Anakin o los gemelos?

El desdén desapareció del rostro de Nom Anor.

—¿Gemelos? —forzó enseguida una sonrisa, pero a Viqui la expresión, le pareció más enfermiza que burlona—. Tenemos a los tres jóvenes.

Los dos generales se miraron con expresión derrotada, y a Fey'lya se le desplomaron las orejas, pero sólo Viqui apreció el sutil cambio de actitud de Nom Anor. Ella no sabía el significado que podían tener los gemelos para los yuuzhan vong, pero era muy evidente que tenían uno y ello, con algo de ayuda por su parte, haría que Nom Anor pareciera un idiota ante Tsavong Lah por no haberse dado cuenta antes.

Viqi se inclinó hacia delante y le miró como si desafiara su —Jacen y Jaina son gemelos, señor embajador —se echó hacia atrás añadió con una sonrisa desdeñosa—: Lo sabe todo el mundo, Son gemelos, igual que su madre y Luke Skywalker.

El ojo bueno de Nom Anor se entrecerró y la miró con ira evidente.

—No importa lo que sean — se obligó a volver a mirar a Fey'lya—. lo que he venido a decir, lo que el Maestro Bélico desea que diga es que es razonable. Permitirá vivir a los rehenes de Talfaglio mientras la Nueva República continúe entregándole Jedi.

Fey'lya se levantó de su asiento.

—¡Nunca!

Nom Anor lo ignoró y se dirigió a los palcos.

—Una cantidad semejante cada...

Su micrófono enmudeció de repente, impidiendo que se oyeran sus tres últimas palabras. Viqi conectó su micrófono.

—Una cantidad semejante cada diez días estándar. Tenéis derecho a saberlo, lo quiera el Jefe de Estado o no.

Sus palabras tuvieron un efecto inflamatorio instantáneo, provocando una discusión tan acalorada que los droides de seguridad empezaron a expulsar a un puñado de senadores con disparos de aguijón. Fey'lya pulsó un botón de su consola y se levantó, su voz reverberaba ahora tanto desde el sistema general de altavoces como desde las consolas individuales de cada consulado.

—Lo que el Jefe de Estado quiere que sepan todos, le guste o no a la consejera Shesh, es la forma en que los yuuzhan vong llevan su diplomacia.

Mif Rumas, el sargento de seguridad del senado, apareció en un extremo de la cámara, con sus grandes alas de calibop aleteando enloquecidas mientras forcejeaba para mantenerse a la altura de los grandes droides defensivos que solían ocuparse de los conflictos graves en el Senado. Fey'lya miró hacia Viqi el tiempo suficiente como para enseñarle los colmillos y ella supo de pronto que el Jefe seguía vivo no porque Tsavong Lah se hubiera retrasado en ordenar su muerte, sino porque los asesinos habían fracasado, La sangre se le heló en las venas, se levantó despacio y giró para abandonar el estrado de los consejeros.

Fey'lya tocó su tablero de control, y su voz se oyó en la consola de ella.

—¿Va a alguna parte, Consejera?

Viqi alzó la barbilla y le miró a los ojos violeta con toda la firmeza de que era capaz.

—Tengo una necesidad personal.

—Quédese —dijo él, sonriendo con maldad—. Esto no llevará mucho tiempo y le aseguro que lo encontrará... revelador.

Ante la perspectiva de ser sometida públicamente por los droides de protección de

Lumas o mantener una pretensión mínimamente plausible de inocencia, volvió a su asiento e intentó simular que no notaba la pensativa mirada que le dirigían los dos generales.

—Confío en que será rápido.

—Por supuesto. Lo más seguro siempre es una muerte rápida — Fey'lya tocó un botón, volviendo a conectar su micrófono con el sistema general de altavoces, y se volvió hacia Nom Anor—. Hace poco, un equipo de infiltrados yuuzhan vong atentó contra mi vida.

Un murmullo medio dubitativo llenó la cámara y Viki notó tales nauseas en el estómago que temió que su «necesidad personal» pronto se volvería auténtica.

Fey'lya alzó las manos.

—Hay quienes considerarán esto un truco cínico para obtener apoyos políticos, pero les aseguro que no es el caso —miró a Nom Anor, que por fin había visto a los droides y el calibop acercándose a él—. Mi único deseo es asegurarme de que los moderados aquí presentes entiendan a quién se enfrentan. Con este fin he hecho venir a dos hombres que darán fe de este ataque, dos generales cuya honestidad está más allá de todo reproche y que, como muchos sabrán, no me guardan especial cariño.

Hizo un gesto a los generales para que avanzaran, y Wedge Antilles se inclinó hacia el micrófono.

—Fue un ataque bien planeado.

Le siguió el general Bel Iblis.

—Desgraciadamente, tuvo lugar durante una actividad clasificada y los detalles deben permanecer en secreto, pero sucedió tal como dice el jefe Fey'lya. Que no se dude de esto.

El murmullo dubitativo asumió un tono ultrajado y el estómago de Viki rugió con tal fuerza que su micrófono captó el sonido. Fey'lya se volvió expectante hacia ella.

—¿Senadora Shesh? —preguntó—. ¿Tiene algo que decir?

Viki le lanzó vibrocuchillas con los ojos. Buscó a los droides de protección y los encontró flotando junto a Nom Anor a menos de cinco metros de él; sólo el saber con toda seguridad que la dejarían inconsciente antes de poder disparar le impidió usar la pistola que llevaba escondida.

—¿Qué quiere que diga, Borsk? ¿Que lo siento?

Fey'lya sonrió triunfante.

—No es necesaria ninguna disculpa, senadora. Usted sólo intentaba salvar a Kuat —miró hacia Nom Anor—. Siempre que ahora vea cuál fue su error.

—¿Mi error? —exclamó Viki, empezando a darse cuenta de que su secreto seguía siendo secreto.

Puede que su contacto hubiera muerto en el ataque, o que los infiltrados yuuzhan vong pudieran resistir hasta las modernas técnicas de interrogatorio. No importaba.

Fey'lya creía que había derrotado su desafío, su desafío político. Sólo la quería de vuelta en su seno y consolidar su apoyo, sin tener ni idea de a qué estaban jugando realmente. Ninguna idea.

Viqi sonrió e inclinó la cabeza.

—Veo mi error —se volvió para mirar a Nom Anor—. No se puede confiar en los yuuzhan vong.

—Oh, cielos —dijo C-3PO a nadie concreto—. ¿Han notado el interés que mostró Nom Anor cuando descubrió que Jacen y Jaina eran gemelos?

Ni Luke ni nadie contestó al droide, al tener la atención fija en el holopanel, donde Borsk Fey'lya informaba alegremente a Nom Anor de su arresto. A Luke le preocupó que el yuuzhan vong no se molestara en probar su inocencia. Se limitó a mirar al bothano como si los dos conocieran la verdad.

—Por supuesto, es imposible saber cuál es el significado que tienen los gemelos para los yuuzhan vong —continuó diciendo C-3PO—. Pero en aproximadamente el noventa y ocho coma siete por ciento de las culturas de nuestra galaxia representan la naturaleza dual del universo: el bien y el mal, la luz y la oscuridad, lo masculino y lo femenino. Cuando los gemelos están en armonía hay equilibrio en el universo...

En el holograma, Mif Kumas aleteaba llevando unas esposas aturdidoras, con sus tres droides de protección dispuestos en triángulo alrededor del yuuzhan vong. Para *Sorpresa* de Luke éste alargó las manos y juntó las muñecas, cogiéndose luego el meñique y rompiéndolo. Un hilacho de negro vapor brotó de la base envolviendo a Nom Anor y Mif Kumas en una nube de miasma espesa como la tinta.

Eso parecía fuera de los parámetros de programación de los droides, ya que no abrieron fuego hasta que el yuuzhan vong no hundió el muñón del dedo en la sorprendida cara del calibop. Luke vio cómo los primeros disparos alcanzaban la brillante túnica de Nom Anor y eran absorbidos sin hacerle daño, y las dos figuras desaparecieron dentro de la nube de neblina en expansión.

C-3PO seguía hablando sin prestar atención a lo que pasaba en el holograma: —Pero sea cual sea el significado que tienen los gemelos para nuestros enemigos, me temo que eso sólo hará que estén más alertas, tal y como sugiere la reacción de Nom Anor...

—¡Trespeó! —ladró Leia, volviendo a la sala todavía con Ben en brazos.

—¿Sí, Ama Leia?

—Silenciate antes de que decida que necesitas un borrado de memoria.

—¿Un borrado de memoria? —repitió el droide—. ¿Por qué iba a necesitar yo un borrado de memoria? R2-D2 silbó una sugerencia.

—Pues no quería alarmar a la Ama Leia —objetó C-3PO—. Sólo pensaba que...

Han metió la mano tras la cabeza del droide y pulsó el anulador principal de

circuitos.

—Gracias —dijo Luke, aunque sabía que Han lo había calado tanto por Leia como por sí mismo.

La escena del holograma era confusa, oscura, y cada vez lo era más.

La nube de Nom Anor llenó rápidamente la imagen de la holocámara y los droides protectores dejaron de disparar al perder contacto con su objetivo. El operador de la cámara retrocedió buscando un plano general de la sala, pero el humo negro continuó expandiéndose, e incluso esa imagen se vio oscurecida por unos segundos. El audio era todo gritos de pánico y sonido de toses y tronar de pasos corriendo.

Hubo un momento de estática mientras se activaban los sistemas de ventilación y los de antiincendio, y la imagen empezó a aclararse.

Cuando las escaleras y los palcos volvieron a ser visibles, por todas partes se veían cuerpos caídos en las escaleras, derrumbados sobre consolas, tirados sobre rampas comunicadoras.

—¡Hijos de Sith! —exclamó Corran—. Ha acabado con el Senado.

—Lo ha dejado inconsciente —corrigió Luke. Seguía intentando descifrar la extraña reacción de Nom Anor ante la acusación de Fey'lya. Sabía que el atentado contra el Jefe de Estado era auténtico, porque tanto Han como Leia habían estado presentes cuando tuvo lugar. Pero el yuuzhan vong había reaccionado como si fuera una ficción política—. No quiere matar al Senado. Esa clase de afrenta uniría a toda la Nueva República, y hasta ahora sólo han intentado dividirla.

Cuando la cámara hizo un zoom al suelo de la sala fue evidente que Luke tenía razón. Los cuerpos empezaban a moverse incluso allí donde el humo de la nube había sido más espeso, y las doloridas gargantas jadeaban en busca de aire. Las alas de Kumas volvieron a aletear, mientras Fey'lya y los demás consejeros se levantaban trabajosamente para teclear en sus consolas, ladrando órdenes que sólo tenían sentido en sus mentes confusas.

Los tres droides protectores yacían inertes en el suelo, el último envuelto en la túnica aún reluciente que llevaba Nom Anor. Del yuuzhan vong no había ni rastro.

—Se ha ido como si nada —observó Han—. Seguro que llevaba una de esas cosas enmascaradoras.

—Igual lo captura la seguridad de palacio. —Leia se volvió hacia Corran, que como exmiembro de la Seguridad Coreliana, tenía más experiencia que los demás en esos asuntos—. ¿Tú qué crees?

En vez de responder, Corran se limitó a mirarla a ella y a Han con una expresión de tristeza infinita. Abrió los brazos y rodeó la mesa, seguido de cerca por Mirax.

—Han, Leia... Lo siento mucho.

—Quieto ahí, amigo —Han retrocedió alzando una mano para evitar el abrazo del

antiguo oficial de SelCor, que unas décadas antes podría haberle dado caza en vez de ofrecerle consuelo—. Hay algo que debéis saber.

Corran se detuvo, confuso y dolorido a partes iguales. Luke lanzó una carcajada.

—Corran, hay un motivo para que pidiera a los Jedi que se reunieran aquí —miró en dirección a Booster, y añadió—. Pero esto tiene que mantenerse en secreto, muy en secreto.

Booster abrió los brazos y miró a su alrededor.

—¿A quién voy a decírselo?

Luke explicó lo que estaban haciendo Anakin y el grupo de asalto y que Eclipse estaba reuniendo un grupo de Jedi para defender a los rehenes de Talfaglio.

—¿Recuerdas lo que le dijiste a jacen tras la caída de Ithor, que si llegaba un momento en que la gente quisiera el regreso del hombre que mató a Ithor...?

—Maestro, entonces yo estaba algo... decepcionado —dijo Corran—. No quería parecer amargado.

—Y no lo pareciste —le aseguró Luke—. Pero, Corran, ese momento ha llegado ya. La invasión está descontrolada, y los Jedi necesitan alguien con tu experiencia para que les ayude a prepararse... para enseñar a los pilotos jóvenes a pelear como una unidad y a sobrevivir.

Corran meditó un momento en esto, y lanzó una mirada inquisitiva en dirección a Mirax.

—¿Qué otra cosa vamos a hacer? —señaló a su padre con el pulgar—. Quedarnos con ese viejo gruñón.

Booster frunció el ceño y empezó a replicar, pero alzó las manos al cielo.

—He jurado guardar el secreto —miró a Luke—. ¿Supongo que no necesitarás un destructor estelar en esa flota tuya?

—Todavía no; ¿dónde podríamos esconderlo? —por tentadora que fuera la oferta, Luke seguía queriendo a sus estudiantes a salvo de todo daño—. El almirante Kre'fey ha convertido la vieja guarida de contrabandistas de Reece en una base de retaguardia. Le vendrá bien tener un destructor estelar y estarás lo bastante cerca de Eclipse como para venir corriendo si las cosas se ponen feas.

Booster clavó en Luke una mirada agria.

—Sé lo que estás haciendo, joven amigo.

Luke sonrió.

—Bien. Empezaba a pensar que estabas perdiendo el ojo.

Capítulo 19

El ataque a Arkania empezó con bastante silencio. Las alarmas de algunos sensores tintinearón, y la sedosa voz de un controlador táctico proporcionó las coordenadas de la flota invasora. Un círculo de oscuridad, más pequeño que la uña de un dedo, apareció en el lugar indicado y bloqueó la luz de las estrellas lejanas. La zona oscura creció rápidamente hasta adquirir el tamaño de una mano humana, luego de una cabeza. Las estrellas reaparecieron, apareciendo y desapareciendo de la vista cuando miles de naves de coral yorik pasaron ante ellas.

Una lluvia de puntos luminosos brotó de la flota, aumentando de tamaño hasta ser los puntos blanquiazules de las bolas de plasma.

Pasaron inofensivamente por el campo de minas, ya que los cerebros droides estaban programados para ignorar las armas, y al chocar con los escudos planetarios se incendiaron dejando de existir. Siguió una andanada de proyectiles de magma. Una tormenta de parpadeantes láseres de baja potencia brotó de las nuevas plataformas defensivas de Armas Balmorran de Arkania para interceptar y destruir los proyectiles al otro lado del campo de minas. Cuando los disparos acertaron y detonaron una mina, el campo se realineó para máxima cobertura.

Al final, lo que parecía todo un cinturón de asteroides estalló a la luz azul del sol de Arkania. Docenas de grandes naves limpiadoras salieron a por las minas y abrieron sus morros en punta, escupiendo simulacros de piedra. El resto de la flota giró para rodear el planeta, escupiendo a las plataformas orbitales grutchins y proyectiles de magma.

—Naves de guardia, pónganse a cubierto tras sus plataformas —dijo la sedosa voz del ConTac a través del canal de comunicaciones del bombardero—. Los turboláseres empezarán a disparar en tres segundos.

El castigado bombardero se deslizó dentro del paraguas de sensores de la plataforma asignada a los Caballeros Salvajes, y las lecturas de Danni bajaron a cero. Golpeó su consola con la palma de la mano.

—¿Y ahora cómo correlaciono nada desde aquí?

—Tendrás tu oportunidad, Danni Quee —su plataforma abrió fuego con sus turboláseres de pulso variable, llenando la oscuridad con ristas de luz coloreada. Saba, en el asiento de mando, se volvió para fijar un ojo reptilésco en Danni—. Utiliza la espera para calmarte. Es peligroso entrar en una pelea enfadado.

—No estoy enfadada.

—Estás enfadada conmigo —retumbó Wonetun desde el asiento del piloto—. Y acabará pagándolo alguien. Cálmate o cállate.

—Te enfadaste cuando Mara vino a contarnos el plan de Anakin —dijo Saba—.

¿Acazo no querías haber ido con él?

—Eres más lista que eso —replicó Danni—, o este montón de trampas para grutchins no habrían durado tanto. El último sitio en el que quiero acabar es una celda yuuzhan vong.

—Cierto, no está enfadada —comentó Wonetun con sarcasmo.

—Está molesta con el Maestro Skywalker —dijo Izal, sentado en la torreta superior, pasándose la larga lengua por la pálida costra salina que se había formado en su labio superior—. Cree que él debería habérselo pedido.

Danni miró al arcona.

—No te metas en mi mente.

—Se te nota en la cara, no en la mente.

Danni no sabía si creerlo; Izal podía ser un tanto retorcido cuando tenía mono de sal, pero no podía negar la irritación que le había producido esa idea.

—No debió dejar que Anakin lo convenciera —dijo Danni—. Esos crios ne saben dónde se meten.

—Los voxyn deben ser exterminados —dijo Saba—. El Maestro Skywalker habrá tenido en cuenta los riezos.

—El Maestro Skywalker no ha presenciado una ruptura —replicó Danni—. No tiene ni idea.

—El ezcuadrón de ataque se apoderará de la nave antes de que sean sometidos a la ruptura —dijo Saba.

—Seguro que sí —repuso Danni.

La cola escamosa de Saba golpeó el suelo.

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Ir tras ellos?

La repentina aprensión que notó en la Fuerza recordó a Danni de lo que estaba hablando. El rostro de Saba se mostraba tan estoico y con un aspecto tan terrible que era fácil olvidar que también tenía emociones, y que su hijo y sus aprendices participaban en esa misión. Al saber que la barabel no entendía el concepto de disculpa, y que probablemente la habría encontrado poco sincera de entenderlo, Danni ni se molestó en disculparse. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Es justo lo que haría si pudiéramos encontrarlos, Saba. Iría tras ellos.

Saba la estudió por un momento con un ojo oscuro y entonces se oyó la voz del ConTac.

—Naves de guardia adelante. No olviden cuál es su zona y no se aparten de sus plataformas.

—Hagamos antes nuestro trabajo —Saba hizo un gesto en dirección al panel de instrumentos de Danni—. Saber cómo se comunican los yammosk no nos sirve de nada mientras no entendamos su lenguaje.

¿No dijizte tú ezo?

La barabel se volvió sin esperar una respuesta y ordenó al escuadrón que avanzase. Aunque Danni ya no estaba enfadada, la Fuerza estaba llena de aprensión e indignación, y no sólo procedía de Saba.

Aunque la conversación del bombardero no se había transmitido por los canales de comunicación, los demás Caballeros Salvajes habían sentido la ansiedad de su líder. Danni se avergonzó al instante de su enfado y lamentó sus imprudentes palabras aún más que antes. Las emociones desbocadas podían acabar matando a alguien en un escuadrón que dependía de la empatía para mantenerse unido.

Danni centró su atención en los instrumentos y se prometió estrujar en la batalla hasta el último bit de información. Era la única disculpa que entendería Saba Sebatyne.

Salieron de detrás de los escudos de la plataforma, pero no en el maelstrom de cazas de combate que esperaba Danni, sino en un entretejido de estelas de proyectiles y resplandecientes rayos láser.

Tras entrar en el campo de minas, las naves capitales yuuzhan vong estaban atacando las plataformas defensivas orbitales lanzando andanadas de plasma y proyectiles de magma. Una de las plataformas, un viejo sistema KDY diseñado para los combates con turboláser de la era de la Rebelión, expulsaba al espacio un largo chorro de refrigerante boram. Aparte de esto, los ataques enemigos estaban resultando notablemente ineficaces.

Por otra parte, el variopinto grupo de defensores de Arkania compuesto por el ejército del planeta, escuadrones voluntarios como el de Saba y un pequeño contingente de la Nueva República que había acudido para ayudar a retrasar el ataque, se estaba portando bastante bien. Las lentas pero potentes plataformas KDY estaban, rompiendo la concentración de naves enemigas e impidiendo que los invasores organizaran cualquier clase de ataque al planeta. Las plataformas de Armas Balmorran, de menor tamaño pero más modernas, utilizaban sus láseres intermitentes de largo alcance para destruir las oleadas de proyectiles y castigar las naves capitales yuuzhan vong con un granizo de ataque de intensidad variable. Cada vez que un disparo de baja potencia tocaba coral yorik, un sensor detectaba el impacto y disparaba automáticamente un par de devastadoras descargas desde los turboláseres de alta potencia de la plataforma. El sistema era tan letal como eficaz, y ya había decenas de pecios girando y perdiéndose en el espacio.

Lo que Danni seguía sin ver era un enjambre de coralitas precipitándose a inutilizar las plataformas. Examinó todos sus instrumentos y descubrió que los gráficos seguían en la parte baja.

—¿A qué esperan? —gruñó Wonetun—. Veo los coris en la pantalla de mis sensores; enjambres enteros.

—Igual temen a las plataformas bélicas —dijo Saba.

—No —dijo Danni, repentinamente aliviada—Nunca pensaron atacar.

Esto es una finta.

—¿Una finta? —Se volvió para mirar a Danni—. Ezo no puedes saberlo.

—¿Que no puedo? —Danni hizo un gesto hacia sus instrumentos, donde todos los gráficos seguían en la parte inferior—. ¿No crees que el yammosk ya habría enloquecido si el ataque estuviera fracasando?

Saba abandonó su asiento y miró largo rato por encima del hombro de Danni.

—Esto no tiene sentido —dijo—. Ganarían con la mitad de esas fuerzas.

—Pero no sin un precio. Puede que sus recursos no sean tan ilimitados como creemos saba meditó eso por u momento y se volvió hacia Wonetun.

—Calcula un rumbo para Eclizpze.

—¿Qué pasa con los yuzhan vong? —preguntó Wonetum—. No nos dejen irnos.

—Los yuuzhan vong piensan retirase. Rezervan su flota para otra coza, y debemos avisar de el o al Maestro Skywalker.

Capítulo 20

La válvula de la puerta se abrió y Nom Anor entró en el agobiante resplandor de la Sala de Gloria. Apenas podía verse al Maestro Bélico, atado a su trono de la cognición a treinta metros de distancia, debido a todos los insectos brillo que caldeaban la sala con sus abdómenes carmesí. Algunas de las criaturas se movían lentamente por el aire, y unas pocas se apagaban o encendían, pero la mayoría flotaba en su sitio, cada una representando el paradero de una nave capital o una concentración importante de naves más pequeñas. La escena era confusa a simple vista, pero si se escuchaba con atención se podía identificar la filiación de cada insecto por el sonido de sus alas: un batir grave para las naves yuuzhan vong, un pitido para las de Nueva República, un zumbido constante para el Remanente Imperial, y un chirrido agudo para los demás infieles.

La situación sonaba como un poco precaria ya que el batir de los invasores estaba envuelto por todas partes por el pitido de las fuerzas infieles. Nom Anor se habría preocupado de no haber invadido su olfato un olor acre al moverse por entre los insectos brillo del enemigo. La peste a desorganización y escasa preparación para el combate garantizaba una victoria rápida para los yuuzhan vong, y el éxito que había tenido Nom Anor al dividir al Senado de la Nueva República era responsable de buena parte de ese olor. Por eso había ordenado el Maestro Bélico que se presentara ante él nada más llegar, o eso esperaba. La alternativa era demasiado horrible para pensar en ella.

Atravesó las zonas infieles hasta llegar a la columna invasora yuuzhan vong, donde el amargo olor a confusión daba paso al olor a clyriz de la organización y la finalidad. Allí los insectos, en vez de girar en confusión al pasar él por su lado, como había sucedido cuando cruzó entre los de la sección de la Nueva República, se limitaron a apartarse y volver a su sitio una vez hubo pasado.

A medida que Nom Anor se acercaba al centro de la cámara, el trono de la cognición del Maestro Bélico se veía con más claridad. Era más pequeño que un deslizador infiel y se movía sobre seis patas achaparradas, y transmitía a los insectos brillo una serie constante de instrucciones a través de las puntas resplandecientes de sus cien antenas.

El Maestro Bélico estaba sentado en una cúspide neuronal en lo alto del trono, con la cabeza envuelta en agusanados sensores, las manos metidas en los sacos de control de los reposabrazos que tenía a lo largo del cuerpo. Aunque Nom Anor nunca había montado un trono de cognición, sabía que un buen jinete podía unirse a la criatura tan completamente que experimentaba la totalidad de la situación estratégica. El batir de alas codificado de cada insecto identificaba no sólo la clase y el nombre de

la nave que representaba sino su estado y efectividad estimada en combate. Las sutiles variaciones de olor apuntaban a la moral de su capitán y su tripulación calculadas con una complicada fórmula de experiencias conocidas, efectividad en combates previos y la situación táctica general. Aunque nunca lo diría en voz alta, Nom Anor sospechaba que las estimaciones tendían a calibrar a las naves yuuzhan vong de forma indebidamente elevada y a las naves infieles de modo absurdamente inferior.

La habitual multitud de aprendices, subalternos y Lectores se apartó para dejarlo pasar, pero sólo los aprendices y subalternos cruzaron sus brazos sobre el pecho. Los Lectores, una amalgama de adivinadores y analistas militares, eran los responsables de reunir información sobre la capacidad del enemigo y trasladar su conocimiento al enjambre de insectos brillo. Cada uno de ellos era también sacerdote de uno de los muchos dioses a los que rendían homenaje los yuuzhan vong, y, como tales, técnicamente subordinados a Vaecta, sacerdotisa del *Sunulok*, en vez de serlo del Maestro Bélico, hecho que recalaban a la menor oportunidad. Nom Anor sabía que ese acuerdo era un colmillo clavado en el costado de Tsavong Lah, pero era una precaución necesaria, al menos para quienes creían en esas cosas, para evitar poner a cualquier otro dios en simbólica servidumbre ante Yun-Yammka, el Aniquilador.

Nom Anor intentó no interpretar la ausencia de envidia en los ojos de quienes lo rodeaban, se detuvo ante el trono de cognición y se golpeó el pecho a modo de saludo.

—Vengo directamente de la cámara de ataque, Maestro.

Tsavong Lah le miró desde lo alto del trono, poco más que ojos y boca visibles a través de su capul o de palpos sensoriales.

—Como se te ha ordenado. Bien.

A Nom Anor se le secó la boca. No le ofrecía palabras de bienvenida, ni asomo de aplauso.

—Lamento haber tardado tanto en unirme a la flota. Mi viaje se vio retrasado por las dificultades de abandonar Coruscant.

—No era tarea fácil teniendo a toda la Defensa Planetaria buscándote, supongo —dijo la débil voz de Vergere. Se abrió paso entre la multitud y le miró entre dos Lectores—. Hay que felicitarte por tu huida. Fue muy ingeniosa.

—Sí, la planificación lo es todo —Nom Anor tenía dificultades para que la rabia no se le notara en la voz, pues estaba convencido de que Vergere estaba tras el atentado contra la vida de Fey'lya. Había estudiado la situación desde todos los ángulos posibles y era quien tenía más que ganar—. Sólo lamento que haya sido necesario decepcionarte.

—¿Por qué iba a decepcionarme tu escapada? —Vergere extendió los brazos—. Tu valor para nuestra causa es conocido por todos.

La sutil burla de esa criatura medio pagana resultó excesiva para Nom Anor, por muy acostumbrado que estuviera al juego de la política. No sólo había interferido en su misión y casi había hecho que lo encarcelaran sino que ahora lo ridiculizaba ante su señor y los suyos.

—No hay necesidad de hacerse el bunish tímido, Vergere —Nom Anor tuvo que luchar para mantener un tono frío de voz, e incluso así su furia fue lo bastante tangible como para provocar un murmullo—. Hay que aplaudir tu ingenio. No pensé que una simple mascota fuera capaz de ser tan astuta, o atrevida.

Si Vergere hubiera sido una yuuzhan vong, estas palabras habrían bastado para provocar un desafío de sangre. En este caso, la criatura se limitó a cogerse las antenas.

—¿Me acusas de lo que pasó en el Senado?

—Un valiente intento de eliminar a un rival —confirmó Nom Anor—. Tuviera o no éxito, tanto los infieles como el Maestro Bélico me habrían culpado del asesinato —desvió su atención hacia Tsavong Lah—. Mi regreso prueba tanto mi importancia para la Gran Doctrina como mi fe en la capacidad del Maestro Bélico para ver más allá de trampas tan primitivas.

La boca en forma de pico de Vergere se abrió como si fuera a sisear, pero se contuvo y pareció calmarse.

—No me culpes de tus fracasos en Coruscant. Eso sólo te hace parecer más...

—Basta.

Aunque el Maestro Bélico había hablado en voz baja, el mero sonido de su voz bastó para callar a Vergere y salvarle la vida. Si hubiera acabado de decir el fatídico idiota, Nom Anor no sólo habría tenido derecho a matarla ahí mismo, sino que se habría esperado que lo hiciera.

—El asesinato, o intento de asesinato, de Borsk Fey'lya tiene poco interés para mí —la sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

Manipuló algo en el saco del brazo y las patas del trono se plegaron, bajándolo a un nivel de conversación más cómodo—. Antes de tu llegada, estábamos discutiendo el patético plan del general Bel Iblis de socavar la moral de nuestros guerreros con esa estupidez sobre gemelos *Jeedai*. ¿Cómo se le ocurrió semejante idea?

Nom Anor sabía lo que quería oír Tsavong Lah, pero no era tan imprudente como para mentir ante el Maestro Bélico, no con Vergere esperando para machacar cada palabra suya.

—No sé cómo prepara sus planes Bel Iblis.

—Entonces conjetura —dijo Tsavong Lah—. Te lo ordeno. - A Nom Anor se le secó la garganta. Los insectos brillo, temporalmente liberados de su posición por la ociosidad del trono, empezaron a descender hacia el grupo. El roce de sus ardientes abdómenes era más doloroso que la picadura de sus probóscides, pero tal era el precio

de la servidumbre. Nadie hizo más que apartarse de los pjos a las hambrientas criaturas, y los Lectores ni siquiera eso.

—Maestro, los humanos no son como los yuuzhan vong. Los gemelos no son un suceso infrecuente —dijo Nom Anor. En toda la historia yuuzhan vong habían nacido muy pocos gemelos, y sólo cuando así lo deseaban los dioses. En cada caso, uno había matado al otro en su infancia, creciendo luego para guiar al Imperio en tiempos de gran necesidad. El propio señor Shimrra había asesinado a su hermano gemelo antes de crecer para tener el sueño que profetizó que encontrarían esta nueva galaxia—. Su nacimiento no implica un favor especial de los dioses.

—¿Entonces afirmas que los niños Solo son gemelos? —el Lector que preguntaba esto era Kol Yabu, de la Llama Eterna, un «mitad y mitad» cuyo cuerpo quemado había sido moldeado cuidadosamente para parecer macho desde un perfil y hembra desde el otro. Como apóstol de la Llama Eterna, adoraba a los gemelos Yun-Txi n y YunQ'aah, hermano y hermana, dioses del amor y el odio y todo lo que es opuesto—. ¿Admites que Jacen y Jaina Solo son hermano y hermana, gemelos *Jeedai*?

Nom Anor intentó humedecerse la garganta, pero al tragar la encontró tan seca como el polvo de hueso.

—No admito nada, Lector —miró hacia Tsavong Lah y decidió que le venía bien que el rostro del Maestro Bélico permaneciera oculto bajo una luminosa máscara de insectos brillo—. Nuestra espía, Viqi Shesh, afirma que los dos Solo son gemelos, y que también lo son su madre y su tío. Quizá sea a ella a la que debemos preguntar por el plan de Bel Iblis.

Tsavong Lah evitó la mirada del mitad y mitad clavando la suya en Nom Anor.

—Viqi es una traidora a su pueblo o una agente doble infiel. No tengo fe en ella.

—En este asunto sólo podemos confiar en la opinión de un yuuzhan vong —coincidió Vergere. A diferencia de los demás, no estaba cubierta de la centelleante luz de los insectos brillo, quizá porque no paraba de erizar las plumas para mantener a raya a las ardientes criaturas—. Y Nom Anor estaba en Coruscant. Seguro que se tomó tiempo para investigar un asunto de tanta importancia antes de irse.

A Nom le habría gustado poder decir que no tuvo tiempo, pero sabía que no podría superar tan fácilmente la trampa de Vergere. Decidió que su única esperanza estaba en decir lo inesperado, respiró hondo, miró al Maestro Bélico a los ojos y dijo la verdad.

—Muchos registros respaldan la afirmación de Shesh, Maestro, y dudo que sean falsos. No encontré nada que la contradijera, ni siquiera en fuentes muy oscuras —cuando los insectos brillos empezaron a abandonar el enfurecido rostro del Maestro Bélico y a alzar el vuelo, Nom Anor decidió que su única posibilidad de redención yacía en una estrategia arriesgada—. Es evidente que la fortuna nos sonreía cuando el llamado Jacen se le escapó en Duro.

El trono de cognición tembló y saltó hacia delante, sin duda en respuesta a los puños apretados dentro de los sacos.

—Dime cómo —la voz del Maestro Bélico era grave y cortante pues no le gustaba que le recordaran la forma en que Jacen había usado la hechicería Jedi para robarle un pie e impedir el sacrificio de Leia Organa Solo.

Nom Anor respiró hondo y se volvió hacia Kol Yabu.

—¿Cómo habrían visto Yun-Txiin y Yun-Q'aah el sacrificio de un solo gemelo?

El mitad y mitad lo meditó un momento antes de hablar.

—Los Gemelos no exigen sacrificios, pero el Equilibrio lo es todo.

—Eso no es lo que pregunta el Ejecutor —dijo Tsavong Lah, mirando fijamente al sacerdote—. Contesta con claridad, o pediré un Lector que lo haga.

Las ojeras de Kol Yabu empalidecieron; él, o ella, Nom Anor no se había molestado en comprobar lo que era, respondía ante Vaecta, pero no podía ignorar semejante petición del Maestro Bélico.

—Ofensa no es la palabra, Maestro Bélico. La Gran Danza se habría vuelto inestable.

Tsavong Lah meditó esto y asintió. —Eso me pareció.

—Si pudiera sugerir algo —dijo Nom Anor, decidido a explotar lo ganado—. Puede que el señor Shimrra vea con buenos ojos el sacrificio de gemelos Jedi. Podría hacer que lucharan entre ellos, como el señor Shimrra luchó con su hermano, tal y como los dioses ordenaron que debían hacer los gemelos desde el alba de la historia yuuzhan vong..

—Sería un gran regalo para Yun-Yuuzhan, ¿verdad? —repuso Tsavong Lah, recostándose en el trono de cognición.

Ningún Lector le respondió, pues sólo el propio señor Shimrra se comunicaba con Yun-Yuuzhan, el Señor Cósmico.

—Nunca lucharán entre sí —dijo Vergere, siempre dispuesto a socavar a Nom Anor—. Están tan unidos como un piloto y su coralita.

El propio Maestro Bélico ahorró a Nom Anor la necesidad de contrarrestar su argumento.

—Sólo habrá que someterlos antes a la ruptura —dijo Tsavong Lah—. Y Nom Anor lo preparará todo para retransmitirlo a la Nueva República.

—Como desee, Gran Maestro Bélico —Nom Anor se permitió una sonrisa rápida en dirección a Vergere—. Estoy seguro de que nada podría desanimar más a los Jedi.

Capítulo 21

Una voz bith muy nasal gritaba angustiada en alguna parte de la gélida cala del *Muerte Exquisita*, y Jaina supo que Ulahá volvía a estar en las fauces de los voxyn. Jaina estaba sentada frente a una pared de coral yorik rojo, como el resto del grupo de asalto, incómodamente inclinada hacia delante, con los codos entre las rodillas, y tobillos y muñecas sujetos al suelo por pegajosas masas de gelatina blorash. Estaba sucia y poco vestida y sentía demasiado dolor como para que le importase, aunque deseaba no tener tanto frío. Tiritaba, y la tiritona hacía que todo le doliera aún más.

Ulahá volvió a gritar, y Alema Rar, sentada al lado de Jaina y en más o menos las mismas condiciones, murmuró algo por entre los hinchados labios. Jaina, que tenía problemas para centrarse desde que el voxyn le chilló a la cara, recordó algo sobre el trabajo en equipo y abrió sus emociones a sus compañeros. Sintió de inmediato a Jacen entretejiéndolos para formar una sola entidad, apelando a su amistad y confianza mutua para dar fuerzas a la camarada que sufría.

Aunque todos menos Ganner, retenido en otro lugar en la equivocada creencia de que era el líder del grupo, se habían enfrentado a la ruptura al menos una vez, *Duman Yaght* seguía volviendo a Ulahá, concediendo a la bith el tiempo justo para sumirse en un trance curativo Jedi antes de despertarla para volver a empezar con ella. La pobre Ulahá había estado en el centro de la cala tantas veces que los demás intentaban prolongar sus propias sesiones para darle tiempo a recuperarse. Jaina recordaba borrosamente que sólo había conseguido dar una respuesta antes de que un enfurecido *Duman Yaght* la empujara hasta la cara de la criatura, desatando el chillido de onda comprimida que la había sumido en la inconsciencia.

Cuando los gritos de Ulahá se acallaron, *Duman Yaght* dijo:

—Te acostumbras a las babas, ¿eh, cabezona? —su tortura preferida era colocar la herida de Ulahá bajo las fauces goteantes de ácido del voxyn—. Habrá que probar algo nuevo.

Ulahá gritó. Jaina luchó por mirar por encima del hombro, pero sólo pudo girar la cabeza lo justo para ver a Anakin, Jacen y otros más intentando hacer lo mismo. Eso era lo peor de la ruptura, el oír gritar a tus amigos sin saber lo que les pasaba. Sintió que Jacen usaba su preocupación para reforzar a la bith. El grito de ésta se volvió menos visceral y *Duman Yaght* percibió el cambio. Siempre percibía el cambio.

—No hace falta que me digas dónde está la base *Jeedai* —dijo el yuuzhan vong—. Basta con que admitas que hay una.

El grito de Ulahá recobró su tono angustiado y esta vez Jacen pareció incapaz de aliviar a la bith. Jaina miró al otro lado, donde Eryl Besa estaba sentada con el cuerpo rígido y los ojos abiertos, víctima de un shock neuronal causado por la cola de un

voxyn, una forma de ataque que desconocían hasta que *Duman Yaght* sugirió que Eryl lo experimentara. Al cabo de un momento, Jaina atrajo la mirada de la otra mujer y alzó una ceja.

Eryl frunció el ceño desconcertada, luego pareció entender y negó con la cabeza. Eryl era hija de una piloto fanática de las carreras espaciales, y había sido concebida durante una carrera a lo largo de toda la galaxia, pasándose la mayor parte de su infancia recorriendo arriba y abajo todos los brazos conocidos de la galaxia. En algún momento de ese recorrido había desarrollado la habilidad de saber por la textura de la Fuerza en qué parte de la galaxia estaba en cada momento. Su trabajo era avisar a Anakin cuando estuvieran a salvo tras las líneas enemigas, dónde habría menos probabilidades de tropezarse con minas espaciales o naves de curiosos.

Desgraciadamente, estaban tardando más de lo supuesto en cruzar la zona de guerra, quizá, sospechaba Jaina, porque *Duman Yaght* esperaba hacerse un nombre entregando a sus superiores el paradero de la base Jedi.

—¿Qué tiene de malo admitirlo? —preguntó *Duman Yaght*—. Los yuuzhan vong ya conocen su existencia. Admite lo que ya sabemos, y podrás descansar. Podrás sumirte en tu sueño reparador.

—No... hay... ninguna... base...

—No, no mientas —la voz del yuuzhan vong conservó la misma calma siniestra de siempre—. Dame la mano. Voy a hablarte del neuroveneno.

Un silbido involuntario de terror escapó de las cavidades nasales de Ulaha, pero no dijo nada. Jaina se imaginó al comandante sosteniendo la mano de la bith sobre las cerdas sensoriales del lomo del voxyn, pues Cilghal había descubierto que las espinas contenían una potente neurotoxina. En la cápsula de equipamiento había un antídoto, pero estaba sin probar, igual que el resto de las inyecciones y antivenenos que Tekli y ella les habían administrado antes de salir.

—Tienes la piel tan fina, que la punzada más ínfima te inyectaría el veneno. Nuestros cuidadores afirman que no a todas las especies les afecta del mismo modo. Algunos caen con convulsiones y se sumen en un interminable sueño de dolor. Otros se debilitan a lo largo de muchas horas, perdiendo tanto las fuerzas que ya no pueden respirar o tragar. Algunos se ahogan en su propia saliva.

En el silencio que siguió, el dolor y el miedo de Ulaha aumentaron en la Fuerza. Jaina se abrió a ambas sensaciones, esperando poder aligerar la carga de su camarada recibiendo parte de ella, pero también estaba demasiado asustada para ser de mucha ayuda. Los bith sólo tienen un pulmón y el coufee se lo había traspasado. Si también tenía que combatir una neurotoxina... Jaina quería que admitiera la existencia de Eclipse. No podía evitarlo; no quería verla morir.

Apenas había dado forma de pensamiento a esa emoción cuando sintió una inundación de sentimientos similares en los demás. Jaina sabía que convencer a

Ulaha para que admitiese la existencia del planeta sólo era el primer paso de la ruptura, pero ¿a quién le perjudicaba eso, en el fondo? El grupo de asalto se apoderaría muy pronto de la nave y al menos entonces Ulaha seguiría viva. Sintió un fogonazo de alarma por parte de Alema y de desconcierto de los barabeles, pero no había duda de cuál era la sensación general del grupo. Estaban de acuerdo.

—Cabezona, piensa con cuidado antes de contestar —dijo *Duman Yaght*—. Puede que sea tu última oportunidad. ¿Existe una base *Jeedai*?

«¡Díselo!», quiso gritar Jaina.

—Ya conoces... la respuesta —jadeó Ulaha.

—Lo siento, cabezona. No me basta con eso.

«¡Díselo!»

—¡Sí! —gritó Ulaha.

El grupo exhaló un suspiro emocional de alivio, pero esta vez Alema parecía preocupada y los barabeles tristes.

—Sí ¿qué? —exigió Duman.

—Sí, hay una base Jedi —dijo Jaina, gritando a la pared—. ¡Ya lo ha admitido! Ahora déjala descansar.

—Jaina, cállate! —siseó Alema—. Intenta romper...

La advertencia fue interrumpida por un chasquido hueco, y Jaina miró para ver un *yuuzhan vong* sosteniendo la culata de un anfibastón sobre la forma inconsciente de la *twi'leko*. Jaina sintió una oleada de rabia proveniente de los demás, pero ella sólo sentía culpa. Había sido su estalido lo que motivó a Alema a hablar sin permiso.

Duman Yaght dijo algo en su propio idioma, y el guardia arrojó un pequeño escarabajo con forma de botón al suelo junto a las muñecas y tobillos de Jaina. La gelatina *blorash* dejó de sujetar la carne de la humana y se deslizó para envolver el insecto. El guardia puso en pie a Jaina y la volvió hacia el centro de la sala, donde el comandante estaba parado sosteniendo la mano de Ulaha sobre las cerdas sensoriales del *voxyn*. La piel normalmente pálida de la *bith* se había vuelto translúcida por la pérdida de sangre, y estaba tan débil que un guerrero *yuuzhan vong* debía sostenerla para que se tuviera en pie.

El resto del grupo de asalto estaba sentado a lo largo del borde de la pequeña cala, parcialmente vestidos, sucios y mirando a la pared.

Sólo faltaba Ganner, cuya presencia sentían a veces y otras veces no la sentían en absoluto.

Duman Yaght estudió a Jaina y preguntó:

—¿Crees que no mantendré mi palabra?

Jaina fijó la mirada en la mano de Ulaha.

—Eso está por verse.

El comandante parecía confuso por su tono desafiante, y entonces se recobró y

sonrió.

—Muy bien. Tú eres quien manda aquí.

Le dijo al guardia que sujetaba a Ulaha, el cual devolvió a la herida Jedi a su sitio junto a Tekli, colocando a la bith tumbada de espaldas, en vez de en la incómoda posición sentada en que estaban sujetos todos los demás.

—La bith puede descansar y curarse —*Duman Yaght* sonrió a jaina—. y tú decidirás por cuanto tiempo.

Jaina empezó a sentirse mareada y asustada, pero se obligó a alzar la cabeza y avanzar sin que se lo ordenaran. La inundaron cálidos sentimientos de ánimo y confianza cuando los demás ¿acudieron a ella para prepararla ante la ruptura. Confiaba mucho en que no dejaría que el voxyn la matara, al haber fanfarroneado *Duman Yaght* ante ella del lugar que le habían prometido en el Gran Sacrificio, así que tenía todos los motivos del mundo para pensar que, con el apoyo de sus compañeros, podría ganar tiempo suficiente para que Ulaha se sumiera en un trance curativo que estabilizara su pulmón herido.

Pero la confianza de Jaina no bastaba para que dejase de temblar mientras se acercaba. Sólo la fortaleza que le llegaba a través de la Fuerza le había impedido gritar como un bebé la primera vez que *Duman Yaght* intentó romperla, y esta vez sería peor, mucho peor. El comandante no podía permitir que ella lo desafiara y menos con éxito, y había tantas formas de hacerle daño sin matarla, tantas cosas que mutilar o desfigurar o romper.

Un nuevo ímpetu de confianza recorrió a Jaina cuando Jacen le transmitió la determinación de Anakin de mantenerla ilesa, la admiración de Zekk por su valentía, el agotado agradecimiento de Ulaha, la tranquila seguridad de Tekli de que podrían repararse todas sus heridas. Se detuvo ante *Duman Yaght* y lo miró a la cara.

—Supongo que no esperarás que te dé las gracias. Él le revolvió el estómago al agarrarla por la nuca.

—No es necesario.

La guió hasta la cabeza del voxyn. Aunque podía percibir en la Fuerza la malévolas ansia de la criatura con urgencia carnal, la cosa parecía controlar sus instintos y temblaba de excitación mientras mantenía los ojos amarillos fijos en su amo a la espera de su orden. Éste se detuvo a un metro de sus fauces, y le giró la cara a Jaina para que viera las gotas de baba de olor acre que goteaban de las fauces del voxyn para aterrizar humeantes en el suelo. Jaina tragó saliva; tenía la espalda cubierta de círculos del tamaño de un pulgar allí donde la otra vez habían caído las gotas. Empezó a arrodillarse.

La mano de *Duman Yaght* se tensó y la mantuvo en pie.

—Esto no es lo que tenía en mente —la guió lejos del voxyn hasta la pared donde sus hermanos estaban sujetos al suelo.

— Elige.

—¿Qué? —Jaina sintió el shock de su demanda, no sólo en su estómago vacío sino en el aturcido ultraje que le llegaba por la Fuerza—. ¿Elegir qué?

—Tú eres quien manda, Jaina Solo. ¿Quién será el siguiente? —le dio una patada en los riñones a Anakin y luego a Jacen—. ¿Tu hermano, o tu gemelo?

—Los dos son mis hermanos —Jaina sólo se dio vagamente cuenta de que ahora *Duman Yaght* conocía su relación con Jacen—. Y no elijo a ninguno. Me elijo a mí.

Duman Yaght negó con la cabeza.

—Eso no lo decides tú. Tú decides si es Anakin o Jacen—volvió a darles una patada, arrancando gemidos involuntarios a ambos—. Elige uno, o me veré obligado a reanudar la ruptura de Ulah. El Maestro Bélico conoce su herida, así que a nadie le parecerá raro que muera. Tú mandas ahora, Jaina Solo.

Jaina sintió un arrebató de ira y habría girado sobre sí misma para atacar a *Duman Yaght*, pero sintió un fogonazo de alarma de sus hermanos para que se contuviera. Los dos querían ser el elegido, algo que habría sabido hasta sin el enlace emocional del grupo, y su lazo con Jacen iba aún más allá. Podía sentir que para él eso era algo más que una cuestión de nobleza, que tenía buenas razones para creer que era la mejor elección. Jaina sospechaba que entre esas razones estaba el hecho de que Anakin necesitaría tener la cabeza despejada cuando llegara el momento de escapar, que esperaba que fuera pronto, pero no podía estar seguro de ello; ni siquiera el lazo entre gemelos era lo bastante fuerte como para compartir pensamientos completos.

—¿Tu elección? —pidió *Duman Yaght*.

—No puedes pedirme eso —dijo Jaina. Se dijo que Jacen, como facilitador del enlace mental, era tan importante como Anakin, pero la verdad era que no podía decidirse a hacer daño a ninguno. Aunque Anakin era un héroe de guerra y líder para todos los demás, siempre sería su hermano pequeño, alguien a quien cuidar, proteger y mantener lejos de todo daño. Y Jacen siempre había sido su mejor amigo, la persona que la entendía cuando ella no se entendía a sí misma, la presencia que la envolvía como una segunda piel. ¿Cómo podía elegir a uno de ellos? Apartó la mirada de *Duman Yaght*—. No puedo elegir.

—¿No? —su mano se cerró sobre su nuca y empezó a apartarla—. Entonces peor para la bith.

Anakin giró la cabeza.

—Puedes elegir, Jaina —sus palabras tenían el peso de la Fuerza, no tanto para forzarla a elegir como para dejarle claro que era una orden—. Puedes elegirme a mí.

La conexión de Jaina con los demás disminuyó cuando Jacen se retrajo. Miró a su hermano menor.

—Anakin...

—Cállate, Jacen —Anakin siguió mirando a Jaina—. Elige.

Duman Yaght la miró expectante.

—De todos modos, seguro que la bith se muere igual.

Jaina cerró los ojos.

—Anakin —dijo—. Coge a Anakin.

Duman Yaght hizo un gesto al guarda que estaba de pie detrás de sus hermanos, y entonces le dijo algo a otro que estaba junto a una de las membranas gelatinosas que cubrían las puertas de la cala. El guerrero cosquil eó la membrana hasta que ésta se apartó, y desapareció en la habitación contigua con una fina sonrisa de anticipación.

En vez de devolver a Jaina a su sitio ante la pared, *Duman Yaght* la obligó a seguir a su lado mientras sujetaban a Anakin boca abajo contra el suelo. El comandante hizo avanzar a su mascota, empezó a dar órdenes y Jaina se vio obligada a mirar durante el siguiente cuarto de hora.

Anakin no gritó en ningún momento, reafirmado por el apoyo del grupo de asalto. Hasta *Duman Yaght* chasqueó la lengua con admiración.

—Tu hermano encaja bien el dolor —dijo el comandante—. Quizá debamos intentar algo nuevo.

Ladró una orden, y el voxyn puso una pata sobre la espalda de Anakin. Las aguzadas garras estaban cubiertas de baba verde, el medio en el que prosperaban los retrovirus de las almohadillas de sus patas.

—¿Es miedo lo que veo en tus ojos, Jaina Solo? —preguntó *Duman*—. Entonces no hay necesidad de que te hable de las fiebres. Sabes lo que le pasará a tu hermano si recibe un arañazo

—No decepcionarás a tus sacerdotes. —Jaina buscó a los otros mientras hablaba, compartiendo con ellos la inseguridad que ocultaban sus valientes palabras. La vacuna que les había puesto Cilghal estaba sin probar; podía acabar con todas las enfermedades o sólo con algunas, y no le apetecía experimentar con la vida de su hermano—. No cuando te han prometido un lugar en nuestro sacrificio.

—Cierto, pero piensa en el lugar que tendría si pudiera decirles en que región está la base *Jeedai* —dijo *Duman Yaght*—. Estaría a pocos niveles tras el Maestro Bélico, lo bastante cerca como para que pudieras ver la gratitud en mis ojos.

Jaina sintió un abrumador sentimiento de desafío, sin duda lo que sentía Anakin, transmitido por Jacen.

—Tendrás que mirar desde el fondo —replicó Jaina.

La mano de *Duman Yaght* se cerró en su cuello.

—¿Crees que no lo haré?

Lanzó un silbido cortante y el voxyn arañó la espalda de Anakin. Jaina sintió el shock a través de la Fuerza, pero, de algún modo, su hermano siguió sin gritar.

—Sobrestimas la valía de tu hermano —dijo *Duman Yaght*—. Los sacerdotes estarán contentos siempre que llegue con Jacen y contigo. Sois los gemelos.

Dijo la palabra gemelos como si fuera algún secreto de Estado. En eso había algo que no entendía, pero no importaba. De un modo u otro, Jacen y el a acabarían decepcionando tanto a los sacerdotes como a *Duman Yaght*.

El guardia que había salido antes reapareció en la puerta de la cala.

Duman Yaght hizo que un par de guardias soltaran una masa de gelatina blorash en las dos patas traseras del voxyn, atrapando a la criatura en el lugar. Movieron a Anakin lejos del alcance del voxyn y lo aseguraron al suelo por un solo pie.

Esto era algo nuevo, y a Jaina no le gustaba como pintaba.

—¿Qué estás preparando, un duelo de miradas?

Duman Yaght sonrió.

—Sí, en cierto modo.

Asintió al guardia de la puerta, que se apartó y tensó la membrana para hacer pasar lo que parecía un árbol pequeño.

Tenía el tamaño de un wookiee adulto y una pequeña pero espesa copa de folaje. En el centro del tronco había un único nudo con un vidrioso orbe negro, que giró en dirección al comandante. Este señaló al centro de la cala, y el árbol se tambaleó hacia delante sobre tres retorcidas y nudosas raíces.

A medida que la cosa se acercaba, la lengua bífida del voxyn se asomaba para saborear el aire. Se le erizaron las cerdas sensoriales del lomo, intentó encorvar el largo cuerpo y miró detrás de él.

El árbol estaba a unos siete metros de distancia cuando el voxyn enloqueció, siseó como loco y abrió surcos en el suelo mientras intentaba liberarse. La criatura parecía haber perdido toda su inteligencia, actuaba más como una bestia sin mente que como el astuto depredador que los Jedi habían aprendido a temer.

El árbol siguió avanzando y dos metros después Jaina perdió todo contacto con sus compañeros. Buscó con la Fuerza y no sintió nada.

Entonces, mientras el árbol se acercaba y el resto del grupo de asalto luchaba por ver lo que los aislaba de la Fuerza, vio una forma de lagarto aferrada a la parte trasera del árbol, sin duda intentando esconderse del voraz depredador que luchaba por cogerlo.

—Un ysalamiri —dijo Jaina en voz alta. Estaba algo desconcertada porque normalmente creaban una burbuja de ausencia de la Fuerza mucho más grande—. ¿Qué vas a hacer con eso?

—Una pregunta interesante —*Duman Yaght* hizo una seña al guardia que había hecho entrar al árbol ambulante—. Enséñaselo.

El guardia avanzó y arrancó al ysalamiri de su escondite. Las garras en forma de gancho de la criatura arrancaron pedacitos de corteza del tronco, provocando en el árbol un dolorido rumor de hojas. El ysalamiri parecía medio muerto con sus vértebras sobresaliendo por todo su flaco lomo y con manchas rojas salpicando la piel

lisa. El voxyn estaba loco por cogerlo, y saltaba y le sacaba la lengua al guardia mientras este depositaba la cosa en los hombros de Anakin.

El ysalamiri se deslizó por la espalda de Anakin y se agarró allí. El voxyn tiró de sus ataduras, amenazando con descoyuntarse las patas traseras.

—Los cuidadores no entienden porqué, pero los ysalami vuelven locos a los voxyn —dijo *Duman Yaght*—. Pierden su astucia natural. En experimentos similares a éste, los he visto arrancarse las patas para poder llegar hasta ellos.

—¿Y?

—Lo sabes. Tarde o temprano, el voxyn dejará de intentar comerse su problema y lo matará.

Jaina no podía apartar los ojos de su hermano, ahora tan cubierto de sangre que casi parecía vestido. En la cápsula de equipamiento había una forma de hacer salir al ysalamiri de la cala, pero Anakin y Ganner eran los únicos que podían activar los droides bélicos y hacer que llegasen hasta allí. Si morían los dos, los droides se activarían automáticamente para buscar a los supervivientes de grupo de asalto, que no era precisamente la forma en que Jaina quería resolver el problema del ysalamiri.

—¿En qué región encontraremos la base *Jeedai*? —preguntó *Duman Yaght*—. Tómame el tiempo que quieras para contestar. No tengo prisa.

Jaina apartó la mirada de Anakin. Ahora lo entendía. Al llevar tantas veces a Ulaa ante el voxyn, *Duman Yaght* no buscaba romper a la bith, sino al resto del grupo de asalto, y Jaina había sido la primera en ceder. Su cuerpo no era lo bastante grande para albergar toda la decepción que sentía. Lando se lo había advertido y era evidente que no le había escuchado.

—¿Soltarás a Anakin si contesto? —preguntó a su atormentador sin mirarlo.

—Si eso es lo que deseas —respondió *Duman Yaght*—. Tú eres quien manda.

—En el Núcleo —respondió Jaina. Técnicamente era así, aunque la única forma de llegar allí era mediante una hiperruta corta que bordeaba el Núcleo Interior—. Aunque no creo que sea una sorpresa.

Duman Yaght asintió.

—Confirma las suposiciones de los Lectores —asintió, y el guardia de Anakin le arrincó el ysalamiri, arrojándoselo luego al voxyn—. Nunca le niegues su recompensa a una bestia asesina.

—Lo tendré en cuenta —dijo Jaina. Cuando el voxyn se tragó su golosina, recuperó el contacto con la Fuerza y sintió una oleada de apoyo de sus compañeros—. ¿Qué pasa con mi hermano?

—Por supuesto. En cuanto me digas quién es el siguiente. Jaina se descorazonó. Se esperaba algo así y sabía que sólo tenía una respuesta. —Yo.

—No es posible.

—Es mi única respuesta.

—Entonces Anakin se quedará. Puede que muera. —Dijiste que lo soltarías. Creía que los yuuzhan vong eran honorables.

El tono azul bajo los ojos del comandante se oscureció, pero se volvió hacia el guardia de Anakin y asintió.

—Devolvedlo a su sitio y traed a la bith.

Jaina sintió un torrente de emociones conflictivas procedentes del resto del grupo de asalto. Algunos parecían temer por Ulahá, otros apoyaban su actitud desafiante, pero Jacen hizo destacar una emoción por encima de las demás; la calma y determinación de Anakin. Tenía un plan, Jaina no sabía cuál era, pero el mero hecho de saberlo le daba fuerzas para guardar silencio.

A tres metros de la pared, Anakin escapó del control de su guardia y, tras gritar a Ulahá que despertase, corrió hasta ella. Se puso de rodillas y susurró frenéticamente en su oído. Los ojos sin párpados de Ulahá continuaron mirando inexpresivos al techo, pero un asomo de decepción en la Fuerza sugería que estaba más alerta de lo que parecía. Anakin consiguió decirle media docena más de palabras antes de que un guardia le golpeará en la cabeza con un anfibastón.

Se sumió en un lugar de silenciosa oscuridad y ni siquiera la aprensión del grupo de asalto pudo traerlo de vuelta.

El guardia lo sujetó en su sitio con gelatina blorash, liberó a Ulahá y, sin soltar el anfibastón que llevaba en la mano, arrastró a la bith al centro de la cala. El voxyn intentó mirarlos de frente, pero seguía teniendo las patas sujetas y se conformó con vigilarlos con un ojo. La criatura parecía volver a estar en posesión de sus facultades, pero su hambre ardía en la Fuerza con el calor de un disparo láser.

Ulahá estaba demasiado débil para sostenerse sola, temblaba visiblemente y no parecía dispuesta a alzar la mirada del suelo. Lando había dicho que tendrían que hacer cosas que no coincidirían muy bien con sus conciencias, pero Jaina no podía creer que se refiriera a no hacer nada mientras los yuuzhan vong mataban a uno de los suyos.

—Tú eliges, Jaina —*Duman Yaght* retorció su escarificado rostro para formar algo semejante a una sonrisa—. Un nombre o una vida.

Jaina buscó a Eryl Besa en la Fuerza, buscando alguna señal de que ya habían atravesado la zona de guerra, de que por fin podían llamar a los droides bélicos para que los sacaran de esa situación. No obtuvo esa confirmación. Bajó la cabeza. Sólo había un modo de corregir su error, sólo un modo de vencer la ruptura, pero no podía animarse a permitir que Ulahá muriese, no podía decir las palabras que la matarían.

—Es el último nombre —dijo sin alzar la mirada.

—Si lo deseas así.

El tono burlón de *Duman Yaght* le provocó una profunda humillación.

Jaina estaba rota. Lo sabían todos.

Oyó la débil voz de Jaina, y percibió un sentimiento de vergüenza no muy diferente al suyo.

—No lo hagas, Jaina... No dejes que me utilicen...

La silenció una bofetada.

—El nombre, Jaina —pidió *Duman Yaght*—. ¿Quién es el siguiente?

Jaina alzó por fin la mirada y vio a Ulahá luchando por poder ganar pie. El guardia prácticamente tenía colgando a la bith por el brazo, sujetando su mano sobre las cerdas sensoriales que surcaban el lomo del voxyn.

Ulahá se volvió hacia Jacen.

—Dame fuerzas —jadeó.

—¡Silencio! —el guerrero agitó a Ulahá e hizo que se sostuviera por sí sola—.

La Fuerza acudió a él con ánimos, apoyo y algo más, algo eléctrico y puro, como la descarga de una pistola aturdidora. De pronto, Ulahá encogió las piernas bajo ella. La extraña energía continuó fluyendo a través de la Fuerza, y la bith se hacía más fuerte por momentos, y bajó la mano... hacia las cerdas sensoriales. El guardia hacía lo que podía para impedir que se empalase la mano.

Jaina se sintió mal. ¿Era ese el plan de Anakin? La ira que brotaba de Jacen dejaba muy claro lo que pensaba, pero Jaina no podía creer que Anakin ordenase a nadie que se quitara la vida, no cuando aún seguía tan afectado por la muerte de Chewbacca.

Ulahá estaba demasiado débil para bajar la mano hasta el final.

Pareció renunciar a ello, y entonces le quitó a su captor el coufee de su funda y lo pasó por el cuello del yuuzhan vong, haciendo brotar una catarata de sangre. Con una agilidad imposible para alguien tan herido, Ulahá lo lanzó por encima del hombro, de espaldas contra la cola del voxyn.

La punta se rompió contra la armadura de cangrejos vonduun del guerrero. *Duman Yaght* gritó una orden que hizo entrar a media docena de guerreros. El voxyn abrió la boca para chillar, y Jaina creyó que a Ulahá le había llegado el fin. Entonces Jacen interrumpió la fusión de combate, y Jaina sintió como intentaba sintonizar con las emociones del voxyn, intentando insuflarle la idea de que el ataque de Ulahá sólo era una distracción, y que el verdadero peligro estaba en los yuuzhan vong que entraban por su flanco. Era una jugada a la desesperada, que podría estropear la misión si *Duman Yaght* llegaba a entender la forma en que lo estaban manipulando. Jaina no esperaba menos de un Solo.

El voxyn movió la cabeza y eructó una burbuja de mucílago verde sobre el guardia más próximo. El yuuzhan vong se tambaleó media docena de pasos más, gruñendo, gritando, disolviéndose. Ulahá aprovechó la distracción para deslizarse hacia delante y hundir el coufee entre los ojos del voxyn.

La criatura se estremeció y cayó al suelo entre convulsiones, y hasta éstas cesaron

cuando la bith retorció la hoja. Sangre púrpura rezumó alrededor de la herida, convirtiéndose en humo marrón al entrar en contacto con el aire. Ulha se tambaleó hacia atrás llevándose una mano a la cara. Dio un paso más y se desplomó.

Los guardias supervivientes se detuvieron ante la nube marrón.

Duman Yaght ladró algo cortante y un guardia arrojó una bola de bioacelerador al cuchillo coufee, sellando la herida. Otro se tapó la boca y la nariz y corrió a recuperar a Ulha.

Ella permitió que el guardia la apartara de la nube de toxinas, y luego encogió las piernas bajo el cuerpo y se puso en pie. Ojos yuuzhan vong muy abiertos y bocas yuuzhan vong muy abiertas traicionaron su *Sorpresa* al ver incorporarse a alguien con el cuerpo tan maltrecho, y hasta *Duman Yaght* se quedó sin aliento.

Al otro lado de la cala se oyó un siseo familiar; los tres barabeles reían históricamente, mirando hacia atrás con sus ojos reptilesco vidriosos por el agotamiento.

Jaina se permitió una sonrisa y volvió a mirar a *Duman Yaght*.

—¿No tendrás otro voxyn con el que divertimos? El yuuzhan vong se la quedó mirando y, para *Sorpresa* de ella, sonrió.

—Sería una imprudencia, ¿no crees? Ya entiendo por qué el Maestro Bélico está tan decidido a exterminar a los *Jeedai* —hizo un gesto hacia dos guardias y la arrojó en sus brazos—. Te diré que se han acabado los juegos, Jaina Solo. Si ahora intentas alguna cosa, las consecuencias serían fatales.

—Puede —dijo Jaina, devolviéndole la sonrisa—. Pero no para nosotros.

El comentario despertó sentimientos de alarma en muchos del grupo de asalto, pero Jaina supo por la repentina oscuridad bajo los ojos de *Duman Yaght* que había dicho justo lo que debía decir. Este dio media vuelta, llamando ya al Lector de estrelas para que trazara un rumbo más rápido para llegar a la cita.

Capítulo 22

Mara preparaba polvocrepés y nalchichas, plato típico de Tatooine, en la única placa térmica asignada a las habitaciones de los Skywalker, pese a que habría sido más sencillo bajar una bandeja al comedor y pedir el desayuno a uno de los procesadores de comida militares de Eclipse. No es que fuera una gran cocinera en mejores circunstancias, y ya que se las había arreglado para tostar los polvocrepés y reventar las nalchichas, pero se negaba admitir la derrota. Bajar a por el desayuno habría significado abrirle la puerta al resto de la base, y cuando por fin había conseguido pasar toda una noche completa en compañía de su marido, cosa inhabitual, una noche en la que además Ben había dormido como un bendito, quería retenerlo a su lado unos pocos minutos más.

R2-D2 silbó desde el otro lado de la mesa de trabajo y pasó un mensaje urgente por la videopantalla de la sala.

—No hay razón para alertar a Control de Emergencias —dijo ella—. Esto no es un incendio.

R2-D2 tarareó una objeción.

—Esto no es cocinar, es... calentar —gruñó Mara—. Cualquier sugerencia de que es otra cosa te costará un borrado de memoria.

¿Está claro?

R2-D2 trinó desdeñoso y se calló.

Mara contempló como la nalchicha se desmenuzaba en negras migajas en la improvisada sartén. Luke eligió ese momento para salir de la estación de aseo, poniéndose una túnica por encima del pelo mojado.

—Eso huele bien —se llevó a la boca un trozo de ennegrecida nalchicha, evitando de algún modo poner mala cara y asintiendo aprobador—. Es como la que hacíamos en casa.

—¿De verdad? —preguntó Mara dubitativa—. Y yo que siempre pensé que el motivo por el que dejaste Tatooine era para unirme a la Rebelión y salvar la galaxia.

Luke se mantuvo inexpresivo.

—No, fue por la comida. Sin duda.

Cogió una correosa polvocrepé y empezó a masticarla, poniendo los ojos en blanco como si disfrutara de un bol de thakitillo verde.

Desarmada por la buena disposición de Luke, como siempre, Mara se rió y se echó hacia adelante, apoyándose en la mesa, para besarlo.

Todos los demás en Eclipse podían considerarlo el enigmático Maestro Jedi y la última esperanza de una galaxia en peligro, pero para él era el querido marido que siempre sabía lo que decir, el humilde granjero de humedad que había sabido ver en

el a una valía que ni siquiera el a podía sospechar. Que la había aceptado como su igual pese a saber todo lo que había hecho al servicio de Palpatine, todas las mentiras que había dicho y todas las vidas que había quitado, para luego convertirse en un amigo y finalmente, en cuanto Mara se dio cuenta de que la Fuerza los dirigía hacia una relación muy diferente a la prevista por el Emperador Palpatine, en su amante y su esposo.

Se apartó de los labios de su marido y sonrió.

—Por lo de anoche.

Luke miró al otro lado de la habitación, donde Ben dormía en su cuna, vigilado por una versión actualizada de la misma niñera droide TDL que había atendido a Anakin y a los gemelos cuando eran pequeños, y no necesitó decir lo que pensaba. Mara le cogió de la mano y empezó a llevárselo al dormitorio.

Casi habían llegado a la puerta cuando R2-D2 silbó reclamando su atención.

Mara ni se dio la vuelta.

—Ahora no, Erredós.

R2-D2 volvió a silbar y proyectó en la videopantalla de la sala una imagen en directo del hangar. Mara vio el *Sombra* y el *Halcón* estacionados junto a una docena de otras naves grandes al otro lado del cavernoso lugar, donde técnicos de mantenimiento apartaban varios bombarderos para dejar sitio a una nave en camino. La zona central estaba ocupada por setenta nuevos Ala-X XJ3 que el almirante Kre'fey había ido distrayendo discretamente hacia Eclipse, mientras que el variopinto grupo de cazas de Saba Sebatyne y los Ala-X castigados en combate de Kyp Durrón permanecían aparcados y desatendidos en el lado del hangar más cercano a la cámara.

La imagen hizo un zoom a la zona situada entre los nuevos Ala-X y los viejos cazas. Corran Horn estaba rodeado por pilotos pertenecientes a la Docena de Kyp, los Caballeros Salvajes y los Conmocionadores. Este último escuadrón era el de Eclipse y estaba compuesto tanto por Jedi *Novatos* como por veteranos no Jedi que llevaban el espacio en las venas. Los tres líderes, Kyp Durrón, Saba Sebatyne y el no Jedi Rigard Matl, hablaban a la vez mientras un Corran Horn, con gesto impaciente, miraba a la holocámara del techo.

Luke suspiró y preguntó a Mara: —¿Te importa?

—Me importará más si no ganamos la guerra —dijo ella—. Corran parecerá estricto y moralista, pero no es de los que piden ayuda sin necesitarlo. Erredós, danos sonido.

Por el altavoz les llegó el tono impaciente de Kyp Durrón.

—... no sé a qué esperamos. Puede que Danni sepa bloquear a los yammosk y puede que no, pero mientras tanto los yuuzhan vong tienen a Anakin y a los demás—. Al igual que a la mayoría de los pilotos que no habían prometido quedarse en Eclipse, a Kyp no se le había informado de que la captura del grupo de asalto no era más que

una trampa—. Mientras nosotros nos entrenamos aquí, ellos se adentran más y más en territorio yuuzhan vong.

—Iremos a por ellos cuando lo diga el Maestro Skywalker —replicó Corran—. Hasta entonces, nos quedaremos quietos y esperaremos órdenes.

—¿Órdenes? —bufó Kyp—. Esto no es el ejército, Corran. Los Jedi no esperan a recibir órdenes cuando el enemigo se lleva a los suyos al sacrificio.

—Puede que no, pero tampoco se precipitan al combate sin ir preparados —dijo Rigard. Era un antiguo piloto de TIE con una cicatriz de guerra en la cara casi tan desagradable como las de un yuuzhan vong, y odiaba la guerra con pasión, aunque siempre había acabado luchando en un bando u otro, a veces en los dos, en todos los conflictos galácticos habidos desde la Rebelión-Estamos preparando más cosas además de las investigaciones de Danni en modulación gravitacional. Queremos reservarnos las cartas hasta que esté todo listo.

—Es eze rezervarze las cartas lo que preocupa a ésta —dijo Saba Sebatyne dirigiéndose a la holocámara, dejando bien claro que hablaba con Luke—. Ésta cree que cuando alguien saca demaziado un brazo, puede acabar perdiendo una mano.

—¡Rayos! —siseó Luke, repitiendo una maldición que Mara no le oía desde que Jaina y Jacen estaban en la Academia Jedi—. Otra vez Kyp.

—Será mejor que bajemos —dijo Mara buscando su comunicador al otro lado de la mesa—. Haré saber a Corran que vamos hacia allí.

Maray Luke se vistieron, dieron instrucciones al droide niñera para que los avisara cuando Ben despertase y se dirigieron al hangar.

Tuvieron que ponerse capas térmicas porque ahora el sistema de refrigeración de la base funcionaba demasiado bien y los pasillos estaban en constante peligro de cubrirse de escarcha.

A medida que se movían por los pasillos, Marasintió que la discordia aumentaba en Luke. Aunque su lazo no era lo bastante profundo como para leerle los pensamientos en todo momento, sabía que volvía a pensar en las dificultades de ser el líder y tener una familia.

Precisamente cuando más lo necesitaban los Jedi, lo que de verdad le preocupaba era que la recuperación de Mara tan misteriosa como su enfermedad, fuese sólo temporal. Y precisamente cuando más necesitaba estar a su lado aprendiendo a ser un buen padre, tenía que luchar para mantener unidos a los divididos Jedi y encontrar el mejor camino por el que guiarlos.

Doblaron por una esquina y empezaron a bajar por el pasillo que llevaba a la gran escotilla de emergencia del hangar, y Mara le cogió la mano.

—Skywalker, a veces creo que debería sacudirte en la cabeza. Luke la miró sin parecer muy sorprendido. —¿De verdad?

Mara giró una mano en dirección al hangar.

—Todo lo que haces con los Jedi, lo haces por nosotros —pulsó el panel de control y la esclusa de aire en iris se abrió—. Ben es potente en la Fuerza. Sé que tú también lo has sentido.

—Así es —asintió Luke.

—Por eso los Jedi deben ganar esta guerra. Si no la ganamos, ¿cómo podrá estar Ben a salvo?

Luke se paró y Marasintió que la discordia de su interior se desvanecía. La empujó para que pasara delante.

—No lo había visto así.

—Claro que no. Eres demasiado generoso —abrió la puerta del hangar—. Pero yo no. Y ahora, ¿te encargas tú de corregir a Saba y a Kyp, o tendré que hacerlo yo?

Sintió en la nuca la sonrisa de Luke.

—Será mejor que lo haga yo. No sería justo dejarlos a tu merced.

—¿Justo? ¿Qué te hace pensar que me importa si es justo o no?

Salieron de la esclusa y caminaron hasta donde estaban los pilotos.

Danni Quee también se había unido al grupo, sin duda llamada por Saba en cuanto ésta supo que Luke estaba en camino. Estaba convencida de que el grupo de asalto no podría resistir la ruptura y llevaba presionando a Luke para que enviara una misión de refuerzo casi desde que los Caballeros Salvajes volvieron de Arkania. Luke aún no había descartado esa posibilidad, en parte porque temía que Saba se llevara su escuadrón e intentase realizar esa misión por su cuenta, pero también porque le preocupaba que Danni tuviera razón.

Corran se apartó, cediendo a Luke su puesto a la cabeza de la congregación.

Luke permitió que a su voz asomara un toque de irritación y se dirigió sólo a Corran.

—¿Qué pasa aquí, Corran? ¿Por qué no estáis analizando el ejercicio de la mañana?

Los ojos de Corran traicionaron su *Sorpresa* por el tono en que Luke le hablaba, pero endureció su actitud.

—Maestro Skywalker, el ejercicio terminó prematuramente cuando el *Dama Fortuna* entró en el sistema. Llegará enseguida.

Luke oyó que Han y Leia se acercaban y con una mirada mandó a Mara interceptarlos. El sentimiento de finalidad que percibió en ella le confirmó que entendía lo que debía hacer.

Siguió mirando a Corran mientras Marase alejaba.

—No lo entiendo —su tono se mantenía regular pero firme—. Si Lando tiene problemas, ¿qué hacéis todos aquí? Saba Sebatyne dio un paso adelante.

—No es culpa del Jedi Horn, Maestro Skywalker. Ésta abandonó el ejercicio.

Luke alzó una ceja y esperó.

—Ésta quería saber cómo fue todo.

—¿Cómo fue qué? —preguntó Kyp, ignorando por completo el papel que había jugado Lando en la «captura» de Anakin—. Será mejor que alguien me diga lo que pasa aquí antes de que coja la Docena y me vaya.

Luke avanzó hacia Kyp.

—¿Cómo vamos a contarte nada cuando siempre estás dispuesto a dejarnos?

Kyp frunció el ceño, y miró por encima del hombro a sus pilotos.

—¿Estás diciendo que no puedes confiar en nosotros? —No es una cuestión de confianza.

Luke dejó que la afirmación pendiera en el aire y siguió estudiando a Kyp mientras Han y Leia se paraban tras él. Ninguno dijo nada, y los dos clavaron en Kyp una mirada silenciosa.

Por fin, Kyp desplazó la mirada de Luke a Saba.

—Saba sabe lo que pasa —se quejó—. Y tampoco ha prometido quedarse.

—Saba tenía derecho a saberlo. Su hijo está con Anakin —dijo Luke—. Y también sus aprendices.

Kyp lo meditó un momento y se volvió hacia Saba.

—No tenemos por qué aguantar esto, ¿sabes? Nosotros mismos podemos ir a rescatarlos.

Han negó con la cabeza.

—No, -chico, no puedes —señaló las compuertas herméticas—. Puedes coger la Docena e irte si quieres, pero no a rescatar a Anakin y los gemelos, no si la amistad significa algo para ti.

Kyp lo miró con aturdida confusión.

—Son tus hijos, Han. ¡Deberías querer que fuéramos a por ellos!

—Eso dependerá de lo que informe Lando Calrissian —le corrigió Saba—. Si ha sabido mediante su villip que han superado con éxito la ruptura...

—No habrá misión de rescate —dijo Luke. Vio cómo Han se nvaraba y a través de la Fuerza sintió desfallecer a Leia, pero Mara los había preparado lo bastante bien como para que no mostrasen otras señales de preocupación—. El grupo de asalto tendrá éxito o fracasará por sí solo. Y en caso de que pudiéramos llegar hasta ellos, vamos a estar demasiado ocupados con otras cosas.

—¿El grupo de asalto? —Kyp miró a Han buscando más información—. ¿Qué otras cosas?

—Lo siento, Kyp. Tendrás que preguntárselo a Luke —Han, como el jugador que era, elevó las apuestas—. Hay demasiado en juego como para que hable fuera de lugar.

Kyp volvió a mirar a Luke.

—¿Ya sabéis en qué consistía la finta de Arkania? ¿Por fin vamos a atacar a los

yuuzhan vong?

Luke se esforzó por mantenerse inexpresivo.

—No sabía que fuéramos a hacer algo juntos —mientras hablaba, el *Dama Fortuna* apareció ante la puerta del hangar y flotó al otro lado del campo de contención magnético mientras los técnicos apartaban a un lado la última nave, el Pretendiente, de Tendrá Risant Calrissian—. Si quieres ser parte de esto, tendrás que prometérmelo.

—¿Prometerte el qué? —dijo Kyp precavido.

—Hacer un juramento de alianza. ¿A qué clase de promesa crees que me refiero? —preguntó Han, con tono casi enfadado—. Prometer obedecer a Luke y hacer todo lo que él te ordene mientras cuente contigo. Si no haces eso, haz las maletas y vete. —Hizo una pausa y dulcificó un poco el tono—. Ya va siendo hora de que te portes como un verdadero Cabal ero Jedi.

Los ojos de Kyp brillaron ante la regañina. Por un momento, Luke pensó que Han se había pasado, pero, como siempre, el coreliano sabía hasta donde subir una apuesta. La mirada de Kyp se dulcificó, y algo paternal en Han pareció llegarle.

Se volvió hacia sus pilotos.

—¿Qué decís? ¿Nos unimos a los Jedi y simulamos estar en un ejército espacial de verdad?

—Sabes lo que queremos —zumbó un piloto insectoide verpine, cuyo nombre a Luke le avergonzó admitir que no conocía—. Mientras luchemos con los yuuzhan vong.

Kyp miró al resto de su escuadrón. Cuando manifestaron tener sentimientos similares, se volvió y asintió a Han.

—Vale, lo prometemos.

—A mí no, chaval —Han señaló tranquilamente a Luke—. Él es el jefe aquí.

Kyp se puso muy rojo, pero se tragó el orgullo y se volvió hacia Luke.

—Tienes nuestro juramento, Maestro Skywalker. Nos quedaremos mientras nos quieras aquí.

—¿Y obedecerás las órdenes? —dijo Corran Horn. Kyp usó una expresión amarga.

—Si es necesario.

—Lo es —Luke vio como el *Dama Fortuna* entraba en el hangar y se volvió hacia Saba Sebatyne—. ¿Y los Caballeros Salvajes?

—Por supuesto, si de verdad los Jedi quieren combatir a los invasores —dijo Saba—. ¿Has determinado ya cuál era el propósito de la finta del Maestro Bélico en Arkania?

—Aún estamos con eso —dijo Luke—. Pero vamos a combatir a los yuuzhan vong. De no ser así, nunca habría arriesgado la vida de tu hijo y tus aprendices.

Capítulo 23

El gemido de un wookiee aturdido reverbero en la gélida cala del *Muerte Exquisita*. Anakin giró cuidadosamente la cabeza. Lowbacca y otros muchos estaban ocultos tras un pequeño bosque de árboles con ysalamiris que los yuuzhan vong habían hecho entrar en la cala, pero podía ver a Jaina y Eryl ante él, y a Jovan y los barabeles en el muro adyacente. Todos seguían sujetos al suelo con las manos entre las rodillas, y todos se removían, intentando aliviar la tensión en piernas y espalda. Los barabeles parecían especialmente incómodos, con las gruesas colas estiradas tras ellos, la punta sujeta con gelatina blorash.

Anakin miró a Zekk y a su hermano y alzó las cejas. Zekk asintió impaciente, pero Jacen cerró los ojos y miró a otro lado. Anakin no sabía qué le preocupaba a su taciturno hermano, y no estaba seguro de si le importaba, por lo que se limitó a bajar la barbilla hacia la axila izquierda.

—Activar escapada —susurró.

Notó un cosquilleo caliente cuando el implante subcutáneo transmitió el mensaje, y un pesado pie raspó el suelo tras él. Anakin se encogió y encajó el esperado ataque en su muy castigada espalda.

—Silencio, *Jeedai* —dijo el guardia—. Una palabra más y te llenaré la boca de gelatina blorash.

Anakin fijó la mirada en el suelo, inseguro del tiempo que necesitarían los droides bélicos, incluso de si seguían o no sujetos a la nave. El guardia se demoró a su lado otros treinta segundos antes de irse.

Muchos minutos después, una serie de golpes distantes onaron dirigiéndose hacia ellos. De la parte trasera de la cala contigua les llegó el ruido de un golpe más sonoro, seguido del rugido amortiguado de una descompresión explosiva y el chirrido y el chido de equipo y criaturas cayendo al vacío. Las puertas membrana del final de la cala donde estaban los Jedi se abombaron peligrosamente hacia fuera, pero aguantaron lo bastante como para volverse opacas y rígidas como paneles de duracero.

El subalterno ladró algo en yuuzhan vong. Al no recibir respuesta alguna por el villip del hombro, envió dos guardias a investigar, asignó ocho más a vigilar a los prisioneros Jedi y se llevó a los dos últimos al final de la cala. Anakin sabía que en esos momentos 2-1S estaría haciendo guardia mientras 2-4S se iba la abertura con espuma de parchear para emergencias, fusionando la cápsula de equipamiento abierta al casco externo del *Muerte*. Estudió cuidadosamente a los guardias, alertas a cualquier posible orden que pudiera llegarles por los villips de sus hombros.

El subalterno acercó la cara a la puerta como si fuera a respirar sobre ella, pero

entonces un disparo de cañón se abrió paso por la membrana opaca dispersando tripas negras por todas partes. A Anakin le zumbaron los oídos mientras se igualaba la presión de ambas calas, y una serie de fogonazos estroboscópicos de un arma redujeron a carne humeante a los dos escoltas del subalterno.

Los demás yuuzhan vong se llevaron la mano a los insectos aturdidores y los anfibastones. Algunos se volvieron para atacar al grupo de asalto y cayeron blanco de aul adores rayos verdes al entrar 2-1S en la cala. En su armadura, fría como el espacio, se estaba formando una capa de hielo, y tenía los fotorreceptores nublados; Anakin temía que el droide se quedara quieto sin hacer nada mientras se estabilizaba la temperatura de su superficie. En vez de eso, 2-1S activó su antiniebla térmico y acabó con dos enemigos que intentaban ponerse a cubierto. Alzó la otra mano y empezó a derribar ysalamiris de los árboles con un descargador de electrorrayos opcional.

El guardia de Anakin gritó algo sobre *Jeedai* y giró sobre sus talones para atacarlo, quedando partido por la mitad al encajar un torrente de disparos de fuego rápido. La descarga barrió la pared atravesando un árbol de ysalamiris y desmembrando a otro yuuzhan vong que atacaba ajacen. 2-1S hacía todo esto al tiempo que entraba en la cala, encajaba el ataque de los insectos turdidores y quemaba con electrorrayos a los dos guerreros que había junto a Jaina. A nadie se le escapó que los droides estaban protegiendo a los tres Solo, en un ajuste de su programación que Lando descuidó mencionar, pero los demás no tuvieron motivo de queja.

CYV 2-4S entró en la cala pisándole los talones a 2-1S, disparando un cañón láser con un brazo y minicohetes con el otro. Traspasó los codos de un yuuzhan vong que intentaba decapitar a Jovan Drark, y apartó a otro de Tekli con un minicohete autoguiado.

Sólo Tesar tuvo que defenderse solo, arrancando la cola de la gelatina blorash y, tras dejar atrás la punta, barrer los pies del atacante con ella. El yuuzhan vong cayó aparatosamente, pero alzó el anfibastón hacia el tronco de Tesar, para ver como la cola de Bela, sin punta, le sujetaba los brazos contra el suelo. Krasov remató la pelea golpeándolo en la traquea con su cola, también sin punta.

—¡Sorpresa! —repuso Tesar con voz rasposa.

Esto sumió a los tres barabeles en un desconcertante ataque de risa.

Tesar utilizó el extremo descarnado de su cola sin punta para abrir la bolsa que el yuuzhan vong llevaba a la cintura y echar escarabajos al blorash que sujetaba al suelo a los Jedi más cercanos.

Anakin miró a 2-1S al otro lado de la cala.

—Asegura las puertas —ordenó.

Un escarabajo aterrizó junto a su tobillo, y luego otros más entre Jacen y él, por lo

que no tardaron en estar libres. Asignó a un grupo a recuperar las armas y el equipo de la cápsula, a otro a deshacerse de los ysalamiri y a los demás a evaluar el estado médico del grupo y atender a Ulahá. Sólo entonces se unió a 2-1S en la puerta delantera, donde el droide miraba por la membrana translúcida hacia un largo pasillo de acceso.

—Informa.

—Señor, vamos quince segundos por delante de lo previsto. Dos-Cuatro-Ese atravesó el casco con diez contenedores de gas coma, de efectividad indeterminada por el momento. Se detectaron tres voxyn en la cala de popa y se les atacó con detonadores térmicos de clase C; una barrida de los sensores tras la explosión no detectó formas de vida supervivientes.

—¿Y la nave en sí? —preguntó Anakin. Tekli apareció a su lado, su gordezuelo morro de chadra-fan se agitaba de forma incesante mientras le rociaba un antiséptico calmante en la espalda en carne viva. Asintió para dar las gracias, pero siguió mirando fijamente a 2-1S—. ¿Habéis podido hacer un mapeo interno?

—Señor, estamos a bordo de una nave guía semejante a una corbeta, con una longitud de ciento veintidós metros y una tripulación estimada en noventa y ocho individuos. El sonar ultrasónico sugiere un diseño de dos plantas con cubiertas contiguas que comparten un mismo suelo, cuatro pasillos de acceso principales, tres calas a proa junto al puente y una red importante de conductos que no aparece en los diagramas.

Anakin gruñó para sus adentros; los conductos facilitarían al enemigo poder moverse sin ser detectados. Los barabeles se situaron detrás de él cargados con armas, equipo y abultados monos.

—Uno-Uno-A pescó estas cosas del sumidero —dijo Tesar, entregando a Anakin su sable láser.

Cuando Anakin lo cogió, el cristal lambent de su interior lo abrió a la presencia de los yuuzhan vong: una furia imprecisa en la parte delantera de la nave.

Bela señaló un pegote de mugre del mango.

—¿Quieres esa carne?

—Esto... pues no.

Anakin limpió el mango de basura y enganchó el arma al arnés del equipo que le pasaba Tesar. Los barabeles intercambiaron inexpresivas miradas reptilesas, y Krasov recuperó el pegote y lo dividió en tres partes iguales. Anakin puso los ojos en blanco y cogió una pistola láser y media docena de granadas aturdidoras del pequeño arsenal con el que cargaba Tesar, el cual había insistido en sustituir a Tekli en esa tarea, mientras él se envolvía la espalda en vendajes de bacta.

Bela repartió monos entre los que aún no estaban vestidos y al cabo de unos momentos todos los miembros del grupo de ataque vestían el sencillo uniforme

marrón que hacía que los Caballeros Jedi parecieran tan eficientes como intimidadores. Los monos también hacían las veces de armadura ligera al estar forrados de las mismas capas alternas de molytex y fibra cuántica que hacían tan impenetrable el blindaje de laminanium de los droides CYV. En un aprieto podían hasta hacer las veces de trajes de vacío; habían sido diseñados para funcionar con los trajes de emergencia que se llevaban en Eclipse, pero sus sujeciones independientes permitían un aislamiento hermético.

Anakin dividió al grupo en dos escuadrones, de asalto y de apoyo, y trazó un plan. Tras conceder a todos unos momentos para meditar y revitalizar con la Fuerza sus doloridos cuerpos, abrieron sus emociones unos a otros.

Cuando Jacen formó la fusión de combate, Anakin sintió ciertas reservas en su hermano, un recelo que produjo incómodas ondas en todo el grupo de ataque. Lamentó al instante no haber hecho volver a Jacen con Lando, pero se tragó la irritación y se centró en la tarea que tenían entre manos. El grupo percibiría su resentimiento a través del lazo emocional, y esa distracción era lo último que necesitaban en ese momento.

Anakin se puso una máscara en nariz y boca y fijó la capucha de su mono para que le protegiera la cabeza. Cuando los demás hicieron lo mismo, le impresionó tanto el efecto que producían que se sintió mejor al instante.

—¡Astral! —exclamó—. Actuemos ya.

CYV 2-1S abrió el codo y disparó dos granadas luminosas al pasillo, cruzando luego la rasgada puerta membrana. Insectos aturdidores empezaron a teñir de rosa su armadura de laminanium. Silenció la fuente con una ráfaga de disparos láser y los Jedi lo siguieron hacia delante. El interior de la nave tenía un extraño aspecto cavernoso y sucio, con difusos círculos de liquen bioluminiscente en las paredes, nubes de gas coma girando en el aire y válvulas de puertas abiertas cada dos metros.

Anakin avanzó sable láser en mano y pistola en cartuchera. Tras él iba Tesar Sebatyne, acunando en ambos brazos un potente rifle B-100, seguido de Alema Rar y el resto del escuadrón de asalto. Jacen iba en el medio, con Tenel Ka, seguido por una indignada Tahiri que quería ir delante con Anakin, y Bela y Krasov Hará. El último era 2-4S, ocupado en cubrir a Lowbacca que estaba usando un taladrador láser para insertar minas de flecha en los conductos del sistema.

Jaina se quedó atrás con Ulahá y el escuadrón de apoyo, cubriendo los demás pasillos con potentes minicañones láser.

A medida que Anakin y los demás se desplazaban hacia el puente cada vez fue más evidente que el gas coma había hecho su trabajo.

Había yuuzhan vong inconscientes sobre combadas válvulas de puertas, encogidos en sus bancos nidos, derribados en sus puestos en nodulos de escudos y torretas de armamento. Varios habían caído al suelo ante sus gnul ith, su equivalente a

las máscaras de oxígeno, y un tripulante hasta se las había arreglado para ponerse la cosa en la cara antes de caer presa de los efectos neuronales del gas.

El escuadrón de asalto sólo fue atacado una vez, cuando Anakin sintió un repentino ramalazo de ansiedad enemiga tras la válvula semiabierta de una puerta. Para cuando se volvió para avisar a los demás, el guerrero protegido por un gnullith ya había lanzado dos insectos aturdidores contra el hombro de Bela. Los proyectiles se estrellaron inofensivos contra el forro blindado del mono, y la barabel apenas reaccionó antes de arrancar al atacante de su escondrijo y ensartarlo en el sable láser de su hermana.

A medida que se acercaban a la proa, el grupo fue perdiendo contacto con la Fuerza, sin duda debido a la cercanía de ysalamiris. Anakin también perdió la capacidad de sentir a los yuuzhan vong, algo que indicaba que el cristal lambent estaba conectado a la Fuerza de algún modo. Era bueno saberlo, se dijo, pero en realidad no le importaba mientras funcionase cuando recuperasen la Fuerza.

Diez metros delante de ellos, el pasillo terminaba en un mamparo vertical, donde un yuuzhan vong inconsciente parecía clavado a la pared. La extraña visión no extrañó a nadie; el enemigo había aprovechado al máximo el espacio de la nave, tal como haría cualquier buen ingeniero, y utilizaban los dovin basal para orientar la gravedad en la dirección que más les conviniera. El mamparo parecía una pared desde la perspectiva del escuadrón de asalto, pero sería un suelo en cuanto cruzaran esa distancia y pusieran un pie en él.

Un golpe acolchado hizo temblar el pasillo detrás de ellos.

—Dos-Cuatro-Ese informa de la detonación de una mina en el principal conducto de eliminación —dijo 2-1S—. El sonar sugiere que el agente que la detonó era un voxyn, que ha resultado herido, pero no tullido.

—¿Un voxyn? —preguntó Anakin tras su máscara respiradora—. ¡Creía que Dos-Cuatro-Ese los había desintegrado! —Había un cero coma ocho por ciento de posibilidades de que sobreviviera uno — replicó 2-1S—. Dos-Cuatro-Ese está calculando las probabilidades de una supervivencia doble...

—No me lo digas —dijo Anakin alzando una mano—. De verdad que no quiero saberlo.

Usó el comunicador para avisar a Jaina sobre el voxyn y envió atrás a 2-4S para que vigilase los conductos con ella, pidiendo luego a 2-1S que usara el sensor de transparencia.

—En el puente inferior hay once guerreros conscientes. Esperan en un camarote adyacente al mamparo que hay delante —informó el droide—. El análisis táctico sugiere la posibilidad de una emboscada.

—No me digas —repuso Anakin—. ¿Y Ganner?

—La triangulación del implante sitúa a Ganner Rhysode cinco metros a estribor y

moviéndose hacia delante. La acústica pasiva sugiere la compañía de varios guardias. Lecturas vitales satisfactorias, el ritmo del corazón y de la respiración indican un sueño profundo.

—Dormido por el gas coma pero en movimiento —dedujo Anakin—. Deben estar atajando de un compartimento a otro, o el escuadrón de Jaina los habría visto.

—Y tienen ysalamiris —dijo Alema Rar, posando una mano en el brazo de Anakin y hablando tan bajo que éste tuvo que acercar el oído a la máscara respiradora de el a—. Los yuuzhan vong nos creen blandos. Pretenden usarlo contra nosotros.

—¿Contra nosotros? —Anakin se encontró mirando casi hipnóticamente a los pálidos ojos de la twi'leko—. ¿De cebo?

Cuando el a asintió, Anakin se apartó de el a y conectó su sable láser.

Hundió la hoja en el suelo, cuidándose mucho de no traspasar al otro lado, y empezó a abrir un círculo. No tenía un plan concreto aparte de evitar la emboscada, pero a Ganner tampoco le ayudaría que se metieran de cabeza en una trampa. El coral yorik era más fácil de cortar que el duracero, pero saltaba y se agrietaba sonoramente al fundirse, y a Anakin le preocupó pillar al enemigo menos por *Sorpresa* de lo que esperaba.

Jacen se adelantó hasta ponerse al lado de Anakin.

—¿Qué haces? —la decepción era evidente en su rostro, y Anakin sabía que los demás también podían verla—. Deberíamos ir a por Ganner.

—No, antes hay que acabar con los que quieren emboscarnos —dijo Alema—. Esto es mejor.

—¿Cómo mejor? —preguntó Jacen—. Anakin no puede seguir sacrificando a los demás para hacer funcionar sus planes. Eso lleva al Lado Oscuro.

—¿Sacrificar a los demás? —Anakin no apartó la mirada de lo que hacía—. ¿De qué estás hablando?

—Primero Ulaha y ahora Ganner —dijo Jacen—. Le dijiste a Ulaha que atacase al voxyn, y ahora abandonas a Ganner.

La acusación golpeó a Anakin de forma casi física. Se le escapó el sable láser y abrió un profundo surco en el suelo, y se encontró mirando a su hermano, enfermo de ira y de dolor.

—¿Cómo puedes pensar eso? Ulaha desobedeció mi orden. Quería que le dijese a *Duman Yaght* el nombre de la base. ¡No le dije que atacase!

Las mejillas de Jacen se sonrojaron, y se quedó boquiabierto, quedándose un largo rato sin saber qué decir.

—Anakin, yo... lo siento —consiguió tartamudear al fin—. Cuando Ulaha atacó, yo pensé... Supuse...

—Sé lo que supusiste —dijo Anakin. Aunque el pesar de su hermano era evidente en su rostro encarnado, ninguna disculpa podría borrar la duda que había expresado

acerca de su carácter, ni el hecho de haberse apresurado a creer lo peor, tal como hizo su padre en la muerte de Chewbacca. Volvió a hundir el sable láser en el suelo y continuó cortando—. Apártate de mi lado. Sólo retrasas las cosas.

Jacen empezó a replicar, pero Tenel Ka lo cogió del brazo y lo apartó.

—Esto no puede resolverse ahora, Jacen. Debes dejarlo para más tarde.

Anakin cortó el círculo con ayuda de Alema, hasta dejarlo a escasos milímetros del otro lado, y activó el comunicador para avisar a Jaina de lo que iban a hacer. 2-4S y el a estaban muy ocupados manteniendo al voxyn herido atrapado en los conductos del sistema, pero hizo una pausa para avisar a Zekk y a Raynar de que no disparasen cuando vieran aparecer figuras por su pasillo.

Bela y Krasov remataron el círculo de una patada, se tumbaron sobre el vientre y desaparecieron por el suelo una tras otra. Por el agujero les llegó el tintineo amortiguado de sus rifles repetidores. Después pasó Alema, saltando de cabeza, seguida por Anakin, con un sable láser en una mano y una granada de concusión en la otra. Al otro lado, redujo su caída y aterrizó de pie en lo que parecía el techo.

El chirrido de las pistolas láser y el zumbido de los insectos aturdidores empujaron a Anakin contra la pared. Luchó por reorientarse mientras armaba la granada con el pulgar. Al final del pasillo había un trío de presuntos emboscadores, vistiendo armaduras de cangrejo vonduun cosidas de agujeros producidos por los láseres repetidores de las hermanas barabel.

Los insectos aturdidores procedían de la puerta abierta del compartimento de los emboscadores, y del mismo mamparo, donde dos guardias con gnullith les atacaban desde el puente por un agujero recién fundido. No veía ni rastro de Ganner, pero tampoco lo esperaba.

Anakin hizo una seña con la cabeza a Alema, situada al otro lado del pasillo. El a armó su propia granada y los dos las lanzaron al compartimento de la emboscada. Dos fogonazos luminosos, un grito gutural, y al pasillo brotó una lengua de fuego que apestaba a carne quemada.

Anakin hizo una señal a los demás para que le siguieran y cargó hacia delante, al otro lado de la cortina de llamas. Una hilera de insectos aturdidores se estrelló contra la pared, y uno lo alcanzó en el pecho haciéndole caer de espaldas. Bela y Krasov pasaron por su lado, disparando contra el mamparo, seguidas por Alema, que se detuvo para ayudarle a ponerse en pie. Le dolía respirar e igual tenía una costilla rota, pero el forro blindado de su mono le había salvado de una herida o un dolor más profundos. Activó el comunicador.

—Dos-Uno-Ese, asegura el mamparo.

El droide apareció al final del pasillo y se dejó caer en el mamparo, ahora perpendicular a Anakin. Los guardias del puente le lanzaron un enjambre de insectos aturdidores y guijarros de magma, abriendo en su blindaje llameantes agujeros del

tamaño de un pulgar.

Contraatacó con disparos láser y electrorrayos guiados por sensores, y el fuego enemigo disminuyó.

Un chorro esporádico de insectos aturdidores cayó sobre 2-1S desde la cubierta donde habían localizado a Ganner. El droide ignoró esa molestia y se dejó caer de rodillas junto a los agujeros fundidos para disparar hacia el mismo puente. Anakin envió a Alema y a las hermanas Barabel a apoyar al droide, y volvió a] agujero del suelo para dejarse caer al otro lado.

Tesar y Lowbacca estaban en el compartimento delantero, dibujando una nueva puerta con detonita elástica. Cuando Anakin se acercó, los dos se apretaron contra la pared y encendieron la carga con la punta del sable láser de Lowie. Se oyó un crujido cortante y el repiquetear de la metralla, el humo llenó el aire y la nueva puerta continuó cerrada. Tesar se apartó de la pared y saltó contra el coral yorik con los pies por delante.

El pedazo voló al compartimento contiguo, estrellándose contra algo grande, y arrancando una sorprendida maldición yuuzhan vong. Tesar silenció la voz con el rugido constante de su rifle láser, y Lowbacca cargó tras él. Anakin conectó su sable láser y... oyó el eructo demasiado familiar de un voxyn escupiendo ácido.

Los pensamientos de Anakin fueron a Lowbacca; no soportaba la idea de decirle a la familia de Chewbacca que otro miembro había muerto a su lado. Entonces el moco marrón brotó de la puerta improvisada y salpicó la pared de enfrente. En el interior se oyó el gruñido de un wookiee y el siseo agudo de un sable láser intentando cortar algo, seguidos de un fantasmal chillido de dolor que se moduló rápidamente en el estallido inicial de un aullido de ataque.

El rifle de Tesar volvió a rugir.

El aullido se ahogó e interrumpió. Anakin cruzó el umbral y se encontró dentro de una gran sala de oficiales, donde un voxyn chamuscado por un disparo láser correteaba hacia un agujero en la pared trasera. A la cosa le faltaba al menos una cola y dos patas traseras, pero seguía siendo lo bastante rápido como para esquivar un disparo láser.

En el suelo había casi una docena de yuuzhan vong víctimas del gas coma, y dos despiertos se refugiaban tras los restos de un árbol de ysalamiri destrozado por unas garras, con el rostro medio oculto por los gnul ith, con el anfibastón preparado. Tesar se deshizo del castigado árbol del ysalamiri con un disparo rápido de su láser, y los guerreros yuuzhan vong se lanzaron al combate.

Tesar movió el rifle y abrió un agujero en el peto del primero, arrojándolo contra la pared. Anakin interceptó al segundo, permitiendo que Lowbacca hiciera un último disparo contra el voxyn en fuga.

El yuuzhan vong intentó atrapar a Anakin contra la pared, pasando el anfibastón a

látigo y lanzando contra sus ojos la cabeza con colmil os.

Era una táctica conocida, casi irrespetuosa. Anakin simuló trastabillar y cayó en postura agazapada, atrapando el ataque con la ardiente hoja de su sable láser.

La serpiente retrocedió. Anakin apoyó su mano libre, giró las piernas en redondo y atrapó las rodillas del yuuzhan vong en una presa de tijera. El guerrero gritó y cayó al suelo como un fardo. El anfibastón volvió a atacar. Anakin lo paró, arrojó la cosa lejos y le cortó el cuello a su enemigo con la hoja.

Mientras la cabeza se alejaba rodando, giró hacia la pared trasera y sintió un gran alivio al ver que Lowbacca sostenía otra pata de voxyn.

Los gruñidos de decepción del wookiee no dejaban lugar a dudas de que la criatura se le había escapado, pero Anakin se contentaba con verlo ileso. Se puso en pie y, como temía, no vio ni rastro de Ganner en la sala.

Anakin sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral y se dio cuenta de que volvía a percibir a los yuuzhan vong. Entonces sintió que Jacen le tocaba la mente. También percibía otra sensación, la del ansia familiar del voxyn, herido y hambriento, acechando en alguna parte de los conductos. Ya le darían caza luego, una vez controlaran la nave. Agitó el sable láser al otro lado de la puerta para no quedar reventado por el disparo de un minicañón amigo, hizo señas a Tesar y Lowbacca para que lo siguieran y salió al pasillo.

Por el comunicador le llegó la voz de Jaina.

—¿Qué es lo que he sentido? No puede ser un voxyn. Dos-Cuatro-Ese y yo lo hemos matado. Ahora mismo estamos buscando su cuerpo.

—Tú vigila los conductos —dijo Anakin, resistiéndose al deseo de preguntar a 2-1S cuáles eran las probabilidades de que los tres escapasen al detonador térmico—. Hay otro más.

Se volvió hacia el mamparo y encontró a 2-1S arrodillado sobre la destrozada válvula puerta, disparando al puente un chorreo de rayos no letales, intimidadores pero relativamente inofensivos. Nadie le devolvía el fuego, pero el droide tenía la armadura agujereada y humeante de pies a cabeza, con varios cráteres profundos como un puño allí donde el enemigo había conseguido concentrar sus ataques.

Desde luego había presencia yuuzhan vong en el puente, pero la sensación era demasiado borrosa como para decir cuántos eran o en qué estado estaban. CYV 2-1S se volvió hacia él.

—Mamparo asegurado, pero el enemigo tiene un cautivo en el puente, el Jedi Rhysode —tenía los fotorreceptores rotos y manchados de jugo de insecto aturdidor—. Vamos dos minutos once segundos por delante de lo previsto.

—¿Esperabas otra cosa? —Anakin quiso que eso sonase a chulería, como las de su padre, pero el efecto quedó estropeado cuando una punzada de sus magul adas costillas le hizo chillar las dos últimas palabras. Miró al puente—. No tienes buen

aspecto, Dos-Uno-Ese.

Acabaremos sin ti.

—Afirmativo —respondió el droide—. Sistema de sensores inestable.

En vez de arriesgarse a meterse en una trampa al entrar por la castigada válvula de entrada al puente, Anakin se tumbó junto a los fundidos agujeros y miró por ellos. Al otro lado había más de una docena de yuuzhan vong, la mayoría sumidos en el sueño del gas coma. Algunos con gnullith en la cara, sin duda puestos allí por camaradas bien intencionados que no sabían que se requeriría un antídoto para despertar a sus compañeros. Había un puñado de guerreros muertos en extravagantes posturas, sus heridas humeando todavía por el calor de los fatales disparos láser.

La capucha de cognición que se usaba para guiar la nave colgaba a pocos centímetros del rostro inexpresivo del piloto comatoso, mientras que los guantes de interfaz neuronal con los que se regulaban los sistemas de la nave estaban en diferentes consolas de control, normalmente en manos de un yuuzhan vong dormido que seguía teniéndolos puestos. Anakin se sintió decepcionado al encontrar vacío el asiento del comandante y a nadie a menos de tres metros de él. *Duman Yaght* había escapado al gas.

—No parece que ahí dentro esté pasando gran cosa —dijo Anakin, dirigiéndose a Lowbacca, Tesar y el resto del escuadrón de asalto—. Pero tened cuidado. No queremos ser descuidados y darle a Ganner por error.

—¿Seguro que n»? —preguntó Tahiri, arrancando una carcajada a los demás.

Anakin se permitió una risita, pero dijo:

—Al menos de momento.

Conectó el sable láser y se zambulló de cabeza por el agujero, entonces sintió un ataque y movió el arma para bloquearlo. El insecto aturdidor se incineró con un siseo cortante, y Anakin giró en dirección al asalto, avanzando para proteger a los que le seguirían.

—Muy impresionante, *Jeedai*.

Anakin miró hacia la voz y encontró a *Duman Yaght* llevando un gnullith y parado tras una consola de instrumentos, sosteniendo ante él la inerte forma de Ganner Rhysode, apuntando con un coufee a su garganta.

—Aquí estás —Anakin miró a su alrededor—. Y parece que solo.

—Deponed las armas —dijo con cuidado el comandante—, y vuestro líder vivirá para conocer a nuestro Maestro Bélico.

Anakin apagó el sable láser y desenfundó la pistola láser mientras Lowbacca y Tesar entraban en el puente.

—No conoces a Ganner, ¿verdad? —preguntó Anakin—. ¿Qué te hace pensar que es tan importante?

—Has venido a por él, ¿no? —*Duman Yaght* retrocedió unos pasos, llevándose a

Ganner para que le sirviera de escudo contra los tres Jedi—. Os hemos estudiado, *Jeedai*. Sois blandos cuando se trata de la muerte de uno de los vuestros.

—No tan blandos —Anakin alzó la pistola hacia la cabeza del comandante, y Tesar hizo lo propio con su rifle—. Pero te ofrezco un trato. Si te rindes, te pondremos en la lanzadera con el resto de tu tripulación.

Los ojos del yuuzhan vong se endurecieron.

—¿Y deshonrar a *Duman Yaght*? —Pasó suavemente el coufee por el cuel o de Ganner, provocando una gota de sangre de dos centímetros de largo—. Los yuuzhan vong no nos rendimos.

—¿De verdad?

Anakin buscó en la Fuerza y la usó para apartar el coufee del cuel o de Ganner. *Duman Yaght* abrió mucho los ojos y forcejeó un momento para llevar el cuchil o otra vez al cuello de su cautivo, luego ladró algo en su lengua y dejó que volara de su mano.

Cuando la otra mano se movió, su cabeza desapareció en la convergencia de los disparos láser.

—¡Por la cola rota de éste! —Tesar se llevó el rifle al hombro y avanzó para recoger a Ganner—. No se rinden.

Capítulo 24

Nom Anor no podía creer que Vergere se atreviera a sugerir que el Maestro Bélico perdiera el tiempo con un juego de infieles, y menos que sobreviviera a la afrenta. Pero allí estaba ella, sentada ante Tsavong Lah, estudiando una versión de dejarik preparada por un cuidador, completa con sus monstruos animados y un tablero de terreno vivo. Al Maestro Bélico le quedaban dos monnok y un mantel ian savrip en miniatura, mientras que su emplumada mascota tenía un zancudo kintano y tres babosas k'lor'. Aunque a Nom Anor nunca le había gustado el juego, se había visto forzado a jugarlo en su versión holográfica durante su estancia en la galaxia lo bastante a menudo como para reconocer a un maestro cuando lo veía. Y no había duda de que Vergere era una maestra.

—No habría valido la pena aprender a jugarlo si los únicos que practicasen este juego fueran los estrategas de la Nueva República — estaba diciendo Vergere—. Pero se dice que el dejarik fue una vez un tema de estudio muy apreciado por los Caballeros Jedi.

Eso explicaba cómo había convencido al Maestro Bélico para que cometiera semejante blasfemia, comprendió Nom Anor. Tsavong Lah haría cualquier cosa que pudiese ayudarlo a derrotar a los Jedi.

—Las estrategias son más sutiles de lo que parece, Nom Anor —dijo Tsavong Lah, sin apartar la mirada del juego, sorprendiendo al recién llegado que lo había creído demasiado concentrado como para notar su escrutinio—. Y un guerrero debe conocer la mente de su enemigo.

—Es un juego muy popular en toda la galaxia —replicó Nom Anor—. Yo mismo he jugado varias veces.

—¿De verdad? —Tsavong Lah apartó la mirada del tablero_ Entonces quizá tengas alguna idea sobre la ruta que tomarán Jacen y su hermana para volver a casa?

—¿A casa? —Nom Anor estaba confuso. El *Muerte Exquisita* llevaba más de un día de retraso, pero eso no era extraño en las naves guía que operaban dentro de territorio enemigo y debían elegir sus rutas con mucho cuidado—. No sabía que hubieran escapado.

—¿Ah, no? —Tsavong Lah volvió a concentrarse en la partida de dejarik, y colocó su savrip entre dos babosas k'lor' de Vergere—. Interesante. Había supuesto que a estas alturas eso sería obvio para cualquier jugador de dejarik.

Una furia acalorada llenó las bolsas bajo los ojos de Nom Anor.

—El último informe del comandante supremo aseguraba que *Duman Yaght* dominaba la situación. ¿Acaso ha habido otro comunicado del que no estoy enterado?

—Todavía no —repuso Tsavong Lah con una sonrisa mientras Vergere

desplazaba el zancudo hasta su savrip, y él deslizaba su pequeño monnok por el espacio libre para matar al zancudo por detrás. Aprovechando esa muerte *Sorpresa* el Maestro Bélico hizo un segundo movimiento y amenazó a una babosa k'lor', sonriendo luego a Vergere—. Pero yo cada vez entiendo mejor la mente *Jeedai*.

Mantendrán un perfil discreto y atacarán cuando su captor se confíe.

Vergere le devolvió la sonrisa.

—Atacarán, pero no donde creemos —en vez de mover la segunda babosa k'lor' para que defendiera a la primera, la envió reptando dos escaques hacia el lado del tablero de Tsavong Lah—. Los videos de dejarik llaman a esto el gambito mortal del zancudo kintano. Derrota con promesas.

Ahora tenía tres babosas k'lor' dispuestas en ángulo recto, con los dos monnok de su rival atrapados entre dos de sus monstruos.

Atacase con el que atacase, los otros dos estarían en posición de contraatacar por detrás, efectuar un movimiento *Sorpresa* y atrapar al monstruo restante en una presa imbatible. El Maestro Bélico lo entendió con una sola mirada, y las bolsas de sus ojos se volvieron peligrosamente oscuras al darse cuenta de la limpieza con que Vergere le había ganado.

—Veo lo que quieres decir —limpió el tablero del juego con un barrido de la mano, se levantó y miró por una lente visora al exterior, al enjambre de facetadas naves negras que flotaban bajo la luz de las estrellas junto al *Sunulok*—. Así que nos han engañado. ¿Con qué fin?

—Los Jedi no piensan de forma muy distinta a ti —Vergere miró las imágenes holográficas de los monstrositos y seleccionó uno, para proyectarlo al tablero del juego—. Golpearán con más fuerza aquel o que más teman.

Tsavong Lah se apartó del visor y asintió al encontrar en el tablero sólo al rancor.

—Supongo que lo sabio sería asumir lo peor —se volvió hacia Nom Anor—. Cogerás el *Ksstarr* y te dirigirás enseguida al Baanu Rass.

Nom Anor asintió, no necesitaba explicaciones. El Baanu Rass orbitaba en ese momento el planeta Myrkr y era la mundonave más grande que había entrado hasta entonces en la galaxia. Tenía el cerebro moribundo y ya no controlaba su giro, por lo que los cuidadores que había en él empleaban dovin basal para dotarlo de gravedad. También estaba abandonado en sus tres cuartas partes, lo cual lo convertía en el lugar ideal para el programa de clonaje voxyn que estaba resultando tan efectivo contra los Jedi.

—¿Y los *Jeedai*?

—Haz lo que sea necesario, pero los gemelos Solo se han prometido al señor Shimrra. A esos debes traerlos con vida. —Como ordenes.

El sentimiento que inundó el corazón de Nom Anor se parecía más al triunfo que a la alegría. Aunque el Maestro Bélico había demostrado ser sorprendentemente

tolerante ante los acontecimientos de Coruscant, tampoco había castigado a Vergere por interferir en su misión. Cruzó los puños sobre el pecho y retrocedió hacia la puerta, planeando ya cómo convertir esta misión en una prefectura sobre el sector.

—Creo que cometes un error, Maestro Bélico —dijo Vergere en voz baja para que Nom Anor se viera forzado a admitir que estaba escuchando en caso de que quisiera contradecir sus palabras—. Dado que está en juego su reputación ante el señor Shimrra, ¿no sería más sabio enviar a alguien de mano más segura?

Nom Anor contuvo la lengua, por poco, y continuó retrocediendo hacia la puerta, forzando el oído para escuchar la respuesta de Tsavong Lah.

—Si te refieres a lo sucedido en Coruscant, sé lo que sucedió allí.

Nom Anor no es culpable de ello. Hizo bien al volver con nosotros.

Vergere continuó presionando, sorprendiendo más que irritando a Nom Anor.

—También hay que tener en cuenta la debacle con Elan y la Brigada de la Paz, y sus fracasos contra Mara Jade Skywalker. Se ha enfrentado muchas veces a los Jedi y siempre le ha ido mal.

La válvula de la puerta se abrió detrás de Nom Anor, pero éste se quedó donde estaba, inseguro de si debía irse o no.

Tsavong Lah se volvió hacia él.

—¿Entiendes lo que está en juego, Nom Anor? Las palabras de Vergere nacen de la rivalidad, pero lo que dice tiene sentido. Si no estás seguro del éxito, dilo para que podamos encontrar una solución entre todos.

—No hay motivos para preocuparse, Maestro Bélico —entendía perfectamente lo que estaba en juego: su prefectura y quizá hasta su vida—. No tengo dudas, ahora que sé que puedes ver a través de las intrigas de Vergere.

El rostro de Tsavong Lah se ensombreció.

—¿Y antes sí?

—Maestro, no he querido decir que dudase, sólo que no entendía tus métodos.

Tsavong Lah le hizo una seña para que volviese a entrar en la cámara.

—¿Y. qué es exactamente lo que no entendías? —Su tono era cortante—. Y no vuelvas a insultarme mintiendo.

Nom Anor respiró hondo y volvió al tablero de dejarik.

—Maestro, en esta galaxia existe otro juego llamado sabacc, donde las cartas-ficha cambian de identidad ante tus ojos —dirigió una mirada a su rival—, Vergere fue prisionera de los infieles durante muchas semanas y aún no nos ha proporcionado una explicación satisfactoria de cómo escapó.

—Los Lectores estuvieron satisfechos —replicó Vergere—. Igual que los sacerdotes de Yun-Harla.

—El os no conocen a Han Solo —nom Anor mantuvo la mirada fija en Tsavong Lah—. No es de los que dejan escapar a un enemigo.

—No me dejó hacer nada —replicó Vergere—. En mí hay más de lo que sabes.

—Y estaban en medio de una batalla provocada por la ineptitud de tus subordinados —añadió Tsavong Lah—. Y, lo que es más importante, durante su cautiverio Vergere aprendió muchas más cosas que jugar a dejarik. Sus consejos han salvado miles de naves, y hemos destruido tres flotas enteras de la Nueva República gracias a que adivinó correctamente sus intenciones.

—Es un pequeño precio a cambio de ganarse tu favor —la réplica brotó de los labios de Nom Anor casi antes de que se diera cuenta de que la pensaba—. Pero con esto no quiero decir que Vergere sea una traidora.

—Claro que no —dijo Tsavong Lah—. Sólo que carezco del juicio necesario para saber si lo es.

Nom Anor cerró los ojos.

—Yo nunca menospreciaría...

—Acabas de hacerlo. Pero eso no es lo que me preocupa —el Maestro Bélico calló y se mantuvo así hasta que Nom Anor se atrevió a abrir los ojos—. Lo que me preocupa es que seas tan imprudente como para creer que no eres transparente para mí —estudió a Nom Anor un largo rato antes de continuar—. Esta misión es más importante que cualquier otra que te haya encomendado. Y creo que sería sabio que llevaras un consejero contigo.

Ese día ya había menospreciado una vez la inteligencia de Tsavong Lah, y sabía que no debía volverlo a hacer. —Si el Maestro Bélico lo considera así.

—El Maestro Bélico lo considera así —se volvió hacia Vergere y, con voz tan severa como la utilizada con Nom Anor, dijo:— Tú lo acompañarás.

—¿Como consejera suya? —a Vergere se le erizaron las plumas—. No se aconseja a las babosas k'lor'. No saldrá bien.

—Más vale que sí —Tsavong Lah les sonrió con dureza—. Y ya he soportado suficientes celos entre vosotros. A partir de este momento, triunfaréis, o fracasaréis, juntos.

Capítulo 25

—¿Qué podía pensar yo cuando Ulaha atacó?—preguntó Jacen. Pese a su frustración, hablaba en voz baja para no molestar a Ulaha o a cualquier de los otros sumidos en un trance curativo en los bancos nido de los yuuzhan vong—. Pareció como si Anakin se lo hubiera ordenado, y no fui el único que lo pensó.

—Es un hecho —admitió Tenel Ka. Estaba sentada a su lado en un banco nido, rozando su hombro con el suyo de un modo que era algo más que cómodo. Tenían los sables láser a mano; no pensaban correr ningún riesgo con un voxyn todavía libre por los conductos del sistema—. Pero tú eres su hermano. Lo que en otros puede parecer una equivocación, en ti es un juicio. Y tus objeciones al consejo de Lando no ayudan.

—Los jugadores y los espías pueden permitirse prescindir de la moral —replicó Jacen—. Pero un Jedi no. Nuestro poder nos facilita demasiado el tomar un camino oscuro, y de suceder eso no seríamos los únicos en padecerlo.

—Cierto. Pero, ¿recuerdas mi primer sable láser?

—¿Cómo podría olvidarlo? —preguntó Jacen, preguntándose adonde quería ir a parar. Tenel Ka había cometido el error de construir con prisas su primer sable láser, y el cristal defectuoso hizo que fallase durante un entrenamiento con Jacen. La hoja de él le había rebanado el brazo izquierdo, en la que fue su primera lección sobre la carga que representa tener un gran poder—. Me sentí responsable del accidente durante mucho tiempo. De hecho, sigo sintiéndome así, en parte. Pero no veo qué tiene que ver eso con Anakin y conmigo.

—Nadie tuvo la culpa del accidente salvo yo —Tenel Ka le dio un golpecito en el pecho con su única mano para enfatizar su argumentación—. Lo que yo tomé por confianza en mis habilidades de luchadora era arrogancia. Por eso construí un sable láser defectuoso.

—Arrogancia —repitió Jacen. Por mucho que lo intentase seguía sin ver en qué se parecía su error al de Tenel Ka—. ¿Y?

—¿Crees que eres el único Jedi de entre nosotros que comprende el peligro que supone el Lado Oscuro?

—Claro que no. La mayoría de nosotros tuvimos problemas con la Academia de las Sombras, y hasta Zekk se volvió... —Jacen dejó sin terminar la frase, comprendiendo por fin el argumento de Tenel Ka.

Anakin conocía el peligro que suponía el Lado Oscuro tan bien como cualquiera. Creer que era capaz de ordenar el loco ataque de Ulaha era dudar de algo más que de su juicio, era dudar de su mismo carácter. Jacen negó con la cabeza, sintiéndose culpable—. Fue un error. Un error muy grave.

—Es un hecho —Tenel Ka chocó su hombro con el suyo—. Pero no hay

necesidad de enfurruñarse. A mí siempre me caerás bien.

Jacen sintió el estómago vacío.

—¿Tan furioso crees que está?

Tenel Ka puso los ojos en blanco, entonces cogió un contenedor de loción de bacta y saltó del banco nido para atender a sus insensibilizados amigos.

—Era un chiste, Jacen.

—Ah —Jacen cogió su sable láser y la siguió de cerca—. Ya. Tienes que aprender a hacerlos mejor. El a lo miró por encima del hombro.

—Pues a mi me ha parecido muy bueno —se acercó a Ulah, que seguía respirando con irregularidad incluso en su trance curativo, y le apartó la sábana—. Verás como te perdona, Jacen, y entonces las cosas volverán a la normalidad.

Puso una nueva capa de loción sobre las heridas de Ulah. No era tan efectiva como la inmersión en un tanque, pero era mejor que cualquier otra cosa que pudieran hacer por ella.

En la cubierta inferior, un cerebro localizador de objetivos yuuzhan vong estaba abierto en una mesa de la sala de oficiales, y su baño de nutrientes llenaba la sala con un olor a algas podridas. El órgano era una mezcla de axones y dendrones unidos por una masa gelatinosa de racimos de neuronas, todo el o dentro de un caparazón con forma de nuez. Aunque Jaina encontraba la estructura del ordenador biótico irremediablemente desconcertante, Lowbacca estaba concentrado diseccionándolo con un pequeño conjunto de herramientas de esteriocero con las que cortaba aquí y desplazaba allí, gruñendo de satisfacción cada vez que las fibras se reconectaban en nuevos lugares. Al final, fundió un hilo corto de axon entre dos tramos de dendrón, y rió satisfecho cuando el pedúnculo de un ojo que colgaba en la parte delantera del caparazón se irguió para mirar a Jaina.

Lowbacca gruñó una petición, que Eme Tedé, recién recuperado de la cápsula de equipamiento, tradujo como «El amo Lowbacca pregunta si sería tan amable como para circunnavegar la mesa».

Jaina hizo lo que le pedía, pese a conocer el wookiee lo bastante bien como para saber que Lowbacca había formulado la petición de forma ligeramente menos elocuente. El ojo siguió sus progresos, usando un tallo de control de la parte trasera de la concha para hacer girar el cerebro.

—Busca ayuda, Lowie —se rió Jaina—. Eso es de lo más Sith.

Lowbacca gruñó una risita, estabilizó el caparazón con una manaza y metió dentro un cortafibras muy fino. Jaina se apartó del cerebro localizador de objetivos para encontrarse con Zekk, que esperaba con un cepo de fotones del sistema de sensores de la cápsula de equipamiento.

—No hay películas detectoras de repuesto en el kit del droide —dijo—. Igual

podemos sacar una de esto y encajarla.

—Vale la pena intentarlo.

Jaina cruzó la primera la sala de oficiales hasta donde estaba 2-1S, regenerando en silencio su armadura de laminanium y ejecutando diagnósticos internos. Desde que despertaron de sus trances curativos, Jaina, Zekk y Lowbacca habían trabajado sin descanso ayudando al droide bélico a autorrepararse, pero 2-1S seguía teniendo pinta de haber agarrado un turboláser por el lado que no debía. Habían sustituido los fotorreceptores con repuestos del kit que Lando había incluido en la cápsula de equipamiento, pero varios insectos aturdidores habían penetrado dentro del cráneo, destrozando placas de circuitos y sistemas detectores más allá de cualquier reparación posible. Por fortuna, Zekk había pasado gran parte de su vida como chatarrero en los peligrosos barrios bajos de Coruscant y tenía un talento especial en la Fuerza para encontrar cosas. Por el momento había conseguido encontrar sustitutos para los sensores infrarrojos y los ultrasónicos, y, ahora quizá también para los analizadores gamma.

Jaina cogió la fina hoja de película detectora del cepo de fotones y se la mostró a 2-1S.

—¿Qué te parece esto para tu sistema gamma? CYV 2-1S examinó la hoja con los fotorreceptores antes de contestar con voz rota.

—Afirmativo —su voz era el fantasma de la de Lando, llena de estática, pero esa era la menor de sus preocupaciones—. Tiene el doble de grosor.

—Otro éxito de Zekk —dijo Jaina. Se volvió y se encontró mirándole a sus ojos con dos tonos de verde, y la forma en que sostenían su mirada reflejaba un sentimiento más profundo que el de la amistad.

Jaina esperó un momento a que mirase a otro lado y cuando no lo hizo le entregó la película detectora—. Aguanta esto mientras voy a por el cortador.

Aunque Jaina no era ciega a la decepción que ensombreció el rostro de Zekk, se cuidó mucho de mantener una expresión neutra mientras cogía el cortador láser. No es que no sintiera nada por Zekk, de hecho unos años antes le costaba no pensar en él; pero sus sentimiento habían ido cambiando con el tiempo, pasando de un enamoramiento a algo muy parecido a lo que sentía por sus hermanos. Era amor, sí, pero no físico, y carente de la chispa que había sentido en el *Bahía de Tafanda*, cuando Jag Fel ignoró a todo el gabinete de Borsk Fey'lya para presentarse ante ella.

Eso había hecho que sintiera algo especial en la boca del estómago...

pero estaba siendo una tonta. No tenía ni idea de dónde estaba Jag Fel, probablemente no en la galaxia conocida, y era aún menos probable que volvieran a encontrarse. Si seguía esperando a sentir otra descarga así, tendría la edad de Mara antes de que...

—¿Jaina? —Zekk agitó la película detectora ante su cara—. ¿Vas a cortar o no?

—Claro, pero tenemos que tomar las medidas —Jaina apartó la cara para ocultar su sonrojo—. ¿Dónde puse el hidrocalculador?

Tesar Sebatyne estaba a sólo unos metros de distancia de allí, arrastrándose sobre el vientre por la negra suciedad del principal conducto de eliminación del *Muerte Exquisita*, cuando oyó el siseo de una criatura de gran tamaño al contener el aliento. Alzó el improvisado escudo de duracero y usó la Fuerza para empujarlo conducto abajo. Se oyó un eructo apagado y un sonoro siseo cuando brotó el ácido, seguidos de un sonido metálico cuando el escudo chocó contra el voxyn.

Tesar siseó de risa y empleó la Fuerza para empujar al voxyn y al escudo conducto abajo. Cuando la criatura ladró e intentó meter el morro por los agujeros que había hecho el ácido en el duracero, el barabel sacó la pistola e hizo un único disparo. El morro de la criatura estalló en un chorro de sangre negra, llenando el conducto de vapores tóxicos. Tesar siseó en su máscara respiradora y volvió a disparar.

El voxyn rugió, se quitó el improvisado escudo del morro y desapareció por el conducto. El barabel se imaginó a la bestia en su mente y buscó a sus compañeras de nido para transmitirles una impresión de movimiento y de la criatura haciéndose más grande.

Un momento después, Bela le respondía con una imagen del brillo corporal de la criatura. Como la mayoría de los barabeles, podía ver el espectro infrarrojo y muy a menudo localizaba a sus presas por el calor corporal. Le transmitió una sensación de peligro inminente y Tesar supo que debía darse prisa. Retrocedió dos metros y se metió por un conducto lateral.

Contó tres lentos latidos reptilianos antes de que una serie de jadeos reverberase en el coral yorik. El conducto se iluminó con el brillante flogazo de los minicañones de sus compañeras de nido, situadas en la siguiente intersección en ángulo recto la una de la otra y tuvo que cerrar los ojos. El agudo chillido del voxyn traspasó el aire estancado como un sable láser, para luego reducir el tono y empezar a ondular.

¿Habrían fallado?, se preguntó Tesar. ¿Cómo era posible?

La irritación de sus compañeras de nido le convenció de que no habían fallado. El micrófono de su oído detectó una variación repentina en el chillido del voxyn y se desconectaron, aislando sus oídos del impacto desorientador de una onda de compresión.

Sintió una vibración profunda y dolorosa en la boca del estómago pero la compartió con la excitación de sus compañeras de nido mientras seguían disparando a su presa. ¡Por su sangre fría, cómo le gustaba ir de caza con sus compañeras de nido!

Los minicañones acabaron callándose y sus micrófonos volvieron a abrirse. Sacó la lengua dentro de la máscara respiradora y olió a ozono filtrado y a coral yorik

chamuscado, y a un olor cobrizo y antiséptico que reconoció como sangre de voxyn desintoxicada.

Envió a sus hermanas una pregunta-sensación y sólo recibió una impresión de inseguridad. Aunque Tesar no podía sentir exactamente los actos de sus compañeras de nido, había vivido con el as toda la vida y sabía intuitivamente que activarían un palo de luz para complementar su visión de infrarrojos. A su mente acudió una imagen de escamas humeantes y la de una pata de voxyn quemada por un láser.

Entonces le llegó la voz de Anakin por el comunicador.

—¡Tesar! ¿Qué es lo que pasa allí?

A la vuelta de la esquina se oyó el cliqueteo de unas garras, y Tesar pensó «Uh-oh». Se metió una mano bajo el chaleco para llegar al comunicador del cuello, al tiempo que retrocedía reptando por el conducto. Iba despacio porque el conducto de alimentación era sólo ligeramente más grande que el propio Tesar, y se arrastraba contra la dirección de sus escamas. Las ásperas paredes seguían chocando con las puntas, incluso a través del grueso mono, y frenando dolorosamente sus progresos.

La cabeza del voxyn apareció en la esquina, una silueta al rojo a apenas dos metros de él.

—¿Tesar? ¿Qué es lo que pasa allí?

Tesar disparó contra el voxyn y vio rebotar su disparo. ¡Ojalá él tuviera escamas así! La criatura encogió la cabeza, pero las nubéculas rosas de aliento continuaron asomando por la esquina.

Por fin alcanzó el comunicador.

—Nos dijiste que»buscáramos al voxyn.

—¿Y?

—Y que pidiéramos ayuda si... —las nubéculas rosas desaparecieron, y Tesar oyó que algo tomaba aire—. Er, sigue hablando.

Se arrancó el comunicador y lo arrojó conducto abajo. La distante voz de Anakin siguió pidiendo una explicación, pero Tesar se alejó todo lo deprisa que pudo. Un morro mutilado asomó por la esquina y enterró el chillón instrumento bajo un débil chorro de ácido. Tesar dejó de moverse y usó la Fuerza para proyectar la voz conducto abajo, gritando todo lo fuerte que podía.

Sintió la aprobación de Krasov y, a través de ella, el pánico de Anakin. Debía estar ante el comunicador, gritando a Tesar que contestara. Bela lo encontraba gracioso; Tesar podía sentir sus siseos. Supo sin mirar que ahora estaría reptando por el conducto principal para situarse detrás del voxyn, sable láser en mano. Krasov la seguía con un gran rifle láser de repetición T-21 apuntando por encima del hombro de su hermana. El voxyn se arrastró para doblar la esquina, hundiendo las garras en las paredes de coral yorik para propulsarse hacia delante. Tesar no podía ver sus heridas en el infrarrojo, pero la criatura se movía más despacio y con mucho cuidado. Se

detuvo ante el pequeño agujero que había abierto su ácido en el suelo, y, luego, al no encontrar el esperado cuerpo, alzó la cabeza y miró al conducto lateral.

Tesar reanudó su retirada, disparando contra la cabeza de la criatura.

Muchos disparos rebotaron en ella, pero otros muchos se abrieron paso por las escamas blindadas sin conseguir matarlo. El voxyn no perdió tiempo con otro de sus chilidos y lo persiguió por el conducto, empujándose con sus gruesas patas más deprisa de lo que podía retroceder el barabel. Por primera vez, el miedo erizó las escamas de Tesar; la bestia aprendía de sus errores. «Estoy en problemas», pensó.

Sintió la alarma de sus compañeras de nido y las oyó salpicar y golpear en el conducto principal intentando atraer la atención de voxyn. La criatura era demasiado lista para caer en esos trucos y se propulsó hasta un metro de distancia de Tesar y empezó a eructar, pero o se había quedado sin ácido o se le había quemado el conducto de los efluvios, porque no salió nada. Tesar disparó a quemarropa y olió a carne quemada.

El voxyn siguió avanzando, y cerró la boca alrededor del cañón del rifle Merr-Sonn. Tesar apretó el gatillo, y ladró de dolor cuando los circuitos de seguridad del arma sintieron un bloqueo en el morro del emisor y cerraron el módulo activador. Tesar dejó el arma en la boca del voxyn y siguió retrocediendo, apretando la espalda contra el techo del conducto en lo que estaba seguro que sería un intento fútil de liberar el sable láser.

La hoja blanca de Bela cobró vida con un siseo, en alguna par detrás del voxyn, pero la criatura llenaba tan completamente el conducto que apenas conseguía pasar algún rayo de luz. La bestia se propulsó hacia delante; Tesar salvó su máscara respirador al apartarse, y reaccionó alargando las manos y hundiendo su afiladas garras en el morro herido de la cosa.

El voxyn continuó propulsándose hacia delante, intentando morder la mano que se le clavaba en el morro. Tesar empujó su cabeza contra la pared.

Tesar exudó triunfo hacia sus compañeras de nido. Una pata se lanzó hacia él pillándole el codo, y sus garras empapadas en enfermedades arañaron el forro de molytex de su mono estando casi a punto de traspasarlo. Añadió urgencia a su sentimiento de triunfo.

El zumbido de la hoja de Bela se hizo más fuerte, y desapareció bajo el estallido de una explosión de detonita. Un peso inesperado cayó sobre la espalda de Tesar, y el conducto se vio de pronto inundado por la suave luz verde de los líquenes bioluminiscentes de las paredes del *Muerte Exquisita*. Tesar pudo ver la mezcla de colmillos rotos y carne chamuscada que era el morro mutilado del voxyn, y se sintió elevándose a través del techo del conducto cuando alguien lo levitó hasta el camarote de arriba.

El castigado voxyn se movió debajo de él, faltándole pedazos enteros del cuerpo,

arrastrando los muñones de sus inútiles cuatro patas traseras.

—¡Cabeza de bantha! ¡Se ha ezcapado! —Tesar miró a su alrededor y se encontró ante los ojos azules de Ganner Rhysode, uno de los Jedi humanos más altos y, al menos a juzgar por su actitud, más apuestos—. ¡Ahora matarlo será el doble de difícil!

—Se acabó la temporada de caza, mi escamoso amigo —Ganner bajó a Tesar hasta el suelo del pasillo y gritó al agujero—. Salid de ahí, chicas. Anakin nos quiere en el puente.

Raynar Thul despertó de su trance curativo en el camarote dormitorio contiguo para encontrarse mirando la espalda desnuda de Eryl mientras ésta se sentaba y se estiraba al otro lado de una estrecha pasarela. Tenía la piel lechosa y llena de pecas, con apenas una ligera insinuación de las cicatrices del ácido y los cortes de las garras que tan bien había llegado a conocer él durante la primera guardia voxyn. Eryl y él se habían pasado un buen rato hablando y frotándose loción bacta en las heridas del otro, mientras los demás estaban dormidos en trances curativos u ocupados aprendiendo a pilotar la nave. Tenía un vago recuerdo de un largo beso justo antes de desplomarse en sus bancos nido, pero lo recordaba tan borroso que bien podía haber sido sólo un sueño.

Eryl bajó los brazos y miró por encima del hombro para sorprenderle mirándolo. En vez de cubrirse, sonrió. —¿Qué tal estoy?

Los dientes de Raynar chasquearon al cerrar la mandíbula de golpe.

—Bien —consiguió tartamudear. Puede que al final lo del beso no hubiera sido un sueño—. Muy bien, la verdad.

Eryl frunció el ceño y dobló el cuello para mirarse la espalda, riéndose a continuación y seguir sin taparse.

—Me refería a mis cicatrices, jovencito. ¿Están curadas?

—Oh, sí —Raynar quiso volver a caer en su banco nido y sumirse en un trance curativo—. A eso me refería.

Eryl parecía dubitativa.

—Claro —cogió su mono—. Pero no pasa nada. No creo que nadie de este grupo de asalto tenga secretos con tanto frotarnos bacta.

—No, supongo que no.

Aún así, cuando Raynar cogió su mono no intentó disimular su decepción. Puede que Eryl sólo fuera uno o dos años mayor que él, pero que le llamase jovencito le había quitado cualquier falsa impresión que pudiera tener acerca de su relación.

Tekli apareció unos bancos más abajo, con el pelo marrón revuelto y los ojos grises brillantes mientras se ponía el arnés de su equipo.

—¿Habéis dormido bien?

—Sí, mucho —respondió Raynar—. ¿Y tú?

—Bien —les dirigió una sonrisa tensa y alzó las cejas cuando la nave se estremeció ligeramente—. Debemos estar saliendo del hiperespacio.

Tanto Raynar como Tekli miraron a Eryl, que cerró los ojos verdes y buscó en la Fuerza. Cuando los abrió un momento después, pareció un poco más joven e inocente que antes

—Tendría que ver algunas estrellas para estar segura, pero me parece que sí —dijo—. Hemos llegado a Myrkr.

Capítulo 26

Mientras el *Muerte Exquisita* aceleraba por el interior del sistema, alterando su velocidad al entrar bamboleándose en el pozo de gravedad de Myrkr, el planeta se transformó de un pequeño punto grisáceo a un disco esmeralda del tamaño del pulgar. A pesar de que Anakin no recordaba que aquel mundo tuviera luna, la mota perlada que flotaba a su lado era demasiado brillante para ser una estrella y demasiado clara para ser una ilusión óptica. Volvió hacia la zona de sensores, donde Lowbacca estaba sentado con el traje de emergencia puesto sobre el mono, con la cabeza metida dentro de una capucha de cognición y las enormes manos apretadas en el interior un par de guantes de control.

—Lowie, ¿captas algo? —preguntó Anakin.

El wookiee lanzó un gruñido a modo de respuesta, que Eme Tedé, flotando a su lado, tradujo como:

—El amo Lowbacca sigue intentándolo con todo su ahínco y le asegura que le informará en el momento que lo consiga.

Anakin sabía muy bien lo que Lowbacca había dicho, pero no dijo nada sobre la amabilidad que el droide había añadido a sus palabras, ni sobre la innecesaria traducción de las mismas. No todo el mundo conocía el lenguaje de los wookiees, y Eme Tedé insistía en que su trabajo era hacer que todo el equipo entendiera lo que decía Lowbacca y viceversa.

Lowbacca lanzó un gruñido corto. Eme Tedé añadió:

—También desea que les sugiera que estas frecuentes peticiones de información sólo consiguen interrumpir su concentración.

—Lo sé —dijo Anakin—. Lo siento.

Aunque el grupo de asalto se había hecho rápidamente con la mayoría de los sistemas del *Muerte Exquisita*, gracias al estudio de los diferentes informes de datos sobre las naves yuuzhan vong, e incluso a experimentos realizados con una nave de asalto capturada, los sensores seguían siendo un problema. En contraste con las tecnologías de la Nueva República, totalmente orientadas a la observación exterior, los sistemas yuuzhan vong recogían la información analizando las distorsiones infinitesimales que la gravedad de los objetos distantes provocaban sobre el espacio-tiempo de la nave. Teniendo en cuenta que los mejores científicos de la galaxia estaban todavía rompiéndose la cabeza para comprender lo más básico de la ciencia de los sensores yuuzhan vong, era comprensible que Lowbacca tuviera dificultades para hacerlos funcionar, incluso con Tahiri a su lado traduciendo y dándole toda la información posible sobre la forma de pensar yuuzhan vong.

Cuando Anakin miró hacia Myrkr, el planeta había crecido hasta formar un

círculo moteado de nubes del tamaño de la cabeza de Ulaha. La mota de polvo gris que había a su lado era ahora un pequeño disco.

—Definitivamente, es una luna —dijo Anakin.

A aquella distancia no esperaba poder percibir nada a través del lustroso cristal, pero sí sabía lo que estaba viendo.

—Es una luna yuuzhan vong.

Lowbacca lanzó un gruñido victorioso, mientras que Eme Tedé informaba:

—El amo Lowbacca también piensa que se trata de una mundonave yuuzhan vong.

Lowbacca gruñó y aulló un par de veces más. El droide añadió:

—Registramos la presencia de multitud de naves equivalentes a corbetas orbitándolo, y su diámetro, de aproximadamente ciento veinte kilómetros, es un tanto grande para tratarse de una mundonave.

Era aún más grande que la primera *Estrella de la Muerte*. Anakin silbó levemente para sí y luego utilizó la Fuerza para llegar a aquel distante punto. Sin» nadie para descartar la posibilidad de una coincidencia, lo hizo con todas las precauciones. Sintió aquella perturbación que ya le resultaba tan familiar, la fiera agitación de ün voxyn, pero también algo más, la presencia del terror absoluto, del dolor... y la sorpresa.

Era una presencia clara, no vaga. Un Jedi, no un yuuzhan vong.

Anakin no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que Alema le cogió la mano y le preguntó qué pasaba. No obtuvo respuesta, pero él continuó concentrado en la mundonave. La presencia volvió de nuevo, llena de miedo y dolor, pero también de pesar, no por el a misma, sino por él. Llenó su corazón con sentimientos reconfortantes para intentar proyectar un aura de confianza y esperanza, aunque sabía que los caprichos de la Fuerza podían no ser capaces de enviar el mensaje que él pretendía.

La presencia al otro extremo mantuvo el contacto un momento más antes de desaparecer de repente, cerrándose a Anakin sin darle ninguna pista de si al menos había percibido lo que él estaba intentando comunicar.

Tahiri apretó su brazo.

—¿Anakin?

—En esa mundonave hay Jedi —dijo—. Y voxyn. —Bueno, eso descarta completamente el plan A —dijo Ganner.

El plan A consistía en acercarse sin ser detectados lo máximo posible a las instalaciones de clonaje y destruirlas con un misil de baradio, para luego, aprovechando la confusión resultante, confirmar la muerte de la reina y escapar.

—Habrá que intentar algo diferente.

—Es un gesto muy valiente —dijo Alema. De pie junto al asiento del capitán,

justo enfrente de Tahiri, dejó caer una mano sobre el brazo de Anakin y lo miró con auténtica veneración—, pero si descartamos nuestro mejor plan, nos arriesgamos a perder aún más Jedi de los que podamos salvar.

Jacen llegó de la parte trasera del puente, poniendo los ojos en blanco al oír el tono lastimero característico de los twi'leko.

—Alema, creo que Anakin sabe lo que está en juego.

—Puedo hablar por mí mismo, Jacen —dijo Anakin intentando reprimir el tono de irritación en su voz—. No es necesario que me recuerdes el Lado Oscuro. Comprendo las consecuencias de matar a los nuestros.

—Anakin, yo solo pretendía...

—¿No deberías estar en tu puesto de combate? —le preguntó Anakin, interrumpiendo deliberadamente a Jacen. Luego lanzó una significativa mirada tanto a Alema como a Tahiri —¿no deberíais estarlo todos?

La cara de Jacen se enrojeció, y los ojos de Tahiri se entrecerraron, pero los tres acudieron a sus puestos y dejaron a Anakin solo con sus pensamientos. Aquel día era una de esas ocasiones sobre las que tanto le había advertido Lando, cuando cualquier opción posible es la equivocada. Pero Lando no tenía a la Fuerza para guiarle, y Anakin aún tenía unos cuantos minutos para decidir. Si esperaba, tal vez las cosas salieran mejor, o al menos, casi siempre mejoraban.

Jaina viró el *Muerte Exquisita* en una maniobra de aproximación y el horizonte del enorme disco verde que era Myrkr empezó a pasar ante la parte de estribor del puente. Desde el espacio, al menos, no se percibían signos de presencia yuuzhan vong en la superficie del planeta. Seguía siendo el mismo bosque cubierto de brumas de los holovideos.

La mundonave llenó casi de inmediato la bóveda de visualización, aumentando de tamaño y pasando de ser un pequeño plato de comida kuati a una enorme mesa de conferencias. Un ligero halo de estrellas brillantes titiló tras el calor que irradiaba, mientras varios círculos manchados de gris y marrón empezaban a definir la superficie del planeta.

Esperando que el villip frente a él reaccionara en cualquier momento, Anakin hizo un gesto a Tahiri para que se acercara, para luego utilizar el manto holográfico de su arnés de equipamiento y ocultarse tras la imagen pregrabada de un guerrero yuuzhan vong. Los tatuajes y cicatrices parecían los apropiados para un comandante del análogo de una corbeta. El número era el indicado, pero los expertos del Servicio de Inteligencia de la Nueva República aún investigaban el significado de los tatuajes individuales, si es que lo tenían.

Lowbacca lanzó un bramido de advertencia desde la consola de sensores, informando a Anakin de que un trío de corbetas yuuzhan vong acababa de surgir del otro lado de Myrkr, situándose para hacer una maniobra de aproximación hacia el

Muerte Exquisita. Anakin ordenó a Jaina que continuara como si nada. A pesar de que el rostro de la Jedi estaba oculto tras la capucha de piloto que llevaba para comunicarse con la nave, Anakin pudo sentir su aprensión. Como no sabían cuál era la manera apropiada para entrar en la base yuuzhan vong, optaron por hacer una aproximación abierta, confiando en que los errores de procedimiento serían menos alarmantes que una maniobra furtiva.

Jaina viró a estribor, alineándolos tras una estela de pequeñas motas negras que escapaban de uno de los lados de la mundonave, la cual ya ocupaba por completo la bóveda de visualización. Anakin hizo que Ulaa activara una holocámara y empezó a transmitir la información a su datapad. El largo viaje entre las galaxias había dejado a la enorme nave dilapidada y desgastada. Varias cicatrices negras marcaban varias brechas en el casco exterior, y la mayor parte del planetoide eran parches y remiendos de polvo gris y trozos de afilado coral yorik. Unas cuantas redes dispersas de conductos recorrían la curvada superficie, convergiendo de vez en cuando en intersecciones o desvaneciéndose en el pozo oscuro de un portal de acceso al interior.

La mundonave no les mandó ningún mensaje. Anakin sintió un escalofrío en la nuca, una sensación de peligro. Ninguna base de la Nueva República dejaría que una nave se aproximara tanto sin establecer contacto. Jaina mantenía la distancia con las otras naves, siguiéndolas a través de la curvatura del planetoide. Los picos en forma de conos de un grupo de grashal aparecieron en el horizonte, a estribor de una larga fila de naves. Incluso a simple vista, Anakin podía ver los edificios emergiendo de la superficie del planeta, cerca de un foso negro cuadrangular del tamaño de una ciudad.

—Amplía eso, Ulaa —dijo—. ¿A qué se parece? Ulaa giró su holocámara hacia el grupo de grashal y aumentó la imagen.

—Parece una especie de puerto espacial —dijo ella.

La bith seguía débil y pálida a pesar de que su estado había mejorado mucho tras su trance curativo.

—Hay un enorme pozo rodeado por muchas entradas que parecen hangares de carga.

—¿Abandonados?

—Más bien vacíos —dijo Ulaa, corrigiéndolo—. No hay naves a la vista, pero las zonas de aterrizaje están atestadas de cajas y cargamento.

Anakin inspeccionó la zona con ayuda de la Fuerza. Ya no sentía la dolorida presencia de antes, pero la hambrienta ira del voxyn seguía allí. El cosquilleo de su nuca fue menguando, y al notar que su rumbo de aproximación los alejaba del complejo de repente comprendió por qué la mundonave aún no había contactado con ellos.

—Nos conducen a una trampa. Jaina, dirígete al complejo inmediatamente! —dijo Anakin activando el comunicador—. Ganner, tú y Tesar preparad el misil y

esperad a que os pasemos las coordenadas del objetivo. Que todo el mundo se ponga los trajes de vacío. Nos espera un viaje movidito.

Jaina hizo que la nave virase por completo y Lowbacca rugió dando la voz de alarma.

—¡Oh, vaya! —dijo la voz de Eme Tedé—. El amo Lowbacca dice que acaba de aparecer un crucero.

—Ya lo he oído —contestó Anakin.

Un trozo de coral yorik apareció en el distante horizonte y se situó justo entre el *Muerte Exquisita* y lo que ahora Anakin sabía con certeza que era la zona de carga del complejo de clonaje. Lowbacca avisó de que las corbetas que se acercaban desde Myrkr habían acelerado y se desplegaban, y que la media docena de naves a las que estaban siguiendo giraban hacia el crucero. Cuando Eme Tedé intentó repetir esta información en Básico, Anakin lo desconectó.

Uno de los pequeños villip pertenecientes al sistema de comunicación de la nave se volcó de repente sobre sí mismo, adoptando la forma de la grumosa cabeza de un yuuzhan vong rodeada por una especie de excrecencias circulares y marrones.

—*Gadma dar*, Ganner Rhysode.

Anakin se giró hacia Tahiri para que le tradujera, pero el villip empezó a hablar en Básico antes de que el a pudiera traducir nada:

—Toca el villip de comunicación para que podamos hablar, *Jeedai*.

Antes de hacerle caso, Anakin dijo:

—Jaina, manten el rumbo. Lowie, apunta a ese crucero y pásale las coordenadas a Ganner y Tesar.

El yuuzhan vong empezaba a impacientarse. —Es el disco de piel junto a éste, *Jeedai*.

Anakin tocó el villip. Su orificio central se abrió, y un pequeño tentáculo con un ojo negro al final se extendió ante él. El yuuzhan vong, o mejor dicho, su villip, alzó la frente y empezó a hacer exigencias en su propio lenguaje. Luego se recogió y sonrió.

—Muy bien, Ganner Rhysode. Veo que no somos los únicos que realizamos mascaradas.

No viendo razón para disuadir al enemigo de su propio error, Anakin dejó activado el manto holográfico.

—Estoy seguro de que no se ha puesto en contacto tan sólo para charlar, capitán.

—Comandante —dijo el oficial, corrigiéndole—. Le comunico que tengo la obligación de recuperar la nave que usted ha robado.

—¿Robado? —preguntó Anakin—. Tan sólo la hemos tomada prestada. En cuanto hayamos terminado, puede hacer uso de el a cuando quiera.

El villip del comandante se quedó mudo por un momento, luego frunció el ceño.

—Me temo que la voy a necesitar ahora. Ríndanse a la matalok que tienen delante y usted será el único que pague por la... mala utilización del *Muerte Exquisita*.

Anakin lanzó una mirada a través de la bóveda y vio un ovoide tan grande como su brazo. La distancia entre ambas naves sería de una docena de kilómetros y, aun así, el crucero seguía sin abrir fuego.

Puede que el comandante tuviera el delirante sueño de presentarse ante Tsavong Lah con diecisiete Jedi, o que pensara que su crucero no tenía nada que temer ante una nave tan pequeña como el *Muerte Exquisita*.

Lowbacca gruñó su informe, que indicaba que había al menos media docena de coralitas y un buen montón de corbetas poniéndose en posición sobre las instalaciones de clonaje.

—Sería un desperdicio obligar a atacar a mi matalok, *Jeedai* —dijo el comandante como aviso—. Mi trampa ha sido dispuesta cuidadosamente, el Maestro Bélico nos ha dicho que si nos vemos obligados a abrir fuego, los rehenes de Talfaglio lo pagarán.

Anakin abrió sus emociones a los demás para que estuvieran preparados para lo que pretendía hacer.

—Veo que no me queda otra opción.

Con la esperanza de que Luke lo tuviera todo dispuesto al otro lado de la galaxia, Anakin se sacó el sable láser del cinturón, pulsó el botón de ignición y cortó al villip en dos.

—A toda potencia, Jaina —dijo activando su comunicador—. Ganner, apunta al crucero. Que detone por proximidad, dispara cuando estés listo.

—Misil fuera.

Recibió el aviso incluso antes de terminar de dar la orden, lo cual le pilló por sorpresa, hasta que el resplandor del misil le hizo darse cuenta de que Ganner sabía desde un principio lo que pretendía. El grupo de asalto había realizado la fusión de combate casi de forma inconsciente, desde el momento en el que la cercanía de la batalla fue más que evidente.

La aparición inesperada de un misil confundió a los yuuzhan vong sólo por unos segundos. Una tromba de bolas de plasma salió disparada para interceptarlo, obligando al cerebro droide a activar su programa de contramedidas. El misil desvió parte de su potencia a los escudos y siguió aproximándose a su objetivo con algunas maniobras evasivas. Anakin no necesitó decirle a su hermana que rodeara el objetivo. El baradio es la misma sustancia que hace que los detonadores térmicos sean un arma tan peligrosa, y aquel misil llevaba suficiente para equipar a toda una división de asalto.

Los artileros yuuzhan vong intentaron vanamente durante varios segundos acertar a ese misil que se les acercaba trazando una espiral, por lo que acabaron

renunciando a ello y dirigiendo las energías de la nave al sistema de escudos. De pronto, un punto negro apareció a medio kilómetro, aspirando el misil hacia su destrucción.

Tan pronto como el cerebro droide del misil detectó aquella singularidad, utilizó su guía láser para calcular la distancia al objetivo, obteniendo un resultado que le indicaba que el 98 % de la masa estaba dentro del radio de la explosión, así que detonó la tonelada de baradio de su interior.

El crucero se desvaneció en una esfera cegadora de fuego blanco, como un sol de un kilómetro de diámetro.

El *Muerte Exquisita* recibió una fuerte sacudida al ser alcanzado por la onda expansiva. Al cabo de unos segundos, se oyó la voz de Ganner, a través del comunicador.

—¿Y ahora qué? ¿El plan D?

—Algo así—dijo Anakin mirando las instalaciones de clonación para ver una docena de trozos de coral yorik rodeando los edificios como si fuera un enjambre de moscas. No habían salido a luchar, así que, parecían estar reservando sus fuerzas, y no abrirían fuego mientras el *Muerte Exquisita* no se pusiera a tiro. Dar la sensación de un ataque fallido contra las corbetas que ahora estaban detrás del *Muerte* parecía una estrategia adecuada.

—Esto es lo que quiero que hagáis.

Apenas describió su plan, Ula ha sacó su datapad.

—¿Qué haces?

—Soy la que tiene que quedarse en la nave —dijo. Anakin sintió la alarma de su hermana tan claramente como la suya propia.

—No te ofendas, Ula ha —dijo Jaina—, pero no creo que estés preparada para algo así.

—Puede que no, pero soy piloto, y el *Muerte Exquisita* es casi un caza.

Ula ha puso su datapad en la mano de Anakin.

—Tal y como he dicho, tu plan tiene un 21 % de probabilidades de éxito, con una estimación de bajas de un 90%. Sin mí entorpeciéndoos, vuestras probabilidades de éxito ascienden hasta casi un 50 %.

—¿Tanto? —Anakin ni tan siquiera quiso escuchar la estimación de bajas—. De acuerdo, pero límitate a soltar la lanzadera de Dos-Uno-Ese e irte. ¿Necesitas algo?

Ula ha se quedó pensativa durante un momento.

—Si hubiera tiempo, me gustaría que me dejaras en el pasillo un tubo de metal del kit de los droides.

—Cuenta con ello.

Anakin sintió deseos de abrazarla, de darle la mano o algo así, pero todo parecía tan irrevocable que, en lugar de ello, mandó a Jaina con el resto del equipo, ya

reunido en la primera cala. Se detuvo en la puerta y se volvió para mirarla.

—Sin heroicidades, Ulah. Es una orden. Límitate a soltar a Dos-Uno-Ese, y lárgate.

La bith asintió.

—Muy bien, Anakin. Esto es lo correcto —dijo dándose la vuelta y poniéndose la capucha de cognición—. Ahora date prisa. Cada minuto de retraso reduce en un 0,2 % las posibilidades de éxito de la misión.

Anakin corrió pasillo abajo sintiéndose algo sólo y vacío hasta llegar a la primera cala, donde los Jedi habían metido ya el equipo en cinco embalajes de carga yuuzhan vong. Dejó en el pasillo los tubos para Ulah, y luego se volvió y selló la puerta de la cala uniéndose a los demás.

Zekk estaba ayudando a Tesar a entrar en una baliza con Ganner, Jovan y Tenel Ka.

—¿Seguro que has metido suficientes detonadores térmicos? —dijo Tesar—. Vamos a necesitar muchos para los voxyn.

—He metido cuatro cajas —dijo Zekk, cerrando la baliza.

—¿Sólo cuatro? —contestó.

Zekk meneó la cabeza, se abrió la baliza con un pegote de gelatina blorash, y dirigió a Anakin hasta otra baliza junto con Raynar, Eryl, y Tahiri.

—Somos los últimos. Creí que sería mejor separar familias y equipo.

No era necesario explicar aquellas precauciones. Anakin asintió, subiéndose la capucha del traje de vacío para meterse como pudo junto a Tahiri, frente a Eryl y Raynar. Zekk se apretujó junto a Anakin y encendió una barra luminosa. Luego se abrió la baliza desde el interior.

El *Muerte Exquisita* siguió su rumbo sin oposición durante lo que les pareció una eternidad, y, a través de la fusión de combate, Anakin pudo sentir que la ansiedad de Ulah iba dando paso poco a poco a la perplejidad.

—Vienen a nuestro encuentro, pero no abren fuego —dijo Ulah por el comunicador—. Ahora se están desplegando, extendiendo tentáculos de tracción desde el morro de algunas de las naves.

—¡Todavía intentan cogernos vivos! —dijo Anakin—. ¿Por qué arriesgan tanto?

—Porque son alienígenas —dijo una de las hermanas barabel—. No hay por qué intentar comprenderlos.

El *Muerte Exquisita* se inclinó suavemente a babor, dio un bandazo y, tras volver al rumbo preestablecido, empezó a hacer movimientos de evasión rápidos, como un caza.

—Empezad el lanzamiento —dijo Ulah mientras la nave empezaba a sufrir sacudidas—. Nos lanzan tentáculos.

—La zona de desembarco está a dos kilómetros del espaciopuerto, en la coordenada dos-veintidós —informó 2-1S desde la lanzadera—. El efecto *Sorpresa* debería ser elevado.

Anakin dio la orden y Ulaha hizo ascender al *Muerte Exquisita*. Al final de la hilera de balizas de carga, 2-4S utilizó su cañón láser para improvisar una compuerta lanzabombas, y la cala se descomprimió con un tremendo rugido. La baliza de Anakin empezó a deslizarse hacia la brecha.

—Soltando señuelo —dijo 2-4S por el comunicador.

La baliza de Anakin, la número cinco, se deslizó hacia la brecha con mayor velocidad aún.

—Baliza uno, fuera.

Se hizo un silencio, y luego 2-4S informó:

—El tentáculo de retención enemigo ha capturado la baliza señuelo.

Anakin se quedó sin aliento. Su intención era detonar la baliza señuelo en el suelo, para así convencer a los yuuzhan vong de que estaban soltando bombas en lugar de un grupo de asalto.

Un relampagazo de estática irrumpió a través de todos los comunicadores y se oyó la voz apenas audible de 2-1S:

—Detonando señuelo. Daños graves en nave enemiga.

Las barabel sisearon a través del canal de comunicaciones.

—Baliza dos, fuera —dijo 2-4S —Baliza tres...

Anakin no pudo escuchar el siguiente informe debido a un tremendo rugido que reverberó e inundó su baliza mientras salían finalmente por la brecha, en caída libre. Su estómago se encogió y los cinco empezaron a flotar.

—Dos-Cuatro-Ese, fuera —dijo 2-4S.

Tahiri se agarró al brazo de Anakin, y Eryl inició una cuenta atrás en voz alta. Anakin abrió su mente a la Fuerza tanto como le fue posible, pendiente de cualquier emoción que pudiera sugerirle que los otros habían sido apresados por algún tentáculo, o que habían sido blanco de las descargas de plasma de las defensas. Sólo sintió una aprensión parecida a la suya, excepto en las barabeles, de quienes recibía el equivalente emocional al de un gran «¡Yipeeee!».

Finalmente, Eryl dijo:

—¡Cincuenta segundos, y contando!

De acuerdo con sus cálculos, estarían a sólo unos mil metros sobre la superficie de la mundonave. Anakin atrapó su baliza con la invisible mano de la Fuerza, amortiguando su descenso lo justo para que la deceleración los mantuviera pegados al suelo de la baliza. Los droides de combate habían calculado que no sería detectable la deceleración de aproximadamente una gravedad y media estándar, y el aterrizaje resultante tendría unas posibilidades de supervivencia del 99 %.

Anakin permaneció en silencio todo el descenso, deseando poder ver la superficie o sentir la presencia de una atmósfera que los zarandeara, cualquier cosa. Al cabo de varios segundos, decidió que ya deberían haber descendido lo suficiente y empezó a reducir su velocidad aún más y entonces el impacto demoledor del aterrizaje los tiró a todos al suelo. Parecieron quedarse sin peso mientras la cápsula rebotaba, cayendo luego a un lado y rodando más veces que las que Anakin pudo contar antes de detenerse en confuso montón.

Anakin utilizó la Fuerza para quitarse a los otros de encima, para luego encender el sable láser y cortar el sello de gelatina blorash.

Apenas había abierto un agujero del tamaño de un puño cuando Zekk y los demás activaron los cebadores de cuatro granadas, usando la Fuerza para expulsarlas por el agujero. Dos segundos después, una bola de fuego estalló a unos cincuenta metros por encima de ellos.

Anakin terminó de abrir la baliza, esperando que la explosión resultara lo bastante realista desde la distancia, y salió hacia una cuenca polvorienta de coral yorik muerto. La cuenca tenía tres metros de profundidad, trescientos de longitud y unos cien de anchura. No parecía el cráter de algún impacto, sino la cicatriz de algún antiguo percance. En la extremo más alejado, casi frente a Anakin, se veía el cascarón roto de una baliza de carga, con un grupo de minúsculas figuras correteando en su base. Uno de los Jedi sintió que lo miraba, lo saludó con la mano, y echó a andar hacia él con sus compañeros.

Un momento después, la baliza desapareció tras el brillante resplandor de una detonación térmica.

Un movimiento en el cielo atrajo la atención de Anakin. Miró hacia arriba a tiempo de ver una pequeña e inidentificable forma arqueada en la esquina más cercana del campo, que entonces explotó en una enorme bola de fuego. Casi se tiró cuerpo a tierra al creer que eran atacados por una nave de combate yuuzhan vong, pero se detuvo justo a tiempo al ver emerger del polvo el camuflaje oscuro y moteado de estrellas del droide de combate serie CYV-S de Armamentos Tendrando, que se dirigió hacia ellos a una velocidad imposiblemente rápida.

Anakin encargó a Raynar y Eryl descargar su baliza y envió a Zekk a hacer un reconocimiento del borde de la cuenca. Seguidamente, se tomó unos segundos para concentrarse en los demás. Sintió un par de mentes confusas, algunos dolores y molestias, pero el grupo de asalto parecía intacto en un 99 %, tal y como prometieron los droides.

Anakin cogió los electrobinoculares y miró hacia arriba. Sin el resplandor azul de los motores de iones para localizar las naves, le llevó un tiempo encontrar la batalla espacial, que se había desplazado hacia Myrkr. CYV 2-1S acababa de separarse de Ulahá, a bordo de su protuberante lanzadera negra descendiendo en espiral hacia la

mundonave, mientras el a se perdía en el espacio profundo a bordo del *Muerte Exquisita*.

Para decepción de Anakin, los yuuzhan vong sólo se tragaron el anzuelo en parte. Los coralitas y cuatro corbetas más rodearon la lanzadera del 2-1S, utilizando los tentáculos de tracción para capturarla, pero los demás yuuzhan vong iniciaron la persecución del Muerte.

Unas pesadas pisadas resonaron al lado de Anakin, y Ganner sonaba habló por el comunicador del traje de vacío.

—Estamos listos para irnos, Anakin. Tenemos las coordenadas del espaciopuerto, y los sensores de Dos-Cuatro-Ese no muestran señales de que hayan detectado nuestra presencia.

Anakin bajó los electrobinoculares y se dio la vuelta. Le hubiera gustado quedarse y ver si conseguían escapar —se lo merecían—, pero también sabía que ni a 2-1S ni a Ulah les hubiera gustado eso.

Cada minuto de retraso reducía en un 0,2 % las posibilidades de éxito de la misión.

El grupo de asalto había recorrido quinientos metros cuando oyeron por el canal de comunicaciones la voz metálica de 2-4S.

—Dos-Uno-Ese informa de un índice de supervivencia de cero. Está optimizándose...

Una bola de fuego naranja iluminó el cielo y ahogó las dos últimas palabras del droide en una tempestad de interferencias electrónicas.

Anakin alzó los electrobinoculares a tiempo de ver tres corbetas enemigas explotar en una nube atomizada de coral yorik. La cuarta nave, una mera astil a en la distancia, volaba fuera de control en una espiral infinita.

—índice de pérdidas optimizado —informó 2-4S. Anakin asintió y dijo: —Eficacia máxima.

Por las sesiones de entrenamiento con los 1-1A, sabían que ésa era la máxima felicitación que se podía dar a los droides de Lando, y la mayoría de los Jedi repitieron aquel cumplido. Siguieron hacia el espaciopuerto, usando la Fuerza para impedir que el polvo que iban dejando se levantara en el espacio sin aire.

Unos minutos después, 2-4S detectó dos coralitas aproximándose. El grupo de asalto se ocultó bajo el polvo y esperó a que las naves pasaran realizando un vuelo de reconocimiento a baja altura. Cuando los pilotos llegaron al punto de desembarco, encontraron cuatro cráteres inmensos de baradio y nada que sugiriera que el *Muerte Exquisita* hubiera soltado otra cosa aparte de algunas bombas mal dirigidas, así que seguramente volverían a su base carcajeándose por la incompetencia de sus enemigos. Hasta entonces, los Jedi tendrían que esperar y ser pacientes.

Aunque nadie dijo nada, los pensamientos de todos estaban con Ulah, en el

Muerte Exquisita, perseguida por cinco corbetas y un grupo de corallitas. A pesar de que la bith seguía presente en la fusión de combate, Anakin podía sentirla cada vez estaba más atenta a los problemas que tenía encima, cansada y dolorida, pero sin temor, incluso en paz. Tan pronto como desaparecieron las naves de reconocimiento, Anakin volvió a mirar a la oscuridad con los electrobinoculares, justo hacia donde estaba el *Muerte Exquisita*, con la esperanza de que la tranquilidad de Ulaha significara que estaba consiguiendo escapar, pero era una tarea imposible. Aunque estuviera mirando en la dirección correcta, la bith y sus perseguidores debían estar ya demasiado lejos como para poder verlos a través de unos electrobinoculares.

El grupo de asalto reanudó su marcha. La presencia de Ulaha siguió disolviéndose, para, finalmente, desaparecer de repente. Anakin pudo notar, por el estampido de ansiedad en la fusión de combate, que el mismo miedo había asaltado la mente de todos los Jedi.

Tahiri se atrevió a preguntar: —¿Está..?

—No —dijo Jacen interrumpiéndola—. Lo hubiéramos sentido.

—Tal vez haya saltado al hiperespacio—dijo Anakin— ¿Ha saltado, Dos-Cuatro-Ese?

—Negativo —contestó el droide—. El *Muerte Exquisita* sigue dentro del alcance de mis sensores.

Fue entonces cuando empezó la música. Una cautivadora melodía de instrumentos de aire llegó a la mente de Anakin. Pese a tener un toque lúgubre, el tono era más pausado que triste, y quizá fuera la melodía más hermosa que había oído nunca. Se volvió y vio a los demás mirando hacia el firmamento. Algunos tenían la cabeza inclinada, escuchando, las lágrimas caían por las mejillas de otros.

—El *Muerte Exquisita* y sus perseguidores están aminorando su velocidad —informó 2-4S—. Los análisis indican la posibilidad de un ataque de tentáculos de retención.

Ninguno pareció oír el informe.

—Me gustaría... —Jaina volvió a guardar silencio mientras la canción adquiría un aire ligero y empezaba a ganar vigor—. Me gustaría poder grabarla.

—Sí —dijo Jacen—. Estoy seguro de que a Tionne le gustaría tenerla en sus archivos... Qué triste pérdida para los Jedi.

Anakin no pudo saber por el tono neutro de su hermano si era una crítica o si sólo decía lo que sentía. No cabía duda de que Ulaha estaba rindiéndose a la muerte. Aunque sobreviviera al abordaje inicial, no podría soportar otro ataque.

La música repitió el estribillo inicial, esta vez con más vigor y sin asomo de tristeza, para luego aumentar hasta un fuerte crescendo.

En el repentino silencio, se oyó un suspiro de Tahiri.

Capítulo 27

Los tallos de los senalak parecían más estalagmitas de hielo que un sistema de seguridad bajo el tenue resplandor esmeralda del planeta Myrkr. Aquellos tallos rígidos y duros llegaban tan sólo a la altura de la rodilla, y no eran más gruesos que un dedo, pero cuando Jovan Drark creó un surco con la Fuerza por el que pasar con seguridad a lo largo de todo el campo, sus capul os azules escupieron un grupo de espinas con filamentos de un metro de largo aproximadamente. Aquel alambre de espino quedó flotando en el vacío espacial durante unos segundos, enredándose y capturando, o incluso matando, cualquier cosa que pasara por su lado.

Si Alema no les hubiera avisado, el grupo de asalto habría entrado en aquel campo de seguridad completamente desprevenido. Tras la anterior trampa a bordo del *Muerte Exquisita*, Anakin había empezado a preguntarse si realmente estarían preparados para una misión como aquella. Ulahá les había dado menos de un 50% de posibilidades de éxito y, por lo que veía, las cosas no estaban mejorando, así que también empezó a preguntarse si, después de todo, era tan buena idea ir a por la reina voxyn.

—Anakin, tenemos que hacer esto queramos o no, y no estás siendo de gran ayuda con tanta negatividad —dijo Tahiri mientras avanzaba tras de Anakin, con su pelo rubio sobresaliendo por la parte inferior de la protección facial de su traje de vacío.

—Nos estaban esperando, tú supiste enfrentarte a la situación, y ahora vamos a cogerlos por sorpresa.

—Perdona. Creía que tenía todo eso controlado.

—Y lo tienes —dijo Tahiri poniendo los ojos en blanco—. Oye, que soy yo, Anakin.

El último de los senalak cayó ante un embate de la Fuerza obra de Jovan, y por fin llegaron al perímetro del puerto espacial.

Básicamente, consistía en un enorme foso de treinta metros de profundidad y un kilómetro de largo, cuyas paredes estaban compuestas por una cavernosa hilera de columnas sel ada con una membrana transparente que sólo se podía cruzar mediante un anillo de válvulas. Veinte biomuelles de atraque se extendían a lo largo del suelo del foso, todos cubiertos por caparazones retráctiles de tamaño suficiente para alojar a los análogos de las corbetas.

En el lado más próximo del espaciopuerto, estaba atracando el último transporte de rescate que volvía de la batalla espacial. Las dos mitades del caparazón del muelle de atraque se levantaron para pegarse al grumoso casco. A pesar de que Anakin y los otros no habían sido capaces de ver la batalla, el continuo fluir de las naves de rescate

procedentes del espacio les indicaba que al menos sus camaradas habían plantado cara en la batalla. También conocían su resultado. 2-1S había enviado un informe final a 2-4S antes de explotar, y todos temieron entonces por la vida de Ulah, una de las razones de la «negatividad» de Anakin.

Unos cinco kilómetros más allá del foso de aterrizaje se alzaban las cúspides en forma de panales de los grashal que habían visto desde el espacio. Anakin no necesitaba hacer ninguna prospección con la Fuerza para saber que allí se encontraban los voxyn. Podía notar con toda claridad su hambre procedente de aquel a dirección. Sin embargo, la situación del prisionero Jedi era, por el contrario, bien diferente. No podía sentirlo, sentirla o sentirlos en absoluto, por mucho que se esforzara.

—¿Ysalamiris? —preguntó Alema.

Avanzó lentamente hasta situarse junto a él, justo al lado opuesto de donde se encontraba Tahiri y se detuvo en el punto en el que las hombreras de sus trajes de vacío se tocaron.

—Si tienen un Jedi, necesitarán ysalamiris.

A Anakin no le sorprendió que la twi'leko se le anticipara. Durante el trayecto desde la zona de aterrizaje, el grupo de asalto había estado actuando con tal armonía que a veces parecían compartir pensamientos.

—No creo que esté muerto —dijo Tahiri—. Ya sé que no sabemos quién es y todo eso, pero, aun así, creo que lo sabríamos.

Anakin no pensaba lo mismo, pero sólo había una manera de descubrirlo. Se dio la vuelta para coger las feromonas de apareamiento de ysalamiri que Cilghal le había dado. Sonrió al ver que Jacen ya le esperaba con la mano abierta para que le pasara la cápsula.

—Esto es muy raro —dijo—. Tesar debería haber dicho algo. En los ojos de Jacen se atisbo un aire divertido.

—Míralo desde mi punto de vista —dijo Jacen. De repente se puso más serio, mientras un aura de nerviosismo lo envolvía.

—Mira, Anakin, antes de que esto empiece de verdad, hay algo que...

—Ahora no, Jacen —dijo Anakin apartando la vista y mirando a lo lejos. Lo último que necesitaba ahora era herir los sentimientos de Jacen, pero ya había comprobado en la estación *Centralia* lo que pasaba cuando hacía caso a su hermano —. Lo tengo que hacer a mi manera.

—Yo sólo quería...

—Por favor.

Anakin lanzó la cápsula hacia la parte más alejada del foso de aterrizaje, donde ya había un grupo de servicio ocupado en sacar provisiones de una esclusa de aire abierta. La cápsula desapareció enseguida de su campo de visión en el resplandor

verdoso de Myrkr, pero sintió que se detenía al atravesar la esclusa y chocar con la válvula interior. Unos minutos después, el grupo de servicio terminaba su tarea y entraba en la esclusa. Anakin empezó a decirle a los demás que se prepararan, pero luego lo pensó mejor. Ya lo estaban.

La válvula exterior se estaba cerrando cuando habló 2-4S.

—Nave aproximándose, enemiga, análogo de fragata.

Les decía que la llegada de la nave era inminente. Pese a lo magníficos que eran los droides de combate CYV, su paquete de sensores carecía de potencia para detección en el espacio profundo.

La noticia hizo que un escalofrío de peligro le recorriera la espina dorsal, pero se negó a apresurarse. Hasta que supiera dónde se encontraba el Jedi, entrar en el espaciopuerto sólo pondría al cautivo, y a ellos, en peligro.

Un enjambre de figuras apenas distinguibles salió corriendo de una de las arcadas, situada aproximadamente a un tercio del recorrido de la columnata. Más de una docena de yuuzhan vong salió tras ellos, se detuvieron y medio tropezaron al intentar detener a los fugitivos. Uno de los guerreros cogió una forma que se retorció, echó la mano atrás y pisó a la criatura. Los ysalamiri tenían los dientes afilados.

No pasó mucho tiempo hasta que todos los ojos, o al menos todos los que se veían a través de la membrana se fijaran en el alboroto. Anakin se apartó del perímetro y se quedó mirando. Cuando se volvió para ordenar que activaran los mantos holográficos, ya había una larga fila de yuuzhan vong ante él.

—Sabéis cuál es el plan, ¿no?

—Directos al nido de ysalamiri —contestó Bela, o quizá fuera Brasov.

—Y volver luego...

—Para robar la nave de rescate —acabó Ganner—. Nos lo sabemos al pie de la letra, Jedi. Dos-Cuatro-Ese y yo cubriremos vuestro descenso.

—Bien.

Anakin activó su manto holográfico y volvió al perímetro para dejarse caer junto a la pared, usando la Fuerza para amortiguar la caída.

Cuando no sintió yuuzhan vong a través del cristal lambent, se dio la vuelta para descubrir que estaba ante una esclusa de aire del tamaño de un rancor que daba a una madriguera de lóbregos y tenebrosos túneles apenas visible a través de las translúcidas válvulas puerta.

Podía sentir un grupo de yuuzhan vong en alguna parte de la oscuridad, pero su percepción era demasiado difusa para decirle si se habían alertado por su súbita aparición o si tan siquiera eran conscientes de ella.

Alema, Tesar y los demás empezaron a llegar. Sabiendo que la twi'leko era la que más experiencia tenía a la hora de infiltrarse tras las líneas enemigas, Anakin le encargó que dirigiera al grupo a través de la esclusa, mientras él vigilaba.

El foso de aterrizaje parecía más grande desde el suelo que desde arriba. En aquel lóbrego resplandor verde, el trasiego que había al otro lado sólo era visible como una masa de sombras que corrían a toda prisa de un lado a otro. Era imposible discernir nada a través de la ventana de la membrana, a menos que quedara silueteado por el resplandor de algún trozo de líquen bioluminiscente de la pared.

Tan sólo la nave de rescate, totalmente asentada en su biomuelle de atraque, era distinguible y fácil de ver.

Cuando Anakin terminó de hacer su inspección, Ganner y 2-4S ya estaban detrás de él. Siguieron a los demás por la esclusa de aire y dejaron que sus protectores faciales y máscaras de respiración colgaran de la parte superior del traje, manteniendo conectados micrófonos y auriculares para poder comunicarse sin levantar la voz.

Anakin se puso en cabeza y empezó a avanzar lo más rápidamente que pudo a través de la columnata, intentando no llamar la atención; las baterías de los mantos holográficos sólo durarían dos minutos antes de dejar de funcionar y necesitar que las cambiaran.

Mientras se dirigían a la nave de rescate, pasaron junto a una rampa que conducía hacia un bullicioso nivel inferior situado por debajo del foso de aterrizaje. Un yuuzhan vong sin armadura empezó a inclinarse, haciéndoles gestos y hablándoles en su propio lenguaje.

Una oleada de nerviosismo atravesó a todo el grupo de asalto, pero se retiró rápidamente en cuanto Jacen usó la fusión de combate para dirigir la atención de todo el mundo hacia la compostura inalterada de Alema. Los yuuzhan vong llegaron a la puerta diciéndoles algo con más insistencia.

La voz de Tahiri sonó a través de los auriculares de todo el mundo, en los cuales pudieron escuchar la respuesta apropiada. Ganner, que tenía la voz más parecida a los yuuzhan vong, salió del grupo y habló con el caracortada:

—*Pol dwag, kane a bar.*

—¿*Kanabar?* —contestó el yuuzhan vong.

Se hizo una pausa mientras Tahiri le daba la respuesta correcta.

Luego Ganner dijo:

—¿*Dwi, kane a, bar!*

—¿*Tadag dakl, ignot!*

Los yuuzhan vong alzaron las armas en un gesto brusco y luego desaparecieron por la rampa.

—¿Qué querían? —susurró Anakin.

—Ganner le ha llamado «cubo de babosas muertas» —dijo Tahiri—. Le dije que le contestara *kanabar*, no *kane a bar*.

—*Kane a bar* ha estado mejor —dijo Tesar—. ¿Cómo se dice «suciedad bajo mis escamas»?

Eso hizo que resonara todo un coro de siseos procedente de las hermanas Hará y una orden de Anakin para que cesaran los chistes.

2-4S informó de que la nave enemiga que se aproximaba era, efectivamente, una fragata, y que ya estaba orbitando la mundonave.

Anakin volvió a sentir un cosquilleo en la nuca, y esta vez no se apaciguó. Con una fragata en la órbita de la mundonave, deberían tener mucho cuidado cuando les tocara salir corriendo de allí.

Llegaron a la oscura arcada que conducía al nido de los ysalamiri.

Anakin supo instantáneamente que estaban en el buen camino, ya que el aire apestaba a suciedad, sangre reseca y cosas peores. La fusión de combate se desvaneció en cuanto entraron en el túnel.

Vieron que más adelante el pasaje estaba bordeado por árboles ambulantes parecidos a los que habían visto en el Muerte. La mayoría tenían rotas las garras que sobresalían de sus troncos, pero un grupo de ellos todavía tenían ysalamiris colgando. Un par de guerreros yuuzhan vong esperaba tras una especie de mostrador de coral yorik, insertando con destreza un cordón vivo en un látigo entrelazado e ignorando los angustiosos gritos procedentes del final del corredor.

Mientras Anakin se aproximaba, ambos guerreros dejaron de hacer su trabajo y se quedaron mirándolo con los brazos cruzados sobre el pecho.

—*¿Remuga corlat, migan yam?* —preguntó el guardia más alto.

Anakin se dirigió directamente hacia la puerta de entrada.

—*¿Remaga corlat?* —preguntó el guardia más alto de nuevo, sacando el anfibastón del cinto e interponiéndose en el camino de Anakin.

La respuesta de Anakin fue más cortante que furiosa.

—*Kane a bar.*

Los hundidos ojos del yuuzhan vong lo miraron más confundido que enfadado, pero, aun así, puso su anfibastón en el pecho de Anakin.

—*¿Yaga?*

Anakin lo apuntó con su sable láser y lo encendió. La hoja escarlata atravesó la garganta del guardia y salió por el otro extremo del cuello, rozando al guardia que había tras él. El segundo yuuzhan vong rodó hacia atrás y abrió la boca para dar la voz de alarma, pero fue interrumpido por el sonido del sable láser plateado de Alema, que le cortó limpiamente la cabeza.

Anakin apagó el manto holográfico y dio algunas órdenes, mandando a Jacen, Ganner y 2-4S a vigilar la entrada, y a Jaina, Raynar y Eryl a ocuparse de los demás ysalamiri. El resto fue corredor abajo, hacia los gritos de tortura. Cuando llegaron a la puerta de entrada, se toparon de bruces con el peto de la armadura de cangrejos vonduun de un yuuzhan vong.

El guerrero intentó gritar mientras sacaba el anfibastón, pero Anakin se le

anticipó y le atravesó la garganta con su sable láser. Luego empujó el cuerpo hacia la habitación de donde venía. Entonces escuchó el zumbido delator de varios insectos aturdidores volando hacia él, así que se agachó y rodó sobre el hombro al tiempo que intentaba inspeccionar la habitación. Había un árbol de ysalamiris en una esquina, dos figuras colgadas de la pared más cercana y otras dos moviéndose a su derecha. Se levantó con el sable láser en guardia para tirarse cuerpo a tierra cuando las descargas del minicañón de Tesar empezaron a pasar sobre su cabeza.

El árbol de ysalamiris explotó en mil astillas y cuando quedó totalmente vaporizado Anakin sintió cómo volvía la Fuerza. Volvió a oír el zumbido de un insecto aturdidor volando hacia él. Anakin dejó que sus sentidos Jedi guiaran su sable láser para defenderse del ataque y giró inmediatamente para descubrir el origen del mismo y ver un yuuzhan vong corriendo hacia él, anfibastón en mano. Antes de que Anakin pudiera esquivarlo, una descarga del minicañón de Tesar lanzó al guerrero al otro lado de la habitación, y Alema se adelantó para traspasarle la destrozada armadura con su sable láser plateado.

Ya sólo quedaba un yuuzhan vong, el más pequeño y delgado, con un espectral rostro de rasgos femeninos y diversas garras serradas y cortadas sobresaliéndole de los ocho dedos, las muñecas y hasta los codos. Una cuidadora. Anakin se detuvo y empezó a caminar hacia ella, pero una telaraña de deslumbrantes líneas de energía le envolvió el cuerpo antes de que pudiera dar siquiera dos pasos. Anakin pensó que sería alguna clase de escudo personal, hasta que los ojos de ella se desorbitaron y dijo algo furiosa.

Anakin centró sus pensamientos en la telaraña y sintió la familiar energía de la Fuerza, pero mucho más fría y con ciertos toques de oscuridad. Miró hacia la pared del fondo, donde los dos prisioneros permanecían colgados con los brazos abiertos y sangrando por múltiples heridas. Uno era una fornida mujer de pelo oscuro y ojos más oscuros aún que miraba a la cuidadora vocalizando en silencio unas palabras que Anakin no alcanzó a comprender.

La yuuzhan vong intentó arrancar de su cuerpo una hebra de energía de la Fuerza, pero sólo consiguió cortarse tres dedos. La mujer de pelo oscuro sonrió cuando la telaraña empezó a cerrarse en torno a la cuidadora, cortando lentamente su cuerpo en pedazos.

A Anakin le invadió una profunda sensación de injusticia, de odio, de ira... y de maldad. Aquella mujer estaba actuando no sólo más allá de las circunstancias de la guerra, si no más allá de la venganza o de la sed de sangre.

—¡No! ¡Detente!

Ella lo ignoró, y la yuuzhan vong gritó de angustia. La sangre empezó a derramarse sobre el suelo, acompañada de otras cosas. Anakin volvió la cara al ver que varios trozos de carne con forma de cubo caían al suelo.

—¡Detente!

Anakin alzó la base de su sable láser y dio un paso adelante para reafirmar su orden, pero los gritos de la yuuzhan vong se detuvieron de repente, con un sonido húmedo y gorgoteante. Cuando Anakin la miró, vio que todo su cuerpo estaba esparcido por el suelo, cortado en dados. El olor era horrible, y tuvo que esforzarse para no vomitar.

La voz de Jacen sonó en su auricular.

—Hermanito, acaba de salir una lanzadera de la fragata.

—De... acuerdo. Mantenme... informado... —dijo casi sin resuello.

Se hizo una pausa, y Jacen preguntó: —¿Pasa algo?

—Estamos bien —dijo Anakin—. Una sorpresa. Luego te cuento.

Por el comunicador se oyó un «clic» que tomó como un acuerdo y una despedida, justo cuando Anakin vio a Alema en la pared del fondo, liberando a la mujer de pelo oscuro de los cepos de gelatina blorash que la mantepían colgada.

—¡Qué técnica tan fascinante! —dijo la twi'leko—. ¿Crees que podría aprenderla?

—No, no puedes —contestó Anakin—. Ese ataque fue de una crueldad innecesaria.

Alema entornó sus pálidos ojos de twi'leko, fríos y duros como un lago hothiano.

—Podrás hablarme de la crueldad cuando un voxyn le haya quemado la cara a tu hermana —dijo girándose hacia la mujer de pelo oscuro, ahora libre de sus ataduras de la pared—. Puede que ahora quiera ser cruel.

La mujer le regaló una sonrisa alentadora.

—No hay nada malo en la venganza, es una emoción muy noble, a la par que poderosa.

—Hablas como una verdadera Hermana de la Oscuridad —dijo Zekk entrando en la sala.

Miró primero a la mujer de pelo oscuro y luego al joven, que todavía estaba colgado tras ella.

—Hola, Welk.

Welk, un humano de pelo rubio uno o dos años mayor que Anakin, lanzó una amarga mirada a Zekk. —Hola, traidor.

—¿Os conocéis? —preguntó Anakin. Zekk afirmó con la cabeza.

—De la Academia de las Sombras. Welk era el mejor estudiante de Tamito Kai. Tras morir Vilas, por supuesto.

—Después de que tú lo mataras —corrigió Welk mirando a Zekk—. Zekk ostentaba el rango de cabal ero más oscuro, nuestro líder, hasta que traicionó al Segundo Imperio en Yavin 4.

Anakin frunció el ceño al oír aquello. A pesar de que por aquel entonces era

demasiado joven como para participar en la defensa de la Academia Jedi, cuando el Jedi Oscuro de Tamito Kai atacó, muchos de los Caballeros Jedi de su grupo de asalto, incluyendo sus discípulos, Lowbacca, Tenel Ka y Raynar, lucharon valientemente en aquella batalla. No estarían muy contentos al saber que habían arriesgado sus vidas para salvar la de un enemigo.

Tesar, que nunca había estado en Yavin 4, fue el primero en oponerse.

—¿Hemos arriesgado vuestras vidas para salvar a un Jedi Oscuro? — dijo el barabel apuntando a la pareja de prisioneros con su minicañón—. ¡Tragad dizparos lázer!

—Baja eso, Tesar —dijo Anakin empujando el cañón hacia abajo, para luego girarse hacia la mujer de pelo oscuro—. ¿Hay algún Jedi?

—Nosotros somos Jedi —contestó ella. A pesar de que la sangre manaba de muchas de sus heridas, el dolor no parecía preocuparla más de lo que le preocuparía a un yuuzhan vong_ pero, contestando a tu pregunta, no, no hay ningún Jedi. Al menos con vida. Cuando entraste en el sistema nos sentiste a nosotros.

—De todas formas tampoco nos hará ningún daño echar un vistazo —dijo Anakin asintiendo a Tesar y a sus compañeros_.

Tened cuidado.

—Como desees, joven Solo —dijo la mujer sonriendo—, pero no hay razón para dudar de nosotros. Estaremos más que felices si dejas que te ayudemos a destruir a los voxyn.

—¿Cómo sabes..?

—No creo que hayas venido a rescatarnos —dejando a Welk colgado detrás de ella, empezó a caminar hacia la puerta—. Mi nombre, de todas formas, es Lomi Pío. Tal vez podría empezar a contarte lo que sé de este sitio.

Anakin levantó una ceja.

—¿No te guardas la información para luego poder negociar? ¿Qué te hace pensar que si nos cuentas lo que sabes no te dejaremos aquí?

Lomi le lanzó una fría mirada. —Y entonces, ¿quién sería el Jedi Oscuro, Anakin? Anakin todavía intentaba deducir cómo conocía su identidad aquel a mujer, cuando de su auricular surgió nuevamente una voz.

—Tenemos problemas, Hermanito —esta vez era Ganner quien hablaba—. ¿Te acuerdas de la lanzadera? No te vas a creer quién viene en ella.

—Yo no me lo creo —dijo Jacen—. ¡Parece Nom Anor!

Capítulo 28

Talfaglio permanecía inmóvil en el centro de la pantalla de la cabina de Han, un punto a justo tres años luz de distancia. Eso quería decir que la luz que sus ojos estaban viendo había sido creada tres años antes, antes de que los Jedi se hubieran convertido en una especie en peligro de extinción y antes de que los yuuzhan vong hubieran lanzado una luna contra Chewbacca. Aunque pocas veces se permitía pensar en el pasado, Han habría dado su vida por viajar por esa luminosa línea naranja y seguirla hasta el día en que brotó de una estrella, para poder añadir otro ser a los miles de seres que salvó aquel día en Sernpidal. Ya no se culpaba ni culpaba a nadie por la muerte del wookiee, pero el pasado había llegado hasta a desear que no se le hubiera ocurrido salvar a nadie. Sólo quería a su amigo de vuelta. Sólo quería una galaxia más segura para sus hijos de lo que lo había sido para él, una galaxia donde un hombre y su mujer pudieran acostarse cada noche razonablemente tranquilos, con la seguridad de que el mundo seguiría siendo el mismo cuando se levantaran.

Pero era demasiado pedir.

Leia, que se había acurrucado en el asiento del *Halcón* apto para el tamaño del wookiee, abrió los ojos y se sentó, de repente muy tensa.

No había rastro de somnolencia ni confusión en sus movimientos. No había dormido, no de verdad, desde que el grupo de asalto de Anakin partió hacia Myrkr. Han tampoco lo había hecho. Ella se pasó los cinturones de seguridad por encima de los hombros, ajustándoselos.

Han activó una rutina para calentar los circuitos del *Halcón*.

—¿Qué pasa? ¿Has sentido algo procedente de Luke?

—No es de Luke —dijo Leia cerrando los ojos, mientras permanecía en contacto con sus hijos de una manera que Han nunca podría.

—Anakin y los gemelos. Están en medio de algo, algo muy peligroso.

Creo que pronto nos llegará el momento de actuar.

Han comenzó a activarlos comunicadores. Luego recordó quién estaba al mando del armamento de la nave y miró por encima de su hombro. Tal y como esperaba, los noghri estaban de pie en la parte de atrás de la cabina.

—Poneos a los cañones, y decidle a C-3PO que se autodesactive — dijo Han—. Vamos a ayudar a Lando y los Caballeros Salvajes a cazar un yammosk, así que las cosas se pondrán divertidas cuando Corran nos mande hacia allá.

Los dos noghri asintieron con la cabeza y se retiraron caminando por el pasillo. Han los vio alejarse, un tanto nervioso por la mirada que sus ojos completamente negros reflejaban cuando un gran combate se aproximaba, pero en realidad agradecía que estuvieran allí. En los últimos quince años, los noghri le habían salvado la vida a

Leia incontables veces, y rara vez la dejaban desprotegida. Era más de lo que se podía decir de él. Le costaba comprender lo que le pasaba desde la muerte de Chewbacca y por qué llorar la pérdida de su amigo tenía que implicar alejarse cada vez más de Leia y de los niños.

—Recuérdame que les dé las gracias —dijo.

—Ya lo has hecho —dijo Leia—, al menos una docena de veces.

Han le lanzó una media sonrisa. —Sí, pero nunca dicen «de nada».

Leia rió por primera vez en muchos días. Casi al instante, la voz de Corran Horn sonó por el comunicador.

—Es hora de despertarse, amigos. Los sensores de largo alcance indican que la flota yuuzhan vong entra en el sistema de Talfaglio.

Leia alargó uno de sus brazos y activó el sistema de seguridad contra la despresurización del traje de Han. —Tengo miedo, Han.

—Yo también —dijo Han alcanzando su visor—, pero ¿qué podemos hacer? Ya son adultos. Deben librar sus propias batallas.

Eclipse había conseguido pilotos para cincuenta de sus nuevos Ala-X XJ3 y la mitad de ellos eran Jedi. Otras dos docenas de Jedi pilotaban bombarderos y naves de apoyo. Luke debía estar muy nervioso, dado que estaba arriesgando la mitad de los Jedi de la galaxia y la mayoría de los Maestros en una única operación. Sin embargo, no era así. La Fuerza estaba con él de una manera que nunca había experimentado, como una presencia tan tangible que casi podía verla resplandecer contra aquel manto de terciopelo que eran las estrellas.

«No bajes la guardia, Skywalker».

La voz de Mara era tan clara en la mente de Luke que tardó un instante en darse cuenta de que no le había hablado a través del comunicador. Miró hacia su Ala-X, flotando tan cerca que sus alerones casi se tocaban. Quería decirle que no había nada de lo que preocuparse, que Ben no perdería a sus padres en el día de hoy, pero ese pensamiento podría haber implicado una visión del porvenir que evitaba tener. Si la Fuerza quería mostrarle el futuro, bien, y si no, sería mejor confiar en el o y afrontar lo que sucediese. Fuera lo que fuera, aquel ataque era lo correcto. Podía sentirlo.

«Y yo también», añadió Mara.

Luke alzó una ceja. A través de su vínculo, cada uno podía sentir lo que el otro sentía en ese mismo instante, y no era raro recibir pensamientos cortos y sin terminar de articular, pero aquello había sido algo nuevo. Las visiones de Luke apenas llegaban al nivel de la consciencia cuando Mara las sentía. Puede que la presencia de tantos Jedi tan poderosos hubiera concentrado a la Fuerza, reteniéndola de la misma forma en que una nube de gas puede llegar a formar una estrella.

—Más bien como una lente retiene la luz —dijo Mara—. Es el efecto de la

presencia de tantos Jedi concentrados con un único fin.

—Esto significa algo —añadió Luke. Seguidamente, formuló una pregunta bastante larga para comprobar los límites de su enlace mental, y cuando la respuesta fue una sensación de curiosidad, dijo: —Me pregunto si los antiguos Concilios Jedi concentraban la Fuerza de esta manera.

—Les habría ayudado a verlo todo más claro, pero puede que también hubiera tenido sus inconvenientes.

Luke sintió un momento de vergüenza en la mente de su esposa, cosa que rara vez ocurría, cuando Mara pasó de la unión congénita que estaba experimentando a algo más físico. En ese momento se dio cuenta de que compartía con ella el deseo de que no hubiera nadie más al tanto de aquel a conexión.

Y si lo había, que tuvieran el sentido común de no decirlo.

Los dos sonrieron, tanto interior como exteriormente. Luke miró su pantalla táctica y vio al enemigo entrando en el Sistema Talfaglio.

Aquel a aproximación deliberada, tal y como sospechaba, tenía menos que ver con el miedo a las minas espaciales y las emboscadas que con mostrar a las víctimas quiénes serían sus verdugos. Había cuatro análogos de crucero, un análogo de destructor, un portacoralitas y veinte fragatas. El portacoralitas podía llevar unos doscientos coralitas, y las cinco naves grandes también llevarían sus propios escuadrones.

«Ouch», pensó Mara.

Luke no estaba preocupado. Los Jedi estaban allí para romper el bloqueo y dar tiempo al convoy de refugiados para que escapara, no para destruir la flota entera. Sin embargo, había un aspecto de la misión que necesitaba un replanteamiento. Pensando en ello, Luke pidió a R2-D2 que abriera un canal.

—Aquí Granjero —su nombre en clave se lo había elegido Mara—. La operación «Salvar al pasaje» sigue en marcha, pero hay demasiadas fuerzas hostiles para realizar la maniobra yammosk. Repito, la maniobra yammosk es...

—Espera un momento, Granjero —dijo Corran.

Como coordinador de batallas de los Jedi, viajaba a bordo del carguero de los Caballeros Salvajes, usando un nuevo equipo subespacial para monitorizar los sensores de Talfaglio.

—Tenemos compañía saliendo del hiperespacio.

—¿Compañía? —dijo Luke sin que se le alterara el corazón, ya que no había nada en la Fuerza que indicara una emboscada— ¿Quién?

—Un viejo Picaro —dijo la voz de Wedge Antilles.

—Y un viejo rebelde.

Aunque aquel a voz era muy familiar, Luke no la reconoció hasta que R2-D2 realizó un análisis y la identificó como la del general Garm Bel Iblis. Luke cambió su

pantalla táctica para tener una vista del espacio cercano, y vio dos destructores estelares desconocidos. El transpondedor los identificó como el *Mon Mothma* y el *Elegos A'Kla* mientras se situaban en posición tras la flota. Cada uno iba acompañado de un crucero y dos fragatas. De ambas naves estaban despegando escuadrones de Ala-X XJ3 y Ala-E de la serie 4.

—¡Bienvenidos, caballeros! —les dijo Luke a modo de saludo—, pero si no les importa, debo preguntarles por...

—Digamos que nos hemos perdido —dijo Bel Iblis, cortándole.

—¿Tan cerca de Talfaglio? —dijo Mara, cuyos años de servicio a cargo de Palpatine le hacían desconfiar siempre de los regalos inesperados—. No lo creo.

—Un viejo empleado nuestro nos recomendó esta ruta —dijo Wedge.

Se refería a Talón Karrde, a veces rey del contrabando, broker de la información, y hasta ocasional agente de Inteligencia. Cuando se hablaba con él, nadie sabía exactamente con qué Talón Karrde estaba tratando.

—Pensó que por aquí tendríamos oportunidad de probar algunas armas nuevas.

—Es posible.

Luke no se preocupó en preguntar cómo sabía Karrde el momento y el emplazamiento de aquel a operación. Karrde siempre protegía sus fuentes.

—Control os pondrá al día de la misión.

—Ya lo hizo Karrde —dijo Bel Iblis—. Pensamos en dejarte empezar para luego asentarnos a ambos lados de la vía de escape. Habríamos asumido el liderazgo, pero no sabemos muy bien cómo van a funcionar las novedades que vamos a emplear.

—Y ésta es una operación Jedi —acabó Luke, leyendo entre líneas. Parecía que alguien intentaba mejorar su imagen en los videonoticieros—. Gracias.

—Quisiéramos desplegar un escuadrón para apoyar a los Caballeros Salvajes en esta misión... ¿Te parece bien el Escuadrón Picaro? —dijo Wedge—. Queremos sacarlos del dique seco.

A pesar de que el enlace de Luke con su hermana Leia no era tan fuerte como el que tenía con Mara, fue lo bastante potente como para hacerle llegar sus sospechas. Todo aquel o empezaba a apestar a influencia de Borsk Fey'la, lo cual hizo aflorar inmediatamente la pregunta de qué sería lo que querría a cambio y, sobre todo con quién más habría hablado de aquel a misión. Lo que era una simple batalla empezaba a complicarse más de lo debido, pero la oferta de Wedge era demasiado generosa para rechazarla. —Susurros, ¿tú que dices?

—¿Qué mas da? —dijo Saba—. Será un honor cazar junto al coronel Darklighter.

—Vosotros dos ocuparos de los detalles —dijo Luke—. Todos los demás, haced una doble comprobación de las coordenadas de salto y disparad sobre cualquier cosa que parezca una roca. Estamos preparados, Control.

—Envió las coordenadas de las rutas de escape de Talfaglio —dijo Corran.

—Escuadrón Doce, salten a mi señal. Tres, dos, salto.

La Docena de Kyp salió disparada hacia delante con un destel o azul, para luego desaparecer en el hiperespacio. Luke cambió su pantal a táctica de nuevo a una imagen del sistema de Talfaglio para comprobar, un minuto más tarde, que el escuadrón aparecía en el sistema, avanzando sobre los puntos amarillos que marcaban a las tropas yuuzhan vong que retenía en órbita a la flota de refugiados.

En la parte más alejada del sistema, la flota enemiga empezó a desplegarse en formación de ataque, para luego acelerar, sin duda para realizar un microsalto en el hiperespacio hasta el planeta. La atracción gravitatoria de Talfaglio les impediría saltar directamente en la batalla, pero Luke sabía que Corran tendría que calcular con cuidado la llegada de su propia flota.

Como la Docena salió cerca de la zona de bloqueo, Kyp llevó a su escuadrón en un ángulo preciso respecto al crucero ligero. Media docena de corbetas enemigas abandonaron el bloqueo para defender a la nave más grande, mientras varias lenguas de plasma trazaban arcos desde el crucero. La Docena se unió para ser una única señal en la pantalla* táctica, y siguió adelante, subiendo y bajando como uno solo, mientras los pilotos cambiaban de formación moviéndose unos delante de los otros manteniendo siempre un buen par de escudos intactos encarados hacia el enemigo. .

El escuadrón de Kyp disparaba ráfagas de láser azul sobre el carguero ligero. Más corbetas enemigas aceleraron para atacar a la Docena, abandonado así su puesto en el bloqueo. Por ahora la cosa iba bien.

Los yuuzhan vong parecían creer que sólo era otro intento desesperado de salvar a los refugiados.

Dos torpedos de protones brillaron al alejarse de la Docena para luego desvanecerse al chocar contra el sistema de escudos del crucero. Le siguió otro intercambio de ráfagas de láser y disparos de plasma, y una inesperada oleada de electricidad estática cuando la bomba sombra de los Jedi hizo explosión. Básicamente, la variante respecto a la táctica que Kyp solía utilizar contra los escudos del enemigo consistía en usar bombas sombra, que no eran sino torpedos de protones a los que se les había sustraído el propelente para luego armarlos con baradio. Iban provistos de detectores de proximidad que los hacían estallar a la distancia adecuada y eran guiados usando la Fuerza. Aquellas armas eran mucho más poderosas que los torpedos normales, difíciles de detectar en el fragor de la batalla y uno de los nuevos trucos del arsenal Jedi.

El escuadrón de Kyp terminó con el crucero usando un par de torpedos de protones estándar, y emergió de entre los restos para girar alrededor como si preparase la vía de escape. Un río continuo de naves de refugiados empezó a abandonar la órbita para dirigirse a toda velocidad al punto de salida. El bloqueo no tardó en desmoronarse, a medida que las naves yuuzhan vong respondían al ataque.

—Control, es el momento de esgrimir el martillo —dijo Luke.

—De acuerdo, Granjero —parecía como si Corran se encogiera de vergüenza cada vez que decía aquel nombre en clave—. La nueva fuerza de ataque de la República, los Conmocionadores, y los Sables saltarán a mi orden a las coordenadas preestablecidas.

El Escuadrón Sable era el escuadrón personal de Luke. Estaba compuesto por él mismo, Mara, siete veteranos que no eran Jedi y media docena de nuevos pilotos Jedi en entrenamiento. Su tarea era realizar vuelos de cobertura mientras los Conmocionadores, con más experiencia, atacaban la flota de asalto.

—Tres, dos, salto.

Luke apretó a fondo su acelerador y vio cómo las estrellas se convertían en estrechas líneas.

—Ten cuidado, niño —dijo Han por el comunicador—. Acabamos de criar a tres Jedi. No queremos tener que cargar con otro.

—Han, eso, eso...

El punto naranja que era Talfaglio se desvaneció en la bruma incolora del hiperespacio, y la protesta de Leia quedó muda tras el salto. Luke estaba seguro de que Mara ya iba a su lado, haciendo comprobaciones de última hora para mantener los circuitos calientes y con toda la atención centrada en la batalla. No había tiempo de discutir lo inteligente que había sido acudir a la batalla juntos.

Formaban equipo como Han y Leia nunca podrían, y ya se habían demostrado multitud de veces que sus posibilidades de supervivencia aumentaban estando el otro presente.

La niebla del hiperespacio se disolvió formando estrellas y Talfaglio apareció justo al otro lado de la cabina de Luke, en semiplenilunio, colgando junto al brillante disco rojo del sol del sistema. A pesar de que la flotilla había saltado todo lo cerca posible del campo gravitacional del planeta, la batalla seguía enmarcada por una fina telaraña de disparos láser y ráfagas de plasma brillando en la oscuridad entre ellos y el planeta. La flota enemiga seguía sin ser visible a simple vista, pero Luke la encontró rápidamente en su pantalla táctica. Ya había realizado su microsalto y estaba situada al otro lado del bloqueo, justo en dirección opuesta a la flotilla Jedi, virando hacia la vía de escape.

Rigard Matl dirigía a sus Conmocionadores hacia el bloqueo casi a velocidad luz, una de sus tácticas de ataque favoritas y que había otorgado al escuadrón su nombre. Los Sables alcanzaron la velocidad justa para asumir su posición de apoyo. La pantalla táctica mostraba a los destructores estelares de la Nueva República desacelerando junto a la vía de escape y colocándose en dos posiciones, cada uno acompañado por una escolta de una fragata y dos escuadrones de cazas de corto alcance. El resto de la flotilla se dirigía hacia Talfaglio detrás del Escuadrón Sable.

En la cabina de Luke, aquel a pequeña telaraña se convirtió en bolas de plasma del tamaño de una luna y enjambres de disparos láser. Las naves del bloqueo seguían centrándose en la Docena de Kyp, disparándoles desde todas direcciones. La Docena retrocedió y avanzó dentro de su esfera de acción, compartiendo escudos y reservándose el potencial de fuego para los grutchins y los proyectiles de magma. Tan sólo había nueve Ala-X visibles, pero cuando Luke extendió sus sentidos a través de la Fuerza, sintió que los tres pilotos que no veía estaban dispersos por el campo de batal a solos, asustados y con los trajes de vacío puestos. Hizo que R2-D2 mandara un mensaje al equipo de rescate e intentó no pensar en lo que pasaría si se interponían en la trayectoria de un disparo de plasma o en la estela de una nave.

Las naves del bloqueo más cercanas salieron en estampida para enfrentarse a los Conmocionadores, mientras éstos lanzaban una andanada de torpedos de protones sin reducir su avance. Dos corbetas enemigas se partieron en dos cuando sus escudos fallaron en detener a los torpedos, ocho más empezaron a liberar al vacío cuerpos y atmósfera cuando los detectores de proximidad hicieron detonar las cargas junto a su casco. Luego los Conmocionadores pasaron de largo junto a la Docena de Kyp para dirigirse hacia el lado opuesto del bloqueo que se desmoronaba.

Luke dirigió a su escuadrón a través del hueco dejado por los Conmocionadores. No malgastarían energía aumentando los compensadores de inercia. Los dovin basal eran lo bastante poderosos como para hacer trizas sus escudos. Cuando un par de corbetas se acercó a toda velocidad para detener su avance, demasiado deprisa para poner los alerones-s en formación de ataque, Luke soltó una bomba sombra y utilizó la Fuerza para conducirla hasta la segunda nave. No hubo necesidad de asignarle la primera a Mara. Sabía que seguiría la misma táctica. Un instante después, dos detonaciones simultáneas de protones partían en dos la espina dorsal de ambas naves.

«Uahu», pensó Mara.

El dovin basal de una corbeta acabó con los escudos de Luke. Un montón de señales y avisos de alarma sonaron y llenaron la cabina.

Mara deslizó su caza sobre la nave de Luke para protegerlo justo en el momento en que R2-D2 activaba la energía de emergencia. El tercer miembro de su trío de escudos, el joven Tam Azur-Jamin, desintegró a un atacante con su propia bomba sombra.

—Gracias, Silencioso —dijo Luke por el comunicador.

Tam respondió con un clic de su comunicador, una efusiva respuesta para proceder de aquel reticente Jedi.

Justo entonces cruzaron la zona donde Kyp había quedado «atrapado». Docenas de naves de refugiados salían como podían por esa vía. En su prisa por escapar eran lo suficientemente osados como para meterse en medio de la batalla. Sin abandonar su velocidad parcialmente lumínica, los Sables pasaron junto a un trío de Ala-X.

La entusiasmada voz de Kyp Durrón sonó a través de la red táctica: —¡Voy contigo, Granjero!

—Negativo, Cazador de Cabel eras —dijo Luke. Si Kyp sabía que había perdido tres pilotos no parecía demostrarlo—. Ya has perdido a tres. Quédate aquí y cubre a los refugiados.

—¿Cubrirlos? Pero si somos los que más experiencia tenemos.

—Cazador de Cabel eras —dijo Luke con una voz férrea—. Tienes tus órdenes.

Se hizo un momento de silencio.

—Recibido.

El resentimiento de Kyp quedó flotando en la Fuerza como el hedor que queda en el aire tras una quemadura por disparo láser. Luke estaba algo preocupado por aquellas continuas muestras de falta de compasión. Si algún día Kyp se... «Skywalker —el pensamiento de Mara fue como un grito en el interior de la cabeza de Luke—¿Qué tal si nos centramos en la batalla?» «Perdón».

Algo en el interior de Luke le dijo que tenía que soltar tres bombas sombra y así lo hizo. Se estaba dejando llevar completamente por la Fuerza. La batalla parecía transcurrir a cámara lenta. Un trío de corbetas negras surgió de diferentes ángulos, llenando el espacio con proyectiles de magma y grutchins. Luke siguió volando directamente hacia su objetivo y sintió que la duda y la preocupación surgían en la mente de Mara. Luego esa preocupación cambió a un pensamiento de aprobación cuando desvió con la Fuerza uno de los proyectiles de magma para hacerle chocar contra un grutchin.

De repente, Luke sintió la súbita necesidad de tener más protección en la parte frontal y pidió a R2-D2 que pasara delante toda la energía de los escudos. Una pequeña motita roja surgió del morro de la corbeta más cercana y, a la velocidad de aproximación que iba el escuadrón, se convirtió casi instantáneamente en una bola de plasma. Viendo que tenía el campo de visión bloqueado, Luke cerró los ojos y llegó al resto del escuadrón usando la percepción de sus hombres para conducir las bombas sombra hasta su objetivo. Unos segundos después, vio el cegador resplandor de la detonación a través de los ojos de los demás, y sintió cómo su Ala-X sufría un empujón cuando la bola de plasma del enemigo impactó sobre sus escudos delanteros.

Una oleada de temor le llegó desde el corazón de Mara, para dar luego paso casi instantáneamente a una afilada sensación de reproche.

«¡La próxima vez esquivala!» R2-D2 dio la alarma a través de un silbido y apagó el sobrecargado generador de escudos para iniciar una refrigeración de emergencia.

Luke se situó entre Mara y Tam, más por la tranquilidad mental de su mujer que por la suya propia. Tal y como se sentía hoy, podría haber seguido incluso sin escudos. Pasaron junto a un grupo de corbetas a la deriva —Luke no era el único de su escuadrón que estaba abriendo hueco—, y atravesaron el bloqueo siguiendo a los

Conmocionadores.

La flota de asalto enemiga desplazó sus fragatas hacia delante para crear una línea defensiva, pero siguió manteniendo a sus corralitas en retaguardia, decidida a llegar a la brecha por la que escapaban los refugiados en vez de detenerse a luchar. Luke llevó la batalla al enemigo, con ocho escuadrones de cazas de la Nueva República, dos cruceros y un par de fragatas tras él, pidiendo fuego de apoyo a distancia.

Los cruceros y fragatas de la Nueva República llenaron la oscuridad de ráfagas de turboláser. El enemigo respondió al ataque con bolas de plasma y proyectiles de magma. Los escuadrones Jedi siguieron su avance, confiando en su habilidad de pilotaje, su sentido del peligro y su control de los escudos para abrirse camino a través de aquel amenazador revoltijo de naves. Un par de Conmocionadores dieron media vuelta al sufrir daños graves. Uno de los pilotos de Luke perdió un alerón-s por un grutchin y saltó al caer su nave fuera de control. Aun así, los Conmocionadores atravesaron la línea defensiva de las fragatas.

El Ala-X de Rigard Mtl se desvaneció en una bola de fuego.

La formación de los Conmocionadores se disgregó en un confuso enjambre de estelas de iones mientras los confundidos pilotos contemplaban la muerte de su veterano líder. Luke buscó con la Fuerza en la bola de fuego, experimentando un momento de insoportable picazón, para luego sentir una extraña sensación de calma. Se concentró en esa calma lo bastante para confirmar lo que había creído. Rigard había sobrevivido al ataque y había saltado.

Antes de que Luke pudiera dar la buena noticia, la voz envuelta en estática de Rigard crujió a través del canal de emergencia: —¡Aguantad, Conmocionadores! —dijo dolorido, pero con confianza—. Estáis avergonzando...

Su voz se perdió en un chisporroteo cuando el escuadrón salió del alcance del sistema de comunicaciones de su traje. Aun así, los reprendidos Conmocionadores formaron sus grupos de tríos de escudos y siguieron adelante. La Fuerza estaba en verdad con ellos aquel día. Hasta el momento, los Jedi no habían perdido a nadie.

Ya tenían delante el corazón de la flota yuuzhan vong: media docena de guijarros de coral yorik brillando a la luz del sol escarlata del Sistema Talfaglio. El portacoralitas y uno de los cruceros se situaron tras el destructor, mientras otras tres naves abandonaban la formación para desplegar sus escuadrones de corralitas. Luke hizo que R2-D2 enviara las coordenadas del crucero a los destructores estelares para que se lo retransmitieran a Saba, y abrió un canal para comunicarse con Sables y Conmocionadores.

—Olvidad a los corralitas, poned los compensadores de inercia al máximo y atravesad su campo todo lo deprisa que podáis. Lo que queremos es el portacoralitas —de todas las naves de la flota asaltante, el portacoralitas era la más peligrosa para el convoy de refugiados y para sus amigos de la Nueva República—. Que parezca que

vamos a por el crucero de la izquierda y luego disparad todo lo que podáis contra el verdadero objetivo en cuanto lo tengáis a tiro.

Cuando ambos escuadrones dieron por recibido el plan de ataque, los cruceros ya se habían acercado lo bastante para verse como bloques de coral negro del tamaño de un brazo. Pronto los disparos de plasma pasaron rozándoles o impactaban en los escudos de los Ala-X, mientras los pequeños puntos, que eran los primeros coralitas' que salían al espacio, brillaban entre los resplandores de la batalla.

—Dividios en tríos —ordenó Luke—. Haced todo lo posible por mantener los escudos intactos.

El primer grupo de coralitas se puso a tiro escupiendo plasma contra los escudos. Un par de ellos se desintegró al atravesar la línea de tiro de su propio crucero, y entonces los Ala-X superaron la primera oleada y, al seguir yendo casi a velocidad luz, demasiado rápido para que los coralitas pudieran girar y perseguirlos. Los Conmocionadores se movieron hacia el crucero de la izquierda. El capitán yuuzhan vong hizo que su nave trazara una curva muy cerrada, buscando desesperadamente mostrar el flanco para disponer del máximo número de escudos y de la mayor potencia de fuego posible.

R2-D2 informó a Luke que habían llegado al alcance máximo de los torpedos de protones respecto al portacoralitas, pero que el destructor se interponía entre ellos y el objetivo. Las baterías del costado de la nave abrieron sus compuertas, llenando la oscuridad con nubes de energía blanca y espirales de fuego.

—¡Todos los tríos, romped formación!

Luke giró hacia la derecha, miró su pantalla táctica y vio que el destructor seguía cubriendo al portacoralitas, y que éste se dirigía hacia la vía de escape.

Luke apretó los dientes, frustrado, y seguidamente sintió cómo el brote de una idea florecía en la cabeza de Mara.

«Buena idea, mamá».

—Todos los pilotos, apunten al crucero —dijo Mara—. Disparad todos los torpedos de protones y poneos a salvo. Luke está conmigo.

Repito, el objetivo principal es el crucero, disparen todos los torpedos de protones.

En el instante de vacilación que siguió a la orden de Mara, un grutchin se agarró a un Ala-X de los Conmocionadores y empezó a comerle un ala. El veterano piloto abrió la cabina, saltó y, un momento después, el caza estelar explotó.

—¡Ahora! —gritó Mara.

Las estelas azules de los retropropulsores se cruzaron frente al crucero mientras docenas de torpedos impactaban en el blanco. Una hilera de singularidades apareció por todo el flanco de la nave y comenzó a devorar los proyectiles, pero resultaba muy evidente que sus defensas serían ampliamente superadas.

Una larga estela de lo que parecía ser fuego blanco apareció tras uno de los motores de Mara, y su Ala-X salió de la batalla, sin rumbo, trazando espirales en el espacio. Luke la siguió, experimentado un momento de pura preocupación, hasta que sintió que ella utilizaba la Fuerza y comprendió lo que estaba haciendo.

«Qué buen truco —dijo Tam esta vez, en lugar de Luke manteniendo aún la formación de trío—. ¿Lo aprendiste de Izal?» «Sí —contestó Mara. Estaba un tanto agitada, según sintió Luke, por la idea de que Tam también pudiera compartir sus pensamientos—. ¿Desde cuándo tienes puesta la oreja?» Tam respondió con el equivalente mental a encogerse de hombros.

«No ha sido a propósito».

El Jedi Daye Azur-Jamin, joven navegante reconvertido en piloto de caza y padre de Duro, había desaparecido un año antes en Nal Hutta, y desde entonces Tam tenía problemas para apartar de su cabeza los pensamientos de los demás. «Estabais... GRITANDO».

La conversación duró lo justo para que la salva de torpedos de protones procedente de los dos escuadrones impactara en el crucero y detonara. Una brillante luz azul iluminó todo el cielo arriba y detrás del trío, momento en que la pantalla táctica de Luke bailó con estática y R2-D2 tuvo que combatir el pulso electromagnético.

El resplandor de Fuerza que brotaba de los motores de Mara formó una especie de bola brillante que envolvió a los tres Ala-X.

—Bueno, chicos, apagad vuestros motores sublumínicos.

Luke ya estaba pulsando el interruptor, cuando oyó un alarmante silbido de R2-D2.

—No te preocupes, Erredós —dijo dándole al conmutador—, es parte del plan de Mara.

R2-D2 silbó de nuevo con cierta reticencia. Luke leyó la transcripción.

—Claro que no sabes nada de un plan —le explicó—. No me lo ha contado por el sistema de comunicaciones.

R2-D2 trino con tono de duda.

—Confía en mí, Erredós, tenemos un plan.

—Es el momento de actuar —dijo Mara por el sistema de comunicación—. Seguidme.

Luke sintió como Mara concentraba la Fuerza, y vio cómo su Ala-X salía lentamente de la bola de luz. Desplazó su nave tras la de ella y miró hacia atrás para ver que Tam hacía lo mismo. A continuación, Mara dejó que la esfera de luz se disolviera.

Luke miró hacia arriba y vio que estaban a menos de mil metros debajo del portacoralitas. Un escuadrón completo de coralitas colgaba todavía de uno de sus

quince brazos, y el enorme análogo a destructor seguía delante de él, sin prestarles ninguna atención.

Luke comenzó a felicitar a Mara por su plan, pero ella lo interrumpió bruscamente.

—¿Qué esperabas, Skywalker? El subterfugio es mi especialidad.

R2-D2 trino de nuevo con urgencia, mostrando un aviso que advertía de la presencia de sensores no ópticos.

—Sé que aún pueden detectarnos —contestó Luke—, pero estarán muy confundidos durante un segundo, y un segundo es todo lo que necesitamos.

Mara soltó las bombas sombra y luego usó la Fuerza para guiarlas a través del espacio hasta el corazón de la monstruosa nave. Tam la seguía de cerca. Luke aún estaba soltando las suyas cuando se produjo la primera explosión en la parte central del portacoralitas.

Danni se incorporó en la red antipacto intentando que el desayuno permaneciera donde debía, mientras se preguntaba si la decisión de ir en aquel bombardero había sido buena o mala idea.

Wonetun pensaba que aquel a cosa volaría tan bien como los nuevos Ala-X del escuadrón, gracias a todas las soldaduras que habían realizado en cada junta los droides de mantenimiento de Eclipse, además de la revisión estructural que habían hecho los técnicos espaciales, por lo que insistió en mantener el compensador de inercia por debajo del 92 %. El brubb realizó un giro acelerado tan cerrado que a Danni se le agolpó la sangre en la yema de los dedos. Tuvo que apretar los ojos para que siguieran en sus cuencas.

Definitivamente, había sido una mala idea.

Un resplandor distante brilló más allá de la cabina. Danni miró en aquella dirección y vio las esferas blancas de tres detonaciones de protones parpadeando hasta desaparecer en la nada. Los Caballeros Salvajes emergieron del hiperespacio bastante por encima del plano orbital de Talfaglio, girando para situarse en posición invertida, lo que les daba la sensación de «bajar» a la batalla. Otra explosión de protones iluminó la oscuridad y desintegró la parte central del portacoralitas. Los brazos de la nave salieron proyectados hacia el espacio, mientras multitud de coralitas volaban desperdigados sin control en todas direcciones.

—Ah, el Maestro Skywalker disfruta de su cacería.

Saba activó la retícula de objetivos y la desplazó por la ventana de transpariacero hasta la estela de un crucero yuuzhan vong visible tras los restos.

—Ahí está, Dan. Mira a ver si es el que estamos buscando.

Dan enlazó sus sensores con la retícula. Una docena de flechas gravitatorias aparecieron de repente y empezaron a bailar alrededor de las marcas enemigas.

—Afirmativo —contestó ella—. Esa nave tiene un yammosk.

—No por mucho tiempo —dijo Saba siseando con furia, para luego transmitir las coordenadas a los Picaros y al resto de los Caballeros Salvajes.

—Ahí eztá nueztro objetivo. Cuidado con su amigo el grandullón.

Un destructor enemigo se había situado al lado del crucero del yammosk, disparando una andanada continua de plasma y proyectiles de magma contra la flotilla de la Nueva República que le bloqueaba el paso hacia la ruta de escape. Afortunadamente, el *Mon Mothma* y el *Elegos A'Kla* tuvieron pocos problemas en atravesar el bloqueo yuuzhan vong, y ya se acercaban a toda velocidad para apoyar a las fuerzas de la Nueva República.

Un remolino de gráficos de datos saltaron ante los ojos de Danni en su holopantalla.

—Nos han visto.

Tres bultos con forma de semilla de coral yorik salieron del crucero enemigo y giraron para enfrentarse a ellos, mientras sus nodulos de armamento empezaban a escupir plasma y proyectiles de magma.

Danni se sintió como si volaran directos hacia una estrella.

Wonetun hizo que el bombardero realizara una osada maniobra siguiendo el movimiento de un sacacorchos, y siguió al resto del escuadrón al combate, mientras Izal Waz abría fuego con su cuadriláser pesado. Danni se agarró a los brazos del asiento, intentando evitar que los bruscos volantazos de Wonetun la estamparan contra la red antíimpacto. Las flechas gravitacionales de su holopantalla se volvieron locas.

—Preparad los miziles de impacto y los señuelos.

—Listos.

La respuesta procedía tanto del *Halcón Milenario* de Han Solo como del *Dama Fortuna* de Lando Calrissian, que en ese momento volaban justo encima y debajo del bombardero.

—Ala-X, preparen todos los torpedoz —dijo Saba—. El objetivo es el crucero, ignoren a los coraalitaz.

—Caballeros Salvajes preparados —dijo Drif Lij por el comunicador.

Aquel a comunicación era más para los Picaros que para Saba.

Estando la Fuerza tan presente en el día de hoy, los Caballeros Salvajes podían sentir todo lo que hacían sus compañeros pilotos. Los Picaros debían valerse de medios más convencionales.

—Picaros preparados —confirmó Gavin Darklighter.

La voz de Luke Skywalker sonó por la red táctica:

—Los Conmocionadores y los Sables se están reagrupando tras el crucero. Nos hemos quedado sin torpedos, pero serviremos de molestia cuando el destructor

comience a soltar coralitas.

—Graciaz, Granjero.

Todos los gráficos de datos de Danni bajaron hasta la cota cero.

—El yammosk se ha parado.

Vio que el crucero empezaba a virar para orientar su flanco hacia las naves que estaban saltando desde arriba. ¿Cómo podría tener en aquel a parte aún más armas de las que tenía en la parte superior?

Era imposible.

—Algo está pasando.

—Sí, el destructor está desacelerando y soltando coralitas —dijo Wonetun.

—Los hemos convencido para que se queden a luchar —dijo Saba abriendo un canal de comunicaciones con la red táctica—. Aquí Susurros.

—No, no es eso —dijo Danni, interrumpiéndola. Cerró los ojos, usando la técnica de concentración Jedi para ayudarle a ver los gráficos, para comprender cómo encajaban. Estaban demasiado cerca de Talfaglio como para realizar un microsalto, y con dos destructores estelares desplazándose para apoyar a la Nueva República, el yammosk tenía que darse cuenta de que cualquier esperanza de salir de allí hacia la vía de escape era imposible.

Finalmente, habló por la red táctica—. Están preparándose para realizar un microsalto y alejarse de la batalla.

Saba giró uno de sus reptilianos ojos hacia Danni.

—Los yuuzhan vong nunca huyen.

La voz preocupada de Corran Horn sonó a través de la red táctica.

—A todas las unidades, rompan filas —ordenó.

El *Hombre Alegre* estaba en un plano orbital superior, usando los sensores de largo alcance para monitorizar y coordinar la batalla.

—Intentan arrastraros con ellos. Danos un minuto, Control —dijo Wedge Antilles—. Hay algo que me gustaría intentar. Susurros, por favor, haz que tu escuadrón lance sus proyectiles.

A Saba no le hizo falta que se lo dijeran dos veces. Dio la orden e inmediatamente los brillantes círculos de veinte estelas propulsoras surgieron hacia su objetivo, multiplicadas tantas veces como señuelos fueron lanzados.

El crucero terminó el viraje y empezó a acelerar, mientras los gráficos de datos de Danni llegaban al pico más alto y los indicadores gravitatorias volaban hasta la flotilla de la Nueva República. Todo el equipo vibró y chisporroteó para luego desprender un hilacho de humo espeso y acre, antes de apagarse completamente. Danni pulsó con fuerza la desconexión manual de potencia, aunque el olor le decía que los circuitos se habían quemado y ya era tarde para salvar las placas de proceso, así que se giró para contestar la pregunta que intuyó que le haría Saba: —Sobrecarga

de gravedad, algo lo ha quemado.

—Ezo parece.

Saba curvó sus redondos labios y siseó. Luego volvió a mirar hacia delante. Con Wonetun yendo girando de un lado para otro, el crucero enemigo saltaba atrás y adelante en la pantalla. Había dejado de disparar, y parecía pivotar sobre su eje.

La primera salva de misiles les pasó de largo, con sus estelas de iones trazando una curva cerrada mientras sus sistemas de guía intentaban ajustar el rumbo.

Danni pensó que sería alguna extraña táctica evasiva de los yuuzhan vong, hasta que la segunda andanada no encontró resistencia e impactó en el casco.

—¡Desarmad los proyectiles! —gritó Danni. Miró la pantalla táctica de Saba y vio que el destructor también empezaba a dar vueltas sin control—. ¡Desarmadlos ya! ¡Vamos a desintegrar nuestro yammosk!

—Será mejor que tengas razón —dijo Saba, transmitiendo el código de desactivación—, o ésta se comerá tu brazo.

Danni no tuvo la impresión de que la barabel estuviese exagerando.

—La tengo.

El crucero se partió en tres trozos y empezó a expulsar cuerpos al espacio. La siguiente oleada de misiles trazó una curva e impactó en el casco, pero no explotó, así que Danni se atrevió a respirar de nuevo y abrió un canal con el *Mon Mothma*.

—General Antilles, ¿no era una de sus naves un clase Interdictor?

—Esa información es clasificada —recibió como respuesta—, pero podría usted suponer que sí, que estamos esperando a que hagan ese microsalto.

Mientras el general Antilles respondía, la flotilla de la Nueva República empezó a castigar la indefensa nave con sus turboláseres, suavizando un poco el ataque justo antes de intentar realizar un abordaje. Luke, Mara y los demás Ala-X de Eclipse se apartaron de las explosiones y se dirigieron a ayudar a escoltar al convoy de refugiados a dejar a el sistema.

Con su objetivo tan indefenso como el destructor enemigo, Wonetun empezó a volar en línea recta, mientras Han, Leia, Lando y Tendrá volaban a su lado en el *Halcón* y el *Dama*.

Saba se volvió en su silla para encararse a Danni.

—Ahora ¿podemos saber por qué ha explotado tu equipo?

Danni asintió. La tecnología de interdicción no era ninguna novedad; los imperiales la habían utilizado durante la Rebelión para proyectar pozos de gravedad artificiales y así evitar que las flotas rebeldes huyeran al hiperespacio. Lo novedoso era que los nuevos destructores estelares carecían de las deladoras cúpulas de proyección de la mayoría de naves Interdictor. Al sorprender a los yuuzhan vong y cronometrando su ataque para hacerlo coincidir con el microsalto, consiguieron poner a las dos naves enemigas fuera de control.

Danni abrió un canal con el *Dama Fortuna*.

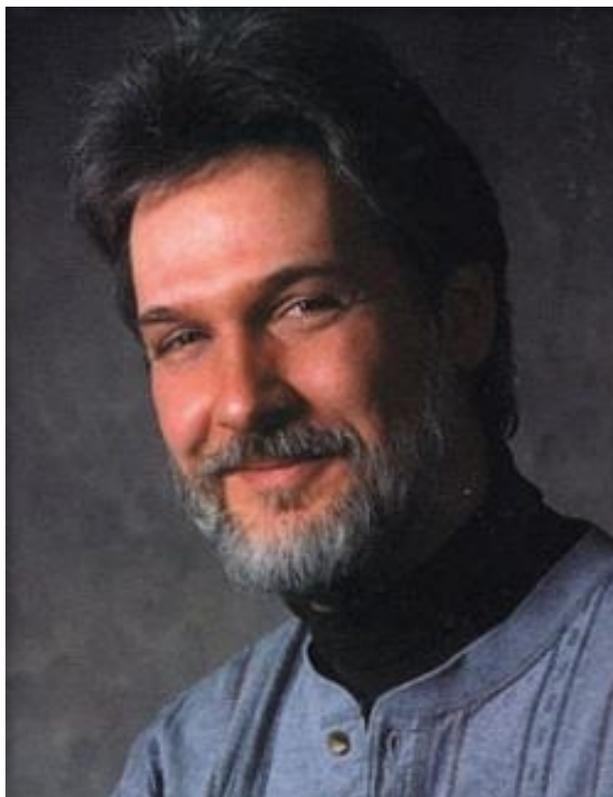
—Oye, Jugador, ¿puedes mandar a tus droides al crucero? Me gustaría saber si queda algo de nuestro yammosk.

Una vez Lando dio por recibido el mensaje, Saba le dijo a Danni:

—El yammosk eztará allí, te lo puedo azegurar, Danni Quee, congelado y lizto para su envío.

Se palmeó la pierna y, riendo entre dientes por alguna razón que sólo un barabel podía entender, se volvió para ver cómo Wonetun se situaba tras el *Dama* y el *Halcón*.

—Hoy la Fuerza resta con nosotros.



TROY DENNING, también conocido como **Richard Awlinson**, es un escritor y antiguo diseñador de juegos.

Ha escrito más de veinte novelas, incluyendo *Waterdeep*, bestseller del *New York Times*. La mayoría de sus trabajos publicados han sido ficción en los universos de Dungeons and Dragons de Dark Sun y Forgotten Realms.

Denning es un ávido explorador de campo abierto y vive en el sur de Wisconsin con su esposa Andria.

Troy Denning ocasionalmente participa en los foros de *Star Wars* con su nombre verdadero, y en los foros de theforce.net es *TailOne*.